



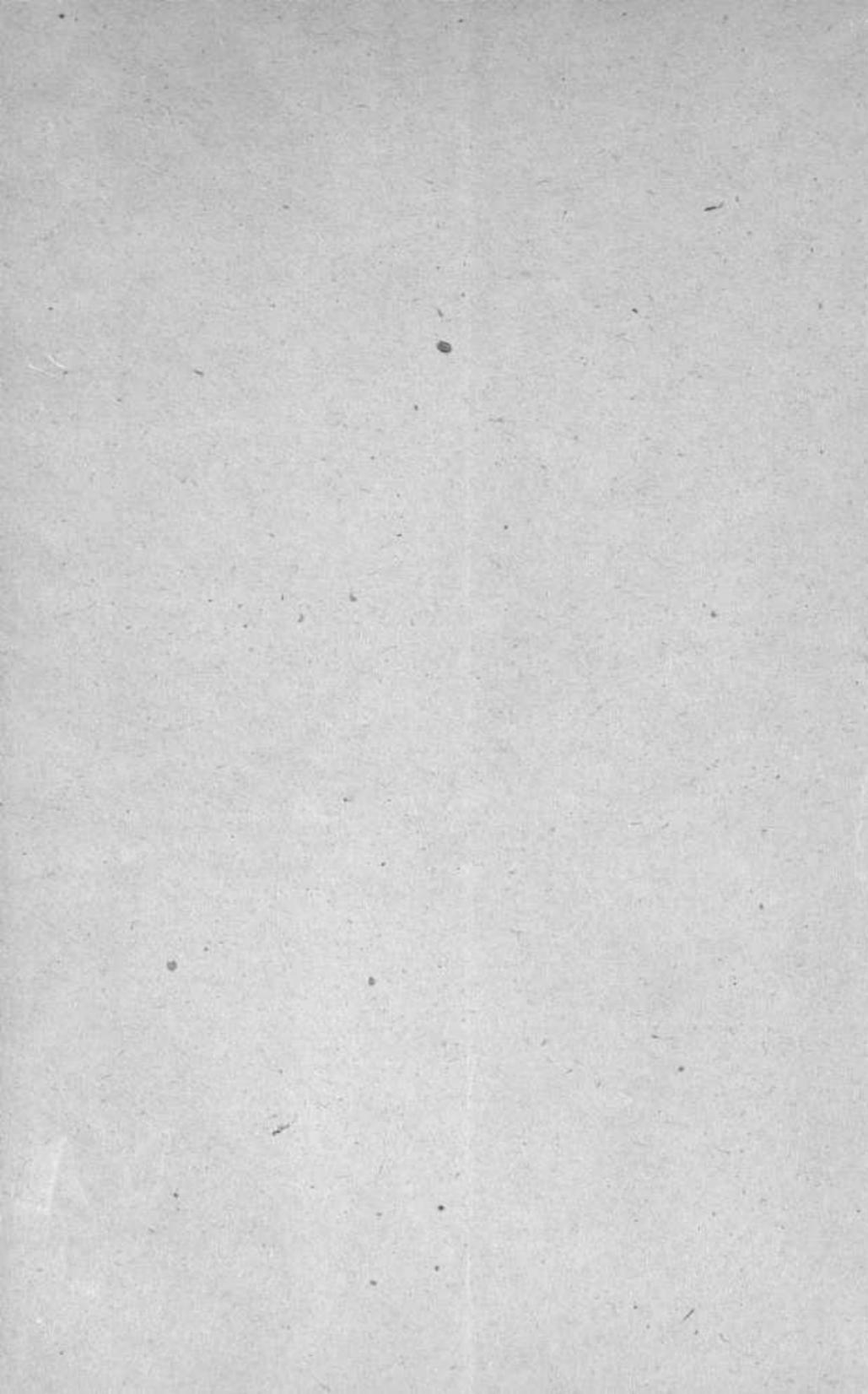
P
3260

B.P. de Soria



61096760
D-1 161

Handwritten markings: a large 'A' with a horizontal line through it, and a 'C' below it.



LAS HISTORIAS

DE

CAYO CORNELIO TÁCITO.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.

	Tomos.
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traduccion directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traduccion directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traduccion directa del latin, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traduccion en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traduccion en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latin, con un estudio del Sr. Menendez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i>	1
— <i>Estudios históricos</i>	1
— <i>Estudios políticos</i>	1
— <i>Estudios biográficos</i>	1
— <i>Estudios críticos</i>	1
Traduccion directa del inglés de M. Juderías Bender.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traduccion directa del latin de D. Marcelino Menendez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuracion de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traduccion del infante D. Gabriel.— <i>Fragments de la grande historia</i> , traduccion del Sr. Menendez Pelayo, ambas directas del latin.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traduccion directa del latin de don Carlos Coloma.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traduccion directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traduccion directa del griego por D. Federico Baráibar.....	2
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—(<i>Teócrito, Bion y Mosco</i>). Traduccion directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traduccion de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traduccion directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevacion de Nápoles</i>	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i>	4

MADRID.—IMP. CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

14
238

~~140 901~~

B^o 1644
2PH

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XL

LAS HISTORIAS
DE
CAYO CORNELIO TÁCITO

TRADUCIDAS POR

D. CÁRLOS COLOMA



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6
1881



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO II

LAS HISTORIAS

DE LOS REYES CATOLICOS

TRADUCCION POR

D. CAYETANO COLOMA



MADRID

DE LA BIBLIOTECA CLASICA

DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

1881

HISTORIAS DE CAYO CORNELIO TACITO.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Propone Tácito la ocasion, materia y sujeto de sus libros de historia, y tras esto el estado de las cosas romanas en tiempo de Galba, y sus costumbres y gobierno; el cual, sabidos los movimientos de Germania, adopta á Pison.—Oféndese Oton viéndose frustrado de su esperanza, y ganadas las voluntades de los pretorianos, tiraniza el imperio.—Mueren á hierro Galba, Pison y Tito Vinio, con que queda Oton absoluto emperador.—Levántasele por competidor Vitelio.—Trátanse las causas de los movimientos de las legiones germánicas, cómo toman por emperador á Vitelio, y se encaminan á Italia á cargo de Valente y Cecina.—Apercibe Oton ejército y capitanes.—Acometen en tanto los Sármatas Roxolanos infelizmente la provincia de Misia.—Sedicion y tumulto en Roma ocasionado de vanas sospechas de los pretorianos, que temen de la fe del Senado para con su príncipe, el cual los reprende con blandura, y poco despues los aplaca con donativos.—Apareja ejército, y enviale á la Provenza con deseo de sacar la guerra de Italia, y luégo sale en campaña personalmente.

Esto en espacio de pocos meses.

Comenzaré este trabajo del consulado de Sergio Galba la segunda vez, y de Tito Vinio; porque muchos escritores han dado cuenta de las cosas de aquellos primeros siglos, de setecientos y veinte años (1) despues de la fundacion

(1) Debe leerse ochocientos veinte años, que eran los trascurridos desde la fundacion de Roma hasta la muerte de Neron, acaecida el 11 de Junio. Galba fué reconocido emperador por el Senado en aquel mismo dia, tomó posesion del consulado el 1.º de Enero del año siguiente y fué muerto el 15 del mismo mes.



de Roma, mientras se podian escribir los sucesos del pueblo romano con igual elocuencia y libertad: mas despues de la jornada de Accio, y que por la paz universal se redujo á uno solo el imperio del mundo, faltaron aquellos floridos ingenios, y con ellos la verdad, ofendida en muchas maneras. Principió por la poca noticia de la república, mirándola ya como cosa ajena: despues, ó por el gusto de lisonjear ó por aborrecimiento para con los que mandaban; tal, que obligados los unos, y ofendidos los otros, ninguno tuvo cuidado de la posteridad. Cosa fácil es vituperar la adulacion del escritor. El reprender, el murmurar de los que gobiernan, esto sí que se escucha con atencion: porque lo primero trae consigo el vituperio de una fea y vil servidumbre, y lo segundo una falsa semejanza de libertad. A Galba, á Oton y á Vitelio ni los conocí por injuria ni por beneficio; aunque no negaré que nuestra dignidad tuvo principio de Vespasiano, aumento de Tito y grandeza de Domiciano: mas el que quiere hacer profesion de fe y de verdad incorrupta, no debe escribir de alguno con aficion ni con odio particular. Y si tengo vida, guardo como más fértil y segura materia para mi vejez el principado del divo Nerva y el imperio de Trajano; tiempos de rara felicidad, en los cuales es licito entender las cosas como se quiere, y decirlas como se entendiere.

X Doy principio á una empresa llena de varios casos, de guerras atroces, de sediciones y alborotos, crueles hasta en la misma paz. Cuatro príncipes muertos á hierro (1), tres guerras civiles (2), muchas extranjeras, y las más veces mezcladas unas con otras. Sucesos prósperos en Oriente, infelices en Occidente. Alborotado el Ilírico, incli-

(1) Galba, Oton, Vitelio y Domiciano.

(2) A saber, una entre Oton y Vitelio, otra entre Vitelio y Vespasiano, unida á una extranjera, la de Civil: y por fin, otra entre Domiciano y L. Antonio.

nadas á levantamiento las Galias, Inglaterra acabada de sujetar y perdida luégo; los Sármatas y Suevos confederados entre sí contra nosotros; los Dacios ennoblecidos con estragos y destrozos, no ménos nuestros que suyos. Las armas de los Partos casi movidas por la vanidad de un falso Neron; Italia afligida de calamidades nuevas ó á lo ménos renovadas despues de un largo número de siglos; hundidas y asoladas ciudades enteras (1). La fertilisima tierra de Campania, y la misma ciudad de Roma destruida con muchedumbre de incendios (2), consumiéndose en ellos templos antiquísimos, hasta quedar abrasado el Capitolio por las propias manos de los ciudadanos, violadas las ceremonias (3) y culto de los dioses; adulterios grandes; el mar lleno de gente desterrada (4), y sus escollos y peñascos bañados de sangre. Crueldades mayores dentro de Roma, donde la nobleza, la riqueza y las honras fué delito el rehusarlas y el tenerlas, y el ser un hombre virtuoso ocasion de certísima muerte. Ni causaba menor aborrecimiento y lástima el ver los premios en el acusador, que las maldades cometidas por alcanzarlos; teniendo algunos como por despojos de enemigos los sacerdocios, los consulados, las procuras, la privanza del príncipe, y, finalmente, el manejo de todas las cosas. Los esclavos

(1) Pompeya y Herculano sepultadas por la erupcion del Vesubio que tuvo lugar en el reinado de Tito y en el año 79 de J. C.

(2) El del Capitolio en tiempo de Vitelio; el de una gran parte de Roma en el de Tito, y otros varios.

(3) Alude á los incestos de las Vestales que corrigió y castigó Domiciano, como lo refieren los historiadores, y además de ellos Papinio aludió en los siguientes versos, donde introduce á Domiciano como mirándolo:

An tacita vigilet face Tricus ignis, etc.

N. de la E. E.

(4) Se echaba á los infelices desterrados á islas ó más bien á rocas desiertas, como sucedió con Serifo y Gyaro, y á donde se enviaba con frecuencia sicarios para asesinarlos.

obligados á declarar contra sus señores; los libertos contra los mismos que acababan de ponerlos en libertad, y aquellos que habian sabido vivir sin enemigos, no poder evitar su destruccion por medio de sus mayores amigos.

X Bien que no fué aquel siglo tan estéril de virtud, que faltasen muchos buenos ejemplos de que tomar enseñanza; pues se ven madres acompañar á sus hijos en la huida, mujeres á sus maridos en el destierro, parientes animosos, yernos constantes, y, finalmente, esclavos no sólo fieles, pero contumaces contra el rigor de los tormentos. Véanse muertes de hombres ilustres sufridas con tal fortaleza de corazon, que en los generosos fines imitaron la constancia y celebrado valor de los antiguos. Y á mas de la multitud y variedad de casos humanos, se ven prodigios en el cielo, amonestaciones de rayos en la tierra, presagios de cosas venideras, alegres, tristes, dudosas y claras: porque jamás se pudo verificar mejor con estragos más atroces del pueblo romano ni con más ajustados juicios, que los dioses no tienen cuidado de nuestra seguridad, sino sólo de nuestro castigo.

X Mas ántes de escribir las cosas ofrecidas, me parece conveniente representar qué tal era el estado en que entonces se ballaba la ciudad de Roma, cuál la intencion de los ejércitos, en qué disposicion estaban las provincias y lo que en el mundo se hallaba entero ó flaco, para que no sólo se sepan los casos y sucesos de las cosas, que por la mayor parte suelen ser fortuitos y casuales, sino tambien las causas y razones de ellos. La muerte de Neron, así como fué agradable al primer ímpetu para todos aquellos que la deseaban, así tambien causó varios movimientos de ánimo, no sólo en Roma entre los senadores, el pueblo y los soldados pretorianos (1), pero tambien en las legiones

(1) El original dice, *aut urbanum militem*, denominacion comun bajo la cual iban comprendidas las diferentes clases de milicias que

que estaban en las provincias, y en los capitanes de ellas, habiéndose ya descubierto aquel secreto del imperio que podia elegirse el príncipe en otra parte que en Roma. Estaban contentísimos los senadores, habiendo usurpado luégo la libertad con mayor licencia de lo que fuera justo, incitados de ser el príncipe nuevo y estar ausente; y tras ellos los caballeros principales, y aquella parte del pueblo entera y sencilla, junto con los amigos y libertos de los muertos y desterrados, y los allegados y dependientes de casas grandes, que habian levantado el ánimo á nuevas esperanzas. Solamente la hez del vulgo, acostumbrado á los juegos del circo y á los teatros, y con ella los esclavos disolutos y los que, consumidas sus haciendas, se alimentaban de las infamias y vituperios de Neron, estaban tristes y deseosos de revueltas.

X Los soldados de la guardia de la ciudad, criados por el discurso de tantos años con el juramento y fidelidad de los césares, y ántes con artificio y por fuerza que por propia inclinacion reducidos á desamparar á Neron, viendo que no se daba el donativo prometido en nombre de Galba, y que á los grandes merecimientos y á los premios no correspondia el mismo lugar en la paz que en la guerra, y que la gracia del príncipe se la habian ganado por la mano las legiones que le eligieron, añadida la ocasion que dió Ninfidio Sabino, capitán suyo, con la maldad que intentó de querer ocupar el imperio, comenzaron á inclinarse á novedades: y aunque habiendo sido oprimido Ninfidio al principio de sus intentos (1), le faltaba cabeza á la sedicion, quedaba con todo eso á la mayor parte de ellos su mala conciencia, y no faltaban discursos de algunos que vituperaban la

residían habitualmente en Roma, á saber, los *Prætorii, Urbani* y *Vigiles*, cuerpos instituidos en diferentes épocas por Augusto.

(1) Ninfidio fué muerto en el momento en qué se disponia á dar gracias al ejército creyendo que iba á ser proclamado emperador.

vejez y avaricia de Galba. Y á la verdad, aquella severidad suya, loada en otro tiempo y celebrada con fama militar, no agradaba á los que, aborreciendo la antigua disciplina, estaban de suerte habituados á la manera de vida de Neron en los catorce años que le duró el imperio, que no amaban ahora ménos los vicios de los príncipes que antiguamente se solian amar y reverenciar sus virtudes. Juntábase á esto el haberse publicado ciertas palabras en nombre de Galba, es á saber: «que él estaba enseñado á escoger, y no á comprar los soldados:» palabras generosas para lo tocante á la república, aunque sospechosas en él, no correspondiendo á esta entereza las demas cosas de su gobierno.

Porque Tito Vinio y Cornelio Lacon, el uno el más perverso de los hombres, y el otro inhabilísimo y para poco, cargaban sobre las espaldas de este viejo flaco y debilitado, el uno el aborrecimiento de sus maldades, y el otro el menosprecio de su flojedad y vileza. El viaje de Galba fué espacioso y sangriento; habiendo hecho morir á Cingonio Varron, electo cónsul, y á Petronio Turpiliano, varon consular, aquél, compañero de Ninfidio, y éste como capitán de Neron: ambos á dos no oidos ni defendidos, murieron como si fueran inocentes. Fué de infeliz agüero su entrada en Roma con la muerte de tantos millares de soldados desarmados (1), y espantosa hasta á los mismos que la ejecutaban. Y habiendo metido en la ciudad una legion de las de España, y estando todavía en ella la que Neron

(1) Alude á los soldados de marina que habia reunido Neron para formar una legion, y que salieron al encuentro de Galba hasta el puente Milvio á fin de suplicarle que tuviese á bien confirmar aquel, que era para ellos un beneficio, ya que el servicio en las legiones se tenia por más honroso que el de la flota; y como, segun parece, pidiesen con obstinacion una águila y estandartes, Galba les mandó cargar y pasar á cuchillo por su caballería.— (SUET. GALBA, 12).

habia formado de la gente que sacó de la armada, estaba Roma llena de un ejército nunca visto ni acostumbrado en ella. A más de esta gente, habia tambien muchas banderas de Germanos, Bretones, é Ilirios; los mismos que, habiéndolos escogido Neron y encaminado á ocupar las puertas ó entradas de los montes Caspios para proseguir la guerra que habia resuelto hacer á los Albanos, los habia vuelto á llamar con deseo de oprimir los designios de Vindice; materia grande de novedades, y que así como no se hallaba más inclinada á unos que á otros, así tambien estaba más pronta para seguir al primero que se atreviese á intentarlas.

Pudo ayudar tambien á que tuviese efecto este discurso el aviso que se tuvo de las muertes de Clodio Macro y Fonteyo Capiton (1). A Macro mató por orden de Galba Trebonio Garuciano, procurador de Africa, porque se averiguó que andaba en aquella provincia alborotando las cosas del Estado; y á Capiton, que intentó lo mismo en Germania, le quitaron la vida Cornelio Aquino y Fabio Valente, legados de las legiones, ántes que se les ordenase. Creyeron algunos, que así como Capiton era hombre avaro y sepultado en sus vicios, asimismo faltó en él toda imaginacion de novedades; mas que los legados que le persuadian la guerra, despues de desengañados de que no gustaba de emprenderla, fingieron de suyo el delito ejecutando la traición; y que Galba, ó por la liviandad de su naturaleza, ó por no escudriñar más un caso ya sucedido y sin remedio, se habia resuelto en aprobarle de cualquier manera que hubiese sucedido. Fueron comunmente mal recibidos ambos homicidios; porque en siendo una vez aborrecido un príncipe, lo bueno y lo malo se mide para con él con una misma vara y todo se le atribuye á delito. Y los liber-

(1) El primero era gobernador de Africa, y el segundo mandaba el ejército de la baja Germania.

tos favorecidos ponian toda cosa en venta y al encanto público; y las manos de los esclavos, prontos á recibir, solicitaban tanto más este ejercicio por verle viejo. Igual dolencia padecian los nuevos cortesanos; tan grave si y tan mala de sufrir, pero no tan excusable. La misma edad de Galba era juntamente ridícula y enfadosa á los acostumbrados á la juventud de Neron: que, como suele el vulgo, juzgaban á los emperadores por la hermosura y apariencia del cuerpo.

Tales eran las disposiciones de ánimo que entre tanta muchedumbre se hallaban en Roma. Cuanto á las provincias, las Españas eran gobernadas por Cluvio Rufo, hombre elocuente y que por haber atendido á los estudios de paz no era práctico en la guerra. Las Galias, á más de la memoria que conservaban de Vindice, se hallaban obligadas tambien á Galba por la merced nuevamente recibida de hacerles ciudadanos romanos (1), y por haberles moderado los tributos venideros. Todavía las ciudades de los Galos, vecinas á los ejércitos de Germania, que no habian recibido las mismas honras, y muchas tambien á quien se habian estrechado sus términos, median con igual disgusto las comodidades ajenas y las injurias propias. Los ejércitos de Germania, cosa peligrosa en fuerzas tan grandes, estaban pensativos é hinchados de soberbia por la reciente victoria (2) y con algun temor por haber favorecido la otra

(1) ¿Cómo nuevamente recibida esta merced, pues los de la Galia Comata hacía mucho tiempo que alcanzaron esta gracia de Claudio? Ya nos lo dice el mismo Tácito en el lib. 11. Es cierto que en otro tiempo alcanzaron el derecho de ciudadanos, pero no se concedió á la generalidad del pueblo, y sí sólo á los grandes: mas ahora en tiempo de Galba fué difundido este derecho á todos los Galos que permanecieron en la devocion ó partido de Vindice, como lo refiere Plutarco: *Inde et media ejus facta est*, etc. Ni Tácito dejó de tener presente lo que habia dicho de los Galos cuando habló en el citado lugar, porque con toda precaucion escribió: *primores Galie quæ Comata appellatur*.—N. de la E. E.

(2) La alcanzada sobre Vindex bajo el mando de Verginio.

faccion. Habian á la verdad tardado en apartarse de la obediencia de Neron: ni Virginio se declaró luégo por Galba, dando con esto algunas sospechas de que deseaba el imperio para sí: lo cierto es que se le ofrecieron los soldados. De la muerte de Fonteyo Capiton, hasta los que no se podian quejar de ella se mostraban enojados y ofendidos. Faltábales cabeza habiéndoles quitado Galba á Virginio, llamándole so color de amistad; y el ver que no sólo no le volvía á enviar, pero estaba detenido en són de preso, era juzgado de ellos como por delito propio.

El ejército de la alta Germania hacía poco caso del legado Ordeonio Flaco, inhábil por la vejez y por la enfermedad continua de la gota; hombre inconstante y sin autoridad para poder gobernar soldados quietos, cuanto y más alterados: los cuales hasta de la flaqueza y poca salud del que los gobernaba venian á tomar atrevimiento. Las legiones de la Germania inferior estuvieron mucho tiempo sin cabeza consular, hasta que por Galba fué enviado Vitelio, hijo de Vitelio el Censor y tres veces cónsul, pareciendo que bastaba aquello. En el ejército de Bretaña no habia alteracion alguna, y á la verdad, no hubo legiones que en todos aquellos movimientos civiles se gobernasen como ellas, ó por hallarse apartadas y divididas del Océano, ó porque, ocupadas en continuas facciones y reencuentros no supiesen aborrecer sino á los enemigos. Estaban tambien con quietud las cosas del Ilirico, aunque las legiones llamadas por Neron, miéntras se entretuvieron en Italia, despacharon embajadores á Virginio. Mas hallándose los ejércitos divididos con tanta distancia, cosa muy saludable para mantener los soldados en fe, no podian mancomunar entre sí las fuerzas, ni mezclar los vicios.

Estaba el Oriente hasta entónces sin rumor alguno; gobernando á Siria con cuatro legiones Licinio Muciano, hombre igualmente famoso, tanto en la buena como en la mala fortuna. Habia en su juventud seguido ambiciosamente

mente y con gran sumision la amistad de los grandes: disipadas despues sus riquezas y comenzando á caer de su estado y autoridad, sospechoso por otra parte de la cólera de Claudio, retirándose á lo más apartado de Asia, estuvo tan cerca de vivir como desterrado cuanto despues de morir emperador. Hallábase en él una mezcla de buenas y ruines calidades; deshonesto é industrioso, arrogante y por otra parte apacible; si estaba en ociosidad, entregado del todo á sus deleites y pasatiempos; si en los negocios, dotado de infinitas virtudes; en lo público digno de suma alabanza, bien diferente en lo secreto. Era con sus inferiores, con sus amigos y con sus iguales artificiosamente atractivo; y al fin persona á quien fué más fácil dar el imperio á otro que tomarle para sí. Hacia la guerra en Judea con tres legiones, electo de Neron por capitán de aquella empresa, Flavio Vespasiano; el cual no estaba de mal ánimo para con Galba, habiendo enviado á visitarle con su hijo Tito, y á reconocerle y darle la obediencia, como diremos en su lugar. Mas podemos verdaderamente creer que por oculta ley de los hados, por pronósticos y respuestas de los oráculos, dejada aparte la buena fortuna de Vespasiano, le estuviese destinado el imperio á él y á sus hijos.

El Egipto y los soldados que le refrenan, ya se sabe que desde el tiempo del divo Augusto han tenido caballeros romanos que los gobiernan en lugar de los reyes; juzgando convenir para la conservacion de aquella provincia de entradas difíciles, fertilísima de granos, y por sus vicios y supersticiones instable y desunida, sin noticia de leyes y sin conocimiento de magistrados, tenerla dentro de sí misma, sin darle ocasion de inquirir las cosas de fuera. Gobernábala entónces Tiberio Alejandro. Africa y su legion, despues del homicidio de Clodio Macro, vista la prueba del mejor señorío, estaban contentos con cualquier príncipe. Las dos Mauritarias, las Retias, el Norico, la Tracia y todas las demas provincias gobernadas por procura-

dores, segun la vecindad de los ejércitos se resolvian en favor ó disfavor, siguiendo con facilidad la persuasion de los que se les pintaban por más poderosos. Las provincias desarmadas, y en particular Italia misma, expuestas á cualquier servidumbre, quedaban por premio y recompensa de la guerra. Este era el estado en que se hallaba el imperio romano cuando Servio Galba la segunda vez, y Tito Vinio, cónsules, comenzaron el año último para ellos y poco ménos para la república.

¶ Pocos dias despues de las calendas de Enero, vinieron cartas de la Galia Bélgica de Pompeyo Propincuo, procurador, que las legiones de la alta Germania, habiendo rompido la reverencia del juramento, pedian otro emperador, remitiendo la eleccion al Senado y al pueblo romano, para que se recibiese más blandamente la sedicion. Apresuró este accidente la resolucion que ya de atras tenía Galba hecha y comunicada con sus privados de elegir un sucesor, adoptándole primero. No se habia tratado de otra cosa en la ciudad con mayor atencion ni más ordinariamente que de esta durante aquellos meses, tanto por la licencia que de ordinario se toma el vulgo, y gusto y deleite grande que halla en discurrir de semejantes cosas, como por ver á Galba tan cargado de años. Pocos hablaban con juicio ó por amor que tuviesen á la república, y muchos por una esperanza secreta y ambiciosa, fundada en éste ó en aquél, pasaban voz, segun los deseos y negociaciones de cada uno, ó como allegados ó como amigos suyos. Aborrecian tambien á Tito Vinio, el cual, cuanto era cada dia más poderoso, tanto iba siendo más malquisto. La facilidad de Galba encendia grandemente el ánimo de los que aspiraban á la grandeza de sus amigos, pudiéndose con aquel viejo crédulo y flaco aventurar á perder ménos y á ganar más que con otro príncipe.

La autoridad del principado estaba dividida entre Tito Vinio, cónsul, y Cornelio Lacon, prefecto del pretorio. No

era ménos favorecido que ellos Icelo, liberto de Galba, llamado, despues que como caballero romano se le dió privilegio de traer anillos de oro, comunmente Marciano. Estos, discordes entre sí en las cosas de ménos momento, tirando cada uno á su propio interes en la eleccion del sucesor, estaban divididos en dos parcialidades; Vinio por Marco Oton, y Lacon é Icelo, sin arrimarse á ninguno, convenian sólo en la exclusiva de Oton. Por lo que se discurria en la ciudad entre personas que no saben callar, habia ya Galba penetrado la amistad de Tito Vinio con Oton; y que hallándose Vinio con una hija viuda y Oton sin mujer, habian hecho entre sí designios de suegro y yerno. Creo que asimismo atendió Galba al bien de la república, la cual mejoraria bien poco, si, quitada de las manos de Neron, venia á parar en las de Oton. Este, pasada la niñez con poco cuidado de su honra y la juventud desenfrenadamente, habia sido agradable á Neron por la semejanza de los vicios, y á esta causa depositó en él á Popea Sabina (1), su principal manceba, como en persona que tenia larga noticia de sus deshonestidades, hasta apartar de sí á su mujer Octavia; aunque despues, concibiendo celosas sospechas de él con la misma Popea, se le quitó de delante so color de enviarle á la provincia de Lusitania (2) con nombre de legado.

(1) V. en los An., lib. XIII, § XLV. el mismo hecho contado de una manera distinta y acaso más verosímil. Los *Anales* fueron compuestos despues de las *Historias*, y por lo tanto podia Tácito poseer entónces noticias más exactas.

(2) Palabras todas de Suetonio; pero debemos instruirnos de qué forma estaba dividida la España, y las prefecturas que habia, porque frecuentemente se habla de ella en esta obra. Augusto la dividió en dos provincias, la Citerior y la Ulterior: la Citerior se llamó tambien Tarraconense; á esta presidió Galba, y en este tiempo de que vamos hablando la tenia Cluvio Rufo. La Ulterior la dividió en dos provincias, que fueron la Bética y la Lusitania: la Bética era del pueblo y á ella enviaban un procónsul. No se discurre por esto que á toda la España Ulterior la gobernaba uno de

Oton, habiendo gobernado modesta y blandamente aquella provincia, fué de los primeros á seguir la parte de Galba, y no sin valor y espíritu; y mientras duró la guerra se mostró esplendidísimo entre todos los demas. Con esto iba fortificando cada dia más las esperanzas de su adopcion, que desde la eleccion de Galba tenía concebidas, favoreciéndole en esto mucha parte de los soldados, é inclinándose á él toda la corte de Neron, como quien tanto le parecia en las costumbres.

Galba, despues de la sedicion de Germania, aunque hasta entónces sin saber cosa alguna de Vitelio, estando todavía cuidadoso hasta ver á donde daba el ímpetu de los ejércitos, no confiando mucho en los pretorianos, y pareciéndole que era ya tiempo de jugar la postrer treta, hace juntar el consejo imperial para declarar su ánimo en materia de la adopcion: y habiendo llamado á más de Vinio y Lacon, á Mario Cesó, electo cónsul, y á Ducenio Gemio, prefecto de Roma, despues de haber hecho un breve discurso sobre su vejez, hace llamar á Pison Liciniano ó por propia aficion suya, ó, como otros han dicho, á instancia de Lacon, el cual, por medio de Rubelio Plauto, habia trabado amistad con él; aunque encubriéndola astutamente, mostraba favorecerle como á persona no conocida por él, ayudando á la fe de su consejo la buena fama que corria de

estos magistrados: sólo era á la Bética por ser la mejor parte de ella, y así lo confundian cuando escribian ó hablaban, como hace Plinio en el lib. 3. *Prima Hispania terrarum est, Uterior appellata, eadem Bætica*. Estrabon lo expresa con toda claridad en el lib. 3. «Ahora, dice, se han dado varias provincias al pueblo, al Senado y al príncipe: la Bética se le ha dado al pueblo, y se envia á ella un procónsul que tiene un cuestor y legado: la demas parte de España es del César y se envian á ella dos legados, el pretorio y consular, y añade que el pretorio presidia á la Lusitania con solo un legado, y los demás el consular con tres legados y tres legiones.» Confirma lo referido Dion, el cual dice que la Bética se le señaló al pueblo y al César la Lusitania y la Tarraconense.— *N. de la E. E.*

Pison, el cual, nacido de Marco Craso y de Escribonia, noble por ambos lados, de aspecto y hábito conforme á la costumbre de los antiguos, era tenido por los que hacian de él verdadera estimacion en calidad de grave y severo. Aunque los que lo interpretan peor, le juzgaban por melancólico, riguroso y cruel: puesto que aquella parte de sus costumbres más sospechosa á los escrupulosos era la más agradable para quien le adoptaba.

✦ Y así Galba, tomando por la mano á Pison, dicen que le habló de esta manera: «Si yo, como hombre particular te »adoptase segun la ley Curiata ante los pontífices, como se »acostumbra, me sería á mi reputacion, introduciendo en »mi familia la estirpe de Pompeyo y de Marco Craso, y á tí »ni más ni ménos, añadiendo á tu nobleza el esplendor de »la Sulpicia y de la Lutacia (1). Mas ahora, siendo yo por »voluntad de los dioses y de los hombres llamado al imperio, la esperanza que de tí se tiene y el amor de la patria »me mueven á ofrecerte, puesto que estás bien apartado »de este pensamiento, aquel principado por cuya posesion »pelearon tantas veces nuestros mayores, que es este »mismo que yo he ganado con las armas, siguiendo el »ejemplo de Augusto, que levantó tras sí á la suprema »grandeza á Marcelo, hijo de su hermana, despues á su »yerno Agripa, tras él á sus sobrinos, y últimamente á su »antenido Tiberio Neron. Mas Augusto buscó en su casa el »sucesor, y yo le busco en la república, no porque me fal- »ten parientes ó compañeros de guerra, mas por mostrar »que tampoco he tomado yo con ambicion el imperio, de »que es buena señal el haberte preferido no sólo á mi linaje, pero tambien al tuyo. Tienes un hermano de igual

(1) El nombre de la familia de Galba era Sulpicio, y descendia de ese Servio Sulpicio Galba de quien dice Ciceron, *Brut.* 21. que fué el primer romano que conoció todos los recursos del arte oratorio. La madre del emperador Galba fué Mummia Achaica. nieta de Q. Lutacio Catulo, cónsul en 675.

»nobleza, mayor edad, digno de esta fortuna, cuando yo
 »no te juzgara á tí por mejor. Tu edad ha pasado ya más
 »allá de los apetitos y desordenados deseos de la juventud,
 »y tu vida ha sido tal que no has hecho en ella cosa de
 »que debas disculparte ni arrepentirte. Hasta ahora has
 »sufrido solamente la adversa fortuna: las prosperidades
 »hacen más peligrosa experiencia de nuestros ánimos, y
 »nos combaten con más agudas armas y con pertrechos
 »más violentos. Porque las miserias y desdichas, aunque
 »nos pese, las sufrimos, pues no está en nuestra mano el
 »evitarlas; más las felicidades de ordinario nos estragan y
 »empeoran. Sé bien que mantendrás con la misma cons-
 »tancia que hasta aquí la fe, la libertad y la amistad, princi-
 »pales bienes de los ánimos humanos; mas no dudo de que
 »otros las irán disminuyendo con capa de agradecerte y
 »complacerte. Entrarán luégo de golpe á combatirte la so-
 »lapada adulacion, la lisonja, y el más peligroso y fuerte
 »veneno de todo buen afecto, el propio interes. Y donde
 »hoy tú y yo tratamos llana y sinceramente, los demas tra-
 »tarán de mejor gana con nuestra fortuna que con nos-
 »otros. Porque el persuadir al príncipe lo que le conviene
 »es cosa tan difícil y trabajosa, cuanto más llano y más
 »seguro el camino de la adulacion.

x »Si este cuerpo inmenso del imperio pudiese tenerse en
 »balanza y regirse sin quien le sostenga, quizá fuera yo
 »digno de dar principio á la libertad. Mas estamos ahora ya
 »reducidos á esta necesidad, que no puede mi vejez apro-
 »vechar en otra cosa al pueblo romano que en buscarme
 »un buen sucesor, ni tu juventud que en procurar ser buen
 »príncipe. Imperando Tiberio, Cayo y Claudio, habemos
 »sido como herencia de aquel linaje: valdrá ahora en lu-
 »gar de libertad el haber dado principio á la eleccion. Y
 »acabada la casa de los Julios y de los Claudios, servirá la
 »adopcion de hallar los mejores; porque el ser nacido de
 »príncipe es cosa casual, y como beneficio de la fortuna,

»no se le debe mayor estimacion; más en la adopción el
 »juicio es libre; y si quieres elegir bien, por el consenti-
 »miento y aprobación universal conocerás los mas bene-
 »méritos. Ten delante de los ojos á Neron, el cual hin-
 »chado con una larga ascendencia de los Césares, no por
 »Vindice con la provincia desarmada, ni por mí con una
 »sola legion, mas por su crueldad y por su lujuria ha sido
 »arrojado de las cervicés de la república. Hasta ahora no
 »habia ejemplo que imitar de príncipe condenado por sen-
 »tencia. Yo, elegido á esta grandeza por las armas y por
 »juicio de los buenos, cuanto más envidiado sea, tanto
 »pienso gobernarme más egregiamente. No te espantes ni
 »hagas caso de que en esta conmoción del mundo estén
 »levantadas todavía dos legiones, que ni yo tampoco hallé
 »las cosas quietas: y como se entienda la adopción, no po-
 »dré parecer viejo, pues es sólo esto lo que me imputan.
 »Neron será sin duda deseado siempre de los ruines, con-
 »viéenos ahora á tí y á mí el hacer con nuestras obras de
 »manera que no lo sea de los buenos. No es tiempo de
 »darte largas enseñanzas; sólo digo que habré cumplido
 »con todos mis designios cuando sepa que he acertado á
 »hacer de tí buena elección. El medio más provechoso y
 »más breve para saber elegir lo bueno y reprobar lo malo
 »es el considerar lo que tú, si te hallarás debajo del go-
 »bierno de otro príncipe, hubieras querido ó no querido
 »que se hiciese: porque aquí no nos sucede á nosotros
 »como en las demas naciones que son señoreadas, donde
 »una sola familia manda y otras sirven y obedecen; ántes
 »has de gobernar á gente que no puede sufrir del todo la
 »servidumbre, ni absolutamente la libertad.» Decia Galba
 estas y semejantes cosas á Pison, como haciéndole prin-
 cipe; mas los otros hablaban con él como quien ya lo era.

Dicen que Pison, á quien le miró en aquel instante y des-
 púes que llevó á sí los ojos de todos, no dió jamás señal
 alguna de ánimo alterado ó alegre. Las palabras de que

usó para con su padre emperador fueron de mucha reverencia: de sí habló modestamente, sin mudarse de hábito ni de rostro, casi como mostrándose ántes apto que deseoso de mandar. Consultándose despues sobre si la adopcion habia de confirmarse *pro Rostris*, ó en el Senado ó en los alojamientos militares (1), se determinó de ir á los alojamientos en honra de los soldados, cuyo favor, así como era malo procurarle con ambicion y donativos, asimismo no se debia menospreciar siempre que pudiese granjearse por medios lícitos y honestos. Estaba en tanto rodeado el palacio de una gran multitud de pueblo que tomaba con impaciencia lo que tardaba en descubrirseles aquel gran secreto, acrecentando más la fama los mismos que con poca discrecion procuraban suprimirla.

A los 10 de Enero, dia manchado con continúa lluvia y turbado extraordinariamente de truenos, rayos y amenazas celestes, reparándose antiguamente mucho en tales señales para despedir las juntas en que se hacian las elecciones, no se abstuvo Galba de ir á los alojamientos, como menospreciador de estas cosas á quien daba nombre de fortuitas y casuales, ó porque resueltas una vez de los hados, no se pueden huir ni evitar por más que sean anunciadas. En el parlamento pues, juntado con mucha frecuencia y concurso de gente, con brevedad y decoro imperial declaró á los soldados como adoptaba á Pison, siguiendo el ejemplo del divo Augusto, y al uso militar, que un varon puede elegir otro varon. Y porque el pasar en silencio la sedicion no la hiciese parecer mayor, añadió que dos legiones, conviene saber, la cuarta y la diez y ocho, alteradas por algunos pocos escandalosos, no en otra cosa que en palabras y en gritos habian errado, y que presto volverian á la obediencia; sin añadir otra dulzura de palabras ó promesa de pre-

(1) Era el campo de los pretorianos situado á las puertas de Roma.

mio. Con todo eso los tribunos, los centuriones y soldados más cercanos respondieron alegremente y como agradeciéndolo; mas los otros con silencio y mal semblante, como si hubieran perdido en la guerra el donativo, usurpado por ellos tambien en tiempo de paz. Lo cierto es que con cualquier pequeña muestra de liberalidad que diera aquel viejo escaso, les hubiera podido granjear las voluntades; mas fuéle entónces dañoso aquel antiguo rigor y sobrada severidad, para cuya carga son ya incapaces nuestros hombros.

El parlamento que hizo despues Galba en el Senado no fué con mayor adorno de palabras, ni ménos breve y enjuto que el de los soldados. El de Pison fué agradable y comedido, y favorecíanle los senadores con varios afectos; muchos con descubierta voluntad; otros, que no gustaban de su eleccion, moderadamente, pero todos se concertaban en las demostraciones de obediencia y respeto, levantando sus esperanzas particulares sin algun cuidado del provecho público. En los cuatro dias que siguieron entre la adopcion y la muerte, no hizo ni dijo Pison otra cosa en público. Y refrescándose cada dia más los avisos de la rebelion de Germania en aquella ciudad pronta á recibir y aumentar las malas nuevas, determinó el Senado que se enviasen embajadores al ejército, tratándose en secreto si seria acertado que fuese tambien el mismo Pison por dar mayor crédito á la embajada, representando ellos la autoridad del Senado, y él la de César. Pareció tambien que fuese juntamente Lacon, prefecto del pretorio; mas estorbólo él mismo. Y los embajadores tambien (porque el Senado habia remitido la eleccion á Galba) fueron con vergonzosa inconstancia nombrados, excusados y sustituidos muchas veces, por las diligencias y negociaciones que se hacian para ir ó quedar, conforme á lo que cada uno se dejaba llevar del temor ó de la esperanza.

Pensándose despues en el modo de hallar dineros, con-

siderado todo, pareció pensamiento justificado el sacarlos de donde tuvo origen la pobreza. Habia desperdiciado Nerón en dádivas y mercedes sesenta millones de oro (dos mil doscientos millones de sextercios) (1): y así Galba, haciendo llamar á los que los habian recibido, mandó que lo restituyesen todo, salvo la décima parte. Mas á éstos apenas les quedaba la décima de lo recibido, habiendo echado á mal la hacienda ajena por el mismo camino que ántes habian desperdiciado la propia; porque á los más perdidos y robadores de aquellos no les habian quedado casas ni viñas, sino solamente los instrumentos de sus vicios. Nombráronse para esta cobranza treinta caballeros romanos, oficio nuevo y cargoso, por la ambicion de tantos exactores y gran número de interesados. Por todas partes habia ventas al encante (2); no se oia otra cosa que voces de pregoneros, ni se veia sino gente que acudia á comprar de las almonedas, como si fuera ropa de saco. Con todo eso era gran gusto el ver quedar tan pobres á los que Nerón habia enriquecido, como á los que habia quitado sus haciendas. En los mismos dias fueron reformados de sus oficios de tribunos, de pretorianos Antonio Tauro y Antonio Nason, de las cohortes de la ciudad Emilio Pacense, y de los vigiles que tenian á su cargo las rondas, Julio Fronton. Y no fué esto remedio para los demas, sino principio de temor, como si con tenerlos atados por sospechosos, quisiesen con miedo y artificio irlos echando de uno en uno.

✕ Oton en tanto, á quien acomodadas las cosas no le quedaba esperanza alguna, era á un mismo tiempo combatido de varios pensamientos: de los excesivos gastos que le causaban sus vicios y desórdenes, bastantes á oprimirle

(1) Ó 1.487.244.000 rs. vn.

(2) El original dice: *ubique hasta*, pues para indicar esta clase de ventas se fijaba una pica en el suelo.

cuando fuera príncipe; de su pobreza, apénas sufrible á hombre particular; de la ira contra Galba, y de la envidia para con Pison. Fingíase él mismo grandes temores por encender más sus ambiciosos deseos, publicando haber sido mal visto de Neron, y que ya no le estaba bien esperar otra Lusitania, ni otro semejante honrado destierro; que era sospechoso y aborrecible siempre al príncipe aquel que tenia partes para poderle suceder; que habiéndole dañado esto ya para con el príncipe viejo, era cierto que le dañaria mucho más con el mozo, cruel de su naturaleza y feroz con el largo destierro; que era cosa fácil hacer morir á Oton, y á esta causa más acertado tentar animosamente la fortuna, miéntras estaba todavía débil la autoridad de Galba y no bien arraigada la de Pison; que era muy á propósito para los negocios grandes el valerse de la ocasion con presteza, no siendo de provecho la dilacion cuando es más dañoso el diferir que el usar temeridad; que la muerte de su naturaleza era comun á todos, diferenciándose en los sucesores con el olvido ó con la gloria. Y si al culpado y al inocente está aparejado un mismo fin, cosa de hombre más generoso es el morir por cosa que lo valga. ✕

No tenia Oton el ánimo afeminado ni semejante al cuerpo. Y los libertos y esclavos más privados, á quien él habia tenido con ménos freno y diligencia de lo que convenia en casa particular, le representaban como suyas todas las grandezas de Neron, sus palacios, sus pompas, sus adulterios y los demas deleites del que reina, deseadas con extremo por él, y le daban con ellas en rostro, como cosas que las habia de ver presto en poder ajeno, si no se atrevia á tomarlas; apretándole tambien los matemáticos, con asegurarle por observacion de las estrellas, que aquel año habia de haber nuevos movimientos y ser muy dichoso y bien afortunado á Oton: linaje de hombres infieles á los poderosos, falsos á los que se ceban de esperanzas, y que

en nuestra ciudad serán siempre prohibidos y conservados. Con estos habia conferido sus secretos Popea, y fueron miserable instrumento de aquel matrimonio con el príncipe; de los cuales, un cierto Ptolomeo, que acompañó á Oton en España, habiéndole asegurado que alcanzaria de dias á Neron, acreditado con la verdad del suceso, y ayudado de las conjeturas y discursos hechos por los que hacian juicio de la vejez de Galba y juventud de Oton, le tenia persuadido á que habia de ser llamado al imperio. Recibia todas estas cosas Oton como pronosticadas por ciencia y demostracion de los hados, llevado de aquel humano y natural deseo de creer de mejor gana las cosas que entienden ménos.

No faltaba tampoco Ptolomeo de instigarle á la maldad, á la cual de semejantes pensamientos fácilmente se pasa. Si fué improvisa la resolucion, hasta ahora no se sabe; pero es ciertísimo que mucho ántes se habia procurado el favor de los soldados, ó con la esperanza de la sucesion, ó por aparejo á la fuerza. En el camino al marchar el ejército, y en las guardias llamando por sus nombres á los soldados más viejos, y acordándoles el haber acompañado como él á Neron, nombrándolos compañeros y camaradas, mostraba conocer á unos, preguntaba de otros y con dineros y favores beneficiaba á todos; diciendo al descuido quejas ó palabras de varios sentidos, que se podian torcer contra Galba, con otros semejantes artificios para ir disponiendo el vulgo á la sedicion: los trabajos del camino, la falta de vituallas, la aspereza del mando desagradaban mucho á la gente de guerra, porque, acostumbrados á pasearse con la armada de mar por los lagos de Campania ó por las ciudades de la costa de Acaya, hacian ahora de mala gana, oprimidos del peso de las armas, los viajes largos y difíciles de los Pirineos y de los Alpes.

Habia añadido leña al fuego en los ardientes ánimos militares Mevio Pudente, uno de los familiares de Tigelino.

Este, incitando á los más livianos y necesitados á deseo de cosas nuevas, pasó poco á poco tan adelante, que cada vez que Galba iba á comer con Oton, daba á cada soldado de la cohorte que era de guardia diez escudos (cien sextercios) so color de aguinaldo del banquete. Este donativo hecho en público era aumentado tambien por Oton con otras liberalidades en secreto; habiéndose hecho tan animoso cohechador, que litigando Coceyo Proculo, soldado de la guardia imperial, sobre los confines de cierto campo con su vecino, compró con su dinero todo el campo sobre que se pleiteaba y lo dió á Proculo; y esto por indiscrecion del prefecto, fácil á ser engañado en las cosas claras, cuanto y más en las oscuras.

Mas el cargo de ejercitar la maldad se dió á Onomasto, uno de sus libertos; por el cual, atraidos á lo mismo Barbio Proculo, furriel de los archeros de la guardia, y Veturio que solia servir el oficio en su ausencia, despues de haberlos conocido Oton en diversas pláticas por hombres astutos y animosos, los cargó de promesas y de premios, dándoles tambien dineros para tentar los ánimos de otros: cosa notable que dos soldados ordinarios tomasen á su cargo el disponer del imperio romano y que saliesen con ello. Pocos fueron los agregados en la sabiduría del hecho, mas iban con varios artificios incitando y disponiendo los ánimos suspensos de los otros: á los soldados principales, con ponerles por delante las sospechas que se podian concebir contra ellos por haber sido beneficiados de Ninfidio; y al vulgo y los demas, con el enojo y con la desesperacion del donativo, diferido tantas veces. No faltaba quien se moviese tambien por la memoria de Neron y deseo de aquella vida licenciosa y disoluta; pero universalmente alcanzaba á todos el miedo de haber de mudar de milicia.

Alcanzó esta peste tambien á los ánimos de los legionarios y auxiliares, conmovidos ya desde que se divulgó la

desobediencia del ejército de Germania. Y de tal suerte estaban preparados los malos á la sedicion y los buenos á disimular, que á los 13 de Enero estuvieron por arrebatarse á Oton saliendo de cenar, si no lo estorbara el miedo de los desórdenes que suele ocasionar la noche, y estar esparcidos por la ciudad todos los soldados; de quien, á más de la imposibilidad que habia para la union y conformidad necesaria, se podia fiar bien poco, como de gente en aquellas horas por la mayor parte tocada del vino. No lo dejaron por amor de la república, á la cual en ayunas y en todo suceso se aparejaban á manchar con la sangre de su inocente príncipe, sino porque en aquella oscuridad los soldados del ejército de Panonia ó de Germania, entre los cuales habia muchos que no le conocian, no tomasen en vez de Oton al primero que se les pusiese delante. Brotaban muchos indicios de la sedicion, que fueron apagados por los cómplices, y de muchos se burló Laeon, prefecto, poco práctico de los humores militares, enemigo de todo consejo, aunque bueno, como no hubiese sido el autor, y obstinado contra los sabios y experimentados.

A los 15 de Enero, sacrificando Galba en el templo de Apolo, Umbricio, sacerdote arúspice, le predijo, hallando á los interiores de la víctima de mal agüero, que habia traicion y que el ladron era de casa; oyéndolo todo Oton, que asistia allí cerca á los sacrificios, é interpretándolo al contrario en su favor y prosperidad de sus designios. No dilató mucho el liberto Onomasto en avisarle de que le esperaba el arquitecto y los que se habian encargado de la obra: que esta era la contraseña de que estaban juntos los soldados, y puesto á punto todo lo que convenia para ejecutar la traicion. Y así, yéndose de allí Oton, respondió á los que le preguntaban la causa de su partida: «que por haber comprado una heredad cuyos edificios amenazaban ruina por su antigüedad, iba con expertos á tratar de su remedio.» Y así, arrimado á su liberto, por la casa Tiberiana

al Velabro (1), y de allí al Miliario de oro (2), llegó debajo del templo de Saturno, donde de veintitres soldados de la guardia fué saludado emperador. Y así medio perdido de ánimo, y temblando por el poco número con que se hallaba, puesto con prisa en una silla de manos, con las espadas desnudas, le arrebatan y caminan con él. Fuéronse juntando cosa de otros tantos soldados, algunos sabedores del hecho, otros llevados de aquella novedad; parte con espadas desnudas y dando gritos; otros con silencio, esperando á tomar resolucion conforme al suceso.

Hallábase de guardia aquel dia en los alojamientos Julio Marcial, tribuno, el cual, admirado de la grandeza de aquella súbita maldad, no pudiendo creer que los soldados conjurados dejasen de tener mucha parte en los alojamientos, con el miedo de perder la vida, si hacía resistencia, dió mucha ocasión de sospechar que tenía parte en la conjuración. Los demas tribunos y centuriones antepusieron las cosas presentes á las dudosas, aunque honradas. Tal fué entónces la disposición en que se hallaron los ánimos, que siendo pocos los que se atrevieron á tentar tan gran maldad, hubo muchos que se holgaron con ella, y al fin la sufrieron todos.

Galba entre tanto, no aún avisado de lo que pasaba, atendía con sus sacrificios á importunar á los dioses, encomendándoles el imperio que ya no era suyo, cuando llegó nueva de que llevaban en peso á un senador, y que se encaminaban con él á los alojamientos, sin declarar quién era, y poco despues se supo que era Oton. Luégo fueron viniendo de todas las partes de la ciudad por donde habia pasado, acrecentando unos la causa del temor, y diciendo

(1) Era al principio un estanque que se pasaba en barco entre el foro y el monte Aventino, y que dejó su nombre al ser desecado el sitio que habia ocupado.

(2) Columna dorada erigida por orden de Augusto en la entrada del foro, y desde la cual se comenzaba á contar las distancias.

otros mucho ménos de la verdad; no olvidados hasta en aquella apretura de sus acostumbradas adulaciones. Consultando pues lo que era bien hacer en aquel caso, pareció que se debia tentar el ánimo de la cohorte que estaba de guardia en palacio; no con la persona de Galba, cuya suprema autoridad se reservaba para cuando fuese menester usar de mayores remedios, sino con la de Pison, el cual, llamando á los soldados delante de las gradas de palacio, les habló así: «Hoy ha seis dias, soldados y compañeros
»míos, que yo, no sabiendo lo que habia de suceder, ni si
»era de desear ó de temer este nombre, fuí elegido César;
»no sé con qué género de fortuna para nuestra casa ó para
»la república, estando todo puesto en vuestras manos. No
»porque yo, cuanto á mí, tema ningun suceso por infelice
»que sea; pues teniendo tan experimentada la adversidad,
»sé muy bien que ni en la próspera fortuna faltan trabajos
»y peligros. De mi padre, del Senado y del imperio mismo
»me dueño, si acaso nos es necesario el morir, ó (lo que
»para los buenos no es de ménos sentimiento) hacer morir
»á otros. Teníamos contento grande de ver que hubiesen
»pasado estos últimos movimientos sin derramar sangre
»de ciudadanos y sin discordias, proveyendo con la adop-
»cion á que tampoco despues de la muerte de Galba hubiese
»ocasion de guerra.

»No quiero alabarme aquí de nobleza ni de mansedum-
»bre, no siendo necesario acordarme de la virtud para
»competir con Oton, cuyos vicios (de que él solamente
»puede alabarse) tienen arruinado el imperio desde que se
»vendia por amigo del emperador. ¿Haránle digno de él por
»ventura aquel hábito, aquel andar y aquellos ornamentos
»mujeriles? Engañanse por cierto los que dan nombre de
»liberalidad á los excesivos gastos, vicios y superfluidades;
»porque, á la verdad, él sabrá desperdiciar y echar á mal,
»pero no se infiere de aquí que sabrá dar. Ahora está re-
»volviendo en su ánimo y premeditando estupros, banque-



»tes y juntas infames de mujeres; cosas que tiene estable-
»cidas por premio del principado; de las cuales el gusto y
»los deleites serán solamente suyos, pero de la vergüenza
»y vituperio es sin duda que participareis todos; porque
»jamás gobernó alguno el imperio con buenas artes si lo
»ganó con maldad. Fué elegido Galba de consentimiento
»de todo el mundo, y yo por él con el vuestro llamado
»césar. Si la república, el Senado y el pueblo son nombres
»vanos, á vosotros, oh comilitones, toca ahora el conside-
»rarlo, y procurar que los peores no se usurpen la autori-
»dad de elegir emperador. Sabídose han otras veces movi-
»mientos y alborotos de legiones contra sus cabezas; mas
»vuestra fe y vuestra fama se ha conservado sin mancha
»hasta el dia de hoy; y el mismo Neron os desamparó á vos-
»otros, que no vosotros á él. ¿Estará por ventura en manos
»de treinta ó menos número de fugitivos y desamparadores
»de la milicia, á quien ninguno sufriria que se eligiesen un
»centurion ó un tribuno, el disponer del imperio? ¿Permi-
»tíreis vosotros tan dañoso ejemplo, ó hareis el delito co-
»mun con no ponerle remedio? Pasará esta disolucion
»hasta las provincias, y á nosotros nos tocará el suceso de
»la maldad, pero á vosotros el trabajo de la guerra. No es
»mayor premio el que se da al malo por matar al príncipe
»del que se concede al inocente que le conserva. Antes os
»prometo que recibireis de nosotros mayores mercedes
»por conservar vuestra debida fidelidad, que de los otros
»por ayudarles á ejecutar su traicion.»

Habiéndose ya á estas razones deslizado los soldados de la guardia, el resto de la cohorte, no menospreciada la plática de Pison, aunque (como sucede en las cosas turbadas y revueltas) llevados más de la ira y furor, dado que se hallaban algunos en quien quedaban todavía enteros el consejo y la resolucion, sacan fuera las banderas y se ponen en armas; cosa que se creyó despues haberse hecho por engaño y disimulacion. Ordenóse despues á Mario

Celso que fuese á los soldados que habian sido escogidos del ejército del Ilirico, alojados en el pórtico de Vipsanio (1). Mandóse á Amulio Sereno y Domicio Sabino, príncipes, que llamasen á los soldados germanos del patio del templo de la libertad (2). No se tenía por confidente la legion de la armada, ofendida por la muerte de muchos de ella á quien hizo matar Galba á su entrada en Roma. Los tribunos Cerio Severo, Subrio Dextro y Pompeyo Longino fueron al alojamiento de los pretorianos, para ver si estando todavía en su principio la sedicion podian doblarse aquellos soldados á mejor consejo; mas Subrio y Cerio fueron detenidos con amenazas: á Longino, porque no era de aquella milicia, sino amigo de Galba, fiel á su príncipe y por esto sospechoso á los alterados, pusieron las manos en él y le desarmaron. Juntóse al punto la legion de la armada con los pretorianos. Los escogidos iliricos, vueltas las puntas de los dardos contra Celso, le hacen volver más que de paso. Las banderas de germanos estuvieron irresolutas y suspensas por gran rato, no habiendo vuelto hasta entónces á cobrar sus fuerzas corporales, y hallándose con los ánimos sosegados; porque habiéndolos enviado delante Neron á Alejándria, vueltos de allá enfermos y quebrantados de la larga navegacion, Galba los hacia curar y regalar con mucho cuidado.

X Ya estaba lleno el palacio de gente popular, mezclados con ella los esclavos, que con voces desconcertadas pedian la muerte de Oton y el destierro perpétuo de los conjurados, como si en el circo ó en el teatro pidieran alguna forma de juego ó representacion. No se puede de esta

(1) Los soldados que no estaban de guardia en la ciudad la hacian casi siempre en los pórticos y templos. Segun Isidoro, los pretorianos la hacian en los pórticos de palacio. — *N. de la E. E.* — El de Vipsanio estaba en el Campo de Marte, en la novena region de Roma.

(2) En el monte Aventino.

suerte de gente esperar juicio ni verdad, pues que en el mismo dia y con el mismo ardor no dudaron de hacer instancia por lo contrario; procediendo todo de la antigua y heredada costumbre de adular á cualquier príncipe con la libertad y licencia de voces confusas, aclamaciones y con otras vanas muestras de aficion. Estaba Galba miéntras esto pasaba suspenso entre dos resoluciones. El parecer de Tito Vinio era, «que debia estarse en casa, armar los esclavos contra los enemigos, cerrar y fortificar las puertas y entradas de palacio, y en lugar de ir en busca de aquellos ánimos airados, dar tiempo de arrepentirse á los ruines, y de juntarse y conformarse á los buenos. Las maldades, decia él, toman fuerza del ímpetu, los buenos consejos de la dilacion. Y finalmente, que cuando pareciese que convenia salir, estaba siempre en su mano el hacerlo, mas el volver cuando se arrepintiese de haber salido, pendia de voluntad ajena.»

X A todos los demas parecia mejor el apresurar la salida ántes que se hiciese mayor la conjuracion, que todavia era de pocos, y que tambien Oton temblaria; el cual partiéndose á escondidas, y llevado á gente no advertida, con la pereza y el tiempo de quien en vano le estaba perdiendo, se enseñaba á hacer el personaje de emperador: que no era bien esperar á que, acomodadas sus cosas en los alojamientos, ocupase con sus soldados la plaza del foro, y á vista de Galba pasase al Capitolio, miéntras el generoso emperador con sus valientes amigos, cerrada apénas la puerta de su casa, aguardaba en ella el cerco. «Bravo socorro, decian, es el que se puede esperar de los esclavos, especialmente si la union de su muchedumbre, ó, lo que más importa, el primer ímpetu se resfria. Las cosas vergonzosas son igualmente poco seguras; tal, que cuando nos sea el morir lance forzoso, lo es tambien el ir en busca del peligro. Con esto haciendo á Oton más aborrecible, ganaremos nosotros mayor gloria.» Contradiendo, pues,

Vinio á este parecer, Lacon le acometió con grandes amenazas, incitándole Icelo, el cual, sin cuidado alguno del peligro público, conservaba contra Vinio una pertinaz y particular enemistad.

Y así sin más dilacion, arrimándose Galba al consejo aparentemente más honrado, envió delante á Pison á los alojamientos, como persona de gran nombre, de reciente favor para con los soldados y poco amigo de Tito Vinio; ó porque era así verdad, ó porque se persuadian á ello los que aborrecian á Vinio; y más fácilmente puede creerse por parte del aborrecimiento. Apénas habia partido Pison, cuando pasó voz incierta y vana al principio, que Oton habia sido muerto en los alojamientos; y, como sucede en las mentiras grandes, afirmaban muchos haberlo visto, y áun haber intervenido en ello; acreditándose la fama entre los que se holgaban con ella, y entre los que no se curaban de inquirir la verdad. Mucho tenían á esta voz por artificio de los Otonianos, que andaban mezclados ya con los demas, los cuales, deseosos de sacar en descampado á Galba, sembraban falsamente estas buenas nuevas.

Entónces, no solamente el pueblo y el vulgo ignorante, con aplauso grande y regocijo extraordinario, mas muchos caballeros y senadores, arrojado el temor, y rotas las puertas de palacio, corrian dentro desconsideradamente para hacerse ver de Galba, quejándose de que otros les hubiesen quitado la ocasion de emplearse en su venganza; pintándose valiente y lleno de atrevimiento cada cobarde, y los que cuando fué menester no le tuvieron para mirar al rostro al enemigo, no cesaban de mostrarse feroces y atrevidos con las palabras y con la lengua. Ninguno lo sabía, y todos lo afirmaban; de manera que Galba, por falta de quien le dijese la verdad, y obligado del consentimiento de tantos que estaban en este error, se puso la coraza: y no pudiendo, por la vejez y debilidad del cuer-

po, sostenerse en aquel tropel y concurso grande de gente, fué llevado en una silla. Al salir de palacio encontró á Julio Atico, uno de los de su guardia, que gritaba, mostrando la espada sangrienta, haber él muerto á Oton. Entónces Galba, mirándole con enojo, le respondió: «¡Oh compañero! y ¿quiénte lo ha mandado?» Varon verdaderamente entero, y señalado en reprimir la licencia militar, y no ménos sin miedo contra las amenazas que incorrupto contra las lisonjas.

Mas en los alojamientos no habia ya quien estuviese dudoso ni suspenso; ántes creció de suerte el ardor en los soldados, que no contentos con guardar á Oton en el concurso de aquella muchedumbre y con sus propios cuerpos, poniéndolo en el trono donde poco ántes habia estado la estatua de oro de Galba, le rodean con las banderas: y no sólo no daban lugar á los tribunos y centuriones para que pudiesen llegar á él, pero hasta los soldados ordinarios se atrevian á detener á sus propios prefectos. Resonaba todo en torno de gritos, de estruendo y de exhortaciones que se hacian unos á otros; no como entre la hez del vulgo con voces disouantes y adulaciones viles, mas segun iban viendo comparecer los soldados, los tomaban por las manos, los abrazaban con las armas, y acercándolos á Oton, enseñaban la forma del juramento, encomendando, ora los soldados al emperador, ora el emperador á los soldados. No faltaba por su parte Oton dando las manos, adorando al vulgo, ofreciendo besos, y no perdonando á toda accion servil á trueque de mandar. Y visto que toda la legion de la armada le habia prestado el juramento, confiado ya de sus fuerzas, y pareciéndole que así como hasta allí habia encendido los ánimos de cada uno en particular, sería muy á propósito animar en general á todos, puesto delante la estacada de los alojamientos, comenzó así:

«No sé si sabria declarar, oh comilitones, la calidad en
»que me presento ahora delante de vosotros, por que no

»sufro el ser llamado hombre particular, siendo aclamado
 »por vosotros emperador, ni puedo llamarme príncipe,
 »mientras haya otro que mande. Será también incierto
 »vuestro nombre mientras se esté en duda si teneis en
 »vuestros cuarteles al emperador, ó á un enemigo del pue-
 »blo romano. ¿No veis cómo se pide á un mismo tiempo mi
 »pena y vuestro castigo? Tan claro está como esto que no
 »podemos perecer ni salvarnos sino juntos. Y quizá, tal es
 »la liviandad de Galba, lo habia ya prometido, como cuan-
 »do sin instancia ni persuasión alguna hizo morir á tantos
 »millares de inocentísimos ciudadanos. Causame notable
 »espanto y horror el acordarme de aquella su entrada fiera
 »y cruel, única victoria de Galba, cuando á los ojos de
 »esta ciudad hizo diezmar á los que ya se le habian ren-
 »dido, y él recibido los humildes debajo de su palabra.
 »Entrado en Roma despues con estos auspicios, ¿qué otra
 »gloria trujo al principado que haber muerto á Obultronio
 »Sabino y á Cornelio Marcelo en España, á Betuo Chilon
 »en la Galia, á Fonteyo Capiton en Germania, á Clodio Ma-
 »nero en Africa, á Cingonio en el camino, á Turpiliano en
 »Roma y á Ninfidio en los alojamientos? ¿Qué provincia
 »hay, ó qué ejército, que no esté corriendo sangre y con-
 »taminado, ó, como él se alaba, enmendado y corregido?
 »Porque á todas aquellas cosas á quien los demas llaman
 »maldades, llama él provechosos remedios, mientras fal-
 »sificando los nombres, se le da de justo rigor á la cruel-
 »dad, de templanza á la avaricia, y de disciplina á vuestros
 »castigos, afrentas y destrozos. No ha más de siete meses
 »que acabó Neron, y vale más lo que ha robado leelo solo,
 »que cuanto granjearon y juntaron, sin otros muchos, los
 »Policletos, los Vatinios y los Elios (1). Con menor inso-
 »lencia y avaricia hubiera salteado Tito Vinio, si fuera él
 »el emperador; porque hasta ahora nos ha tenido sujetos

(1) Tres libertos de Neron.

»como suyos y tratádonos como si fuéramos ajenos. Sola
»su casa que veis allí, bastaría al donativo nunca dado y
»tantas veces zaherido.

»Y porque no nos quedase siquiera alguna esperanza en
»el sucesor, ha traído del destierro á uno de humor me-
»lancólico y avaro como él. Bien visteis, compañeros
»mios, cómo hasta los mismos dioses, por medio de aque-
»lla notable tempestad, se mostraron contrarios á su infe-
»lice adopcion. Del mismo ánimo están el Senado y el pue-
»blo romano. Sólo se espera el efecto de vuestro valor,
»en el cual consiste la fuerza de todo honesto consejo y
»acertada resolucion; y sin cuya asistencia, cualquier otra
»ayuda, por señalada que sea, es flaca y de poca estima. Yo
»no os llamo ahora á guerra ni á peligro: todas las fuerzas
»militares están en vuestro poder. Ni aquella cohorte toga-
»da (1) defiende ahora á Galba, que ántes nos le entre-
»tiene. Cuando os verá á vosotros, cuando recibirá mi con-
»traseña, sólo habrá contienda sobre quién hará más cosas
»por mi servicio. La dilacion en suma no tiene lugar en los
»consejos que no pueden loarse sino despues de ejecuta-
»dos.» Hecha tras esto abrir la casa de armas, al punto las
arrebatan y visten de ellas, sin guardar orden ni costum-
bre militar, para con las insignias de cada uno diferenciar
al pretoriano del legionario, dándose tambien confusamente
á los auxiliares las celadas y los escudos. No habia ne-
cesidad de que los tribunos ni centuriones los exhortasen:
cada uno se servia á sí mismo de instigador y capitan, y
era eficacísima espuela para los malos el ver la tristeza y
desconsuelo que no podian disimular los buenos.

Ya Pison, amedrentado de los bramidos de la creciente
sedicion, cuyos ecos resonaban hasta dentro en Roma,

(1) A fin de conservar un recuerdo de la antigua costumbre que no permitia á nadie estar armado ó en traje militar en Roma, la cohorte que daba la guardia á palacio iba vestida con la toga y no con el sagum.

habia vuelto á encontrar á Galba, salido ya de palacio y cercano á la plaza. Era ya vuelto Mario Celso con ruines nuevas, cuando querian algunos que se volviese á palacio, otros que se fuese al Capitolio, muchos que se ocupasen los Rostros, no sabiendo los más sino contradecir al parecer ajeno, y como sucede en los consejos desdichados, pareciendo siempre el mejor el que no habia ya tiempo de ejecutarse. Dijose que Lacon, sin que Galba lo supiese, pensó en matar á Tito Vinio; ó porque entendió que con su castigo se aplacaria el ánimo de los soldados, ó creyendo que era cómplice con Oton en su levantamiento, ó finalmente por el aborrecimiento que le tenía. Túvole suspenso el tiempo y el lugar, siendo difícil el templarse metiendo una vez mano á las armas; turbando tambien este designio las malas nuevas que iban llegando, y el ver que le desamparaban sus amigos, y se resfriaba por momentos el ardor de los que ántes con tanta voluntad habian hecho ostentacion de valor y de fe.

Iba entre tanto Galba fluctuando de acá y de acullá, llevado de las olas de la gente, viéndose por todo llenos de ella los palacios y templos de la plaza, con deseo de ver el fin de aquel espectáculo miserable. No habia hombre del pueblo ó de la plebe que hablase palabra; todos con el rostro atónito, con los oidos atentos, ni ruido ni inquietud, sino una forma de silencio, cual le suele causar un profundo temor, ó un enojo gravísimo. Avisado con todo eso Oton de que el pueblo se armaba, manda á los suyos que caminen aprisa y procuren prevenir los peligros. Con esto los soldados romanos, como si fueran á echar del antiguo trono de los Arsacidas á Vologeso ó á Pacoro, y no á matar á su propio emperador viejo y desarmado, desbaratada la turba, atropellado el Senado, feroces y terribles con sus armas, á espuela batida los caballos, entran furiosamente por la plaza, donde ni la vista del Capitolio, ni la religion de los templos allí vecinos, ni el respeto de los principes

pasados y venideros pudieron detenerlos de aquella maldad execrable, de la cual era lance forzoso tomar venganza cualquiera que sucediese en el imperio.

X El alférez de la cohorte que iba con Galba (Atilio Vergilion dicen que era), vistas de léjos las tropas armadas, arrancada del asta la imágen de Galba, y dando con ella en el suelo, dió tambien ocasion á los soldados para que manifiestamente se declarasen por Oton. El pueblo huye y desampara la plaza, y al punto vuelven todos las armas contra los que dudaban en retirarse. Finalmente Galba, junto al lago Curcio (1), medrosos los que le llevaban, fué echado de la fila y atropellado. De sus últimas palabras se habló váriamente, conforme al aborrecimiento ó amor que le tenian. Algunos dicen que con voz humilde dijo: «¿qué mal hé yo merecido?» pidiendo pocos dias de término para pagar el donativo. Pero los más afirman que ofreció prontamente el cuello, diciendo: «que hiriesen en él si así les parecia conveniente para el bien de la república.» Lo cierto es que no hicieron caso los matadores de cosa que dijese. No está averiguado del todo quién le mató, aunque quieren algunos que fué Terencio evocalo (2), otros que Lecanio; mas la voz comun lo atribuye á Camurio, soldado de la legion quince, que le degolló con la espada. Los otros, por hallarle el cuerpo armado, vergonzosamente le despedazaron los brazos y las piernas; añadiendo tambien por rabia y fiereza ó por mayor crueldad muchas heridas al cuerpo hecho ya piezas.

(1) Un sitio en la plaza pública llamado así, segun unos, del pantano donde se sumergió Metio Curcio, general de los Sabinos, en un combate contra los Romanos, ó segun otros de la sima á que se arrojó M. Curcio á caballo y armado.

(2) El traductor español parece que hace un nombre propio de esta palabra, siendo así que era el que se daba á los soldados que habiendo cumplido el tiempo del servicio consentian en alistarse de nuevo.

Acometieron despues á Tito Vinio, del cual no se sabe tampoco si el impreviso miedo le ató la lengua: con todo eso, dijo á grandes voces que no mandaba Oton que le matasen: lo cual, ó lo fingió así por temor de la muerte, ó realmente confesó la verdad, por ser cómplice de la conjuracion. Pero creyóse, respecto á su vida y fama, que no fué despues ménos consabedor de la traicion, que ántes habia sido la causa de ella. Cayó, pues, junto al templo del divo Julio, herido primero en la rodilla, y pasado despues de un costado al otro por Julio Caro, soldado legionario.

Vió nuestra edad aquel dia un hombre verdaderamente generoso en Sempronio Denso, centurion de una cohorte pretoria, el cual, añadido por órden de Galba á los que cuidaban de la guardia de Pison, acometiendo á los armados con el estoque y vituperándoles su maldad, ya con las manos, ya con las voces llamando á sí todo el ímpetu y furor militar, hizo plaza para que por entónces se escapase Pison, aunque herido: el cual, llegado al templo de Vesta, acogido allí por compasion de un esclavo público, y escondido en su pobre albergue, no iba difiriendo su cercana muerte con el respeto del lugar ó celo de la religion, sino sólo en virtud de aquel escondrijo, cuando sobrevinieron nombrados para ello de Oton, como quien estaba sediento de su sangre, Sulpicio Floro, de las cohortes inglesas, hecho poco ántes por Galba ciudadano romano, y Estacio Murco, de la guardia del principe, por los cuales, sacado Pison á las puertas del templo, fué en ellas mismas muerto cruelísimamente.

Dicese que Oton no oyó con mayor alegría la nueva de otra muerte alguna, ni miró y remiró otra cabeza con más ahinco ni con más insaciables ojos; y esto, ó porque hasta entónces no se acabó de asegurar de toda sospecha para comenzar á engolfarse en la alegría, ó porque la memoria de la majestad en Galba y de la amistad en Tito Vinio hu-

biesen tenido aquel ánimo, aunque cruel, confuso en aquella imaginación; teniendo por justo y por lícito el alegrarse con la muerte del enemigo y del émulo. Las cabezas hincadas en las lanzas se llevaban entre las banderas de las cohortes, delante del águila de la legion, haciendo á porfía ostentacion de sus manos ensangrentadas los que los mataron y los que intervinieron á las muertes; ó falsa ó verdaderamente se alababan de ello, como de una noble y memorable hazaña. Y así halló Vitelio despues más de ciento veinte memoriales de personas que pedian merced por hechos notables de aquel dia; los cuales, hechos buscar por él, fueron todos muertos, no en honra de Galba, mas por costumbre heredada de otros príncipes, los cuales suelen encaminar su propia seguridad con vengar las injurias hechas á sus antecesores.

Parecia realmente que eran ya otros aquel Senado y aquel pueblo; corren todos á los alojamientos, adelantándose unos á otros, y compitiendo en ser los primeros en vituperar á Galba, loar el juicio de los soldados, besar las manos á Oton; y cuanto más fingidas eran las demostraciones, tanto más las iban multiplicando. Agasajaba y recibia á todos Oton, templando con la voz y con el rostro el ánimo atrevido y amenazador de los soldados, los cuales, aborreciendo, como si fueran vicios y defectos, la industria y la inocencia de Mario Celso, electo cónsul, y fidelísimo á Galba hasta lo último, pidieron con gran instancia su muerte, comenzándose con esto á traslucir que se buscaban ocasiones de homicidios, de rapiñas y de destruir á los mejores de la ciudad. No tenia Oton autoridad aún de prohibir las maldades: el ordenarlas todavía le era permitido. Y así, fingiendo gran enojo contra Celso, y dando muestras de quererle castigar más severamente, haciéndole prender, le libró de la muerte violenta que se le aparejaba. X

Hizose todo despues á gusto de los soldados, eligiéndose

ellos mismos por prefectos del pretorio á Plocio Firmo, que habia sido soldado ordinario y era entónces prefecto de las guardias de noche; el cual, áun viviendo Galba, siguió la faccion Otoniana; y añadiéndole á Licinio Proculo, por el intrínseco trato y familiaridad con Oton, teniendo en cuenta de uno de los que más le ayudaron á poner en ejecucion sus intentos. Hicieron prefecto de Roma á Flavio Sabino, siguiendo en esto el juicio de Neron, en cuyo tiempo habia administrado el mismo cargo; teniendo muchos respeto en él á su hermano Vespasiano. Pidieron los soldados tambien que se quitase los donativos que solian dar á los centuriones, á título de que los hiciesen exentos de los trabajos y faenas personales; porque de muchos de ellos los cobraban, como si fueran ánuos tributos; especial de los soldados ordinarios. Ibanse del campo muchos en virtud de estos donativos, parte en escuadras enteras, parte con licencias limitadas, cruzando caminos, y otros se estaban ociosos en los propios alojamientos, sufriendoseles todo otro trabajo y vil ganancia, á trueque de ser pagado el centurion; comprando los soldados el ocio hasta con ladronicios, rapiñas y oficios serviles. Con esto los soldados más ricos eran trabajados más cruelmente hasta que compraban las vacaciones; y así consumidos de los gastos, sepultados miserablemente en la ociosidad, hechos de ricos pobres y de valientes cobardes, volvian de nuevo á sus manipulos: y cuando los unos hoy y los otros mañana se acababan de perder en la licencia y en la pobreza, pasaban con facilidad á las sediciones, á las discordias y finalmente á las guerras civiles. Mas Oton, por no enajenarse los ánimos de los centuriones, usando en daño suyo de liberalidad con el vulgo de los soldados, prometió que les mandaria pagar de allí adelante las vacaciones cada año de los cofres imperiales; cosa sin duda provechosísima, y que como tal la observaron tambien con perpétua disciplina los buenos príncipes. Lacon, prefecto del pretorio,

dando muestras de que le llevaban desterrado á una isla, fué muerto por Evocato (1), á quien Oton habia enviado delante con órden de quitarle la vida. Marciano Icelo, como liberto que era, fué justiciado en público.

Habiéndose, pues, gastado todo este día en maldades, la última de todas fué el contento y regocijo. El pretor urbano junta el Senado (2); compiten todos los demas magistrados en apercibir adulaciones; corren con gran prisa los senadores; dáse por decreto á Oton la potestad tribunicia, el nombre de Augusto, con todas las otras honras acostumbradas á darse á los demas emperadores, procurando cada cual borrar las injurias y vituperios que se le dijeron en aquella confusion; de las cuales, por la brevedad de su imperio, no se pudo saber si las guardaba en su ánimo para castigarlas á su tiempo, ó si se le pasaron de la memoria. Oton, estando todavía la plaza corriendo sangre, fué llevado al Capitolio por medio de los montones de cuerpos muertos, y de allí á palacio, donde dió licencia para que los muertos se quemasen. El cuerpo de Pison fué sepultado por su mujer Verania y su hermano Escribonio, y el de Tito Vinio por su hija Crispina, despues de haber rescatado sus cabezas, guardadas para este efecto por los matadores.

Era Pison de algo más de treinta años, hombre de harto mejor fama que fortuna. A Magno, uno de sus hermanos, hizo morir Claudio, y Neron á Craso. Él, habiendo vivido largo tiempo desterrado, fué por esto preferido á su hermano mayor en aquella apresurada adopcion que le hizo César por cuatro dias, para que muriese primero. Vivió Tito

(1) Aquí el traductor toma otra vez por nombre propio de persona, el que lo era de cierta clase de soldados. — V. *la nota 2* de la pág. 34.

(2) Como desde la muerte de Galba y de Vinio Roma estaba sin cónsules, era el pretor de la ciudad el que convocaba el Senado.

Vinio cincuenta y siete años con diversidad de costumbres. Su padre fué de familia pretoria; su abuelo materno uno de los encartados. Pasó con mal nombre su primer milicia debajo de Calvisio Sabino, legado, cuya mujer, viniéndole un deseo desordenado de ver el sitio de los alojamientos, entrando de noche en hábito de soldado, despues de haber querido con la misma disolucion y licencia visitar las centinelas é informarse de los demas oficiales militares, en el lugar sagrado de los principios se atrevió á cometer adulterio (1): é inculpado de este delito Tito Vinio, por órden de César fué puesto en hierros, de donde, por la mudanza de los tiempos, salió libre, y despues alcanzó los honores sin alguna dificultad. Tuvo tras el oficio de pretor el cargo de una legion, y gobernóla bien. Fué infamado tras esto de un delito servil, de haber hurtado un vaso de oro comiendo á la mesa del emperador Claudio, el cual, sabido el caso, en castigo y vergüenza del hecho mandó que sólo Vinio fuese servido el dia siguiente con vasos de barro. Gobernó con todo eso en su proconsulado severa y sinceramente la Galia Narbonense: llevado despues por medio de la amistad de Galba al estado peligroso, se mostró hombre atrevido, astuto y pronto; y segun como se disponia al bien ó al mal, era bueno ó malo con la misma fuerza. Su testamento, por la grandeza de sus riquezas, no tuvo lugar, así como la pobreza de Pison fué causa de que le tuviese el suyo.

El cuerpo de Galba, desamparado mucho tiempo, y por la libertad de la noche ultrajado en varias maneras, fué sepultado sencillamente y sin alguna pompa en un huerto de Argio, su despensero, y uno de sus más queridos esclavos. La cabeza, desfigurada y hecha piezas por la canalla de los mozos y forrajeros de los soldados, se halló el dia siguiente espetada en un palo delante del sepulcro de

(1) Plutarco lo expresa: los principios era sagrados porque allí estaban las águilas y banderas ó dioses militares.—*N. de la E. E.*

Patrobio, uno de los libertos de Neron, á quien castigó Galba, y se puso con el cuerpo que ya estaba quemado.

X Este fin tuvo Sergio Galba á los setenta y tres años de su edad, despues de haber pasado con próspera fortuna debajo del gobierno de cinco príncipes; más dichoso en el imperio de otros que en el suyo, de antiguo y noble linaje, de grandes riquezas, de mediano ingenio, y ántes sin vicios que virtuoso. No fué menospreciador de su fama, ni tampoco la procuró conservar con ostentacion. No deseó hacienda ajena, puesto que fué parco de la suya y de la pública avaro. A sus amigos y libertos sufrió, cuando acertaban á ser hombres de bien, todo lo que se podia sin merecer reprehension; y cuando sucedia que eran malos, vivia con tanto descuido de sus acciones, que llegaba á hacerse participante de sus culpas: mas la nobleza y esplendor de su nacimiento y el miedo de los tiempos que corrian dieron causa á que se llamase sabiduría lo que era en él tibieza y falta de espíritu. En la flor de su edad ganó en Germania loor de valeroso soldado. Siendo procónsul gobernó á Africa modestamente, y ya más viejo, con igual justicia la España citerior; pareciendo ó siendo siempre más que hombre particular miéntras lo fué, y por consentimiento de todos, digno del imperio, si no hubiera sido emperador.

X Espantada Roma, no ménos de la atrocidad de la reciente maldad que del temor de las viejas costumbres de Oton, fué á más de esto afligida con las últimas nuevas que se tuvieron de Vitelio, encubiertas ántes de la muerte de Galba, y publicada solamente la alteracion del ejército de la Germania superior. Y así, no sólo el Senado y los caballeros que tenian alguna parte ó cuidado de la república, mas tambien el vulgo á la descubierta se entristecia de ver elegidos fatalmente, como para la destruccion del imperio, dos de los más perversos hombres de la tierra en todo género de vicio, deshonestidad y vileza de ánimo. No se habla ya más de los nuevos ejemplos de la paz cruel, sino

repetiendo la memoria de las guerras civiles de Roma, tantas veces tomada por sus propios ejércitos, de Italia destruida, de las provincias saqueadas, de Farsalia, de los campos Filípicos, de Perusa y de Módena, nombres bien conocidos por los estragos y calamidades públicas. «Trastornóse el mundo, decian, áun cuando se peleaba por el principado entre buenos, quedando en pié el imperio con las victorias de Cayo Julio y de César Augusto, como la república lo quedara si vencieran Pompeyo y Bruto. ¿Será bien ahora recurrir á los templos en honra de Oton ó de Vitelio, oh ruegos impios, oh abominables votos, por dos de cuya guerra no se puede juzgar otra cosa con certidumbre, sino que al fin será el peor aquel que quedare con la victoria!» Había quien iba profetizando de Vespasiano y de las armas de Oriente. Y así como Vespasiano se preferia á entrambos á dos, así tambien aborrecian guerras nuevas y nuevos estragos: y más siendo dudosa hasta entónces la fama de Vespasiano, pudiéndose con verdad decir, que él solo entre los demas principes ántes de él fué quien mejoró de costumbres con el imperio.

Contaré ahora los principios y las causas de los movimientos de Vitelio. Despues de muerto y desbaratado Julio Vindice, el ejército, soberbio por la presa y por la gloria militar, enriquecido sin peligro y sin trabajo (1) en aquella victoria, amaba más la inquietud del marchar que la ociosidad, y los premios tras ordinarios que el sueldo limitado: habiendo sufrido largo tiempo una milicia sin provecho, áspera y trabajosa por la naturaleza de la tierra, calidad del cielo, y severidad de disciplina; la cual, así

(1) La guerra de Vindex se terminó con un solo combate bajo los muros de *Vesuntio* (Besanzon). Mientras que Vindex andaba en negociaciones con Verginio, las legiones, engañadas por un movimiento de los Galos, se creyeron atacadas, por lo que, embistiendo á sus contrarios, á quienes hallaron desprevenidos, les derrotaron.

como observada con rigor en tiempo de paz, así también se corrompe fácilmente en las discordias civiles; no faltando de todas partes incitadores, ni el mal ejemplo de ver quedar impunida la traicion. Habia sobra de gente, de armas y de caballos, no sólo para el uso, sino tambien para pompa y atavío. Antes de la guerra no conocian otra cosa que sus propias centurias y sus estandartes los de á caballo, dividiéndose los ejércitos con los confines y límites de las provincias. Mas unidas despues las legiones contra Vindice, hecha experiencia de las fuerzas de las Galias y conocidas las suyas, comenzaron de nuevo á buscar ocasiones de armas y de nuevas discordias, no llamándolos más, como ántes, confederados y compañeros, sino enemigos y gente sojuzgada. No cesaba aquella parte de la Galia vecina á las riberas del Rhin, que habia seguido la misma faccion, de instigar apretadamente contra los Galbianos, que así se hacian llamar, enfadados del nombre de Vindice; así, pues, enemistándose con los Sequanos y con los Eduos, y de mano en mano con las ciudades más ricas, se prometian expugnaciones de tierras, talas de campos, sacas de casas; porque, á más de su insolencia y avaricia, defectos principales de los más poderosos, eran irritados tambien de la arrogancia de los Galos; los cuales, habiendo sido descargados por Galba de la cuarta parte del tributo y gratificados en público, se alababan de ello como de cosa hecha en afrenta del ejército. Añadióse la voz, esparcida astutamente y desconsideradamente creida, que las legiones se habian de diezmar, y reformar los mejores centuriones. De todas partes venian ruines nuevas, y de Roma másimas. La colonia de Leon, de mal ánimo contra Galba y obstinadamente amiga de Neron, estaba siempre llena de vanas novedades. Mas en ningun lugar habia mayor ocasion de inventar y crear cosas extravagantes que en el mismo ejército, por el odio, por el temor y, consideradas sus fuerzas, por la seguridad.

Entrado Aulo Vitelio en la Germania inferior, hácia el principio de Diciembre del año ántes, habia con mucha diligencia visitado las guarniciones de las legiones, restituyendo en ellas á muchos con los cargos la reputacion, aliviando la ignominia de algunas penas, y haciendo entre muchas cosas con ambicion, algunas con juicio. Una de ellas fué remediar con entereza la infamia y avaricia de Fonteyo Capiton acerca del dar ó quitar cargos militares, en que parecia que se usurpaba más autoridad de la que de ordinario suelen tener los legados consulares. Era por los hombres graves tenida por humildad y bajeza de ánimo en Vitelio aquella que los que le favorecian llamaban bondad y agradable trato; porque sin medida ni juicio daba lo que era suyo, y hacía largamente merced de lo ajeno. Con todo eso la codicia de mandar daba ocasion á que sus vicios fuesen tenidos por virtudes. En el uno y en el otro ejército, así como habia muchos de modesta y quieta naturaleza, asimismo habia tambien de extraños y atrevidos; pero los más llenos de deseos desordenados y de señalada temeridad eran los legados de las legiones Alieno Cecina y Fabio Valente. Este, poco amigo de Galba por no haber sido gratificado cuando descubrió la causa por que temporizaba Virginio y oprimió los designios de Capiton, comenzó á incitar á Vitelio, mostrándole la inclinacion de los soldados y diciéndole «que la fama de su nombre era grande por todas partes; que sería seguido sin dificultad de Ordeonio Flaco, de las fuerzas de Inglaterra, de las ayudas de Germania, y de las otras provincias poco fieles á aquel viejo: el cual conservaba por vía de ruegos el imperio, que presto habia de trasferirse en otro, sólo con que abriese los brazos á la fortuna que venía en su busca: que Virginio, nacido de familia ecuestre y de padre no conocido, tuvo causa de rehusar el imperio, siéndole tan desigual el aceptarle cuanto seguro el no admitirle: donde á él la censura y los otros tres consulados de su padre, el

haber tenido en el suyo por compañero á César, ponian muy de atras en su cabeza la dignidad imperial, quitándolo á la vida y seguridad privada.» Era conmovido por estas cosas el ánimo vil de Vitelio, ántes á desearlas que á pretenderlas.

X Mas en la Germania superior, Cecina, hombre de hermosa juventud, de estatura grande, de ánimo desmedido, presto de lengua y de andar soberbio, habia sabido granjear el favor de aquellos soldados. Este, hallándose cuestor en la provincia Bética, fué de Galba, por haberse pasado prontamente á su bando, hecho cabeza de una legion. Despues, porque se supo que habia puesto la mano en el dineró público, mandó que fuese llamado á dar cuentas. Sintió esto con extremo Cecina, y determinó de revolver el juego para cubrir con el mal público sus defectos particulares. No faltaban semillas de discordia en el ejército, habiéndose hallado todo él en la guerra contra Vindice, sin haber venido á la obediencia de Galba hasta despues de la muerte de Neron: prevenido tambien en el dar el juramento por la caballería de Germania inferior. Fuera de esto, los Treveros y los Lingones, con todas las demas ciudades que habian sido maltratadas de Galba ó con edictos atroces ó con daño de confines, frecuentaban mucho los presidios de las legiones, de que nacia sediciosas pláticas, haciéndose los soldados con el comercio de los de la tierra cada dia más insolentes, y con el favor para con la persona de Virginio, que habia de aprovechar despues á cualquier otro sino á él.

Habia la ciudad de los Lingones, segun la costumbre antigua, enviado á las legiones el don de las manos diestras (1) en señal de amor y buen hospedaje. Los embaja-

(1) Insignia de fidelidad y de paz. Pichena y Ernesto creen que estas manos diestras eran algunas figuras de oro ó plata, como las que se ven en las medallas de los triunviros.—N. de la E. E.

dores de las cuales, mostrándose abatidos y tristes en los principios y por las camaradas (1), se dolían ora de las injurias recibidas, ora de los premios dados á otras ciudades sus vecinas; y donde hallaban mejor dispuestos los ánimos militares, mostraban sentir también los trabajos y penalidades del mismo ejército, encendiendo aquellos ánimos. No estaban las cosas muy apartadas de sedición, cuando Ordeonio Flaco hizo saber á los embajadores que se volbiesen á sus casas; y porque su partida fuese oculta, los hizo sacar de noche de los alojamientos. Nació de aquí una voz y queja terrible de que habían sido muertos, y que si no prevenían á sus mismas cosas los soldados más animosos y que se habían mostrado más mal satisfechos del estado presente, serían también hechos morir en aquellas tinieblas sin sabiduría de los demás. Hacen secretamente liga entre sí las legiones, agregándose también los auxiliares, aunque hasta allí los habían tenido por sospechosos, persuadiéndose á que habían pensado en cogerlos en medio, y acometerlos por todas partes con las cohortes y con toda la gente de á caballo: mas no tardaron mucho en salir de aquel engaño, mostrando por la experiencia cuánto más fáciles son los ruines en concertarse entre sí para hacer la guerra que para gozar la paz.

Con todo eso las legiones de la Germania inferior fueron forzadas el primer día de Enero á prestar el juramento solemne en favor de Galba: mas muy tibiamente, oyéndose de las primeras hileras algunas pocas voces favorables, callando los otros, y guardando cada cual el atrevimiento de su compañero, como es naturaleza de los hombres el seguir con gran prontitud lo que temen de comenzar. Mas también entre las mismas legiones había diversidad de voluntades. Los de la primera y quinta estaban alterados de

(1) Quiere decir que iban tristes y abatidos por el campamento y por las tiendas.

manera, que algunos de ellos apedrearon las estatuas de Galba: la quincena y la diez y seis no llegaron á más que á voces y amenazas, esperando á ver el que rompía primero. Mas en el ejército superior las legiones cuarta y veintidos que alojaban juntas, en el mismo dia de primero de Enero despedazaron las estatuas de Galba; la cuarta más atrevidamente, la veintidos con un poco de espacio. Despues entrambas de acuerdo, porque no pareciese que se querian despojar del todo de la reverencia del imperio, dijeron que prestaban el juramento al Senado y al pueblo romano, nombres olvidados ya y envejecidos, no moviéndose por Galba ninguno de los legados ni tribunos. Y puesto que algunos, como en tumulto, se mostraron con notable alteracion y alboroto, ninguno con todo eso se atrevió á hacer parlamento, ni á subir al tribunal donde se solian recitar, faltando cabeza, como faltaba todavía, á quien poder imputar la rebelion.

Estaba Ordeonio Flaco, legado consular, como esperando á ver en lo que paraba maldad semejante, no atreviéndose á refrenar á los declarados, ni á tener en fe á los dudosos, ni áun exhortar á los constantes; amedrentado, vil é inocente por bajeza de ánimo. Cuatro centuriones de la legion veintidos, es á saber, Nonio Recepto, Donacio Valente, Romilio Marcelo y Calpurnio Repentino, queriendo defender las imágenes de Galba, fueron impetuosamente presos y atados por los soldados. No habia ya quien tuviese cuenta con fe ni memoria de juramento: mas, como sucede en los motines, á donde estaban los más, allí estaban todos. La noche siguiente al dia de las kalendas de Enero, el aquilífero de la legion cuarta llevó la nueva á Vitelio, á quien halló cenando en la colonia Agripina, y le avisó de que las legiones cuarta y veintidos, derribadas por tierra las imágenes de Galba, habian jurado fidelidad al Senado y pueblo romano. Entónces Vitelio, juzgando por de ningun valor á este juramento, se resolvió en ocupar la plaza que le ofre-

cia la fortuna, y representárseles por príncipe. Con esto despacha al punto á las legiones y á los legados, advirtiéndoles de que el ejército superior se había ya rebelado á Galba, y dejando á su eleccion el ver si era mejor ir á pelear con ellos como con rebeldes, ó amando la quietud y la paz, hacer otro emperador, poniendo en consideracion con cuánto ménos peligro se podia elegir el príncipe, que irle á buscar.

Estaba cercana la guarnicion de la legion primera con Fabio Valente, prontísimo entre todos los legados. Este, el dia siguiente, entrado en Colonia con la caballería de la legion y de los auxiliares, saludó con ellos á Vitelio por emperador. Siguiéron á porfia todas las otras legiones de la misma provincia, y el ejército superior, dejando los nombres aparentes de Senado y pueblo romano, á los 11 de Enero se arrimó á Vitelio, conociéndose muy bien, que en los dos dias de ántes no había estado á devocion de la república. Los ciudadanos de Colonia, Treves y Langres imitaban el ardor de los ejércitos, ofreciendo ayuda de caballos, armas y dineros, segun que cada cual podia servir, ó con personas, ó con hacienda ó con industria. Y no solamente los principales de las colonias y del ejército, que podian dar sin sentir falta, y alcanzada la victoria esperar mucho, pero las compañías y soldados ordinarios contribuian en lugar de dinero la propia comida, los talabartes de las espadas, los ornamentos y guarniciones de las armas tachonados de plata, y esto por una aficion precipitada y por avaricia, pareciéndoles que lo habían de volver á cobrar todo con gran interes y lucidos aprovechamientos.

Y así, alabada por Vitelio la prontitud de los soldados, distribuyó los oficios del principado, que ántes solian darse á libertos, entre caballeros romanos. Pagó á los centuriones las vacaciones del dinero del fisco; dió muchas veces muestras de aprobar la crueldad de los soldados en

los castigos pedidos por ellos, y con igual disimulacion libraba á los inocentes, con pretexto de tenerlos presos con mayor seguridad. Pompeyo Pronpinquo, procurador de la Bélgica, fué luégo muerto. Y á Julio Burdon, capitán de la armada germánica, salvó con astucia. Estaba el ejército enojado grandemente con él, por haber primero acusado y despues vendido á Fonteyo Capiton, cuya memoria era muy grata á los soldados, pudiéndose con estos insolentes matar los hombres á la descubierta, mas no sarvarlos sino con engaño. Y así, preso entónces Burdon, fué despues de alcanzada la victoria y amortiguado el aborrecimiento puesto en libertad. Entre tanto le traen delante á Vitelio, como por víctima con que pagnar el yerro pasado, al centurion Crispino, aquel que ensució sus manos en la sangre de Capiton, más conocido á esta causa por quien pedia su muerte, y ménos estimado por quien le castigó.

Julio Civil (1) despues, en honra del favor y autoridad que tenía entre los Batavos, fué librado del peligro porque aquella gente feroz no se alterase con su muerte; y más hallándose en la ciudad de los Lingones ocho cohortes de Batavos, que era la gente de socorro de la legion catorce, de la cual se habian apartado por las discordias de aquellos tiempos, siendo de gran momento el tenerlas en favor ó contra, conforme á donde se arrimasen. Nonio, Donacio, Romulio y Calpurnio, centuriones, de quien se trató arriba, fueron hechos morir, condenados por delito de fidelidad, gravísimo entre los que faltaban de fe. Arrimáronse á la parcialidad Valerio Asiático, legado de la provincia Bélgica, á quien Vitelio tomó despues por yerno, y Julio Bleso, gobernador de la Galia Lugdunense, con la legion llamada Itálica, y la banda de caballos de Turin, que

(1) Es el mismo que con el nombre de Claudio Civil debia hacer pronto tan ruda guerra á los Romanos.

estaban alojados en Leon. No tardaron en juntarse á los demas las gentes que militaban en la Retia; haciendo lo mismo los soldados de Bretaña.

Era cabeza de esta Trebelio Máximo, despreciado por su avaricia, lujurias y robos, y aborrecido del ejército, á cuya mala voluntad fomentaba Rocio Celio, legado de la legion veinte, ya de ántes poco amigos entre sí, y despues, con ocasion de las guerras civiles, enemigos declarados. Trebelio culpaba á Celio de hombre sedicioso y de haber puesto en confusion las órdenes de la disciplina militar, y Celio á Trebelio de haber robado y empobrecido á las legiones: y con estas feas diferencias de los legados vino el ejército á tanta discordia, y á perder de manera la obediencia á Trebelio, que, ultrajado y menospreciado tambien de los auxiliarios, y arrimándose á Celio las cohortes y toda la gente de á caballo, hubo finalmente de acogerse á Vitelio. Quedó con esto la provincia quieta, aunque sin legado consular, gobernándose por los dos legados de las legiones, iguales entre sí de autoridad, aunque, por su atrevimiento, más poderoso Celio.

Con la llegada del ejército de Bretaña, aumentado Vitelio de fuerzas y de riquezas, nombró para la guerra dos capitanes y escogió dos caminos. A Fabio Valente se envió por la Galia, ordenándole que procurase ganar la voluntad de aquellos pueblos; y que si se mostraban contumaces, saqueándolos y destruyéndolos primero, entrase despues por los Alpes Cotianos (1) impetuosamente en Italia. Cecina tuvo orden de seguir el camino más corto y bajar por el paso más cercano al Apenino (2). A Valente se dió la gente escogida del ejército inferior, con el águila de la

(1) Los antiguos designaban con el nombre de Alpes Cotianos toda la parte de la cadena que comprende el monte Viso, el Ginebra y el Cenís, y á veces una ú otra tan solo de estas dos últimas montañas.

(2) El gran San Bernardo.

legion quinta y las cohortes y caballos auxiliares, que todos juntos llegaban al número de cuarenta mil hombres armados. Llevaba Cecina treinta mil de la Germania superior, cuyo nervio eran las dos legiones primera y veintiuna, y á entrambos se añadieron los socorros de Germania, de los cuales tambien Vitelio reforzó sus tropas, como quien habia de seguir tras ellos con la fuerza de la guerra.

44 X Era maravillosa la diferencia que habia entre el ejército y el emperador. Solicitaban los soldados que se viniese á las armas, mientras temblaban las Galias y las Españas estaban suspensas; que no se curase del invierno ni del entretenimiento de una perezosa paz; que convenia acometer á Italia y apoderarse de Roma; que no habia en las discordias civiles cosa más segura que la presteza, donde la obra es más necesaria que el consejo. Vitelio en contrario, sepultado en sus comodidades y en sus vicios, iba ántes de tiempo gozando de la fortuna del principado, y con necias pompas y banquetes tendidos se mostraba en medio del día borracho, y casi sin movimiento de puro pesado y gordo. Suplia de sí misma con todo eso á los officios del capitán la diligencia y valor de los soldados, cumpliendo con todas las obligaciones, como si hubiera emperador que supiera animar á los valerosos con la esperanza y á los cobardes con el temor. Puestos, pues, en ordenanza y ajenos de todo espanto, piden la seña de marchar, añadiendo luégo á Vitelio el nombre de Germánico; el de César, ni áun despues de la victoria le quiso aceptar. El mismo día que Fabio Valente se encaminó á la guerra se le presentó un felicísimo agüero para él y para su ejército: una águila con vuelo lento, al paso que el campo marchaba fué siempre delante largo espacio de tiempo, como sirviéndoles de guia: fué tal la grito de los soldados que se alegraban, y la seguridad del pájaro sin espantarse, que sin duda alguna se pudo recibir por anuncio de alguna gran felicidad.

Pasaron por los Treveros sin sospecha como entre confederados; mas en Divoduro (1), ciudad de los Mediomatrics, aunque recibidos con mucha benignidad, todavía revistiéndoseles un espanto intempestivo, tomadas las armas, degollaron á aquellos pobres ciudadanos sin alguna ocasion ó culpa suya; no por robar ni saquear, sino incitados de la rabia y del furor, donde el ignorarse las causas hacia más difícil el remedio; hasta que, mitigados por los ruegos del capitán, se abstuvieron de la última ruina de aquella ciudad, quedando con todo degollados cuatro mil hombres. Amedrentó á las Galias de suerte este suceso, que al asomar del ejército, todas las ciudades le salian á recibir humildes con los magistrados, arrodillándose por los caminos los niños y las mujeres con toda aquella suerte de sumision y de artificio que se acostumbra cuando se desea aplacar al enemigo: y esto no porque estuviesen en guerra, sino por conservarse en paz.

Tuvo Valente el primer aviso de la muerte de Galba y del imperio de Oton en la ciudad de los Leucos (2), sin alterarse por ello ó con alegría ó con temor los ánimos militares, teniendo por último fin la guerra. No se daba tiempo de pensar en sus cosas á los Galos; los cuales, aborreciendo igualmente á Oton y á Vitelio, tenían todavía temor á éste como á enemigo más cercano. Llegó entretanto el ejército á la ciudad de los Lingones, fiel á este bando, donde fueron recibidos amorosamente, compitiendo entre sí en modestia y cortesía: mas duró poco el contento por la insolencia de las cohortes, las cuales, apartadas de la legion catorce, como se ha dicho, las habia vuelto á juntar Valente con su ejército. Las primeras diferencias entre los legionarios y Batavos fué de palabras; mas llegando tras ellas á las manos, y acudiendo muchos

(1) En el dia Metz.

(2) Pueblos cuya capital era *Tullum*, actualmente Tul.

millares de soldados de ambas partes, se llegara á una formal batalla, si Valente, con el castigo de pocos, no renovara en la memoria de los Batavos la obediencia, que parecia ya tener puesta en olvido. Buscóse en vano ocasion de guerra contra los Eduos, porque ordenándoles que diesen dineros y armas, añadieron ellos á esto las vituallas de balde: haciendo despues los Leoneses por voluntad lo mismo que los Eduos habian hecho por temor. Sacó Valente de Leon la legion Itálica y la banda de caballos de Turin, dejando allí solamente de guarnicion la cohorte diez y ocho, que solia invernar en aquella ciudad. Manlio Valente, legado de la legion Itálica, aunque benemérito de aquella faccion, no fué muy honrado por Vitelio, habiéndole calumniado secretamente Fabio, y por engañarle mejor, alabádole en público.

La guerra pasada habia renovado las discordias antiguas de los Leoneses y Vieneses, siguiéndose entre ellos muchos más daños y muertes, más de ordinario y con mayor furor de lo que se requeria por sólo defender los unos la causa de Neron y los otros la de Galba. El cual, enojado con los de Leon, les habia confiscado todas sus rentas y hecho en contrario muchas mercedes á los de Viena: de aquí tomó fuerza la emulacion y la envidia entre estos dos pueblos, separados por el rio y asidos entre sí por el aborrecimiento. Iban los Leoneses incitando en uno en uno á los soldados para inducirlos á la destruccion de los Vieneses, diciéndoles, «que habian sitiado aquella su colonia, ayudado á rehacerse Vindice, y levantado poco ántes dos legiones por servicio de Galba.» Y cuando les parecia que no los dejaban persuadidos del todo, sólo con las causas de enemistad, les mostraban al ojo la grandeza de la presa. No se hacian ya estas exhortaciones en secreto, sino con públicos ruegos. «Que fuesen á hacer venganza y á estirpar la silla de la guerra de las Galias; que no hallarian allí otra cosa que gente enemiga y bárbara: donde en contra-

rio su ciudad era colonia romana, y parte de aquel ejército compañeros siempre en la buena y en la contraria fortuna: que no quisiesen, si acaso se trocaba la suerte, dejarlos por despojos de sus enemigos.»

De estas y semejantes palabras quedaron de tal manera movidos los ánimos militares, que los legados y el general desconfiaban ya de poder quietar la cólera y furor de los soldados, cuando los Vieneses, advertidos del peligro, saliendo al encuentro por donde pasaba el ejército, con las vendas sagradas y ornamentos sacerdotales, abrazando á los soldados y á sus armas, poniéndose de rodillas y besando sus pisadas, hicieron tanto, que enternecieron los ánimos militares. Valente añadió el donativo de siete ducados y medio (trescientos sextercios) por cada soldado, y entónces comenzó á prevalecer la antigüedad y reputacion de aquella colonia, y la soldadesca á oír de buena gana las palabras de Fabio, que rogaba por la salud de los Vieneses. Con todo eso fueron condenados en comun á dejar las armas, y á sustentar por aquel tránsito á los soldados, que lo hubieron de hacer ayudándose para ello de las haciendas públicas y particulares: mas la fama comun fué que compraron por gran dinero la voluntad de Valente. Este, habiendo vivido largo tiempo en pobreza, enriquecido de repente, encubria con dificultad la mudanza de su fortuna; porque teniendo con la pobreza represados muchos deseos ilícitos, recompensaba la dilacion desenfrenadamente, convirtiéndose de mozo pobre en viejo pródigo. Llevó despues el ejército con lento paso por los confines de los Alobroges y Voconcios (1), vendiendo Capiton los espacios del camino y mudanzas de alojamientos con vergonzosos pactos á los dueños de las posesiones y magistrados de

(1) Los primeros ocupaban la mayor parte de lo que se llama en el dia Delfinado y una porcion de la Saboya, siendo su capital Viena.—Los *Voconcios* habitaban al Mediodía de los Alobroges y tenian por capital á Vasio ó Vaison.

las ciudades; y con tal espanto, que estuvo por abrasar á Luco, municipio de los Voconcios; y lo hiciera, si presto no se rescataba con dineros; y donde estos faltaban, se dejaba también vencer con adulterios y estupros, y de esta suerte se llegó á los Alpes.

Mayores robos hizo y más sangre derramó Cecina. Irritaron aquel ánimo inquieto y altivo los Helvecios, nación de la Galia, famosa ya de armas y de gente, y ahora de solo nombre, porque ignorando la muerte de Galba, rehusaban el someterse al imperio de Vitelio. Dió ocasion á la guerra la avaricia y la prisa de la legion veintiuna, cuyos soldados robaron las pagas que se enviaban á una fortaleza de los Helvecios, que á su costa y con sus soldados guardaban. Sufrieron los Helvecios este daño con impaciencia, y llegando en aquella ocasion á sus manos ciertas cartas, que en nombre del ejército Germánico iban á las legiones de Panonia, se alzaron con ellas, prendiendo al centurion que las llevaba y á algunos soldados. Cecina, deseoso de guerra, solia vengar las primeras injurias ántes que pudiese tener lugar el arrepentimiento; y así, levantado luégo el campo, y comenzando á talar y saquear la tierra, destruyó un lugar que con la larga paz estaba edificado á manera de una ciudad (1), y era muy frecuentado por su amenidad y por el uso de sus aguas medicinales: avisados, pues, los auxiliares Retos que acometiesen por las espaldas á los Helvecios cuando hiciesen cara á las legiones.

Ellos tan fieros ántes del peligro como tímidos en el hecho, puesto que al principio del tumulto habian elegido por capitán á Claudio Severo, no sabian tan solamente conocer las armas, cuanto y más seguir las órdenes, y tomar salu-

(1) Baden sobre el Limmat, en el canton de Argovia á unas cinco leguas escasas de Zurich. Hay todavía en aquel sitio aguas termales, y se encuentran en él medallas y otras antigüedades romanas.

dables consejos en la necesidad. El ir á pelear con soldados viejos les parecia cosa peligrosa: el reducirse á sufrir el cerco, poco seguro, teniendo abiertos y arruinados los muros su mucha antigüedad. De una parte tenian á Cecina con grueso ejército, de otra los caballos y cohortes Retas, y la juventud misma de los Retos, acostumbrada á las armas y ejercitada en las facciones militares: por todas partes correrías, presas y muertes. Ellos, pues, hallándose derramados en medio de todos, arrojadas las armas, heridos la mayor parte ó puestos en huida, se retiraron al monte Vocccio (1), de donde fueron echados luégo por una cohorte de Traces que se envió contra ellos; y seguidos despues por los Germanos y Retos, fueron todos muertos por entre aquellas selvas y escondrijos. Murieron muchos millares de hombres, y muchos fueron vendidos al encanto. Y como despues de arruinado todo marchase el ejército la vuelta de Aventico (2), cabeza de aquella nacion, enviando los de ella las llaves, fueron finalmente admitidos á merced. Cecina, despues de haber castigado á Julio Alpino, uno de los principales, como á movedor de aquella guerra, remitió los demas al perdon ó á la crueldad de Vitelio.

No es fácil de resolver á quién hallaron los embajadores Helvecios más implacables, al emperador ó á los soldados. Estos pedian la ruina y destruccion de aquella ciudad, y con las manos y con las armas llegaban casi hasta los rostros de los embajadores. Ni Vitelio tampoco se abstenia de amenazas y palabras indecentes, cuando Claudio Coso, uno de los embajadores, harto conocido por su elocuencia, aunque encubriendo entónces el arte con una manera de mostrarse á tiempos medroso, y por esto tanto más eficaz, mitigó los ánimos de aquellos soldados de manera que,

(1) Es, segun D'Anville, el Boetz-Berg, montaña que hace parte del Jura.

(2) En el dia Avenches, á dos leguas y media de Friburgo.

como es costumbre del vulgo mudarse luégo y doblarse á la compasion, con la misma facilidad que al principio se inclinaron al rigor, ellos mismos, llenos de lágrimas y pidiendo constantemente mejores condiciones, impetraron el perdon y la salud de aquella ciudad.

Cecina, entreteniéndose algunos pocos dias en los Helvecios hasta saber la resolucion de Vitelio y aparejarse para pasar los Alpes, tuvo de Italia una buena nueva: que la banda de caballos Silana, alojada sobre la ribera del Pó, habia jurado fidelidad á Vitelio. Estos Silanos habian servido en África á Vitelio, siendo allí procónsul: despues, llamados por Neron para enviarlos á Egipto, y detenidos para la guerra de Vindice, hallándose todavía en Italia á persuasion de los capitanes, los cuales no conociendo á Oton y hallándose obligados á Vitelio, engrandeciendo la fama del ejército Germánico y el valor de las legiones que venian, se arrimaron á este bando: y como por un donativo al nuevo príncipe, añadieron las más fuertes ciudades de allá del Pó, es á saber, Milan, Novara, Eporedia y Verceci. Cecina, avisado por ellos de esto, porque aquella tan ancha parte de Italia no se podia guardar con solo el presidio de una ala de caballos, enviadas delante las cohortes de Galos, de Lusitanos y de Bretones con los estandartes de caballos Germanos con el ala Petrina, se tuvo un poco en la cumbre de los Alpes Grayos, dudoso si debia pasar de allí al Norico contra Petronio, procurador de aquella provincia: el cual, recogidas las ayudas y rotos los puentes de los rios, se tenia por Oton: mas medroso de no perder las cohortes y caballos enviados delante, y considerando tambien cuánta más gloria era el conservar á Italia á su devocion, y que á cualquier parte que cargase la victoria sería despues el Norico presa y despojos del vencedor, por la vía de los Peninos cubiertos de nieve, pasa la infantería vieja y las legiones armadas.

Oton en tanto, fuera de la opinion de todos, no entregado

á los regalos y al ocio, mas diferidos los deleites y disimulados los desórdenes y vicios á que era inclinado, atendia á componer las cosas del gobierno conforme al decoro y majestad imperial, ocasionando por esto mayor temor las virtudes forzadas y los vicios que habian de moler de represa. Manda llamar al Capitolio á Mario Celso, electo cónsul, aquel á quien, so color de que le mandaban prender, habia librado del furor militar, por ganar nombre de clemencia con este hombre ilustre y enemigo grande de su faccion; el cual conservó atrevidamente el delito de haber guardado la fe á Galba, y dado este mal ejemplo: ni Oton trató el negocio como que le perdonaba, porque no se atribuyese su reconciliacion á miedo del enemigo; ántes, sin otra cosa, le eligió luégo por uno de los capitanes de la guerra; conservando Celso igualmente, como quiso su hado, tambien con Oton la fe sincera y desdichada. Fué grata á los ciudadanos principales la libertad de Celso, celebrada del vulgo y no desagradable á los soldados, que al fin admiraban la virtud de aquel contra quien habian mostrado tanto enojo.

Ocasionó el mismo contento, aunque nacido de diferente causa, el haberse impetrado la muerte de Sofonio Tigelino. Nació Tigelino de padre y de madre viles: su juventud fué sucia y su vejez deshonestá; porque habiendo por vía de sus vicios, como camino más breve, obtenido la prefectura de las guardias de noche, y despues la de los pretorianos, con otros premios de virtud, se acomodó tambien despues á la crueldad y á la avaricia y á toda suerte de maldades, persuadiendo á Neron á todas sus perversas acciones, y atreviéndose él á hacer otras semejantes sin su sabiduría, hasta que tambien desamparó y venció al mismo Neron; á cuya causa no se pidió jamás castigo de otro alguno con más obstinacion que el de Tigelino, ni más universalmente, concurriendo á ello con vários afectos, no tanto los que amaban á Neron, como los que aborrecian

su memoria. En el principado de Galba le valió la protección de Tito Vinio, con pretexto de que había salvado la vida á una hija suya (1), como era verdad: aunque no lo hizo por clemencia, habiendo muerto á tantos, sino por tener en él seguro refugio para lo venidero. Porque todo ruin, temiendo siempre las mudanzas de estado, busca el arrimo de favores particulares contra el aborrecimiento público. Y así es cosa cierta que no se movió por protección de la inocente, sino por interes de su propia salud. A esta causa, pues, tanto más odioso, cuanto á sus propios deméritos se añadía el aborrecimiento para con Tito Vinio, corria el pueblo por toda la ciudad á palacio, á las plazas, y, donde el vulgo tiene más mano y mayor licencia, al circo y á los teatros con gritos grandes y voces sediciosas, hasta que Tigelino, que se hallaba en los baños de Sesa, sabida la nueva de su mortal necesidad, entre los estupros, entre los besos de sus mancebas, gastando mucho tiempo en infames y feas dilaciones, degollándose finalmente con una navaja, acabó de manchar, aunque tarde, con la bajeza y deshonestidad de su fin su infame y deshonrada vida.

Pedábase en este tiempo con grande instancia la muerte de Calvia Crispinilla, la cual con varios engaños y artificios se libró del peligro, no sin vituperio del príncipe que la ayudó con disimulación. Esta, habiendo sido maestra de las deshonestidades de Neron y pasado en África para mover á las armas el ánimo de Clodio Macro, maquinando descubiertamente el quitar las provisiones á Roma para matarla de hambre, ganó despues la gracia de toda la ciudad casándose con un hombre consular, no siendo molestada por Galba, ó por Oton ni Vitelio, ántes por ser muy rica y sin herederos, cosas que aprovechan harto no mé-

(1) Al sublevarse Galba con Vinio en España, la hija de este, que se hallaba en Roma expuesta á la venganza de Neron, debió la vida á la protección de Tigelino.

si no salvaba la vida á su madre de él y á sus hijos; y quedaron en pié entrambas cosas en el imperio de Oton, quizá por temor; y despues Vitelio, que venció, llevó consigo la gloria de la clemencia.

El primer aviso que añadió confianza á Oton le vino del Ilírico, diciéndole que las legiones de Dalmacia, de Pannonia y de Misia le habian jurado fidelidad. Lo mismo se entendió despues de España y por un edicto fué loado Cluvio Rufo: mas averiguóse luégo que España se habia vuelto en favor de Vitelio. Ni la Aquitania tampoco observó mucho el juramento de fidelidad á Oton, con que se habia obligado en poder de Julio Cordo. En ninguna parte habia rastro de aficion ni de fe: todos se mudaban al uno ó al otro bando, segun que aconsejaba el temor y forzaba la necesidad. Por el mismo miedo se arrimó á Vitelio la provincia Narbonense: que es cosa fácil y natural pasarse uno al partido más cercano y más poderoso. Las provincias apartadas y todos los ejércitos ultramarinos quedaron con Oton; no por favor de aquel bando, mas porque era de gran momento el nombre de Roma, y el pretexto del Senado, y habia podido mucho en los ánimos de aquellas gentes la primera informacion. Vespasiano hizo jurar por Oton al ejército judaico; Muciano á las legiones de Siria, y en su nombre se tenian el Egipto con todas las provincias hácia Oriente. Conservó África tambien la misma obediencia comenzada de Cartago, habiendo Crecente, liberto de Neron, que en aquellos tiempos infelices se habia tambien él hecho miembro de la república, sin esperar la autoridad de Vipsanio Aproniano, procónsul, por alegría del nuevo imperio, hecho un banquete público á la plebe de aquella ciudad; cuyo pueblo, apresurado, añadió otras muchas demostraciones favorables de suyo, sin regla ni medida. Siguieron despues á Cartago todas las demas ciudades.

Repartidos así los ejércitos y las provincias, no podia Vitelio sin guerra conquistar la fortuna del principado. En

pag 469

nos en los buenos tiempos que en los malos, tuvo siempre gran poder y autoridad.

Entre tanto escribió Oton muchas cartas á Vitelio llenas de palabras amorosas y halagos mujeriles, ofreciéndole dinero, favor y lugares á su eleccion, donde pudiese hacer una vida pródiga y ociosa. Lo mismo le ofreció Vitelio á Oton con blandura al principio, y con necia y vergonzosa disimulacion de entrambos. Despues, como compitiendo entre sí, se daban en rostro el uno al otro con los estupro y maldades, y ninguno mentia. Oton revocando los poderes á los embajadores que habia enviado Galba, envió otros de nuevo, comó en nombre del Senado, á entrambos ejércitos de Germania, á la legion Itálica, y á las gentes alojadas en el Leonés. Quedaron con Vitelio los embajadores más voluntariamente de lo que fuera menester para alegar que los detenian por fuerza. Y los soldados pretorianos, que, so color de honrarlos y hacerles compañía, habia enviado con ellos Oton, fueron despedidos ántes que pudiesen mezclarse con las legiones. Favio Valente escribió con ellos en nombre del ejército Germánico á las cohortes pretorianas y urbanas, engrandeciendo las fuerzas de su faccion, ofreciendo concertos, y quejándose mucho de que habiéndose dado el imperio tanto ántes á Vitelio, se hubiesen arrimado á las flacas esperanzas de Oton. Tentando de esta suerte los ánimos militares con promesas y amenazas, como inferiores de fuerza en la guerra, y que no aventuraban á perder con la paz: mas no por esto mudaron de fe los pretorianos.

Enviaron despues Oton á Germania y Vitelio á Roma para matarse el uno al otro, aunque sin efecto. Salváronse los Vitelianos en el concurso de tanta multitud, no conociendo á nadie, ni siendo conocidos de Oton, como rostros nuevos, fueron descubiertos entre los que no se conocian. Vitelio escribió á su hermano de Oton, amenazándole de muerte á su hijo

contrario Oton, como si gozara de una segura paz, hacía oficio de emperador, dando expedición á muchas cosas conforme á la dignidad de la república, y solicitando otras contra lo honesto, por acomodarse á los tiempos. El primer día de Marzo entró á ser cónsul en compañía de su hermano Ticiano (1), habiendo concedido los meses primero vinientes á Virgino, como lisonjeando al ejército Germánico; dándole por compañero á Popeo Vopisco, so color de la antigua amistad, aunque muchos lo atribuyeron á deseo de honrar á los Vieneses. Los otros consulados quedaron conforme á lo ordenado por Neron ó por Galba, es á saber, á Celio y Flavio Sabinos, de Julio; á Ario Antonino y Mario Celso, de Setiembre; á la honra de los cuales no se atrevió á contradecir el mismo Vitelio, áun despues de vencedor. Mas Oton añadió á los viejos que habian sido honrados ya con otros oficios, el sacerdocio augural y el pontificado por colmo de su dignidad; y á los mozos nobles, poco ántes vueltos del destierro, por consuelo del mal pasado, honró con los sacerdocios de sus padres y abuelos. Restituyó á Cadio Rufo, á Pedio Bleso, y á Sevino Pontino las plazas de Senadores de que habian sido privados en tiempo de Claudio y de Neron por la ley de residencia; pareciéndole á quien los perdonó mudar el nombre del delito, y pudiéndosele dar de avaricia, dársele de ofendida majestad: en odio de la cual parecian entónces hasta las buenas y justas leyes.

Con la misma liberalidad procuraba ganar los ánimos de

(1) Para entender este pasaje conviene tener presente que los emperadores, á fin de debilitar la autoridad de los cónsules y de multiplicar sus protegidos, habian hecho varias partes, por decirlo así, del consulado y nombraban cada año hasta doce titulares de esta dignidad, cuyo poder se reservaban para sí. En tiempo de Claudio llegó á haber hasta veinticinco cónsules en un solo año. Se llama por el nombre de los que entraban á ejercer su dignidad el primero de Enero, á los cuales se llamaba *consules ordinarii*; á los que se les daba el nombre de *suffecti*.

las ciudades y de las provincias: permitió á los de Sevilla y Mérida la grande el añadir algunas familias nobles al cuerpo de sus repúblicas con apellidos de linajes antiguos: á los Ilercaones en general hizo ciudadanos romanos, y á la provincia Bética hizo merced de las ciudades de los Mauros. Dió nuevos privilegios á la Capadocia y á la África, que al fin tuvieron más ostentacion que permanencia. Entre estas cosas, dignas de excusa por la necesidad de los tiempos presentes y cuidado de los por venir, no olvidándose tampoco entónces de sus amores, hizo por decreto del Senado volver á levantar las estatuas de Popea. Sospechóse con esto que tuvo pensamiento de celebrar la memoria de Neron, con esperanza de agradar al vulgo. Y no faltó quien se atreviese á sacar á plaza tambien las imágenes del mismo Neron. Y áun en algunos dias el pueblo y los soldados por aumentar honra y nobleza á Oton, le aclamaron con este nombre: viva NERON OTON. Mas él estuvo suspenso entre el temor de rehusarlo y la vergüenza de consentirlo.

Hallándose de esta suerte los ánimos vueltos á las guerras civiles, no se hacía cuenta de las cosas extranjeras. A esta causa, tomando atrevimiento ciertos pueblos Sarmatas, llamados Rojolanos (1), á la entrada del invierno, degolladas dos cohortes, entraron en la Misia con grandes esperanzas en número de nueve mil caballos, más aparejados á la presa que á la pelea, tanto por su natural ferocidad, como por la prosperidad del primer suceso. Mas la legion tercera con los auxiliarios bien ordenados para la batalla los acometieron de improviso; y hallándolos divididos y descuidados, ó por codicia de la presa ocupados de la carga y del bagaje, impedida tambien la velocidad de

(1) Nacion sármata que D'Anville, siguiendo á Ptolomeo, coloca con los Yacigos al norte del Palus Meotides (mar de Azof,) entre el Tanais y el Boristenes.

los caballos del resbaladero de los caminos, como si estuvieran atados, sin peligro alguno los mataban. Porque es cosa maravillosa que todo el valor de los Sarmatas está como fuera de sus personas; no hallándose gente más vil cuando se ofrece haber de pelear á pié, en que muestran tanta cobardía, como valor en el encuentro de á caballo, á que apénas hay ordenanza alguna que las resista. Mas lloviendo aquel dia y derritiéndose el hielo, no podian valerse de las lanzas ni de las espadas que ellos usan muy largas de á dos manos, deslizandolos caballos, agravados tambien del peso de las armas (porque los principales y más nobles entre ellos usan ir cubiertos de espesas láminas de hierro, ó de cuero endurecido, tan impenetrables á las heridas como inhábiles á levantarse de tierra cuando son derribados de! impetu enemigo). quedando tambien muchos sepultados en la altura y blandura de la nieve. En contrario, el soldado romano con la coraza acomodada y armas arrojadas ó con la espada ligera, heria de cerca al Sarmata desarmado, porque no usan de rodela para defenderse, hasta que pocos de ellos, escapados de la refriega, se escondieron en aquellos pantanos, pereciendo finalmente todos dentro de ellos por causa del rigor del frio, y fuera por el de las heridas. Llegada á Roma la nueva de este suceso. Marco Aponio, que gobernaba la Misia, fué honrado con una estatua triunfal; y á Fulvio Aurelio, Juliano Ticio y Numisio Lupo, legados de las legiones, se concedieron insignias consulares con gran alegría de Oton, que todo lo atribuia á honra suya, como si con su felicidad y valor de sus capitanes y ejércitos se fuese dilatando y engrandeciendo la república.

En este medio de un pequeño principio, y de donde no se temia daño alguno, nació una sedicion y alboroto tan grande que estuvo á pique de ocasionar la ruina de Roma. Habia ordenado Oton que se hiciese venir de Ostia la cohorte diez y siete, y habiase dado el cuidado de armarla á

Vario Crispino, uno de los tribunos pretorianos. Este, por ejecutar la comision más presto y con más quietud de los alojamientos militares, hace á entrada de noche abrir la armeria y cargar los carros de la cohorte. El tiempo aumentó la confusion, el sacar las armas la apariencia del delito, y el deseo de sosiego fué ocasion de mayor alboroto: fuera de que el ver las armas dió deseo de manejarlas á muchos que se hallaban tomados del vino. Con cuya ocasion comienzan á inquietarse los soldados; y gritando contra los tribunos y centuriones, los imputan de traicion, persuadiéndose á que se querian armar contra Oton las familias de los senadores, parte de ellos por ignorancia, parte por embriaguez, los peores prontos á la ocasion del robar, y el vulgo, como es su natural, deseoso de novedades, impedia por la noche la obediencia y prontitud de los buenos. Vinose á término, que queriendo el tribuno y uno de los más severos centuriones remediar el tumulto, quedaron muertos y robadas las armas. Subidos finalmente á caballo y desenvainadas las espadas, se van la vuelta de la ciudad y de palacio.

Hacia Oton aquella noche un banquete solemne á las principales señoras y gente granada de Roma, los cuales, espantados del rumor, no sabiendo si era casual ó por engaño del emperador, tampoco sabian resolverse en si era más peligroso el estarse quedos y dejarse prender, que el ponerse en huida y esparcirse. Y así, fingiendo unas veces ánimo, otras mostrándose temerosos, fijaban todos los ojos en Oton, el cual, como sucede en los ánimos inclinados á sospecha, miéntras teme de sí mismo, era temido de los otros. Mas no ménos espantado con el peligro del Senado que con el suyo propio, envió luégo á los prefectos del pretorio á quietar los soldados, y mandó á los del convite que se fuesen con diligencia. Entónces los que tenian oficios, arrojadas las insignias y ornamentos de sus dignidades, despedido el acompañamiento de

criados, y los viejos y las mujeres en aquella oscuridad, tomaron el camino acaso y por diversas calles, pocos á sus propias casas; los más á las de sus amigos; y cuanto éstos eran de más baja condicion, tanto les parecia estar más seguros.

No fué posible refrenar el impetu de los soldados áun en las puertas de palacio, ni pararon hasta la sala y lugar del banquete, pidiendo con gran instancia que se les mostrase á Oton, habiendo herido á Julio Marcial, tribuno, y á Vitelio Saturnino, prefecto de una legion, al querer resistir la furia. Todo estaba lleno de armas y de amenazas, ya contra los centuriones y tribunos, ya contra todo el Senado: furiosos y con el ánimo ciego y rabioso de sospechas, no sabiendo particularmente y contra quién desfogar su enojo, pedian que se les dejase proceder en general contra todos; hasta que Oton, contra el decoro imperial, estando arrimado á su estrado, con ruegos y con lágrimas dificultosamente los aplacó. Volviéronse al fin á los alojamientos contra su voluntad y no inocentes. Venido el dia, parecia Roma una ciudad saqueada, las casas cerradas, poca gente por las calles, el pueblo triste, los soldados cabizbajos, dando ántes muestras de enojo que de arrepentimiento. Licinio Proculo y Plocio Firmo, prefectos, dieron la correccion bandera por bandera, ó más dulce, ó más áspera, segun su natural; concluyendo con que se darian á cada soldado ciento y veinticinco ducados: y entónces y no ántes se atrevió Oton á entrar en los alojamientos. Fué allí luégo rodeado de tribunos y centuriones, los cuales, dejadas las insignias militares, pedian quietud y seguridad. Conocieron los soldados el vituperio que de esto les resultaba, y con grandes muestras de obediencia instaban en que fuesen castigados los autores de la sedicion.

Oton, aunque estaban todavía las cosas turbadas y confusas y las voluntades de los soldados muy diferentes entre sí, pidiendo los buenos remedio y castigo á tan gran

atrevimiento, y alegrándose el vulgo y la mayor parte con alborotos y con todo imperio ambicioso más que con el quieto y pacífico, considerando que se moverian más fácilmente á la guerra civil por medio de inquietudes y robos, y reparando finalmente en que un principado adquirido con maldades no era posible conservarle con una reformation repentina, ni con aquella antigua gravedad, congojoso por otra parte de la inquietud de la ciudad y peligro del Senado, al fin les habló de esta suerte: «No
»penseis, soldados y compañeros míos, que he venido aquí
»para mover vuestros afectos á mi amor, ni para exhortar
»vuestros ánimos á la virtud, que entrambas cosas se
»hallan aventajadamente en vosotros: no he venido sino
»para pedir templanza á vuestro valor, y límite á la afición
»que me teneis. El principio del pasado tumulto no ha ve-
»nido por codicia ó por aborrecimiento, cosas que las más
»veces son causas de discordias en los ejércitos, ni ménos
»por temer ó huir los peligros: vuestro excesivo amor para
»conmigo lo ha encendido con mucha mayor fuerza que
»consideracion: porque muchas veces de ocasiones hones-
»tas, cuando no se aplica el juicio, suceden efectos perniciosos. Verdad es que nos preparamos á la guerra; mas
»no por esto conviene que se sepa todo en público, ni que
»las resoluciones se traten en presencia de todos; pues no
»lo sufre la razon, la calidad de las cosas, ni la presteza de
»las ocasiones. Tan necesario es que ignoren los soldados
»algunas cosas, como que sepan otras. Y así conviene á la
»autoridad de los capitanes y al rigor de la disciplina mili-
»tar, que muchas cosas se ordenen solamente á los tribu-
»nos y centuriones. Si el inquirir y querer saber las cau-
»sas de las cosas que se ordenan fuese lícito á todos, fal-
»tando la obediencia caeria tambien el imperio. ¿Será lo
»pues, arrebatarse las armas á media noche? ¿Estará en arbi-
»trio de uno ó dos atrevidos y tomados del vino (que no
»quiero creer que son más los que perdieron el juicio en

»el tumulto de la noche pasada) el mancharse las manos
»con la sangre de sus centuriones y tribunos, y entrar
»impetuosamente en la tienda de su emperador?

»Sé bien que habeis hecho todo esto por mí; mas en
»aquel concurso, en aquella oscuridad, en tanta confusion
»podia tambien nacer algun accidente contra mí. ¿Qué
»otra cosa pueden desear Vitelio y los que le siguen sino
»vuestras sediciones y discordias? Que los soldados no
»obedezcan al centurion, el centurion al tribuno, y que
»puestos de aquí en confusion los infantes y caballos, va-
»mos todos á gran prisa en busca de nuestra ruina. Obede-
»ciendo, compañeros míos, y no investigando ni queriendo
»adivinar los designios que trazan los capitanes, se ejecu-
»tan las cosas de la guerra. Y aquel es ejército valerosísi-
»mo en la necesidad, que ántes de ella se conserva con
»suma quietud. Tened vosotros corazon y armas, y dejad-
»me á mí el cuidado y el gobierno de vuestro valor. De
»pocos ha sido la culpa, y así de solos dos será el castigo.
»Olvídense todos los demas de esta noche abominable. No
»haya jamás ejército alguno que oiga semejantes palabras.
»¡Contra el Senado pedir castigo; contra la cabeza del impe-
»rio, decoro y ornamento de todas las provincias! Por Hér-
»cules juro, que no lo intentaran los mismos Germanos
»que Vitelio ha llamado y trae contra nosotros. ¿Será ver-
»dad, pues, que los nacidos y criados en Italia, la verdade-
»ra y escogida juventud de Roma, se hayan atrevido á pe-
»dir la sangre y la muerte de aquel Senado, de aquel órden,
»con cuya gloria y esplendor procuramos confundir y os-
»curecer la vileza y suciedad del bando Viteliano? Tiene
»consigo Vitelio algunas naciones con cierta apariencia de
»ejército; mas está con nosotros el Senado. Y así pode-
»mos decir con razon que de esta parte está la república
»y de aquella sus enemigos. ¿Por ventura creereis vos-
»otros que la hermosura de Roma consista en la fábrica de
»las casas, ó en estos montes de piedra? Cosas son todas

»mudas y vanas que indiferentemente se pueden hacer y
»deshacer. La eternidad del Estado, la paz del mundo, mi
»salud y la vuestra de la del Senado pende. Este, pues, ins-
»tituido con dicho agüero por el padre y fundador de esta
»ciudad, continuado y hecho inmortal desde los primeros
»reyes hasta los príncipes, así como le habemos recibido
»de nuestros pasados, así conviene que le dejemos á nues-
»tros descendientes. Porque de la misma manera que de
»vosotros nacen los senadores, nacen de los senadores
»los príncipes.»

La oracion, acomodada para apretar suavemente y jun-
tamente ablandar los ánimos militares, y la templanza que
usó en el castigo, habiendo mandado que se procediese
solo contra dos, fué recibida con gran gusto, mostrándose
entónces bien dispuestos los que ántes no se podian refren-
nar. Mas no por eso volvía Roma á su quietud, oyéndose
todavía estruendo de armas y demostraciones de guerra:
y continuando los soldados, aunque en lo comun estaban
quietos, el andar esparcidos por las casas, disfrazados y
con mal ánimo contra todos los que por nobleza ó rique-
zas, ó por cualquier otra excelencia estaban puestos á los
ojos del vulgo. Creían tambien muchos que habian entra-
do en Roma soldados Vitelianos con intento de escudriñar
el favor y aficion que habia á las parcialidades; tal, que
todo estaba lleno de miedo y de sospechas, hasta las casas
más secretas y lugares más escondidos. Pero el ma-
yor espanto se mostraba en público, donde todos esta-
ban atentos á cualquier género de nuevas que trujese la
fama, para acomodar el ánimo y el rostro de manera que
no pareciesen desconfiar con las cosas dudosas, ni ale-
grarse poco de las prósperas. Juntado en la curia el Sena-
do, era tambien allí difícil el modo de gobernarse, para
que el silencio no se atribuyese á contumacia, y el hablar
á una sospechosa libertad: y más sabiendo que á Oton,
como tan cursado, hasta pocos dias ántes, en todas las

formas de adulacion, no se le podia echar dado falso. A cuya causa, torciendo los votos y haciendo rodeos, publicaban á Vitelio por enemigo y traidor á la patria. Los más prudentes y prevenidos usaban de injurias comunes; otros se alargaban á verdaderos vituperios, aunque entre el ruido de los demas, y cuando con la muchedumbre de las voces y batahola de palabras se podian embarazar á sí mismos.

Causaban tambien terror los prodigios divulgados de diversas partes. Que á los dos caballos que se mostraban delante del portal del Capitolio, tirando el carro de la Victoria, se les habian caido las riendas: que de la capilla de Juno (1) habia salido una sombra mayor que de forma humana: que la estatua del divo Julio en la isla del Tiber en dia quieto y sereno volvió el rostro del Occidente al Oriente: que en Toscana habló un buey: partos no acostumbrados de animales; y muchas otras cosas observadas en los siglos toscos hasta en tiempos de paz, en que ahora no se repara sino cuando hay temor. Pero el más principal prodigio, que con el daño presente traia tambien el miedo del porvenir, fué la súbita inundacion del Tiber, el cual con grandísima creciente, roto el puente Sublicio, dilatándose por el embarazo de la ruina de aquella máquina, inundó no sólo las partes mas bajas y llanas de la ciudad, mas los lugares que solian tenerse por seguros de aquellos accidentes. Fueron muchos los hombres que llevó tras sí, arrebatándolos de lugares públicos, y más los que se anegaron en las tiendas de sus oficios y en sus propias camas. Siguió luego hambre en el vulgo, falta de ganancia en los oficiales de todas las cosas necesarias para el sustento humano. Los cimientos de aquellos barrios, gastados por el rebalzo del agua, iban dando con las casas en tierra así como se iba

(1) El templo del Capitolio estaba dividido en tres naves, consagradas una á Júpiter, á Juno otra y la tercera á Minerva.

retirando el río. Mas en desocupándose los ánimos del miedo del peligro, el ver que el campo Marcio y la vía Flaminia, que era el camino que se había de tomar para ir á la guerra, se había impedido y cerrado; por estas causas naturales se interpretaba por prodigio y anuncio de las calamidades cercanas.

Oton, purificada con sacrificios la ciudad y consultadas las cosas de la guerra; visto que los Alpes Cotios, Peninos y los otros pasos de las Galias estaban tomados por los ejércitos Vitelianos, se resolvió de acometer luego con su armada, harto fuerte y fiel á su facción, la Galia Narbonense, formando una legión de las reliquias de los soldados que fueron muertos en Pontemole, tenidos cruelmente en prisión por Galba; dando también á los otros esperanza de más honra y noble milicia en lo venidero. Añadió á la armada los cohortes de la guardia de la ciudad, llamadas urbanas, y muchos de los pretorianos por fuerzas y nervio del ejército, guardia y consejo de los mismos capitanes. El cargo principal de la jornada se dió á Antonio Novelo, á Suedio Clemente, primipilares, y á Emilio Pacense, á quien había restituido el tribuna do que le quitó Galba. El cuidado de las galeras se dió á Osco liberto, exhortándole á conservar la misma fe que conservaban los más honrados. Para el gobierno de la gente de á pié y de á caballo se eligieron Suetonio Paulino, Mario Celso y Anio Galo; mas fiándose principalmente en Liciano Proculo, prefecto del pretorio. Este, harto suficiente para la milicia de Roma, no teniendo experiencia de guerra, culpaba, que es fácil cosa, la gravedad de Paulino, el vigor de Celso, la madurez de Galo y las virtudes de todos: y aunque mostraba con esto su astucia y malignidad, no dejaba por ello de anteponerse á los buenos y á los modestos.

Fué en aquellos días encerrado en la colonia de Aquino, aunque no en estrecha ni oscura prisión, Cornelio Dolabela, no por delito alguno, sino porque era persona de señalada

nobleza, y pariente de Galba. Mandó Oton á muchos que eran magistrados y á buena parte de los consulares que le siguiesen; no como partícipes ó ministros de la guerra, sino á título de tenerle compañía: entre los cuales fué Lucio Vitelio en la misma cuenta que los otros, ni como hermano de emperador, ni como enemigo. Esta mudanza de las cosas de Roma acabó de poner en cuidado á toda la ciudad, á donde no quedó ningun estado de gente sin peligro ni sin temor. Los principales senadores, poco aptos por la edad y por la larga paz aniquilados; la nobleza acobardada y olvidada de la guerra; los caballeros no prácticos en la milicia, cuanto más estudiaban por encubrir el temor, tanto más se hacian parecer medrosos. No faltaban algunos en contrario que con ambicion necia compraban armas guarnecidas de oro, caballos hermosísimos, suntuosos aparejos de banquetes y otros incentivos de todo vicio y sensualidad, como si aquellos fueran instrumentos necesarios para la guerra. A los sabios daba cuidado la inquietud de la república; mas los livianos y descuidados de lo porvenir se cebaban de vanas esperanzas: y muchos con el crédito perdido en la paz, estaban alegres en las revueltas, y segurísimos en el trabajo universal.

Mas el vulgo y el pueblo, que no tiene cuidado ni parte del gobierno público, comenzaron á sentir poco á poco los daños de la guerra, convirtiéndose todo el dinero en servicio de los soldados, y encareciéndose el precio á las vituallas; cosa que en el movimiento de Vindice no pudo afligir al pueblo, estando entónces Roma en seguro y con la guerra en una provincia, que por ser entre las legiones y las Galias pudo llamarse extranjera: porque desde que el divo Augusto acomodó las cosas de los césares, el pueblo romano habia peleado siempre de léjos, y con el temor y reputacion de uno solo. Debajo de Tiberio y de Cayo no hubo que temer sino las adversidades de la paz; y contra Claudio no fueron ántes descubiertos que reprimidos

los designios de Escriboniano (1). Neron fué echado del imperio ántes por virtud de los avisos y de la fama que no por fuerza de armas. Mas ahora las legiones, las armadas, y lo que habia sucedido raras veces, los pretorianos y los otros soldados de Roma eran llevados á la pelea: el Oriente y el Occidente, con todas las fuerzas restantes á sus espaldas, fueran materia de larga guerra si se peleara entre otros capitanes. No faltó quien, por alargar la partida de Oton; le antepusiese un escrúpulo de conciencia, advirtiéndole de que los broqueles caidos del cielo llamados Ancilios (2) no habian sido aún vueltos á poner en su lugar. Mas él, menospreciando toda dilacion, como cosa que habia dañado hasta al mismo Neron, incitado de los avisos de que Cecina habia pasado los Alpes, á los 14 de Marzo, encomendada la república á los senadores, hizo merced á todos los remitidos de destierro del resto de todas las condenaciones hechas por Neron, con tal que no estuviesen ya en poder del fisco: justísimo don verdaderamente, y grande en apariencia, aunque sin fruto, por haberse ántes solicitado la cobranza. Convocado despues el Parlamento, exagerando la majestad de Roma y la conformidad del Senado y del pueblo para con él, habló modestamente contra la faccion Viteliana, acusando á las legiones, ántes de inadvertencia, que de temeridad, sin jamás nombrar á Vitelio, ó que fuese modestia suya, ó que el escritor de aquella oracion, medroso de sí mismo, se

(1) Furio Camilo Escriboniano, que mandaba en Dalmacia, se levantó contra Claudio en el año 793 de Roma. A los cinco dias, arrepentidos los soldados, le asesinaron en la isilla de Issa, adonde se habia refugiado.

(2) Los ancilios ó escudos sagrados, á cuya conservacion atribuia una tradicion supersticiosa la salvacion del imperio, se guardaban en el templo de Marte, de donde se sacaban al principio del mes que lleva el nombre de este dios; los sacerdotes salios los paseaban en las fiestas que se celebraban en su honor y que duraban treinta dias, terminadas las cuales los guardaban de nuevo.

abstuviese de publicar injurias contra Vitelio. Creyéndose que así como Oton se servía en los consejos de guerra de Suetonio Paulino y de Mario Celso, así en las cosas de Roma se valió de Galerio Tracal: y había quien reconocía el estilo y modo de orar, harto célebre por la práctica del foro, y para hinchar los oídos del pueblo muy extendido y sonoro. Los gritos de alegría y falso aplauso del vulgo fueron sin medida, conforme á la costumbre de adular. Tal, que como si se tratara de honrar á César dictador, ó al emperador Augusto, porfiaban entre sí en deseárselo todo bien y felicidad. Y esto no por miedo ó por afición, sino sólo por gusto de servidumbre, á la manera que se halla entre esclavos la emulación sin estima del honor público. Partido Oton, dejó el cargo del imperio y de la quietud de Roma á Salvo Ticiano, su hermano.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Tito, enviado á Roma por Vespasiano á visitar y dar la obediencia á Galba, sabida su muerte, da la vuelta.—Visita el templo de Vénus Paña, con cuyo sacerdote consulta su fortuna: oye cosas alegres y grandes.—Vuelve á su padre, á quien halla dudoso entre el temor y el deseo del imperio, y al fin se resuelve en aguardar ocasion.—Descúbrese y préndese á un falso Neron.—Comienzan la guerra felizmente los capitanes de Oton en la Galia Narbonense, y en Córcega el procurador apoya ántes de tiempo y á su costa el nombre y faccion de Vitelio.—Entra Cecina en Italia.—Acomete á Plasencia, de donde es rechazado con infamia y daño.—Hace una emboscada contra los Otonianos, que al fin redunda en daño del mismo Cecina.—Llega Valente á Pavia, y corre notable peligro por desórden y atrevimiento de sus soldados: y aplacados, junta con velocidad sus fuerzas con las de Cecina.—Avisado Oton de todo, junta consejo, y sin embargo del parecer de sus capitanes, y en particular de Suetonio Paulino, que le persuade el alargar la guerra, resuelve el tentar la fortuna.—Vense los ejércitos en Bedriaco, y queda roto, aunque no deshecho, el Otoniano.—Oton, enfadado Virginio para hacerse emperador, el cual huye el cuerpo al cargo ó á la carga.—Pasa peligro el Senado con ocasion de un falso aviso.—En Africa es vencido Albino, y la provincia reducida á devocion de Vitelio, el cual separa las legiones y despide indiscretamente á los pretorianos.—Trábase otro tumulto en Pavia, y casualmente se aplaca.—Tratan de la guerra en Siria Vespasiano y Muciano, y de éste se ve una famosa oracion, persuadido de la cual Vespasiano, toma el imperio.—Vitelio entra en Roma feroz y amenazador.

Todo esto en espacio de un año.

Andaba ya la fortuna fabricando en otras partes del mundo principios y causas de nuevo imperio con varios sucesos ora alegres, ora tristes á la república, como tambien á los mismos príncipes, de prosperidad ó de muerte violenta. Vespasiano envió desde Judea á Tito, su hijo, vi-

viendo Galba, no sólo por hacer cumplimiento con el nuevo príncipe, sino porque su presencia acreditase á su juventud para oponerse á los honores públicos. Mas el vulgo, muerto por cosas nuevas, habia hecho voz de que se llamaba para adoptarle; tomando ocasion de ver á Galba viejo y sin sucesion, y de la impaciencia de la ciudad en querer muchos hasta que se eligiese uno. Fortificaba la opinion el natural de Tito, capaz de toda gran fortuna, la hermosura del rostro, junto con una cierta majestad; los sucesos prósperos de su padre, las respuestas de los oráculos, y lo que más importa en los ánimos dispuestos á creer, su buena fortuna. Alcanzándole, pues, en Corinto, ciudad de Acaya, el aviso de la muerte de Galba, y habiendo quien le aseguraba de las armas y de la guerra de Vitelio, suspenso de ánimo, recogido con pocos amigos, iba considerando las cosas por todas partes, y advirtiendo que si siguiese el viaje de Roma sería poco acepto el suyo: destinado en honra de otro, pudiendo quedar por rehenes de Oton ó de Vitelio: que si volviese atras, era claro no poderlo hacer sin ofensa del vencedor: y estando todavía la victoria en duda, el arrimarse el padre á una faccion, era bastante disculpa para el hijo: que si Vespasiano tentaba para sí el imperio, no habia para qué hacer caso de ofensas, tratándose de guerra.

Combatido de estos y semejantes discursos, entre esperanza y temor, prevaleció en él lo primero. No faltó quien creyese que el amor de la reina Berenice le acabó de resolver en tornar atras. Tenía verdaderamente aquel ánimo juvenil inclinacion á Berenice, aunque no bastante á divertirle de los negocios de estado: que aunque pasó su primer juventud alegremente en los deleites, fué con todo eso más modesto por su naturaleza que por freno de las órdenes paternas. Costeadas, pues, las riberas de Acaya y de Asia á la parte siniestra del mar, volvió hácia Rodas y Chipre, y de allí á Siria, á donde le vino deseo de ver el

templo de Vénus Pafia, famoso á las gentes naturales y extranjeras. No será fuera de propósito dar cuenta brevemente de aquella devocion, del sitio, del templo y de la forma de la diosa, diversa de las que se ven en otros lugares.

Tiénesese de memorias antiguas como aquel templo fué edificado por el rey Aeria, aunque otros quieren que sea este el nombre de la misma diosa. La opinion más moderna es que Cinara dedicó el templo, y que la misma diosa, después de concebida en el mar, aportó primeramente en esta tierra; mas que la ciencia y arte de los arúspices fué introducida allí por Tamira, natural de Cilicia. Y así se concertó que los sucesores de entrambos linajes asistiesen á aquella region. Poco despues, porque la estirpe real venciese en todo género de honra á los descendientes de la extranjera, renunciaron los forasteros la ciencia que ellos mismos habian traido. Consúltase solamente con el sacerdote de la familia de Cinara. Las víctimas, segun el voto de cada uno, han de ser animales machos, dándose fe certísima á las entrañas de los cabritos. Es prohibido esparcir sangre sobre la ara, sacrificándose solo con ruegos y puro fuego sobre los altares, jamás humedecidos por las lluvias, aunque están á la descubierto. El simulacro de la diosa no es en figura humana, sino un globo continuado, que de principio más ancho, se va levantando en forma de pirámide: la razon se ignora.

Tito, despues de haber visto las riquezas y dádivas reales, y las demas cosas que los Griegos, amadores de la antigüedad, atribuyen á una inmemorial vejez, consultó primero de su navegacion; y siéndole prometido próspero viaje, sacrificadas muchas víctimas, preguntó encubiertamente y con rodeo de palabras de sí mismo. Sostrato (así se llama el sacerdote), como vió las entrañas de los animales, que conformes y propicias mostraban felicidad, y que la diosa se inclinaba á aquellos grandes designios,

respondiendo por entónces pocas cosas y ordinarias, perdida audiencia secreta, le descubre los futuros sucesos. Vuelto Tito á su padre con mayores esperanzas, fué de gran momento para confirmar los ánimos sospechosos de las provincias y de los ejércitos. Habia Vespasiano acabado la guerra contra los Judíos, no quedándole otra cosa que conquistar que Jerusalem: difícil, más por naturaleza y obstinacion de aquella gente supersticiosa, que porque tuviesen fuerzas con que resistir á la necesidad. Estaban con Vespasiano, como se ha dicho, tres legiones ejercitadas en la guerra. Muciano tenía cuatro en paz; mas la emulacion y la gloria del ejército vecino las habia tenido de tal manera desveladas, que cuanto á las tres habian dado de fuerzas y de valor los peligros y trabajos, tanto añadia vigor á las cuatro el largo reposo y el no haber experimentado la guerra. Habia de una y otra parte infantes y caballos, auxiliares, armadas, reyes y reputacion grande, aunque por varias causas.

Vespasiano, gran guerrero, siempre delante al marchar del ejército á tomar el puesto de los alojamientos de dia y de noche, con el consejo y con las manos cuando era menester, pronto contra el enemigo, usando comer lo que á caso le venia delante y á vestir poco mejor que soldado ordinario, igual en todo, dejada aparte la avaricia, con los antiguos capitanes. Muciano, en contrario, era estimado por su magnificencia, por las riquezas y por las demas cosas en que excedia de lo ordinario; más apto en el decir, en el disponer, en el proveer, y más práctico en las cosas civiles. Nobilísima mezcla de principado, si, quitados los defectos de entrambos, se hubiera hecho un príncipe de sola la masa de sus virtudes. Este, puesto al gobierno de Siria, y aquél al de Judea, estaban por la vecindad de las provincias poco conformes entre sí, hasta que despues de la muerte de Neron, dejados á un cabo los odios particulares, trataron de tomar asiento y reconciliarse; al princi-

pio por medio de amigos, y despues por obra de Tito, principal instrumento de esta concordia; el cual con utilidad recíproca atajó las diferencias, acomodado por su naturaleza, no ménos que por arte, á ganar entre otras voluntades hasta la del mismo Muciano. Los tribunos y centuriones, y los otros soldados ordinarios eran acrecentados por industria, por trato licencioso, por virtud ó por complacencia, segun la naturaleza de cada uno.

60
11 Antes de la llegada de Tito habian ambos ejércitos jurado fidelidad á Oton, por la furia de mensajeros, como en semejantes casos se acostumbra, y por la tardanza con que se dejaban mover para la guerra civil, que entónces, por la primer vez tras una larga quietud, se preparaba en Oriente. Porque en los otros tiempos los movimientos de armas entre ciudadanos comenzaron en Italia y en la Galia con las fuerzas de Occidente. Y Pompeyo, Casio, Bruto y Antonio, que llevaron las guerras civiles allende el mar, tuvieron infelices fines; habiéndose en Siria y en Judea ántes oido que visto alguno de los césares. No hubo allí motines ni alborotos de legiones, los cuales amenazaron solamente á los Partos con varios sucesos. Y en la última guerra civil, miéntras estaban en trabajo las demas provincias, hubo allí quietísima paz, y despues fidelidad para con Galba.

➤ Mas como se entendió luégo que las armas desordenadas de Oton y Vitelio iban destruyendo el Estado romano, porque no les quedasen á los otros los premios del imperio y á ellos solamente la necesidad de la servidumbre, comenzaron á resentirse, y á considerar y conocer sus propias fuerzas, que eran estas. La Siria y la Judea con siete legiones prontas y gran número de auxiliares. El Egipto vecino con dos legiones. La Capadocia, el Ponto, las guarniciones de la Armenia, la Asia, y las otras provincias, abundantes de hombres y de dinero; cuantas islas rodean aquellos mares, y el mismo mar seguro y cómodo á preparar la guerra.

Era notorio á los capitanes el ardor de los soldados; mas tuvieron por bien el esperar el suceso de la guerra de los otros, sabiendo bien que los vencedores y los vencidos no se aunan jamás con fidelidad: ni para su intento era de importancia cuál de los dos quedase superior, Oton ó Vitelio: porque en las prosperidades hasta los capitanes valerosos se pierden: estos con las discordias, con el ocio, con la lujuria, y finalmente con sus propios vicios quedarían destruidos, y en cualquier caso humillados del todo, el uno de la guerra y el otro de la victoria. Difirieron, pues, las armas para mejor ocasion, habiendo entónces conferido Vespasiano y Muciano sus designios, aunque los demas mucho ántes, los mejores por el bien de la república, muchos incitados por la dulzura de los robos, los otros por la necesidad: de suerte que tanto el ruin como el bueno deseaba la guerra con igual afecto, aunque con diversos fines.

Por este tiempo las provincias de Asia y Acaya tuvieron una arma falsa de que venía á ellas Neron (1): que contándose diversamente la manera de su muerte, fingian muchos que era vivo, y muchos lo creian. Diremos en el discurso de la historia el suceso de los otros, y lo que intentaron. Pero el de ahora fué que un esclavo de la provincia de Ponto, ó segun otros, un libertino italiano, de linda voz, y gran músico de cítara (cosa que á más de la semejanza del rostro dió lugar al engaño) juntado con algunos, que habiendo desamparado sus banderas andaban vagabundos y pobres, cargándolos de promesas, se puso en la mar con

(1) La historia hace mencion de tres falsos Neronés. Este es el primero de ellos. El segundo, segun Zonaras, apareció en tiempo de Tito, por los años 80 de J. C., y se vió apoyado algun tiempo por un Arraba, rey de los Partos. Había nacido en Asia y se llamaba Terencio Máximo. Por fin, el tercero encontró tambien apoyo, segun Suetonio, entre los Partos, veinte años despues de la muerte del verdadero Neron, ó sea en el año 88 de J. C.

ellos, y arrojado por mal tiempo á la isla de Citno (4), tomó en su compañía algunos soldados que venian de Oriente, habiendo hecho matar á los que no quisieron consentir, y desbalijado los mercaderes, armó los más fuertes y robustos esclavos que pudo hallar. Tentó con varios artificios el ánimo de Sisena, centurion, que llevaba la semejanza de sus manos diestras (son estas señales de amor y de hermandad) en nombre del ejército de Siria, á los pretorianos: mas Sisena, medroso y dudando de violencia, escondidamente se huyó de aquella isla. Con esto se iba dilatando el temor, despertando muchos, con la reputacion de aquel nombre, el deseo de novedades y el aborrecimiento ordinario del estado presente.

La fortuna disipó la fama cuando iba creciendo por puntos. Habia dado Galba el gobierno de Galacia y Panfilia á Calpurnio Asprenate, con dos galeras de la armada de Miseno para llevarle, en las cuales aportó á Citno. No faltó quien llamase á los capitanes de las galeras de parte de Neron: el cual, mostrándose ofendido é invocando la fe de los soldados, en otro tiempo suyos, les rogaba que quisiesen llevarle á Siria ó á Egipto. Los capitanes mostrándose suspensos, quizá por engañarle, prometieron de tratarlo con los soldados, y que en habiéndolos dispuesto volverian á él. Mas habiendo dado cuenta de todo á Asprenate, fué por su órden entrada la nave y muerto aquél, sea quien fuere. El cuerpo, admirado por los ojos y cabellos, como tambien por la fiereza del rostro, fué llevado á Asia y de allí á Roma.

(1) En esta ciudad, pues, llena de discordias, y por las muchas mudanzas de príncipes dudosa entre libertad y disolucion, aún las cosas pequeñas se trataban con grandes

(1) Una de las Cíclades, entre Serifo y Ceos, no léjos del cabo Sunium. Es la conocida modernamente con el nombre de Thermia.

movimientos. Vibio Crispo (1), de riquezas, de autoridad y de ingenio, contado ántes entre los grandes que entre los buenos, citaba ante el Senado á Anio Fausto, caballero romano, el cual en los tiempos de Neron habia hecho officio de acusador: porque en el principado de Galba habian decretado los senadores que se viesen las causas de los acusadores. Este *senatusconsulto*, interpretado variamente segun que el reo era poderoso ó flaco, valido ó desvalido, estaba todavía en observancia. Habíase dispuesto Crispo con amenazas y con violencia á procurar la destruccion de Fausto, acusador de su hermano (2): y de tal manera habia llevado á su opinion á mucha parte de los senadores, que sin mas conocimiento de causa, querian que se pasase á la ejecucion. Mas en contrario, para con los otros ninguna cosa aprovechaba más al reo que la demasiada autoridad del acusador: pareciéndoles que se debia dar tiempo, publicar las defensas, y aunque mal quisto y culpado, observar al fin la costumbre de ser oido. Y prevalecieron al principio, habiéndose diferido la causa unos pocos dias: mas fué despues finalmente condenado Fausto, aunque no con aquel aplauso de la ciudad que merecian sus ruines costumbres; acordándose que el mismo Crispo habia ejercitado por dinero la misma profesion de acusar, desagradando no el castigo del delito, sino el autor de la venganza.

Mostráronse felices á Oton los principios de la guerra, habiéndose movido por su órden los ejércitos de Dalmacia y de Panonia. Fueron estas cuatro legiones, de las cuales se enviaron delante dos mil infantes, seguidos del resto, poco intervalo; la séptima levantada por Galba, y de soldados viejos la undécima y la décimatercia, y, la de

(1) Orador célebre que habia ejercido el officio de delator en tiempo de Neron.

(2) Vibio Secúdo, hermano de Crispo, habia sido acusado de cohecho por los habitantes de las provincias de Mauritania.

mayor nombre de todas, la catorcena, famosa por haber domado los rebeldes de Breaña; á la cual honró Neron más que á todas, habiéndola escogido por la mejor: y así le fué á él fiel siempre é inclinada á Oton. Mas dado que este ejército era bien poderoso y fuerte, su sobrada confianza le hizo bajar más despacio de lo que conviniere. La gente de á caballo de las ayudas y las cohortes llegaron ántes que ellos. Salió de Roma un número de soldados no despreciables: cinco cohortes de pretorianos y los estandartes de caballos, con la legion primera, y la ayuda vergonzosa de dos mil gladiadores, puesto que con ocasion de armas civiles han sido empleados tambien por graves capitanes. Fueron diputados al cargo de esta gente Anio Galo y Vestricio Espurina, enviado éste delante á ocupar las riberas del Pó, ya que no tenian lugar los primeros consejos, habiendo Cecina pasado los Alpes cuando esperaban poderle encerrar en las Galias. Seguian la persona de Oton sus guardias, hombres escogidos, grandes y robustos, con las cohortes pretorias y los pretorianos reformados, con gran número de soldados de la armada. No fué su viaje de persona afeminada ó entregada á los deleites, ántes, armado de coraza, iba á pié delante de las banderas, fiero, sin ornamento alguno, y en todo contrario á la fama que corria de él.

Lisonjeábale la fortuna en los principios de aquella empresa, habiendo reducido ya á su poder, con ayuda de la mar y de las galeras, la mayor parte de Italia hasta las raíces de los Alpes marítimos: para tentar á los cuales y para acometer la provincia de Narbona, habia despachado por capitanes á Suedio Clemente, Antonio Novelo y Emilio Pacense. Mas Emilio, vencido de la insolencia de los soldados, y Antonio Novelo sin autoridad, gobernaba solo absolutamente, y con mucha ambicion, Suedio Clemente; hombre no ménos deseoso de menear las manos, que poco observante de la buena disciplina militar. No parecia que

se caminaba por Italia ni por lugares y países nuestros, mas como por campos extranjeros y ciudades enemigas se abrasaba, se robaba y se asolaba todo: y tanto más desenfundadamente, cuanto por todo estaba la gente más desproveida y sin sospecha alguna, llenos los campos, abiertas las casas; cuyos dueños, saliéndoles al encuentro con las mujeres y los hijos, se hallaban debajo de la seguridad de paz, envueltos en el mal de la guerra. Gobernaba entónces los Alpes marítimos Mario Maturó, procurador. Este, juntada gente (no le faltaba juventud), hizo fuerza por echar de los confines de la provincia á los Otonianos; mas en el primer encuentro quedaron muertos y rotos los montañeses, como aquellos que, recogidos tumultuariamente, no reconociendo campo ni capitán, no hacían caso del honor de la victoria ó deshonor de la huida.

Irritados de esta facción los Otonianos, volvieron su enojo con Albentemelia (1), porque en las batallas cesaba la ocasión de la presa, siendo aquellos villanos pobres y vilmente armados; á más de que por su ligereza y práctica de la tierra, tampoco era posible tomarlos en prisión; con todo eso hartaron su avaricia con la calamidad de los inocentes. Hízolos más aborrecible el ejemplo memorable de una mujer Ligura, la cual habiendo escondido un hijo suyo, y creyendo los soldados que con él había también ocultado el oro, atormentándola por esto y preguntándole dónde estaba, mostrando ella el vientre, aquí se esconde, respondió, y ni por nuevos tormentos, ni por muerte mudó jamás la constancia de estas generosas palabras.

Por mensajeros tan diligentes como temerosos tuvo aviso Fabio Valente que la armada de Oton se había descubierto sobre la provincia de Narbona, ya declarada por Vitelio; y juntamente comparecieron los embajadores de las colonias

(1) En el día Vintimille.

á pedir socorro, á cuya causa despachó luégo la vuelta de allá dos cohortes de Tongros, cuatro cornetas de caballos, con toda la caballería, de los Treveros á cargo de Julio Clasico, su capitan; de los cuales quedó parte en la colonia de Frexu, para que encaminándose todas las fuerzas por tierra, no se diese comodidad á la armada enemiga con dejarle el mar libre, para facilitar su camino y dar sobre aquella ciudad. Fueron contra el enemigo doce cornetas de caballos, un golpe de gente escogida de las cohortes Liguras, presidio antiguo de aquel lugar, y quinientos Panonios, no aún recibidos debajo de banderas. No se dilató mucho la batalla, ordenándose de esta manera: una parte de los de la armada, mezclados con los del país, se pusieron sobre los collados vecinos á la mar; en el llano, entre los montes y la marina, los soldados pretorianos; en la mar misma la armada con las proas á tierra en feroz ordenanza se extendía preparada á la pelea. Los Vitelianos, que tenían pocos infantes, siendo su nervio la caballería, pusieron en los montes vecinos la gente de los Alpes, y las cohortes en ordenanza cerrada detras de los caballos. Descubrióse desconsideradamente al enemigo la caballería de los Treveros, que fué recibida con mucho valor por los veteranos, y ofendida tambien por los lados de las piedras que arrojaban los del país, prácticos en el uso de esta suerte de armas: los cuales, mezclados con los soldados, no ménos los cobardes que los valientes, hacian todo lo posible por vencer. Añadió terror y daño á los ya desordenados la arma que los ofendia por las espaldas: tal, que cogidos en medio por todas partes, quedaran todos degollados, si la oscuridad de la noche no detuviera al ejército vencedor y excusara á los que huian.

No se quietaron los Vitelianos, puesto que llevaron lo peor; mas recogida alguna gente de socorro, asaltaron al enemigo despreveido y negligente por el suceso próspero; y muertas las centinelas, y forzados los alojamientos,

pusieron terror tambien á la armada; hasta que cesado poco á poco el espanto, ocupado un collado vecino, al principio se defendieron, y despues cargaron sobre ellos. Hubo allí gran estrago y mortandad, y los capitanes de las cohortes de Tongros, despues de haber por buen espacio de tiempo sostenido la batalla, quedaron todos muertos. No ganaron los Otonianos esta victoria sin sangre, porque los que temerariamente habian seguido al enemigo fueron muertos por los de á caballo que hicieron rostro; y como si entre ellos se hubiera asentado tregua, que de acá la armada y de allá caballería no inquietasen la tierra, los Vitelianos se retiraron á Antipoli, municipio de la Galia Narbonense, y los Otonianos á Albenga, de la Liguria interior.

La fama de esta victoria, obtenida por la armada, sustentó á devocion de Oton las islas de Cerdeña y Córcega y las otras situadas en aquel mar. Mas estuvo á pique de arruinar á Córcega la temeridad de Décimo Pacario, procurador, de poco momento á la suma de aquella guerra, y á él causa de su muerte: porque aborreciendo á Oton, pensó favorecer á Vitelio con las fuerzas de los Corsos, ayuda débil, cuando bien saliera con su intento. Llamados, pues, los principales de la isla, les descubre su designio, y hace matar á Claudio Pirrico, capitan de las galeras Libúrnicas de la guardia, y á Quincio Certo, caballero romano, porque se atrevieron á contradecirle, de cuya muerte, amedrentados los demas que estaban presentes, y la turba ignorante, compañera siempre del temor ajeno, sin saber lo que se hacian, juraron fidelidad á Vitelio. Mas queriendo Pacario hacer de ellos leva de soldados, y fatigar á aquellos hombres toscos con las cargas de la milicia, enfadados de aquel inusitado trabajo, comienzan á hacer reflexion en su propia flaqueza. Que habitaban una isla apartada de Germania y de la fuerza de las legiones, y que habian sido saqueados y arruinados por la armada, hasta los lugares presididos de cohortes y caballería: tal que, mudado parecer en un

instante, no por eso á la descubierta y con la fuerza, sino buscando tiempo cómodo para la traicion, retirados los que acompañaban á Pacario, le mataron dentro del baño donde le hallaron desnudo y solo, y tras él á sus confidentes. Las cabezas de todos, como de enemigos, fueron llevadas á Oton; del cual, así como no tuvieron premio los matadores tampoco fueron castigados por Vitelio, ocupados en entrambos durante aquel gran concurso de infamias en maldades mayores.

Habia ya, como se ha dicho, pasado á Italia la caballería Silana, y llevado consigo la guerra, sin que se mostrase alguno en favor de Oton; no porque los de la tierra quisiesen más á Vitelio, sino que la larga paz los habia quebrantado lo que bastaba para admitir cualquier servidumbre, obedeciendo á quien primero los ocupase, sin curarse de los mejores. Teníase por Vitelio la más florida parte de Italia, cuanto se encierra entre los Alpes y el Pó; habiendo llegado ya las cohortes enviadas delante por Cecina.

La cohorte de Panonios quedó en prision junto á Cremona, y entre Plasencia y Pavia fueron desbaratados cien caballos con mil soldados de la armada. Con estos sucesos no eran detenidos los Vitelianos por ningun rio ni otro embarazo, ántes el mismo Pó incitaba de manera á los Batavos y á los de allá del Rhin, que, pasándolo junto á Plasencia, y presos algunos de los corredores Otonianos que iban á tomar lengua, pusieron tanto espanto en los otros, que mentirosos y amedrentados, refirieron haber pasado Cecina con todo el ejército.

18 Espurina, que guardaba á Plasencia, sabía muy bien que Cecina no habia venido: y, puesto que hubiera llegado, estaba resuelto en tener los soldados dentro de los muros, por no entregar en manos de un ejército de soldados viejos tres cohortes pretorias y mil vexilarios con poca caballería. Mas los soldados, indómitos y no usados á la guerra, arboladas las banderas y estandartes, se movieron

con furia, volviendo las armas contra el capitán que hacía fuerza por detenerlos, menospreciando á los centuriones y tribunos que loaban la prudencia del capitán, y diciendo que Cecina venía llamado por Oton en su favor. Hácese compañero Espurina de la ajena temeridad, forzado al principio, y despues fingiendo querer lo mismo, por tener más autoridad en los consejos cuando cesase la sedición.

19 Como llegaron á las orillas del río y sobrevino la noche, convino atrincherar los alojamientos. Este trabajo, inusitado á los soldados de la ciudad, les quitó de manera el ánimo, que todos los más viejos comenzaron á vituperar su liviandad, y á mostrar temer el riesgo que se corría si Cecina cogía con su ejército en aquella campaña rasa y abierta sus pocas cohortes. Ya por todo el campo se comenzaba á hablar con más modestia; y entremetiéndose los centuriones y tribunos, loaban la providencia del capitán que hubiese escogido para seguridad y silla de la guerra una colonia opulenta, fuerte y poderosa. Finalmente, el mismo Espurina, no tanto con acusarles la culpa, cuanto con mostrarles la razón, dejada alguna gente á tomar lengua, volvió con los demás á Plasencia, ménos alterados ya y más obedientes. Fortificadas, pues, las murallas, añadidas nuevas defensas, ensanchadas las torres, proveído y aparejado no solamente á los pertrechos y armas, pero también al respeto y disposición á obedecer, que fué lo que sólo faltó en aquel bando, parece que justamente podían asegurarse del valor. X

20 Mas Cecina, como si hubiera dejado de allá de los Alpes la crueldad y la insolencia, caminó por Italia con el ejército modesto y manso, puesto que las ciudades municipales y las colonias atribuían á soberbia el ver que acostumbraba dar audiencia á esta gente togada con vestidos cortos de varios colores y con calzas al uso bárbaro. Quejándose también, como si con aquello los ofendiera, de que su mujer Salonina, aunque sin injuria de nadie, iba sobre

una hermosa hacanea, cubierta de púrpura: cosa natural en los hombres el mirar con ojos enfermos de pasión la felicidad ajena, no deseándose en ninguna más escasa y corta fortuna que en aquellos á quien conocimos en estado igual con el nuestro. Pasado Cecina el Pó, y tentada por vía de pláticas y promesas la fe de los Otonianos, persuadido él también á lo mismo, después de haberse representado por ambas partes en vano los honrados nombres de paz y de concordia, volvió todo su cuidado á la expugnación de Plasencia, no sin particular temor, sabiendo bien que se iría encaminando su reputación conforme al suceso de este principio de la guerra.

Pasó el primer día, ántes con ímpetu que con arte de soldados viejos, arrojándose á la muralla descubiertos, inconsiderados y agravados de las viandas y del vino. En este combate un hermoso anfiteatro situado fuera de los muros fué consumido del fuego, encendido, ó por los asaltadores miéntras arrojaban sobre los sitiados hachas de fuegos artificiales, ó por los de dentro al volver á arrojar las mismas cosas. El vulgo de aquella ciudad, inclinado á sospechar, creyó que por malicia de las colonias vecinas se había traído materia con que alimentar el fuego por emulación y envidia, no habiendo en toda Italia máquina de piedra tan grande y tan capaz como aquella. Sea cual se fuere la causa, lo cierto es que no se hizo mucho caso miéntras se dudaba de mayor mal; mas sosegadas las cosas, se dolían como si no le hubieran podido recibir mayor. Fué rechazado del asalto Cecina con mucho daño de los suyos, y la noche siguiente se empleó en preparar los ingenios y defensas; los Vitelianos, las mantas, zarzos y cestones para arrimarse cubiertos á la muralla; y los Otonianos, vigas gruesas, piedras grandes, pedazos de plomo ó de metal para romper las máquinas y aterrar con ellas al enemigo. A entrambas partes animaba la honra y la vergüenza; y con diversas exhortaciones, exaltándose la de una el valor de

las legiones y el ejército Germánico, y de la otra la reputación de milicia urbana y las cohortes pretorias: vituperando aquéllos la disciplina y valor de gente sepultada en el ocio y acostumbrada á los juegos del circo y de los teatros, y éstos la barbaridad del ejército extranjero: loando y vituperando entre sí igualmente á Oton y Vilelio, harto más abundantes en los vituperios que en las alabanzas.

22 Apénas asomó el dia cuando se hinchieron los muros de defensores, resplandeció el campo de hombres y de armas, la ordenanza cerrada de las legiones, las escuadras esparcidas de los auxiliares; arrójanse saetas y piedras á los muros más altos: y las partes ménos guardadas y enflaquecidas del tiempo se acometen de cerca. Los Otonianos echaban de lo alto plomo, y á golpe seguro sus armas enastadas contra las cohortes de Germanos, que temerariamente se arrimaban con un canto espantoso á su modo, desnudos y sacudiendo los escudos sobre los hombros. # Los legionarios, defendidos de los pluteos ó mantas (1), y de los zarzos, descalzan la muralla, hacen trincheras y procuran romper las puertas. En contrario los pretorianos, aparejadas á este efecto gruesas y pesadas piedras, con ruina grande se las arrojan encima; tal, que quedando muchos de los que se llegaban al asalto parte oprimidos, parte atravesados de los dardos ó heridos gravemente, aumentando el temor, el daño y el estrago, y siendo por esto heridos con mayor crueldad por los del muro, se retiraron con gran pérdida de reputación; y Cecina, por el mal nombre y vergüenza de la expugnación tentada tan temerariamente, por no quedar en los mismos alojamientos afrentado y ocioso, pasado de nuevo el Pó, tomó la vía de Cremona. A su partida se pasaron á él Tu-

(1) Máquina antigua hecha en figura de celada, la cual llevada con ruedas, cubria cantidad de gente que debajo de ella picaba los cimientos de las murallas.—*N. del E. E.*

23
 rulo Cerial con muchos de los soldados de la armada, y Julio Brigantico con pocos caballos. Este, capitán de una ala de caballos, nacido en los Batavos, y aquél primipilar y amigo de Cecina, por haber pasado en Germania por algunos grados de la milicia.

Espurina, sabido el camino que tomaba el enemigo, avisó de la defensa de Plasencia, de lo sucedido y de los designios de Cecina á Anio Galo; el cual, dudando de que aquellas pocas cohortes pudiesen resistir el sitio á la braveza del ejército germánico, se había movido con la legion primera por socorrer á Plasencia. Mas cuando entendió que, rechazado Cecina, tiraba la vuelta de Cremona, hizo alto en Bedriaco, refrenado con dificultad el ardor de la legion, que por querer pelear, faltó poco que no se amotinase. Es Bedriaco un burgaje situado entre Cremona y Verona, infeliz y famoso por dos destrozos y mortandades de dos ejércitos romanos (1). Peleó estos dias prósperamente Marcio Macro junto á Cremona, el cual con la prontitud de su ánimo, habiendo al improviso pasado en barcas los gladiadores de la otra parte del Pó, rompió los auxiliares Vitelianos, muertos los que hicieron resistencia, huyendo los demas á Cremona, sin ser seguidos de los vencedores, por no dar ocasion á que se trocase la fortuna si acaso el enemigo era socorrido de gente fresca: cosa que puso en sospecha á los Otonianos, comenzando á echar á mala parte las acciones de todos. Mas en particular, segun

(1) Vitelio ganó y perdió el imperio sobre el mismo campo de batalla; y esos son los dos destrozos ó desastres de Bedriaco. Los autores andan muy discordes acerca del sitio que ocupó este pueblo. Los más pretenden que sea Canneto, otros Cividale, entre el Pó y el Delmone, al Este de Cremona. Segun Ferlet, á cuya opinion parece inclinarse Burnouf, debió estar situado en la ribera izquierda del Oglio, un poco más allá de Bina y en el sitio, poco más ó ménos, que ocupa hoy Vitiano, muy al Oeste de Canneto. Esta conjetura es la que parece ajustarse más á los datos del historiador.

que eran de ánimo vil y sueltos de lengua, dieron á porfia todos en calumniar de varios delitos á Anio Galo, Suetonio Paulino y á Mario Celso, á quien Oton habia encomendado tambien las cosas de la guerra. Y los que se hallaron á la muerte de Galba, como fuera de sí del temor de su mala conciencia, no cesaban de meterlo todo en revuelta, sembrando asperísimos principios de sedicion; unas veces á la descubierta con palabras escandalosas, otras secretamente con cartas á Oton. El cual, dando fe á toda persona vil y temiendo de los buenos, irresoluto y confuso en las cosas prósperas, mejor harto en las adversas, finalmente haciendo venir á su hermano Ticiano, le dió la superintendencia de las cosas de la guerra, puesto que debajo de Paulino y Celso habia pasado todo felizmente.

24
 Affligase Cecina del mal suceso de sus primeras empresas, y sentia el ver que se iba envejeciendo la reputacion de su ejército; echado de Pláencia, degollados los auxiliaarios, y hasta en las escaramuzas de corredores, aunque más ordinarias que importantes, llevando siempre lo peor. Y así, acercándose Fabio Valente, porque no se pasase á él toda la honra de la guerra, procuraba recuperar la que le parecia haber perdido, con más codicia que prudencia. Cuatro leguas de Cremona hay un puesto llamado los Castores, junto al cual, en unos bosques espesos á raíz del camino, escondió la gente más valerosa de sus auxiliaarios; y enviando delante los caballos para trabar la escaramuza, les ordena que tomando la carga, procuren llevar al enemigo á la emboscada. Vino esto á noticia de los Otonianos, y tomando Paulino el cargo de los infantes y Celso de los caballos, pusieron al lado izquierdo el estandarte de la legion trece, cuatro cohortes de auxiliaarios y quinientos caballos: en la calzada del camino tres cohortes pretorias en ordenanza estrecha, y por la mano derecha marchaba la primera legion con dos banderas de veteranos jubilados y quinientos caballos. Tenian á más de estas gentes,

por mayor ventaja en el suceso próspero, ó por socorro en la necesidad, mil caballos entre pretorianos y gente de ayudas.

25 Celso, viendo que los Vitelianos tomaban la carga ántes de llegar á las manos, como sabedor del engaño, detuvo los suyos. Con esto, temiendo los Vitelianos ser descubiertos, cargaron con todas sus fuerzas sobre Celso, que á lento paso se retiraba; y usando ménos recato que su enemigo, dieron en la emboscada; con que las cohortes por los lados, la legion por frente y por las espaldas los caballos, los cogieron en medio. No dió luégo Suetonio Paulino la seña de pelear á la infantería: hombre de natural tardo, y que amaba más los consejos recatados y resoluciones prudentes y cautas que los sucesos prósperos dependientes del acaso, ántes comenzó á ordenar que se hinchiesen los fosos, que se ensanchase la campaña y se extendiese la ordenanza; pareciéndole que comienza harto temprano á gozar de la victoria el que se asegura de no perder. Esta dilacion dió lugar los Vitelianos de retirarse á las viñas intrincadas de sarmientos entrelazados, y poco despues á un bosquecillo cercano, donde haciendo de nuevo rostro, mataron los atrevidos de los caballos pretorianos, quedando herido el rey Epifanes (1), peleando valerosamente por Oton.

Saltaron entónces fuera los infantes Otonianos, y rota la ordenanza enemiga, pusieron en huida tambien á los que venian en su socorro. Cecina no habia hecho marchar todas las cohortes juntas, sino una tras otra: que en aquella refriega acrecentó la confusion mucho, porque el espanto de los que huian, hallando á los otros á la deshilada y dé-

(1) Este fué hijo de Antíoco, rey de los Comagenos, del que se hablará en los sucesos de Vespasiano. Tácito hace mencion de él cuando estuvo en Roma ó en rehenes ó por otro motivo, acompañado de Oton.... Antiguamente se les llamaba rey á los hijos de reyes y á los de estirpe real. — *N. de la E. E.*

biles por todas partes, los llevaban tambien de vuelta. De que nació despues tumulto en los alojamientos, quejándose de no haber sido llevados todos juntos, poniendo en prision á Julio Grato, prefecto del campo, como sospechoso de traicion, por tener con Oton á su hermano Julio Fronton, tribuno, preso tambien él en el campo Otoniano por la misma sospecha. Mas fué tal en todas partes el temor en los que huian y en los que iban al socorro, en la ordenanza y delante los reparos, que en entrambas partes se tuvo por cierto que se hubiera podido romper aquel dia á Cecina con todo su ejército si Suetonio Paulino no hubiera hecho tocar á recoger: excusándose él de haber temido que, saliendo de los alojamientos los Vitelianos frescos, asaltasen á los suyos cansados de la refriega y del camino, sin socorro alguno á las espaldas, cuando les obligasen á tomar la carga. Fué aprobado de pocos esta disculpa de Suetonio, y en el vulgo vituperada generalmente de todos.

27 No amedrentó este daño tanto á los Vitelianos cuanto los hizo más reportados, no sólo en el ejército de Cecina, el cual daba la culpa á los soldados, dispuestos más á la sedicion que á la pelea, pero tambien en el de Fabio Valente que habian llegado á Pavia; cuyos soldados estimando en más al enemigo, y deseosos de recuperar la reputacion, obedecian al capitan con más reverencia y orden. Sucedió con todo eso entre ellos poco ántes un accidente de harta importancia, del cual (porque no se podia interrumpir el orden de los sucesos de Cecina) daré ahora cuenta desde su principio. Las cohortes de Batavos, que apartadas en la guerra de Neron de la legion catorce al ir á Bretaña, sabido el movimiento de Vitelio, dijimos haberse arrimado á Fabio Valente en la ciudad de los Lingones, tenían gran opinion de sí, alabándose en cualquier tienda de las legiones en que entrasen de haber tenido á raya á los de la dicha legion, de haber quitado la posesion de Italia á Neron, y que de su mano pendia toda la fortuna de aquella guer-

ra. Era esta una afrenta grande para los soldados, y un despecho terrible para el capitán, viendo destruir con las injurias y riñas la disciplina militar: á lo último comenzó á dudar Valente de que esta insolencia no se convirtiese en manifiesta rebelion.

28 • Y así, llegada la nueva de que la gente de la armada de Oton habia roto los Treveros y Tongros, y que corria y costeaba la Galia Narbonense, deseando defender á sus confederados, y, con astucia militar, valerse de este color para dividir las cohortes alteradas, que juntas eran siempre demasidamente poderosas, mandó que una parte de los Batavos fuese al socorro de aquella provincia; divulgado esto en el campo, sintieron disgusto sus compañeros, y las legiones comenzaron á murmurar, viéndose privados de la ayuda de soldados tan valerosos, y que se quitaba de la batalla aquella gente vieja y en tantas guerras victoriosa, ya que estaban así á vista del enemigo: que si una provincia sola era de más importancia que la misma Roma y que todo el imperio, no se cumplia con ménos que con ir todos en su socorro; mas que consistiendo el apoyo y la seguridad de Italia en la salud de la victoria, no era justo el cortar como de un cuerpo aquellos robustísimos miembros.

• Decian estas cosas á voces; y como vieron que Valente, enviando sus lictores, comenzó á querer quietar la sedicion, no dudan de acometerle á él mismo y de apedrearle; y huyendo él de su furia, le siguen gritando que él tenia escondidos los despojos de las Galias, el oro de Viena y el precio de sus trabajos. Saquean el carruaje y pabellon del general, visitándolo todo, y tentando con sus lanzas y con sus dardos hasta el mismo suelo, mientras Valente, vestido en traje de esclavo, estaba escondido cerca de un decurion de caballos. Entónces Alfeno Varo, prefecto del campo, mitigado poco á poco el tumulto, tomó por expediente prohibir á los centuriones el meter las guardias; ordenando que

no se tocasen las trompetas, con las cuales se suelen llamar los soldados á sus oficios; tal, que entorpecidos por esto todos, y atónitos mirándose unos á otros, medrosos de quedar sin quien los gobernase, y primero con silencio y arrepentimiento, y á lo último con ruego y con lágrimas, piden perdon. Mas presentándoseles, fuera de toda esperanza, Valente sano y salvo, y llorando en aquel hábito vil, tuvo su lugar el contento, la compasion y la reverencia: con que, llenos de regocijo, como el vulgo es sin medida en todos sus afectos, loándole y alegrándose con él, rodeado de las águilas y de las banderas, lo llevan al tribunal. Él, con provechosa templanza, dejó de pedir el castigo de algunos de ellos; y porque la total disimulacion no engendrarse en los soldados mayor sospecha, los reprendió con pocas palabras, sabiendo muy bien que en las guerras civiles es concedido más á los soldados que á los capitanes. *hasta*

Al hacer de los alojamientos junto á Pavía se tuvo nueva de la rota de Cecina; con que estuvo á pique de renovarse la sedicion, como si por engaño y por las largas de Valente no se hubieran podido hallar en aquella batalla. Con que sin tomar reposo, sin esperar al capitan, caminan delante de las banderas, dando prisa á los alféreces, y unos tras otros á la deshilada van á juntarse con Cecina, en cuyo campo estaba en ruin concepto Valente, quejándose de haber sido dejados en los cuernos del toro, tan pocos en número, respecto á todas las fuerzas del enemigo; sirviéndose de esta excusa y de la adulacion de celebrar y engrandecer el valor del nuevo ejército, por no ser menospreciados de él como cobardes, y ya una vez vencidos. Y aunque eran mayores las fuerzas de Valente, por tener casi al doble de legiones y auxiliares, inclinaba con todo eso á Cecina el favor de los soldados, por ser (á más de su benignidad natural, que le hacía más amable) de ménos edad, de gallarda disposicion, y por una cierta gracia

vana. Nació de aquí envidia y competencia entre los capitanes, motejando Cecina á Valente de hombre cruel, infame y vicioso, y él á Cecina de hinchado y vano: con todo eso, manteniendo ambos á dos oculto el aborrecimiento, atendian al provecho comun, hinchando sus cartas, sin esperanzas de perdon ni respeto alguno, de vituperios contra Oton, de que se abstendian los capitanes Otonianos, puesto que tenían harto campo en que poder discurrir contra Vitelio.

47 A la verdad, ántes de la muerte de entrambos, en la cual ganó Oton egregia fama y Vitelio sucia y abatida, causaban ménos temor los regalos y deleites ociosos de Vitelio que los ardientes y desordenados apetitos de Oton, para quien aumentaba grandemente el terror y el odio el homicidio de Galba, donde en contrario, ninguno podia imputar á Vitelio el haber comenzado la guerra. Vitelio por el vientre y por la gula, era tenido por enemigo de sí mismo; mas Oton con la lujuria, con la crueldad y con el atrevimiento, por más dañoso á la república. Unidas las tropas de Cecina y de Valente, no rehusaban más los Vitelianos el venir á la batalla con todas sus fuerzas. Y consultando Oton si era mejor alargar la guerra ó tentar la fortuna, Suetonio Paulino, pareciéndole cosa digna de su reputacion, como quien era tenido por el más sagaz capitan de aquellos tiempos, discurrió sobre todo el estado de la guerra, mostrando que al enemigo le convenia el solicitar y á ellos el diferir.

«Que habia ya llegado todo el ejército de Vitelio, sin dejar muchas fuerzas á las espaldas: porque siendo las Galias sospechosas, no le convenia desamparar las riberas del Rhin, pudiendo aquellas naciones inquietas romper por aquella parte: que los soldados de Bretaña estaban detenidos de sus enemigos y separados de la mar: las Españas no tan abundantes en armas: la provincia Narbonense puesta en temor por los progresos de la armada y por la

rota recibida: que aquella parte de Italia de allá del Pó estaba cerrada con los Alpes, sin ayuda de mar y destruida del paso del ejército: que por ninguna parte podia tener bastimentos el enemigo, ni era posible mantenerse sin ellos: que á más de esto los Germanos, que era la mejor soldadesca que el enemigo traia, gente de complexion sanguina, alargándose la guerra hasta el verano, sufririan mal las mutaciones del sol y destemplanza del cielo: que muchas guerras peligrosas en el primer impetu, se habian desvanecido alargándolas y contempORIZANDO: que en contrario, tenian ellos todo el país abundante y fiel, la Pannonia, la Misia, la Dalmacia y el Oriente con ejércitos enteros; Italia y Roma cabeza del imperio; el Senado y el pueblo, nombres no del todo oscuros, aunque tal vez sombríos; las riquezas públicas y particulares, cantidad grande de oro, de más fortaleza que el hierro en las guerras civiles: que tenian la soldadesca acostumbrada á los aires y calores de Italia: que les servia de reparo el Pó y las ciudades fuertes de hombres y de murallas, ninguna de las cuales cederia al enemigo, como se habia experimentado en la defensa de Plasencia: que se alargase la guerra; pues habiendo de llegar en breves días la legion catorce, de tanta fama con la gentes de Misia, se podia consultar entónces de nuevo, y resolviéndose el pelear, hacerlo con mayores fuerzas.»

Arrimábase al parecer de Paulino Mario Celso; y los que se enviaron á tomar el voto de Anio Galo, que estaba enfermo de una caída de caballo, referian parecerle lo mismo. Mas inclinando Oton á la batalla, su hermano Ticiano y Proculo, prefecto del pretorio, solicitaban como poco prácticos, afirmando que la fortuna, los dioses y la divina felicidad de Oton, así como favorecian sus buenos consejos, así favorecian tambien el suceso de las cosas; pasando á vanas adulaciones para que nadie se atreviese á decir lo contrario. Resuelto, pues, el pelear, se trató si era

mejor que el emperador se hallase personalmente en la batalla, ó que se estuviese en lugar seguro. Los mismos autores del peor consejo, no contradiciendo Paulino ni Celso, por no parecer que querian aventurar la persona del príncipe, le forzaron á retirarse á Brixelo (1), donde, quitado del riesgo de la pelea, se guardase para la suma de las cosas del imperio. Fué este el primer dia que afligió la faccion Otoniana: porque partiendo con él una valerosa banda de las cohortes pretorias, de sus guardias y caballos, comenzaron á perder el ánimo los que quedaban; y más, teniendo á los capitanes por sospechosos: y Oton, en quien sólo confiaban los soldados por saber que no creia sino á ellos, habia dejado á las cabezas en duda de lo que habian de hacer.

Eran notorias estas cosas á los Vitelianos, habiendo, como sucede en las guerra civiles, mucha gente, que de ordinario se pasaba del uno al otro campo; y los espías, por poder saber y preguntar mucho de las cosas ajenas, no dudaban de publicar las propias. Estaban firmes y atentos á la ocasion Cecina y Valente, viendo que el enemigo se encaminaba neciamente á su perdicion, esperando y considerando mucho, que es especie de prudencia, en los ajenos yerros; habiendo en tanto comenzado un puente, fingiendo querer pasar el Pó contra los gladiadores que estaban de la otra parte. Y porque los soldados no estuviesen ociosos, hicieron llevar barcas el rio arriba; y juntas despues de dos en dos en igual distancia, las trabaron entre sí con muy fuertes vigas, echando cantidad de áncoras, para tener el puente con mayor firmeza: advirtiendo en dejar flojas las guenas para que, creciendo el rio, pudiesen levantarse igualmente las barcas al peso del

(1) En el dia Bresello (ó Bersello) en la ribera derecha del Pó, á 30 millas romanas (un poco más de 11 leguas) más abajo de Cremona.

agua, sin desordenarse. Cerrábase el puente con una torre levantada sobre las últimas barcas, para desde ella con ingenios y máquinas desviar al enemigo.

Habian tambien los Otonianos fabricado en su orilla otra torre, desde la cual tiraban piedras y fuego. Levantábase en medio del rio una isla (1) donde los gladiadores tentaban de arrimarse con sus barcas; mas los Germanos los prevenian á nado, y habiendo acaso pasado muchos, cargadas por Macro sus liburnicas (2) de los más atrevidos gladiadores, los acometió. Mas no siendo esta gente tan asegurada y diestra en las peleas como los soldados, no podian desde los bateles en continuo movimiento encaminar tan bien los golpes como los que los herian á pié firme desde la orilla, comenzando los remeros y los defensores con varios meneos de los medrosos á embarazarse entre sí. Los Germanos, arrojándose al agua, y asidos á las popas de los bajeles enemigos, procuraban trepar por ellos, saltar en crujía y echarlos á fondo: lo que sucediendo á vista de ambos ejércitos, causaba efectos diferentes de gusto y de tristeza, maldiciendo los Otonianos la causa y el autor de aquel daño.

Finalmente, desasidos los bajeles que quedaban, con su huida se acabó la refriega. Pedian todos por esto la muerte de Macro; y herido de léjos con una lanza, le estaban ya encima con las espadas, cuando fué defendido por obra de los tribunos y centuriones que se interpusieron. Llegó poco despues por órden de Oton Vestricio Espurina con las cohortes, habiendo dejado en Plasencia poco presidio. Envió tambien Oton á Flavio Sabino, electo cónsul, para

(1) A una milla más abajo de la embocadura del Ada, delante de Spinadesco. Vese todavia la isla de que se habla en este pasaje debejo de otra más pequeña que se halla frente la boca del rio. Allí cerca era donde estaba el puente de Cecina y donde se dió el primer combate de Bedriaco en la ribera izquierda del Pó.

(2) Especie de naves.

que se encargase de la gente que solia gobernar Macro: alegrándose los soldados de la mudanza de capitanes, y ellos, por tan ordinarias sediciones, rehusando el gobierno de aquella odiosa milicia.

Hallo acerca de algunos escritores que aquellos ejércitos, por el temor de la guerra ó por el aborrecimiento de ambos príncipes, cuyos vituperios y maldades eran cada dia más notorios, estuvieron á pique de, dejadas las armas, pensar ellos mismos en hacer nuevo emperador, remitir la eleccion al Senado; y que á este fin persuadieron la dilacion los capitanes Otonianos, principalmente Paulino, por ser el más viejo de los consulares, esclarecido en la milicia, y que habia en las guerras de Bretaña ganado gloria y renombre grande. Mas yo, así como concederé que por algunos pocos, y en secreto, se deseó la quietud ántes que la discordia, y un príncipe bueno y sin tachas más que otro viciosísimo y perverso, así tampoco creo que Paulino, hombre de singular prudencia, esperase en aquel siglo corrompidísimo tan gran templanza en el vulgo, que los mismos que habian turbado la paz por deseo de guerra, se resolviesen en dejar la guerra por caridad de la paz; ni que los ejércitos, varios de lenguas y de costumbres, pudiesen convenir en esto, ó que los legados y capitanes, que sabian no haberse emprendido la guerra por otra cosa que por sus propios desórdenes, pobreza y ruines costumbres, sufriesen otro príncipe con los mismos defectos, y obligado á reconocer sus servicios y méritos.

El antiguo deseo de mandar fué desde los principios de la naturaleza ingerido en los hombres: aumentóse con la grandeza del imperio, y con ella misma se descubrió. Porque en estado mediano fué fácil cosa conservar igualdad. Mas como, sojuzgado el mundo, extirpadas las ciudades émulas y los reyes, se podian desear con seguridad las grandezas, se encendieron luégo los primeros contrastes entre los senadores y el pueblo, prevaleciendo unas veces

los sediciosos tribunos, y otras los cónsules, viéndose en la ciudad y en el foro un principio y ensayo de las guerras civiles. Cayo Mario despues, levantado del infimo vulgo, y Lucio Sila, cruellísimo entre todos los nobles, vencida con las armas la libertad, la convirtieron en tiranía: despues de los cuales vino Gneo Pompeyo más cubierto, aunque no mejor que los demas: ni desde entónces acá se ha pleiteado por otra cosa que por el principado. No arriaron las armas en Farsalia ni en los campos Filípicos las legiones de los mismos ciudadanos. Y ¿es de creer que quisiesen hacerlo voluntariamente los ejércitos de Oton y Vitelio? La misma ira de los dioses, la misma rabia y furor de los hombres, las mismas causas de maldades los incitaron á la discordia. Y si se atiende á lo presto que despues se acabaron las guerras, casi como de un solo golpe, la vileza de los príncipes fué la causa: pero demasiado me he dejado llevar de la consideracion de las viejas y nuevas costumbres: volvamos ahora al órden de la historia.

39 Partido Oton para Brixelo, quedó á su hermano Ticiano el título y el honor del imperio; la fuerza y el poder á Proculo, prefecto de los pretorianos: Celso y Paulino, faltando quien se valiese de su prudencia, servian para llevar la culpa de los yerros ajenos. Los tribunos y centuriones estaban suspensos y dudosos, viendo que, despreciados los mejores, sólo se hacia caso de los ruines. Los soldados, alegres y resolutos, aunque acostumbrados más á interpretar que á obedecer las órdenes de los capitanes: los cuales acordaron de pasar más adelante los alojamientos á una legua distante de Bedriaco, con tan poca prudencia, que, aunque era tiempo de primavera, y con tantos rios alrededor, se padecia con extremo de agua. Tratóse allí si se debia venir á la batalla, haciendo para ello viva instancia con carta á Oton: mas los soldados pedian que se hallase el emperador, y muchos que se hiciesen venir las

gentes de allá del Pó. Ni ahora es tan fácil de juzgar lo que fuera bien haber hecho, como que fué lo peor lo que se hizo.

Movieron al fin, no como para entrar en batalla, mas como para marchar en guerra contra el enemigo, apartado cuatro leguas donde el Pó y el Ada mezclan sus corrientes, protestando Celso y Paulino que era lo mismo que presentar al enemigo aquellos soldados cansados del camino y cargados de bagaje; y que hallándose los Vitelianos desembarazados, y con sólo el espacio de una legua que marchar, no perderian la ocasion de acometerlos desordenados, ó cuando los viesen ocupados en atrincherarse. Convencidos de la razon Ticiano y Proculo, se servian de la autoridad y órden imperial, aumentada de nuevo con terribles mandatos, por medio de un caballo ligero, numida, queriendo que en todo caso se tentase la fortuna, quejándose de la flojedad de los capitanes, atormentado del esperar, é impaciente en las esperanzas.

En aquel mismo dia dos tribunos de las cohortes pretorias fueron á verse con Cecina, que estaba ocupado en hacer el puente: y miéntras se aparejaba á oír los capítulos y condiciones que traian y responderles, llegaron los corredores con aviso de que venia el enemigo; con que interrumpiéndose las vistas, tampoco se pudo saber despues si se encaminaban con engaño ó traicion, ó por algun partido honesto. Habiendo Cecina despedido los tribunos y vuelto al campo, halló ya en arma á los soldados, y que por órden de Fabio Valente se habia dado la señal de la batalla. Miéntras se echaban las suertes sobre los puestos en que habian de pelear las legiones, trabaron los caballos la escaramuza: y es sin duda, que si no fuera por el valor de la legion Itálica, que puesto mano á las espadas les hicieron volver el rostro y tornar á la refriega, por menor número de Otonianos fueran encerrados en sus

propias trincheras. Entraron en batalla las legiones Vitelianas sin confusión alguna; porque dado que el enemigo estaba cerca, los árboles espesos quitaban la vista de sus armas; pero de la parte de los Otonianos estaban los capitanes médrosos, los soldados mal satisfechos de ellos, los carros y el bagaje confusos entre sí y sin orden; de todas partes fosos y quebradas, y el camino estrecho áun para ordenanza quieta. Rodeaban algunos sus propias banderas, otros las iban buscando; por todas partes voces confusas, de quien corria, y de quien llamaba; y segun que cada cual tenía valor ó miedo, así se ponía y se quitaba de los primeros y últimos escuadrones.

Los ánimos atónitos del súbito terror se acabaron de entibiar con una falsa alegría, habiendo algunos que mentirosamente afirmaban haberse rebelado el ejército de Vitelio. No se sabe bien si esta voz, echada por los espías de Vitelio ó de la parte misma de Oton, corrió acaso ó por astucia de alguno: basta que los Otonianos, depuesto el ardor militar, saludaron á los Vitelianos, que los recibieron con murmullo de enemigos: y muchos, no sabiendo la causa del saludar, dudaron de traicion. Cerró entónces el ejército enemigo fresco y superior de fuerzas y de número. Los Otonianos, aunque desordenados, inferiores y cansados, cerraron animosamente. Y porque el puesto era impedido de árboles y de viñas, no se daba la batalla por una parte sola: acométense en diversos lugares, de cerca y de léjos, á escuadras y á tropas apiñadas; en la calzada se juntan de manera, que no pudiéndose ayudar de sus armas enastadas, rempujándose con los hombros y con los escudos, procuraban abrir las celadas y corazas á golpes de espada y hacha. Conocidos entre sí, y fáciles á serlo de los demas, peleaban como por la final salida de aquella guerra.

Encuéntanse acaso entre el Pó y el camino en campaña rasa dos legiones: la veintiuna de Vitelio, llamada Ra-

pace (1), famosa de antigua gloria, y la primera de Oton, por sobrenombre Ayutrice, no hasta entónces probada en batalla, aunque codiciosa del primer honor. Los de la primera de Oton, desbaratadas las segundas hileras de la veintiuna de Vitelio, tomaron el águila; de cuyo dolor, encendida la legion, rechazados los de la primera y muerto Orfidio Benigno, su legado, toman muchas banderas y estandartes al enemigo. En otra parte, del impetu de los de la quinta legion era maltratada la décimatercia; y los de la catorceña fueron rodeados por muchos que cargaron sobre ellos: porque habiéndose retirado temprano los capitanes de Oton, Cecina y Valente atendian á socorrer con gente fresca á los suyos. Sobrevino el socorro de Varo Alfeno con los Batavos, los cuales, habiendo pasado en barcas el rio, y degollado en él las compañías de gladiadores que estaban á la defensa del paso, así victoriosos acometen por el costado al enemigo, y rompen el batallon de en medio.

Los Otonianos, rotos del todo, se ponen en huida corriendo la vuelta de Bedriaco. El largo espacio de la retirada y los caminos llenos de cuerpos muertos hicieron mayor el estrago; y mas el no acostumbrarse tomar prisioneros en las guerras civiles. Suetonio Paulino y Licinio Proculo, aunque por diversas vías, excusaron el volver á los alojamientos. Vedio Aquila, legado de la legion trece, con miedo inconsiderado, se expuso á la ira de los soldados: porque entrado en los reparos buen rato ántes de la noche, rodeándole una banda de sediciosos y fugitivos, no abstuvieron la lengua ni las manos, llamándole vil y traidor; no por ningun demérito suyo, mas, como es costumbre del vulgo, por dar en rostro siempre á otros con sus propios defectos. A Ticiano y á Celso valió el llegar de noche, estando ya puestas las guardias y aplacados los soldados; á los cuales Anio Galo con consejo, con ruegos y con auto-

(1) Véase la nota última á este libro.

ridad habia persuadido á no querer sobre el daño recibido en la pelea acrecentar la crueldad de matarse unos á otros; pues fenecida que fuese la guerra, ó resolviéndose á tentarla de nuevo, era la union el único remedio á los vencidos. Perdidos de ánimo todos los demas, solos los pretorianos echaban fuego, diciendo: «que por traicion y no por valor habian sido vencidos; y que los Vitelianos habian alcanzado una victoria muy sangrienta, rota su caballería, perdida la águila de una legion: que á ellos les quedaban todavía los soldados que estaban con Oton, los de allá del Pó, y que se venian acercando las legiones de Misia: que habia quedado buena parte del ejército en Bedriaco, no siendo ninguno de éstos de los vencidos; los cuales, siendo necesario, moririan honradamente con las armas en la mano.» Con tales pensamientos, ya airados, ya medrosos, estaban en la última desesperacion, trasportados ántes de la ira que del temor.

45 Los capitanes del ejército Viteliano haciendo alto más de una legua de Bedriaco, no se atrevieron á tentar el mismo dia los alojamientos, esperando que se entregarían voluntariamente. Y así, hallándose sin bagaje, como quien sólo habia salido para pelear, no hicieron aquella noche otro reparo que el que les daban sus propias armas y la reputacion de la victoria. El siguiente dia, estando los más feroces del campo de Oton apaciguados y arrepentidos, todos de un acuerdo enviaron embajada. No dudaron los capitanes Vitelianos de conceder la paz, aunque con ocasion de detenerse algun tanto los embajadores concibieron sospecha los Otonianos, no sabiendo que la hubiesen alcanzado. Mas vueltos despues con buen despacho, y abiertos los reparos de los alojamientos, los vencidos y los vencedores con lágrimas en los ojos y miserable alegría maldecian la infidelidad de las armas civiles. Debajo unas mismas tiendas curaban unos las heridas de sus hermanos, y otros de sus amigos. A todos era dudosa la esperanza

del premio; la muerte y el llanto ciertos y seguros. Ninguno habia allí tan excento del mal que no se doliese de la muerte de alguno. Buscóse el cuerpo del legado Orfidio, y quemóse con la honra y solemnidad acostumbrada. Enterraron algunos pocos sus parientes y amigos; lo restante del vulgo quedó en la campaña.

50
46 Esperaba Oton las nuevas del suceso de la batalla sin algun temor, y resuelto ya en lo que habia de hacer. Al principio la fama y despues los escapados de ella dieron la nueva de la rota. El ardor de los soldados no esperó á que los hablase el emperador; mas ellos primero fueron á rogarle que mostrase buen ánimo, acordándole que no faltaban fuerzas con que renovar la guerra, y ofreciéndose ellos más que nunca prontos á sufrirlo y á tentarlo todo. No habia aquí adulacion, mostrándose todos voluntariosos y verdaderamente llenos de afecto, y de un cierto furor en desear la batalla y renovar la fortuna del bando. Daban muestras de ello los apartados con alzar las diestras, y los cercanos con echársele á los piés: principalmente Plocio Firmo, prefecto del pretorio, le importunaba y rogaba que no quisiese desamparar un ejército tan fiel y unos soldados de tanto mérito. «Mucho más se muestra, decia, la grandeza de ánimo en sufrir las adversidades, que en evitarlas. Los hombres fuertes y valerosos oponen el rostro á la fortuna; los tímidos y viles precipitan en desesperacion.» Durante estas palabras, segun el buen ó mal semblante que mostraba Oton, seguian las voces de alegría ó de tristeza. Y esto no solamente los pretorianos, soldados propios de Oton, mas aquellos tambien que habian sido enviados de los de Misia prometian la misma constancia del ejército que estaba atras, dando nueva que las legiones habian ya entrado en Aquileya: de manera que nadie puede dudar de que se hubiera podido entablar de nuevo una terrible guerra, sangrienta y peligrosa no ménos á los vencedores que á los vencidos.

Con todo eso Oton, ajeno de pensamientos de guerra, les dijo estas palabras: «El precio de poner á nuevos peligros ese vuestro ánimo y valor es sobradamente excesivo para el rescate de mi vida. Cuantas más esperanzas me mostrais, si yo desease vivir, tanto más se me hace hermosa y agradable la muerte. Habémonos tentado los aceros la fortuna y yo: no se ponga en consecuencia la brevedad del tiempo; que mayor dificultad hay en tem- plarse uno en la felicidad que piensa haber de gozar poco. Vitelio comenzó la guerra civil, y de su parte ha venido la ocasion de competir sobre la posesion del imperio: vendrá de la mia el ejemplo de no pelear más de una vez. Hagan de aquí juicio de Oton los venideros. Goce Vitelio la compañía de su hermano, de su mujer y de sus hijos, que yo ni de venganza ni de consuelo necesito. Otros han gozado más largamente del imperio; mas ninguno le ha dejado con mayor valor. ¿Sufriré yo que de nuevo perezca tanta juventud romana y que se arrebaten á la república ejércitos tan valerosos? Venga conmigo vuestro buen ánimo, como prontos á morir por mí; mas quedad vosotros vivos y alegres: no dilatemos más, yo vuestra salud y vosotros mi constancia. Especie de vileza es hablar un hombre mucho de su fin: sirvaos de señal eficaz de mi firme resolucion el ver que de nadie me quejo: porque el inculpar á los dioses ó á los hombres es propio de los que desean la vida.»

48 Dicho esto, llamando á todos con mucho amor conforme á la edad y grado de cada uno, les iba exhortando á darse prisa, para que con la dilación no exasperasen el ánimo del vencedor; moviendo á los mozos con la autoridad y á los viejos con ruegos: el rostro sereno, franco en el hablar y sin miedo iba refrenando las lágrimas sin sazón de los suyos. Ordena que se den carros y barcas á los que parten. Hace quemar las cartas y memoriales, ó demasiado officiosos para con él, ó sobradamente injuriosos

contra Vitelio. Distribuye dineros parcamente, y no como ya al fin de su vida. Tras esto, viendo á Salvio Coceyano, hijo de su hermano, amedrentado y triste, como quien estaba todavía en su primer juventud, comenzó á consolarle loándole el afecto y reprendiéndole el temor. «Será por »ventura, le dijo, Vitelio de ánimo tan desapiadado, que »en pago de haberle yo conservado todo su linaje, no »pueda esperar de él este favor á lo ménos; y más hacién- »dome merecedor de su clemencia con solicitar mi fin?

«Pues no en la última desesperacion, mas cuando mi ejér- »cito pedia con mayor fervor la batalla, ofrecí el último »caso al amor de la república. Conténtome de la fama y »de la nobleza ganada á mis sucesores; pues al fin soy el »primero tras los Julios, los Claudios y los Sérvios, que »ha trasferido el imperio en familia moderna; por lo cual »atiende con ánimo generoso á vivir, no acordándote de- »masiado ni tampoco olvidándote del todo de que has te- »nido á Oton por tio.»

49 Despues, despedidos todos, tomó un poco de reposo; y entrado ya en los cuidados postrimeros, le divirtió de ellos un ruido repentino que sintió, viniendo aviso de la insolencia y tumulto de los soldados, que amenazaban de muerte á cualquiera que tuviese atrevimiento de partirse; furiosos particularmente contra Verginio, á quien tenian sitiados en su casa: y así Oton, despues de haber reprendido á los autores del tumulto, volviéndose, atendió despues á los cumplimientos de los que se iban, hasta que todos hubiesen partido sin recibir daño ni molestia. Hacia la tarde se restauró la sed con un poco de agua fria, y haciéndose traer dos puñales, tentada á entrambos la punta y el corte, se puso el uno debajo de la almohada. Certificado despues de que se habian partido los amigos, pasó la noche con quietud, y como afirman, no sin dormir. Al despuntar del dia se atravesó el pecho con el hierro. Al último gemido, entrando los esclavos y libertos, y Plo-

cio Firmo, prefecto del pretoric, hallaron al muerto una sola herida. Solicitáronse con gran prisa las exequias, habiéndolo él instado con apretados ruegos, para que la cabeza no pudiese ser dividida del cuerpo y escarnecida del vulgo. Las cohortes pretorias con loores y con llantos llevaron el cuerpo, besándole las manos y la herida. Algunos soldados se mataron junto á la hoguera, no por haber cometido delito ni por temor, mas por deseo de participar de su gloria y mostrar el amor que tenian á su príncipe. Fué despues celebrada universalmente esta manera de muerte en Bedriaco, en Plasencia y en los demas alojamientos. Hizosele á Oton un sepulcro de mediana fábrica, y que permanecerá.

Este fin tuvo Oton á los treinta y siete años de su edad. Tuvo su origen de Ferentino (1), de padre consular, y de abuelo pretorio. Fué ménos noble de parte de madre (2), aunque de familia honesta. Pasó su niñez y juventud como habemos mostrado arriba, y con dos grandes acciones, una perversísima y otra gloriosa, dejó de sí á los venideros una mezcla de buena y de mala fama. Como el buscar cosas fabulosas y con ficciones deleitar los ánimos de los que leen veo que no conviene á la gravedad de la obra que tenemos entre manos, así tampoco me atrevo á quitar del todo el crédito á las cosas creidas y escritas por otros. En el dia que se dió la batalla de Bedriaco, cuentan los naturales de aquella tierra, que en un lugar muy frecuentado de la ciudad de Regio Lepido (3), se puso un pájaro de extraordinaria especie; el cual, ni del concurso de la gente, ni del vuelo de las otras aves alrededor de él,

(1) Habia varias ciudades de este nombre. Segun Suetonio, *Oton*, I, parece que la que aquí se menciona era la que habia en Etruria.

(2) Se llamaba Albia Terencia y pertenecia á una familia ecuestre.

(3) En el dia Reggio, en el estado de Módena.

se espantó ó se movió jamás, hasta que Oton se hubo muerto, desapareciendo en aquel instante. Y los que computaron despues el tiempo, el principio y el fin de aquel milagro, hallaron que convenia todo con la muerte de Oton.

En cuyo mortuorio, con la ocasion del llanto y de aquel dolor, se renovó la sedicion: y no era maravilla, que no habia quien lo impidiese. Y vueltos á Verginio los soldados, le rogaban con término amenazador, unas veces que aceptase el imperio, otras que fuese con embajada á Cecina y Valente. Mas él, saliéndose secretamente por la puerta falsa, no pudo ser hallado por los que entraron rompiendo la principal. Rubrio Galo llevó la embajada y ruegos por parte de las cohortes que habian quedado en Brixelo: y obtúvose el perdon, á causa de que Flavio Sabino, con las tropas que habia tenido á su cargo, se pasó al bando del vencedor.

Habiendo por todas partes cesado la guerra, corrió muy gran peligro aquella parte del Senado que habia seguido á Oton desde Roma, á quien despues habia dejado en Módena; porque llegada allí la nueva de la rota, teniéndola los soldados por falsa, y persuadiéndose á que aquel Senado aborrecia á Oton, escuchaban con gran cuidado sus razones y piáticas, atribuyéndolo todo á la peor parte, hasta los rostros y semblantes de cada uno. Finalmente, con injurias y malas palabras buscaban ocasion de hacer mortandad en ellos. Afligia también á los senadores otro temor, es á saber, de no dar muestra, siendo ya superior el bando de Vitelio, de haber oido con poco gusto esta victoria. Así, medrosos y rodeados de angustias se juntan, no atreviéndose cada uno de por sí á aconsejar con resolucion, donde juntos todos parece que se aseguraban con la compañía de la culpa. Aumentó el cuidado en aquellos ánimos medrosos la oferta de armas y de dineros que les hizo el magistrado de Módena, honrándolos fuera de tiempo con el nombre de padres conscriptós.

Nació de aquí contraste notable entre Licinio Cecina y Marcelo Eprío: porque éstos en sus discursos no se dejaban entender, ni los demás descubrían su intención con más libertad. Mas el nombre de Marcelo, aborrecible por sus denunciaciões, incitaba á Cecina, hombre nuevo y poco ántes entrado á senador, á ganar reputación con la enemistad de los grandes; pero atajólos al fin la prudente moderación de los mejores que estaban presentes, y volvieron todos á Bolonia para consultar otra vez lo que se haría, esperando entre tanto á tener más ciertos avisos. En Bolonia los que se enviaron por los caminos á saber nuevas, encontraron con un liberto de Oton, el cual, preguntado de la causa de su partida, respondió que traía los últimos mandatos de su señor: que todavía quedaba vivo, pero con solo el cuidado de dejar á la posteridad una honrada memoria de sí, cortando del todo el hilo á las esperanzas lisonjeras de vivir. Quedaron de esto admirados, y con una cierta vergüenza de no informarse más adelante. Desde entónces inclinaron los ánimos de todos al bando de Vitelio.

54 Su hermano Lucio estaba presente á todos los consejos; el cual comenzaba ya á ofrecerse á los que le adulaban, cuando llegó Ceno, liberto de Neron, y con una horrenda mentira los espantó á todos, afirmando que llegada la legión catorce, con la gente de Brixelo, habían sido rotos los vencedores, trocándose la fortuna del bando. La causa de esta invención fué porque las órdenes y patentes de Oton (1), de que ya no se hacía caso, volviesen á tener valor por otra más alegre nueva. Y Ceno, que con gran di-

(1) Los emperadores habían establecido en todos los caminos paradas ó postas públicas á fin de que pudiesen recibir con más prontitud los despachos. Los particulares no podían servirse de los caballos que había en ellas sino mediante una orden del gobernador de la provincia ó del mismo emperador. Esta orden ó patente se llamaba *díploma*.

ligencia pasó entónces á Roma, fué pocos dias despues castigado por órden de Vitelio. Aumentábase el peligro de los senadores con el crédito que daban á estas nuevas los soldados Otonianos. Fuera de esto hacia mayor el miedo el poderse persuadir los soldados á que su salida de Módena, so color de tener consejo público, no habia sido sino por huir del bando de Oton. Y así, sin tratar más de juntarse, atendia cada uno á su propio particular, hasta que llegadas cartas de Valente, acabaron de salir de cuidado: que la muerte de Oton, cuanto era más digna de alabanza, tanto se publicó con mayor presteza.

55 Mas en Roma no se vió por esto alteracion alguna. Celebrábanse los acostumbrados juegos de la diosa Céres, cuando llegó al teatro el aviso cierto de la muerte de Oton, y que Flavio Sabino, prefecto de Roma, habia tomado el juramento por Vitelio á los soldados que habian quedado en guardia de la ciudad. Luégo el pueblo con alegre aplauso para con Vitelio levantó las estatuas de Galba adornadas de laurel y de flores, y las llevó alrededor de los templos, haciendo despues como un túmulo de guirnaldas de flores junto al lago Curcio en el propio lugar donde Galba derramó su sangre. Decretóse luégo en el Senado en honra de Vitelio todo lo que por tiempos se fué inventando en los largos principados, añadiendo loores y gracias á los ejércitos Germánicos, y despachádoles embajadores en testimonio de la alegría del Senado. Leyéronse las cartas que Fabio Valente habia escrito á los cónsules con harta modestia, puesto que agradó más y pareció mejor la de Cecina, que se abstuvo de escribir.

Italia entre tanto era afligida más gravemente y con mayor crueldad que si durara la guerra: porque los Vitelianos, esparcidos por los municipios y colonias, despojaban y robaban, y con la fuerza y los estupros lo violaban todo; no haciendo distincion de cosas vedadas ó permitidas á trueque de sacar dineros, ni perdonando á lo sagrado ni á lo

profano. Hubo muchos que mataron á sus enemigos particulares fingiendo que eran soldados del bando contrario: y los soldados que sabian la tierra, partian entre si las posesiones llenas de bienes, y los dueños ricos de ellas, determinados de matar á quien les hiciese resistencia, no atreviéndose las cabezas irles á la mano, obligados del reciente servicio. Habia en Cecina ménos avaricia, aunque más ambicion. Valente, dado á la ganancia y al logro, era por esto infame disimulador de las culpas ajenas. Tal, que afligida por tanto tiempo Italia, no se podia sufrir más la muchedumbre de infantes y caballos, ni las violencias, injurias y daños que se hacian.

Vitelio entre tanto, ignorante aún de la victoria, traia consigo, como si entónces se hubiera de comenzar la guerra, lo restante de las fuerzas del ejército Germánico, habiendo dejado en aquellas guarniciones algunos pocos soldados viejos, y tomando á sueldo con mucha prisa otros en las Galias para rehinchar las legiones que quedaban, dejando el cargo de la guerra á Ordeonio Flaco. El, añadiendo á los suyos ocho mil soldados de los nuevamente levantados en Bretaña, y caminando adelante pocas jornadas, tuvo la nueva del próspero suceso que habian tenido sus cosas en Bedriaco, y cómo por la muerte de Oton se habia acabado la guerra. Con esto, intimado luégo el parlamento, celebró con muchos loores el valor de los soldados, y pidiéndole todo el ejército que quisiese dar la dignidad de caballero romano á Asiático, su liberto, refrenó su deshonesta adulacion. Mas poco despues, por su natural inconstancia, pidió secretamente en un banquete lo que en público habia negado; permitiendo que Asiático se honrase con los anillos de oro: esclavo infame y sin vergüenza, y con malas artes lleno de noble ambicion.

58 En estos mismos dias le vinieron avisos de cómo se habian declarado por él ambas Mauritancias, batiendo muerto al procurador Albino. Luceyo Albino, hecho por Neron

governador de la Mauritania Cesariense, añadiéndole después Galba la Tingitana, tenía fuerzas no despreciables: diez y ocho cohortes, cinco compañías de caballos y gran número de Mauros, con las presas y con los robos habitados también para la guerra. Muerto Galba, se había inclinado á Oton; y no contento con África, aspiraba también á España, provincias divididas de un estrecho bien angosto de mar. Sospechoso de esto Cluvio Rufo, ordenó que la décima legion se arrimase á aquellas riberas, como dando á entender que quería pasar de la otra parte; y envió delante á Africa algunos centuriones con orden de procurar traer á los Mauros á la devocion de Vitelio. No tuvieron en esto dificultad, por la fama grande que tenía en aquellas provincias el ejército Germánico, y por haberse publicado que Albino, menospreciado el nombre de procurador, quería usurpar el título de rey y el nombre de Juba.

Mudadas con esto las voluntades, Asinio Polion, capitán de caballos, de los más fieles amigos de Albino, y Festo y Scipion, prefectos de las cohortes, fueron muertos: y el mismo Albino, pasando de la Tingitana á la Mauritania Cesariense, fué muerto también al desembarcarse. Su mujer, que voluntariamente se presentó á los matadores, tuvo la misma fortuna, sin curar Vitelio de informarse de lo que pasaba, contentándose con una breve relacion de todas las cosas, por grandes que fuesen: incapaz al fin de negocios graves. El cual, encaminado el ejército por tierra y embarcado él en el rio Arar, caminaba sin ningun aparato de príncipe, aunque admirado por la pobreza de ántes, hasta que Junio Bleso, gobernador de la Galia Lugdunense, de sangre ilustre, y no ménos espléndido que rico, le proveyó de familia y aparato imperial, acompañándole con mucha liberalidad; con tanto ménos agradecimiento de Vitelio, cuanto procuraba encubrir más el aborrecimiento que le tenía con humildes y viles lisonjas. Saliéronle al encuentro á Leon los capitanes del bando vencido y los del vencedor:

y habiendo en público parlamento loado á Valente y Cecina, quiso que se sentasen junto á su propia silla de marfil. Mandó despues que todo el ejército saliese á recibir á su hijo de tiernos años; al cual, haciéndole traer á su presencia, y tomándole en los brazos, vestido con casaca de armas imperial, llamó Germánico; honrándole con todas las demas cosas convenientes á fortuna de príncipe. Aquel honor excesivo en la prosperidad le sirvió despues de consuelo en sus adversidades.

60 Fueron tras esto hechos morir todos los centuriones más valerosos Otonianos: ocasion bastantísima para hacerse Vitelio aborrecer de los ejércitos del Ilirico, y para que las otras legiones vecinas, envidiosas de los soldados de Germania, comenzasen á pensar en la guerra. Trujo tras sí muchos días con secas dilaciones á Suetonio Paulino y Licinio Proculo ántes de tener audiencia, hasta que dándosela al fin, les convino servirse de defensas ántes necesarias que honestas. Ellos confesaron haber sido traidores afirmando que el largo camino hecho ántes de la pelea, el cansancio de la gente Otoniana, el embarazo de los carros entre los escuadrones, y otras cosas casuales, habian sido ocasionadas de su artificio. Vitelio tuvo por verdadera la traicion, y se la perdonó. A Salvio Ticiano, disculpó el amor fraternal para con Oton y su poco valor. Confirmóse el consulado á Mario Celso, aunque se creyó entónces, y despues no faltó quien en el Senado diese en rostro á Cecilio Simplicio con que habia querido comprar este oficio con dineros, y hasta con la muerte de Celso. Estorbólo Vitelio, y dió despues á Simplicio el consulado sin mancha y sin gasto. Galeria, mujer de Vitelio, defendió á Traçalo de los acusadores.

61 En este trabajo de los hombres grandes (cosa vergonzosa) un cierto Marico, del vulgo de los Boyos (1), se

(1) Los Boios ocupaban la parte de la Galia llamada en el día Borbonesado.

*una ni por adulacion de la ciudad de la señal
alguna de alegría vino a participar solo en las
adversidades de* HISTORIAS — LIBRO II. *su casa.* 117

atrevió, so color de deidad, á ingerirse en la fortuna de los príncipes y provocar las armas romanas. Ya el librador y el dios de las Galias (este era el nombre que se habia puesto) seguido de ocho mil hombres, hubiera llevado á sí las vecinas villas de los Eduos, si aquella ciudad prudentísima con buen golpe de escogida juventud, añadidas por Vitelio algunas cohortes, no hubiera desbaratado aquella desatinada muchedumbre. Quedó preso en aquel conflicto Marico, y porque echado á las fieras no era despedazado al momento, el vulgo loco le tenía por inviolable, hasta que á vista de Vitelio fué hecho morir. No se procedió más adelante contra los rebeldes ni sus bienes.

625 Los testamentos de los que murieron en la jornada del bando de Oton fueron ratificados, habiéndose tambien dado lugar á las leyes por los abintestatos. A la verdad, si Vitelio hubiera moderado los desórdenes y prodigalidad, no habia de que temer á su avaricia. Mas era sobradamente insaciable y bestial su glotonería. Hacia traer de Roma y de todos los lugares de Italia viandas para incitar el apetito, no sufriendo los caminos el número grande de vivanderos que discurrían de uno al otro mar: consumidos en los aparatos de los convites los más ricos de las ciudades, se consumían tambien las mismas ciudades. Y los soldados, con el uso continuo de los apetitos y regalos y con el menosprecio de su cabeza, desamparaban del todo el trabajo y perdian el valor. Envió delante á Roma un edicto, en el cual declaraba querer diferir el nombre de Augusto y no consentir jamás el de César, puesto que no se contentaba con un punto ménos de autoridad. Fueron echados de Italia los astrólogos; y por un edicto muy severo se prohibió que los caballeros romanos no se difamasen con emplear sus personas en los juegos ni esgrimas del teatro. Habíanlos obligado á ello los emperadores pasados con grandes dádivas, y muchas veces por fuerza: compitiendo entre sí muchos municipios y colonias en llevar á este infame

ejercicio á fuerza de dádivas á los más disolutos mozos.

63 Mas Vitelio, á la llegada de su hermano, ingiriéndose cada dia más con él los maestros de la tiranía, hecho más soberbio y cruel, hizo matar á Dolabela, desterrado ya por Oton, como se ha dicho, á la colonia de Aquino. Este Dolabela, avisado de la muerte de Oton, habia vuelto á Roma, y con esta ocasion, Plancio Varo, que habia sido pretor, íntimo amigo de Dolabela, le acusó ante Flavio Sabino, prefecto de Roma, de haber rompido el destierro con desig- nio de hacerse cabeza del bando vencido: añadiendo tam- bien que habia intentado sobornar á la cohorte que estaba en Ostia: no arrepentido Plancio de mil delitos en que es- taba convencido, procuraba sacar segundo perdon por me- dio de esta maldad. Suspenso, pues, Flavio Sabino en cosa de tanto peso, Triaria, mujer de Lucio Vitelio, más feroz de lo que suelen ser las mujeres, le puso miedo, diciendo: «que no quisiese con peligro del príncipe ganar nombre de clemente.» Y así Sabino, manso y benigno de su natura- leza, aunque fácil á mudar propósito por cualquier peque- ño asombro, y á vueltas del peligro ajeno dudando tam- bien del suyo, por no parecer que le sostenia, le ayudó á caer.

64 Tal que Vitelio, por temor y por odio de haberse casado Dolabela con Petronia, que habia sido su mujer, poco des- pues de haberla repudiado, llamándolo por cartas, mandó que, divertido de la publicidad de la via Flaminia y metido en Interamnia, fuese allí muerto. El matador, pareciéndole larga la jornada, despues de haberle hecho entrar en una venta que estaba en el camino, echándolo en tierra, lo degolló: haciendo este acto en gran manera odioso el nuevo principado, de que se comenzaban á dar tan buenas mues- tras. Hizo parecer mayor la insolencia de Triaria el ejem- plo grande que dió de modestia Galeria, mujer del empe- rador, nada altiva con los afligidos, y de igual bondad la madre de los Vitelios, Sextilia, matrona de antiguas cos- tumbres. *Escriba que dijo a los 1.º Cortes de su hijo: n. este no le perdi yo ganando, sino Vitelio. Mi- despus no habiendo jamás, por linaje de la fr-*

tumbres. Escriben que dijo á las primeras cartas de su hijo: á este no le parí yo Germánico, sino Vitelio (1). Así despues, no habiendo jamás por lisonjas de la fortuna ni por adulaciones de la ciudad dado señal alguna de alegría, vino á participar solamente de las adversidades de su casa.

¶ Marco Cluvio Rufo, dejada la España, alcanzó á Vitelio que habia ya partido de Leon, mostrándose exteriormente alegre y confiado, mas en lo secreto afligido y temeroso de ánimo, sabiendo muy bien de lo que habia sido inculcado. Hilario, liberto de César, habia referido de él que sabido el principado de Oton y Vitelio, habia tentado de apoderarse de las Españas, y que por esto en sus patentes no habia puesto jamás título de algun emperador. Habia interpretado tambien ciertas palabras de una de las oraciones de Rufo, dichas en ofensa de Vitelio, sólo por hacerse grato al pueblo. Mas prevaleció de suerte la autoridad de Cluvio, que mandó Vitelio castigar al liberto; ordenándole á él le fuese acompañando sin quitarle el gobierno de la España; ántes se lo dejó gozar estando ausente, con el ejemplo de Lucio Aruncio, que Tiberio retuvo cerca de sí por miedo: mas Vitelio no le tenía de Rufo. No se le hizo tanta honra á Trebelio Máximo, huído de Bretaña de la furia de los soldados, en cuyo lugar se envió á Vecio Bolano, de la comitiva del príncipe.

26 Inquietaba mucho á Vitelio el ánimo todavía alterado de las legiones vencidas, cuyos soldados, esparcidos por Italia y mezclados con los vencedores, hablaban como enemigos; especialmente los de la legion catorce, que con su acostumbrada ferocidad negaban el haber sido vencidos: porque en la batalla de Bedriaco, rotos solamente los

(1) Vitelio habia firmado su carta con el nombre de Germánico, que merecia tan poco como el niño que estaba aún en la cuna, y al cual acababa de dar el mismo nombre en presencia de las legiones.

vexilarios no se halló el nervio de la legion. Resolvióse de enviarlos á Bretaña, de donde habian sido llamados por Neron, y con ellos tambien las cohortes de Batavos, por la vieja enemistad que tenian con los de esta legion. No duró mucho la paz entre tantas enemistades de gente armada. En Turin, miétras un batavo se resiente contra un oficial que le habia engañado y un legionario, su huésped le defiende, y acudiendo gente de entrambas partes, se pasa de malas palabras á homicidios: y sucediera cruel estrago, si dos cohortes pretorias que llegaron en favor de la legion no hubieron igualado las fuerzas, animando á los suyos y causando temor á los Batavos. A los cuales hizo Vitelio juntar á su ejército, como confidentes suyos, y ordenó que la legion, pasados los Alpes Grayos (1), torciese el camino por no pasar por Viena; siéndole tambien sospechosos los Vieneses. La noche que desalojó la legion, habiendo dejado por todo fuegos encendidos, se quemó una parte de la colonia de Turin; de cuyo daño, como de otros muchos causados por la guerra, no se hizo cuenta, oscurecido de las ruinas mayores de otras ciudades. Los soldados más sediciosos de la legion catorce, pasando los Alpes, volvieron las banderas hácia Viena: mas detenidos por la conformidad y union de los mejores, pasaron finalmente á Bretaña.

67 Daban cuidado en segundo lugar á Vitelio las cohortes pretorias: y así, separadas por esto al principio, y ablandadas despues un poco con darles una honesta licencia (2),

(1) En el día el pequeño San Bernardo.

(2) Justo Lipsio, *de Milit. rom.* V. XIX. cuenta hasta cuatro clases de licencias, *honesti*, *causaria*, *gratiosa* é *ignominiosa*. La primera se daba á los que habian terminado con honor el tiempo del servicio. La llamada *causaria* podia ser al mismo tiempo *honesti*, y se alcanzaba por causa de heridas, enfermedad ó cualquiera otra que inhabilitase para el servicio. *Misio gratiosa* era la licencia de favor y de proteccion. La última especie se designa harto bien por el epíteto de *ignominiosa*.

comenzaban á traer las armas para entregarlas á sus tribunos, cuando se supo que Vespasiano se aparejaba para la guerra: y entónces vueltas al sueldo, fueron el mayor esfuerzo del bando Flaviano. La legion primera de la armada se envió á España para que se amansase en la paz y en el ocio: la oncena y la séptima se volvieron á sus guarniciones de invierno. Los de la décimatercia se emplearon en la fábrica de los anfiteatros, preparando Cecina en Cremona y Valente en Bolonia los juegos de gladiatores; pues nunca se ocupaba Vitelio en los negocios de manera que se olvidase de los deleites. Había él, á la verdad, compartido discretamente de esta manera los soldados del otro bando.

88 Nació despues entre los vencedores de un principio de burla una grave sedicion, si el número de los muertos no la igualara con una razonable batalla. Estaba en Pavía Vitelio, y habia entre otros convidado á comer á Verginio. Los legados y los tribunos van siempre imitando la gravedad ó los vicios, conforme á las costumbres de su general; y así éstos atendian á banquetear todo el dia alegremente, haciéndose á esta medida el soldado más ó menos desordenado. Acerca de Vitelio fué siempre todo descompostura y embriaguez; semejante ántes á vigiliass y bacanales que á ejército disciplinado. Dos soldados, pues, uno de la legion quinta y otro de los Galos auxiliares, irritados en el ejercitarse á la lucha, quedando debajo el legionario, y tratándose el Galo demasiado como vencedor, dieron ocasion á que los circunstantes se hiciesen parciales: tal que dando los de las legiones contra los auxiliares, degollaron dos cohortes-enteras. Remedió á este tumulto otro tumulto: porque vistose de léjos levantar polvo y resplandecer armas, se comenzó á gritar que la legion catoree, vuelta atras, venia con intento de pelear: y á la verdad era la retaguardia del campo. Reconocidos entre sí, cesó la sospecha. En este medio, encontrándose ciertos soldados acaso con un es-

clavo de Verginio, y levantándole que queria matar á Vitelio, van corriendo la vuelta del banquete para matar á Verginio. Ni el mismo Vitelio, puesto que sospechoso de cualquier cosa, dudaba de su inocencia: y con todo eso fueron detenidos con dificultad los que pedian la muerte de un hombre consular y que habia sido antes su general. Nadie se vió jamás tan expuesto á los peligros de las sediciones como Verginio: era grande la admiracion y la fama de aquel hombre; mas aborrecianle ya, como cansados de él.

67 El dia siguiente Vitelio, oidos los embajadores del Senado, que por su órden le esperaban allí, pasó al campo, donde alabó mucho el afecto de los soldados; quejándose en contrario los auxiliares de que hubiese llegado á tal extremo la insolencia y orgullo de las legiones, y que se quedasen sin castigo. Las cohortes de Batavos, porque no tentasen otra crueldad mayor, se envian á Germania; preparando ya los hados un principio de nuevas guerras civil y extranjera. Enviáronse tambien á sus casas los socorros de las ciudades de las Galias, buen golpe de soldados, que fué despues, al principio de la rebellion, una de las cosas más importantes para mover aquellos ánimos á la guerra. Y porque las rentas del imperio, disipadas por tantos gastos, pudiesen bastar para lo necesario, mandó disminuir el número de banderas de las legiones y gente de socorro; prohibiendo el rehinchar las plazas que fuesen vacando, ofreciéndose indiferentemente licencia á todos; resolucion dañosísima á la república y poco grata á los soldados; á los cuales, siendo ménos en número, tocaban más á menudo las facciones, trabajos y peligros: relajándose entre tanto las fuerzas con el vicio y desórdenes contra la antigua disciplina militar é institutos de los antiguos; acerca de los cuales se conservó mejor la grandeza romana con el valor que con el oro.

Dió la vuelta de allí Vitelio para Cremona, y vistas las

fiestas de Cecina, quiso pasar por los llanos de Bedriaco y apacentar la vista en las reliquias de la reciente victoria: sucio y horrendo espectáculo cuarenta dias despues de la batalla. Veíanse los cuerpos despedazados, los miembros divididos, formas hediondas de hombres y de caballos, la tierra inficionada de la putrefaccion, derribados los árboles con sus frutos, cruelisima destruccion de todo. No daba indicios de menor inhumanidad el ver una parte del camino cubierta de Cremoneses, adornados de laurel y rosas, levantados altares, y ofreciendo víctimas á uso de reyes; cuyas demostraciones, aunque agradecidas entónces, fueron despues causa de su ruina. Estaban presentes Valente y Cecina mostrando los lugares del conflicto. Aquí arremetieron las legiones á la batalla: allí cerraron las tropas de caballos: acullá rodearon al enemigo los auxiliaarios, no cesando de engrandecer los tribunos y prefectos sus propias hazañas; mezclando, no solamente encarecimientos, pero tambien mentiras. Hasta el vulgo de los soldados con voces y regocijo, dejando el camino, iban á ver la plaza de batalla, y miraban con admiracion los montones de armas y de cuerpos. Hubo algunos que, considerando la variedad de la fortuna, se movian á piedad y á lágrimas. Mas Vitelio no apartó jamás los ojos, ni mostró ningun horror de ver tantos millares de ciudadanos sin sepultura; ántes alegre é ignorante del infortunio que se le aparejaba, iba ofreciendo sacrificios á los dioses de aquel lugar.

Celebró despues en Bolonia Fabio Valente su fiesta de gladiadores, haciendo venir los hábitos y aparatos de Roma. Cuanto más se iba acercando á Roma Vitelio, tanto más crecia por el camino la disolucion, mezclándose por momentos manadas de histriones y eunucos, con otros linajes de gente de la escuela de Neron, cuya memoria celebraba Vitelio con admiracion grande, como hombre que acostumbraba cortejarle cuando cantaba; no forzado como muchos buenos, sino hecho esclavo de su gusto, y com-

prado á precio de deleites y de gula. Por dar lugar en los honores á Valente y Cecina, se cercenaron los consulados de los otros: disimulando el de Marcio Macro, como capitán Otoniano, y difiriendo el de Valerio Marino, nombrado para cónsul por Galba; no por hallarse ofendido de él, sino porque, siendo hombre de buena pasta, no era para resentirse del agravio. Dejó á una parte á Pedanio Costa, poco grato al príncipe, como uno de los que conspiraron contra Neron, y el que instigó á Verginio, puesto que alegó otras causas. Diéronse despues por todas estas cosas gracias á Vitelio: tambien se les habia asentado la servidumbre.

Hallóse estos dias un cierto hombre que fingió ser Escriboniano de Camerino: el cual, temeroso en tiempo de Neron, se habia retirado á Istria, donde habia algunas familias allegadas á los antiguos Crasos, posesiones y particular inclinacion y favor á su nombre. Este, llevando consigo una banda de atrevidos para acreditar la mentira, habia hecho tanto, que el vulgo crédulo y algunos soldados, ó engañados, ó deseosos de novedades, le seguian á porfia: hasta que entregado á Vitelio y preguntado quién era, visto que no se daba fe á sus palabras, siendo ya reconocido de su dueño por un fugitivo llamado Geta, fué hecho morir como esclavo.

Es casi increíble lo que Vitelio creció de soberbia y negligencia despues que tuvo nueva de Siria y de Judea, que todo el Oriente estaba á su devocion: porque si bien, hasta entónces sin certidumbre de autor, era grande y en boca de la fama la opinion de Vespasiano, cuyo nombre solia desvelar muchas veces hasta al mismo Vitelio, librados ya él y su ejército del miedo de tan gran competidor con la crueldad, con la lujuria y con las rapiñas, se gobernaban del todo como bárbaros.

74. Mas Vespasiano en este medio consideraba y media con la guerra que pensaba emprender sus armas y sus fuer-

zas, tanto las apartadas como las cercanas. Los soldados de tal manera estaban á su devocion, que pronunciando las palabras del juramento y los ruegos que hacia por la prosperidad de Vitelio, le escucharon con silencio y sin las acostumbradas aclamaciones. Maciano no tenia el ánimo mal dispuesto por Vespasiano, puesto que amaba más á Tito. Habíase confederado con él Alejandro, prefecto de Egipto. Y porque la legion tercera habia pasado de Siria á Misia, la contaba por suya, esperando que le seguirian tambien las demas del Ilirico: porque los soldados que venian del bando de Vitelio tenian ofendidos en todas partes á los demas: los cuales, de aspecto fiero y arrogantes en el hablar, despreciaban á los otros, como á inferiores. Mas la grandeza de la empresa iba difiriendo la resolucion, hallándose Vespasiano tal vez lleno de esperanzas, y tal de pensamientos adversos. Imaginaba entre sí, «que aventuraba con la guerra y en el suceso de un solo dia su persona de sesenta años de edad, con dos hijos mozos que tenia: que se concede en los designios privados el poder caminar paso á paso y encomendar más ó ménos á la fortuna: mas á los que desean imperio no se da medio entre la cumbre y el precipicio.»

75 Tenia delante el valor del ejército Germánico, conocido por él, como tan gran soldado: sus legiones no acostumbradas á guerras civiles, de las cuales habian quedado con victoria las de Vitelio, y los vencidos con más lamentos que fuerzas: que la fe de los soldados era poco segura en las guerras civiles, conviniendo guardarse de cada uno. Porque, ¿de qué provecho serian las cohortes y bandas de caballos, cuando uno ó dos se resolviesen á ganar con maldad el premio prometido por la otra parte? Que de esta manera habia sido muerto Escriboniano en tiempo de Claudio, y de esta misma subió á principales cargos en la milicia Volaginio, que lo mató. Mas fácil cosa es vencer á muchos que guardarse de uno.»

Estando pues en duda por estos temores, no cesaban los legados y los amigos de animarle; y Muciano, despues de haberle hablado muchas veces en secreto, le habló así en público: «Todos aquellos que se aconsejan sobre grandes cosas, deben considerar si lo que pretenden es útil para la república, honroso para ellos, y si no fácil á ejecutarse, á lo ménos no muy dificultoso. Débese advertir tambien quién es el que lo aconseja; si se ofrece al mismo peligro, y sucediendo el caso prósperamente, á quién espera mayor gloria. Yo, oh Vespasiano, te llamo al imperio; empresa no ménos saludable para la república que honrosa para tí, y despues de la voluntad de los dioses, pendiente de la tuya. Ni puedes temer que sea este oficio de adulacion, estando más vecino al vituperio que al loor el ser elegido despues de Vitelio. No nos levantamos ahora contra el ánimo invencible de Augusto, ni contra los sagaces años de Tiberio, ó contra la casa de Cayo, de Claudio ó de Neron, fundada con largo imperio: has cedido tambien á la nobleza de Galba: mas el estar en ocio de aquí adelante, es dejar contaminar y destruir la república; y por fuerza habria de parecer demasiada vileza y sobrado sueño, cuando demos que la servidumbre te fuese tan segura como vergonzosa. Fuése ya y pasóse el tiempo en que se podia dar muestras de desear el imperio. Necesario es ahora asegurarse con el mismo imperio. ¿Hásete olvidado por dicha el modo en que fué muerto Corbulon? De más noble sangre que nosotros, yo lo confieso: mas tambien Neron excedió en nobleza á Vitelio. Harto ilustre y claro es para el que teme cualquiera que sea el temido: y que del ejército pueda salir electo el emperador, lo ha mostrado el mismo Vitelio, sin experiencia, sin fama militar, ayudado solamente del odio concebido contra Galba. Y ya vemos engrandecido y deseado el nombre de Oton; vencido, no por arte de capitán ó valor de ejército, mas por su propia desesperacion. Entre tanto

»que Vitelio va separando las legiones y desarmando las
 »cohortes, fomenta cada día nuevas semillas de guerra. Y
 »sus soldados, si en algún tiempo tuvieron punto de valor
 »ó ferocidad, imagina que lo van ahora menoscabando en-
 »tre los banquetes y las tabernas, á imitación de su empe-
 »rador. Tú tienes de Judea, de Siria y de Egipto nueve
 »legiones enteras; no deshechas por las guerras, no estra-
 »gadas por las discordias, sino soldados curtidos en los tra-
 »bajos y vencedores en una guerra extranjera. De arma-
 »das, de caballos, de cohortes la flor; amistad de reyes
 »fidelsimos, y sobre todo tu experiencia.

84

44

«De mí no quiero decir más sino que no soy tenido en
 »ménos que Cecina y Valente: ni debes despreciar á Mu-
 »ciano por compañero, porque no le pruebas competidor.
 »Porque yo, así como me antepongo á Vitelio, así te pre-
 »fiero á mí. Tienes en tu casa el honor de haber triunfado;
 »dos hijos mancebos, uno ya capaz de imperio, y en los
 »primeros años de su milicia claro y famoso hasta en los
 »ejércitos Germánicos. Necedad y áun locura sería no ce-
 »der yo el imperio á aquel cuyo hijo es sin duda que yo
 »adoptara cuando fuera emperador. Mas no habrá ya en-
 »tre nosotros el mismo orden en las cosas adversas que
 »en las prósperas: porque venciendo, me contentaré con
 »la honra que me darás: el riesgo y el mal se partirá igual-
 »mente entre nosotros. Antes, como es mejor, gobierna tú
 »estos ejércitos y dame á mí la guerra y los sucesos in-
 »ciertos de las batallas. Con más severa disciplina viven
 »hoy los vencidos que los vencedores. Aquéllos del enojo,
 »del aborrecimiento y el deseo de venganza son animados
 »á la virtud; éstos con la desobediencia se entorpecen. La
 »guerra misma abrirá y manifestará las llagas del vence-
 »dor, ahora encanceradas y escondidas. Ni yo confío más
 »en tu vigilancia, mansedumbre y prudencia que en el
 »sueño, ignorancia y crueldad de Vitelio. Mas será de
 »harto mejor condicion nuestra causa en la guerra que en

»la paz; pues sólo el haber pensado en la rebelion bastará para que nos traten como á rebeldes.»

Despues de la oracion de Muciano comenzaron á rodearle más atrevidamente los otros, exhortándole y trayéndole á la memoria las respuestas de los oráculos y de los influjos de las estrellas. No dejaba de dar algun crédito Vespasiano á tales supersticiones; porque hecho despues señor del mundo, tuvo públicamente cerca de sí á un cierto matemático llamado Seleuco, que le gobernaba y pronosticaba lo porvenir. Acordábanle todas las cosas pasadas. Que un cipres de notable altura en una de sus posesiones, caido de improviso en tierra, se habia levantado el dia siguiente y vuelto á poner en el mismo lugar, mostrándose mucho más grande y más verde; cosa, que de consentimiento de todos los adivinos arúspices, prometia á Vespasiano, entónces niño, gran prosperidad y suprema grandeza. Mas el haber obtenido primero el honor del triunfo, despues el consulado y últimamente la victoria Judaica, parecia que daba entero cumplimiento á la fe del agüero. Pero alcanzadas estas cosas, creyó que se le concedia tambien el imperio. Entre las provincias de Siria y de Judea se levanta el Carmelo: este nombre es comun al monte y al dios, el cual no tiene simulacro ni templo, porque los antiguos lo han ido ordenando así de mano en mano. Hay sólo un altar acompañado del respeto y reverencia. Sacrificando, pues allí, Vespasiano, considerando entre sí sus esperanzas secretas, Basilides, sacerdote, despues de haber visto y revisto los interiores de las víctimas, dijo: «oh Vespasiano, todo aquello que designas, ó fabricar palacios, ó ensanchar las posesiones, ó crecer el número de siervos, se te promete: honrado asiento, anchos confines, gran cantidad de hombres.» Divulgó al momento la fama esta ambigüedad, y ella misma la iba interpretando. No se hablaba otra cosa en el vulgo, discurriéndose tanto más de ordinario con él mismo, cuanto á quien espera se suelen decir más cosas de las que hay.

Partiéronse con resolucion, Muciano para Antioquia y Vespasiano para Cesarea, metrópoli aquella de Siria y esta de Judea. Tuvo principio en Aljeandria el declarar á Vespasiano por embajador, habiéndose anticipado Tiberio Alejandro á tomar juramento á las legiones en su nombre el 1.º de Julio, que fué despues celebrado tambien por el primero de su imperio, puesto que el ejército Judaico prestó el mismo juramento, y le aclamó emperador á los 3 del mismo mes, con tanto afecto que no se aguardó á Tito que se volviese de Siria, medianero de los consejos entre su padre y Muciano.

Hizose todo con ímpetu militar, sin preparacion ó discusion alguna del hecho, sin juntar las legiones, ~~miéntras~~ se iba buscando tiempo y lugar cómodo, y, lo que en semejantes cosas es dificilísimo, la primera voz, miéntras el ánimo de Vespasiano era combatido de la esperanza y del temor, de la razon y del caso, saliendo de su cámara algunos pocos soldados que estaban allí, segun la órden acostumbrada, para saludarle como á legado, le saludaron como emperador. Entónces concurriendo los otros, le llaman César y Augusto, con todos los demas nombres anexos al imperio. Habia ya su ánimo pasado del temor al conocimiento de su grandeza; no mostrando en lo exterior ninguna alteracion de soberbia ó de arrogancia, ni una pequeña muestra de hallarse nuevo en tan gran novedad. Y en disipando la niebla de cuidados que le impedia la vista de aquella muchedumbre, hablando como soldado, halló los ánimos de todos alegres y dispuestos á su voluntad. Muciano, que esperaba esto solo, tomado al punto el juramento por Vespasiano á los soldados, que no deseaban otra cosa, y entrando en el teatro de los Antioquenos, donde suelen juntarse á consejo, con gran concurso y porfiada adulacion habló á aquel pueblo, ornado él tambien de elocuencia griega, y artificioso pregonero de sus dichos y hechos. Ninguna cosa encendió más los ánimos

de la provincia y del mismo ejército, que el oír afirmar á Muciano que Vitelio habia determinado de enviar á Siria, como á país abundante y quieto, las legiones Germánicas, y en contrario, dar á las de Siria las guarniciones de Germania, enviándolas á padecer los importunos frios de aquel clima, y otros innumerables trabajos. Porque á los de aquella provincia era muy agradable la conversacion y trato de aquellos soldados; hallándose emparentados con muchos y unidos entre sí con estrecha amistad: y los soldados por la larga continuacion del suelo, amaban á sus alojamientos como á sus propias casas.

81

Antes de los 15 de Julio habia ya prestado el mismo juramento toda la Siria; añadidos con sus reinos Soemo (1), con fuerzas de algun momento, y Antioco (2), poderoso por antiguas grandezas y el más rico entre los reyes que servian. Agripa (3), que estaba en Roma, advertido del suceso por mensajeros secretos que le enviaron los suyos, sin sabiduría de Vitelio, con una breve navegacion llegó á juntarse con los demas. No con ménos afecto favorecia la faccion en la flor de su edad y belleza la reina Berenice, agradable tambien al viejo Vespasiano por la magnificencia de sus presentes. Juraron asimismo fidelidad todas las provincias bañadas del mar, desde la Asia hasta la Acaya, y la tierra adentro todo aquel espacio que se contiene entre Ponto y Armenia, puesto que las gobernaban legados sin otras armas, no habiéndose hasta entónces puesto las legiones en Capadocia. Túvose consejo sobre la suma de las cosas en Berito (4), á donde vino Muciano con los legados y tribunos, y con todos los centuriones y soldados de más estima, como tambien del ejército Judaico se esco-

(1) Neron le habia nombrado rey de Sofenas.

(2) Rey de Comagene, descendiente de los Seleucidas.

(3) Hermano de Berenice y rey de una parte de la Judea.

(4) Ciudad marítima de la Fenicia, cerca del Líbano, y conocida tambien con el nombre de Beroe.

gieron los más vistosos: tanto aparato de infantes y caballos juntos; tantos reyes émulos en la grandeza y en el afecto hacían aparente muestra de una corte verdaderamente de príncipe.

(82) Fué la primer resolución para la guerra hacer gente nueva y llamar los veteranos. Diputáronse las mejores ciudades para labrar armas. Abrióse la ceca de oro y plata en Antioquía; solicitándose todas estas cosas por ministros prácticos, repartidos por sus puestos. Vespasiano mismo iba en persona exhortando á los buenos con loores y á los tardos con el ejemplo: ántes incitando que reprendiendo, y más presto disimulando los vicios, que las virtudes de sus amigos. Honró á unos con oficios de prefectos, á otros de procuradores; hizo muchos senadores hombres de valor y de partes, que no tardaron mucho en pasar á mayores grados. A otros algunos aprovechó su fortuna en vez de su virtud. Del donativo á los soldados, ni Muciano en su primer parlamento hizo mencion sino de paso, ni Vespasiano, egregiamente constante contra los donativos militares, ofreció en las guerras civiles más de lo que en tiempo de paz hicieron los otros emperadores: caso que aumentó la opinion de su ejército sobre todos los demás. Despacháronse embajadores á los Partos y á los Armenios; habiendo proveído que, vueltas las legiones á la guerra civil, no se dejasen desarmadas las espaldas: que Tito atendiese á la Judea y Vespasiano tuviese el paso de Egipto, pareciéndole que contra Vitelio bastaban parte de sus fuerzas, con Muciano por capitán, el nombre de Vespasiano y la disposicion de los hados, á que nada es difícil. Escribióse á todos los ejércitos y á los legados, ordenando que se llamasen con nuevo sueldo y grandes promesas á los pretorianos, mal satisfechos de Vitelio.

(83) Muciano, pues, mostrándose ántes compañero que ministro del imperio, con una banda de gente escogida, no des-
pacio, por no dar muestras de irse entreteniendo, ni con

demasiada diligencia, daba tiempo á la fama, conociendo sus pocas fuerzas, y sabiendo que las cosas que no se ven son tenidas de ordinario por mayores; visto que sólo le seguian la legion sexta y trece mil soldados jubilados, á quien llamaban vexilarios. Mandó que la armada de Ponto se arrimase á Bizancio; dudando si era mejor (dejada la Misia) ir con su infantería y caballería la vuelta de Dirachio, y cerrar con sus galeras la mar hácia Italia, asegurando á las espaldas la Grecia y Asia: que no presidiéndolas, quedarían por despojos de Vitelio, el cual estaria con esto suspenso sobre la parte de Italia que le convenia guardar, si se embistiese á un mismo tiempo con la armada á Brindez, á Taranto y á las riberas de Lucania y de Calabria.

84 Habia por todas las provincias estruendo grande de bajepes, de soldados, de armas y de aparejos de guerra. Mas ninguna cosa apretaba más que los medios de juntar dineros, acostumbrando á decir Muciano que eran el nervio de las guerras civiles: teniendo el ojo por esto en las discusiones de las causas, no al deber ó á la verdad, mas solo á la cantidad de las riquezas: admitiéndose sin distincion cualquier género de acusaciones, y tomando, como buena presa, las haciendas de los más poderosos; cosas todas á la verdad intolerables y duras, que, aunque excusadas entónces por la necesidad de la guerra, quedaron despues en tiempo de paz: aunque Vespasiano en el principio de su imperio no fué muy inclinado á perseverar en estas injusticias, hasta que, con el favor de la fortuna y ruines maestros que le enseñaron, se atrevió á ejecutarlas. Acudia Muciano á las necesidades de la guerra con su propia hacienda, dando voluntariamente lo particular para poder despues con ménos freno robar lo público. De los otros que siguieron el ejemplo en el contribuir con sus propios bienes, fueron raros los que alcanzaron la misma licencia de cobrar.

85 Solicitó en tanto los principios de Vespasiano la prontitud del ejército Ilírico, declarado por su facción. Dió ejemplo la legion tercera á las demas de Misia, que eran la octava y la sétima Claudiana, aficionadísimas á Oton; las cuales, aunque no intervinieron en la batalla, todavía hallándose en Aquileya, sin querer escuchar á los que daban malas nuevas de Oton, rotos los estandartes con el nombre de Vitelio, y á lo último robado tambien el dinero y repartido entre sí, se habian gobernado como enemigos. Y así, comenzando despues á temer y admitiendo con el miedo el consejo, determinaron de cargar á Vespasiano la culpa, que les era imposible excusar con Vitelio. Así las tres legiones de Misia lisonjeaban con cartas al ejército de Panonia, y se preparaban á usar de fuerza cuando se mostrasen renitentes. Durante estos movimientos, Aponio Saturnino, gobernador de la Misia, tentó un hecho harto infame, habiendo enviado un centurion á matar á Tercio Juliano, legado de la sétima legion, cubriendo la enemistad particular con el pretexto del bando. Mas Juliano, avisado del peligro, tomados consigo hombres prácticos de la tierra, por caminos impracticables se huyó por los desiertos de la Misia á la otra parte del monte Hemo. Ni tampoco despues se halló en las guerras civiles, entreteniéndose en el camino que habia emprendido en busca de Vespasiano con varios intervalos, caminando y haciendo alto conforme á los avisos que iba teniendo de las cosas.

86 Mas en Panonia la legion trece y la sétima Galbiana, conservando todavía el dolor y el enojo de la batalla de Bedriaco, sin dilacion alguna se arrimaron al bando de Vespasiano, por obra particularmente de Antonio Primo. Este trasgresor de las leyes, y en tiempo de Neron condenado por falsario, habiendo, entre los otros males de la guerra, recuperado el grado de senador, fué puesto por Galba al gobierno de la legion sétima. Creyóse que escribió á Oton ofreciéndose por una de las cabezas de aquel bando,

y que estimado por él en poco, no fué empleado en la guerra Otoniana. Mas cuando las cosas de Vitelio comenzaron á amenazar ruina, arrojándose á Vespasiano, añadió un gran peso á esta balanza, siendo hombre valeroso de manos, pronto de lengua, artificioso en sembrar enemistades, poderoso en las discordias y sediciones, gastador rapacísimo, peligroso en la paz y en la guerra no despreciable. Unidos despues los ejércitos de Misia y de Panonia, llevaron tras sí tambien á los soldados de Dalmacia, puesto que no se movieron los legados consulares. Gobernaba la Panonia Tito Ampio Flaviano, y Popeo Silvano la Dalmacia, ambos viejos y ricos: mas estaba por procurador Cornelio Fusco, de edad robusta y de sangre noble. Este, en su primer juventud, renunciando por vivir quieto el grado senatorio, hecho despues por Galba capitán de su colonia, y con aquella ocasion obtenido el cargo de procurador, arrojándose al bando de Vespasiano, sirvió despues de una de las principales centellas para encender el fuego de aquella guerra: porque no deleitándose tanto en las recompensas que siguen á los peligros cuanto en los propios peligros, queria más las cosas nuevas inciertas y peligrosas que las ya adquiridas y seguras. Y así fué su empresa el ir conmoviendo y quebrantando todo cuanto veia estar enfermo y apasionado en el mundo. Escribió á Bretaña á los de la legion catorce, á España á los de la primera, á causa de que ambas á dos habian servido á Oton contra Vitelio. Espárcense cartas por las Galias, y en un momento se inflama una terrible guerra, rebelándose á la descubierta los ejércitos Ilíricos, y los demas dispuestos á seguir la fortuna del vencedor.

97 Miétras que Vespasiano y los capitanes de su faccion hacian estas cosas por las provincias, Vitelio, haciéndose cada dia más negligente y despreciable, deleitándose por todas las casas de placer que hallaba y en todas las villas y lugares donde topaba alguna frescura ó recreacion, iba

la vuelta de Roma con una gran multitud de gente. Seguíanle sesenta mil armados disolutos y atrevidos. Era mayor la turba de bagajeros y gente de servicio, insolentísimos de su naturaleza entre todos los esclavos; el acompañamiento de tantos legados, embajadores de tantos amigos poco aptos á estar á regla, cuando bien fueran gobernados con toda modestia y prudencia. Hacía por momentos mayor la muchedumbre el concurso de senadores y caballeros que venían de Roma, algunos por temor, muchos por adulacion y todos por no ser los postreros. Agregábanse plebeyos conocidos por Vitelio en servicios de sus maldades, truhanes, comediantes, carroceros, de cuya deshonesta conversacion gustaba con extremo. No padecian solamente las ciudades y villas por haber de acudir con tan gran cantidad de bastimentos para el sustento de tanta gente, que los mismos labradores veian destruir ante sus ojos los frutos de los campos, prestos á meter la hoz, como si fueran de enemigos.

88 Los soldados se habian muerto entre sí cruelísimamente despues de la sedicion comenzada en Pavia, viviendo siempre la discordia entre las legiones y los auxiliares, solamente de acuerdo cuando se habia de pelear contra los pobres labradores. Pero el mayor estrago de todo fué el que se hizo á dos leguas de Roma. En este lugar tenía Vitelio hechas aparejar viandas para distribuir entre los soldados y hartarlos como si fueran gladiadores. Y hasta la gente popular, salida de la ciudad, se habia mezclado entre los escuadrones. Algunos de ella con sobrada familiaridad, cortadas por burla las correas de las espadas á ciertos soldados poco cortesanos, les preguntaban despues si las tenían al lado. No pudieron sufrir la burla aquellos á quienes no acostumbrados á recibir afrentas; mas empuñando las espadas, dan tras el pueblo desarmado. Entre los otros muertos fué el padre de un soldado que le salia á recibir, el cual, reconocido despues y divulgándose el ho-

micidio, fué la causa de que cesase el estrago de aquellos inocentes. Habia tambien dentro de Roma confusion y espanto grande, concurriendo muchos soldados á la ciudad, particularmente hácia el foro, para ver el puesto donde fué muerto Galba. No era cosa ménos espantable el verlos á ellos vestidos de pieles de fieras y armados de horrendas armas; fuera de que, no estando hechos á apartarse del concurso de la gente, si acaso encontraba con ellos alguno, ó ellos tropezaban en lo empedrado, luégo llegaban á decir injurias, y de ellas á las manos y á las espadas. Metian terror tambien los tribunos y prefectos, visitándolo todo con cuadrillas de armados.

89 Vitelio, partiendo de Pontemole, vestido con el casacon de armas imperial llamado paludamento, sobre un hermoso caballo, llevando delante de sí al Senado y el pueblo en forma de cautivos, entrara en Roma, como en ciudad conquistada, si, advertido por sus amigos, no se hiciera dar la vestidura llamada pretéxta, prosiguiendo de esta manera con trájese modesto. Iban por frente las águilas de cuatro legiones y otras tantas banderas de las demas en torno de ellas: seguian doce estandartes de caballería, y tras la ordenanza de infantería los demas caballos: venian despues treinta y cuatro cohortes, separadas entre sí conforme á la diversidad de armas ó de naciones. Delante del águila marchaban los prefectos del ejército, y los tribunos y los primeros centuriones con vestiduras blancas, resplandeciendo los otros cada uno en su centuria de armas y de premios conquistados, como tambien brillaban los ornamentos y collares de los caballeros. Nobilísima muestra y ejército digno verdaderamente de otro capitan que Vitelio. Entrado de esta manera en el Capitolio, y abrazando allí á su madre, la honró con el nombre de Augusta.

90 El siguiente dia, como si hablara á Senado ó á pueblo de otra ciudad, hizo de sí mismo una pomposa oracion, exaltando con muchos loores su diligencia y su templan-

za, siendo bastantemente notorias á quien le oia sus maldades, y á toda Italia por donde habia caminado, mostrándose sujeto á un vergonzoso sueño y á todo género de vicios y superfluidad. El vulgo con todo eso, ajeno de cuidados, el cual, sin distincion de lo verdadero ó falso, sabe de coro las acostumbradas adulaciones, le iba lisonjeando con estruendo y aplauso confuso: y mostrando Vitelio por señas que no gustaba de que le llamasen Augusto, le forzaron á aceptarlo con la misma vanidad con que ántes lo habia rehusado.

En aquella ciudad, interpretadora de todo, fué tomado á mal agüero que habiendo tomado Vitelio la dignidad de pontífice máximo, hubiese mandado publicar por edicto que las plegarias y sacrificios públicos se hiciesen á los 18 de Agosto, dia muy de atras infelice por las rotas de Cremera y de Alia; tal era su ignorancia en las leyes humanas y divinas, y con igual insuficiencia de sus libertos y familiares vivia como entre otros tantos borrachos. Pero con todo eso, celebrando despues apaciblemente y con gran humanidad las elecciones de los cónsules, vestido de blanco, como uno de los demas pretendientes, á quien por esto llamaban candidatos, apetecía el aplauso del infimo vulgo, en el teatro como uno del auditorio, y en el circo como fautor; cosas que viniendo de virtud fueran verdaderamente gratas y provechosas para ganar el amor del pueblo; mas teníanse por viles y deshonoradas en él, por la memoria de su vida pasada. Iba de ordinario al Senado aún cuando se trataban cosas leves. Y sucedió acaso que Prisco Helvidio, electo pretor, contra lo que él deseaba, enojado al principio no pasó más adelante que á llamar los tribunos del pueblo en socorro de la potestad menospreciada; y á los amigos que luégo le rodearon para mitigarle, dudando que el enojo fuese mayor de lo que mostraba, respondió: «que no era cosa nueva que dos senadores en la república fuesen de varios pareceres; habiéndole sucedido

á él tambien contradecir muchas veces á Trasea.» Hicieron muchos escarnio de la desvergüenza de aquella emulacion; á otros agradaba esto mismo, que por ejemplo de una verdadera gloria, no hubiese escogido alguno de los más poderosos, sino á Trasea.

Habia dado el cargo de los pretorianos á Publio Sabino, que habia sido prefecto de la ciudad, y á Julio Prisco, que no era más que centurion de una cohorte pretoria. Sabino, favorecido de Valente, y Prisco de Cecina; en la discordia de los cuales no servía de nada la autoridad de Vitelio. Gobernaban el imperio estos dos, llenos ya de rencores entre sí, que disimulados, aunque con dificultad, en la guerra, por la malignidad de los amigos y por ser de la ciudad fecunda en parir enemistades, se habian acrecentado, miéntras ambicioso del favor con los acompañamientos, con las inmensas tropas de cortesanos, contienden y compiten sobre el primer lugar, con varias inclinaciones de Vitelio, unas veces al uno y otras al otro. Nunca el poder, á donde es excesivo, causó seguridad ni confianza. Y así el ver á Vitelio mudable, por las súbitas ofensas ó por lisonjas fuera de tiempo, hacía que juntamente fuese por ellos menospreciado y temido. Mas no por esto se mostraban más lentos en usurpar las casas, los jardines y las riquezas del imperio, sin que una miserable muchedumbre de nobles, restituidos junto con sus hijos por Galba del destierro á la patria, hallasen ayuda en la piedad y misericordia del príncipe. Fué cosa grata á los principales de la ciudad, y no desagradó á la plebe, la gracia que hizo á los restituidos á la patria del derecho que solian tener sobre sus libertos (1), puesto que aquellos espíritus servi-

(1) «Segun la ley de las XII Tablas, dice Bournouf, los patronos sucedian, como agnados, á los libertos suyos que no tenian herederos *proprios* y que morian sin testamento. En el caso de que lo hiciesen no podian disponer más que de la mitad de sus bienes, cuya otra mitad pertenecia de derecho al patrono. Además de esto

les le hicieron inútil, escondiendo sus haciendas por medios ocultos y tolerancia de personas grandes que las encubrieron á muchos. Habian tambien pasado algunos á la casa de César y héchose más poderosos que sus dueños.

Mas los soldados, llenos los alojamientos y sobrando todavía la multitud, alojaban por las lonjas y por templos, y andaban vagabundos por la ciudad, sin reconocer principios, sin hacer guardias y sin ejercitarse en algun trabajo, y perdidos en los regalos de Roma y en cosas que se callan por honestidad, consumian el cuerpo en el ocio y el ánimo en las lujurias. A lo último, no estimando en más su propia salud, se retiró una gran parte de ellos á los infamados lugares del Vaticano (1), de donde nació despues una mortandad grande en el vulgo. Fuera de esto, los Germanos y Galos, que tienen los cuerpos sujetos á enfermedades, alojados cerca del Tíber, adolecian tanto más presto, cuanto, impacientes del calor, se bañaban más de ordinario en el rio. Confundíanse tambien las órdenes militares, ó por malicia ó por ambicion. Tomábanse á sueldo diez y seis cohortes pretorias y cuatro urbanas, que habian de tener mil hombres cada una; usurpándose en efecto más autoridad Valente por haber socorrido á Cecina en el peligro. Y á la verdad, á su llegada tomó pié su partido, habiendo con el próspero suceso de la batalla restaurado el mal nombre que le habia dado el caminar despacio: y todos los soldados de la Germania inferior seguian á Valente, de donde se creyó que tuvo origen el comenzar á titubear la fe de Cecina.

Pero no concedió Vitelio tanta autoridad á los capita-

el liberto estaba obligado con su patrono á servicios y á regalos prescritos por la costumbre, y si este caia en la indigencia debia mantenerle como un hijo á su padre. »

(1) El Vaticano, separado del Tíber por un valle bajo y malsano, y que es hoy el barrio más hermoso de Roma, estaba entonces poco poblado.

nes, que los soldados no se tomasen mucha más. Alistábanse de por sí solos en milicia, y cada cual, aunque indigno, si le daba gusto, se escribía entre los soldados urbanos: como también, en contrario, se permitía igualmente á los buenos y valerosos el quedar en los legionarios ó entre los caballos, excusándose muchos con que se hallaban trabajados de enfermedades, ó acusando la intemperie y malos aires de la ciudad. Quitóse con esto el mérito á las legiones y á los caballos legionarios; disminuyóse la reputación de aquel ejército, habiéndose ántes entremezclado que escogido veinte mil soldados. Orando en público Vitelio, fueron pedidos Asiático, Flavio y Rufino, capitanes de las Galias, para darles la muerte por haber peleado en favor de Vindice. No les hacía callar Vitelio, porque, fuera de su natural cobardía, acercándose el tiempo del donativo y hallándose sin dineros que dar á los soldados, les concedía todos los demas. Ordenó que los libertos de la gente más granada contribuyesen como una especie de tributo, segun el número de esclavos que poseian. El, no pensando en otra cosa que en desperdiciar, hacía fabricar caballerizas para los caballos de los carros, hinchir el circo de espectáculos de gladiadores y de fieras, y como si le sobrara para echar á mal, se burlaba del dinero.

Cecina y Valente, haciendo por cada calle de la ciudad la fiesta de gladiadores con grandísimo aparato, y hasta aquel dia nunca visto, celebraron el nacimiento de Vitelio. No causó tanto gusto á los ruines cuanto enfado y disgusto grande á los buenos el ver que, habiendo hecho fabricar altares en el campo Marcio, aplacó allí en honra de Neron con sacrificios á los dioses infernales. Las víctimas fueron muertas y abrasadas públicamente, encendiendo el fuego los augustales, sacerdocio como de Rómulo y del rey Tacio, asimismo consagrados por Tiberio á la familia Julia. No habian pasado aún cuatro meses despues de la victoria, y ya Asiático, liberto de Vitelio, igualaba á los Policletos,

á los Patrobios (1) y á los otros antiguos y odiosos nombres. Ninguno compitió en aquella corte de bondad ó cuidados del bien público; solo era camino trillado para llegar á las grandezas el hartar con banquetes espléndidos y gastos excesivos la gula insaciable de Vitelio, el cual, contentándose con gozar de lo presente sin pensar en lo porvenir, se cree que en pocos meses dió al traves con veintidos millones y medio de oro (novecientos millones de sextercios). Grande verdaderamente, aunque miserable ciudad, habiendo sufrido en espacio de un año á Oton y á Vitelio con vária y vergonzosa fortuna entre los Vinios, los Fabios, los Icelos y los Asiáticos, hasta que sucedieron á éstos Muciano y Marcelo, ántes otros hombres que otras costumbres.

La primer rebelion que supo Vitelio fué la de la legion tercera, avisado por cartas de Aponio Saturnino, ántes que él se arrimase al bando de Vespasiano. Mas ni Aponio se lo acabó de escribir todo, espantado de aquel accidente repentino; y sus privados adulándole, interpretaban el aviso más blandamente, diciendo que aquel era motin de una legion sola, y que los demas ejércitos estaban firmes en su devocion. Discurrió tambien Vitelio en este lenguaje á los soldados, inculpando á los pretorianos, despedidos últimamente, que hubiesen echado esta voz, afirmando no haber sospecha alguna de guerra civil, sin hacer mencion de Vespasiano, y esparciendo por la ciudad soldados que reprimiesen los razonamientos del pueblo: que á la verdad no era sino dar ocasion y materia para que se dijese mucho más.

Pero con todo eso envió por gente de socorro á Germania y á Bretaña y á las Españas, aunque lentamente y disi-

(1) Dos libertos de Neron, que fueron condenados por Galba al último suplicio, con otros muchos malvados que se habian hecho famosos bajo el último reinado.

mulando la necesidad. Iban tambien difiriendo los legados de las provincias. Ordeonio Flaco, sospechoso ya de los Batavos, y temiendo su propio peligro; Veccio Bolano, por no estar nunca quieta del todo la Bretaña, y ambos por ser de suyo irresolutos. Ni en las Españas se hacía más diligencia, no habiendo entónces en ella varon consular: y los legados de las tres legiones, iguales entre sí de autoridad, así como estaban prontos para servir á Vitelio en sus próximos sucesos, así de un mismo acuerdo se resolvian en apartarse de su mala fortuna. En Africa la legion y las cohortes levantadas por Claudio Macro, despedidas por Galba, fueron otra vez tomadas á sueldo por órden de Vitelio. Hacíase escribir el resto de aquella juventud con gran afición á Vitelio, el cual se habia hecho bien querer en el proconsulado de aquella provincia, y Vespasiano, al contrario, sacando de aquí conjetura los Africanos del imperio de los dos; aunque los desmintió la experiencia.

Ayudaba al principio fielmente Valerio Festo, legado, á la inclinacion de los habitadores de la provincia: mas mudóse luégo, favoreciendo en público con cartas y con edictos á Vitelio, y enviando secretas embajadas á Vespasiano para sustentarse con el uno ó con el otro, conforme al que prevaleciese. Algunos centuriones y otros soldados hallados por la Retia y por las Galias con cartas y edictos de Vespasiano, presos y enviados á Vitelio, fueron hechos morir; y muchos se salvaron ayudados de sus amigos ó de su astucia. Así venian á saberse los aparejos de Vitelio, y muchos de los designios de Vespasiano quedaban ocultos al principio por la imprudencia de Vitelio; y despues, porque ocupados con gente los Alpes de Panonia, detenian los correos, y por vía de mar, reinando los vientos Etesios, favorables para navegar á Oriente, eran contrarios á los que venian de allá.

Finalmente, amedrentado de las malas nuevas que llovian de todas partes de haber roto la guerra los enemigos,

mandó á Cecina y á Valente que se pusiesen en órden para salir en campaña. Envióse delante á Cecina, porque hallándose entónces Valente en convalecencia de una grave enfermedad, estaba todavía entretenido del mal. Habia mudado de aspecto el ejército Germánico, debilitadas las fuerzas del cuerpo y del todo helado el ardor del ánimo; las escuadras lentas y á la deshilada; las armas mal ceñidas, los caballos hovachones, los soldados impacientes al sol, al polvo y á las tempestades, y cuanto ménos hábiles para sufrir los trabajos, tanto más prontos á las discordias. Añadíase á esto la vieja ambicion de Cecina, y su nueva locura; ambas cosas, por el demasiado favor de la fortuna, convertidas en desórden y disolucion: si ya no decimos que pensando en faltar la fe á su señor, usaba de este artificio, entre otros, por debilitar el valor de los soldados. Muchos creyeron que, á persuasion de Flavio Sabino, comenzó Cecina á blandear en la fe, y que Rubrio Galo, medianero entre los dos, le aseguró de que ratificaria Vespasiano las condiciones de su rebelion; persuadiéndole tambien con la enemistad y el odio que le tenía Valente, y con que, no igualándole en la gracia y favor de Vitelio, era cordura adquirir ambas cosas con el nuevo príncipe.

Partido, pues, Cecina con mucho honor de los brazos de Vitelio, envió una parte de los caballos para ocupar á Cremona. Fueron seguidos inmediatamente de los vexilarios de las legiones catorce y diez y seis; luégo por la quinta y la veintidos, y por retaguardia la veintiuna, llamada Rapaz, y la primera, por sobrenombre Itálica, con los vexilarios de las tres legiones de la Bretaña, y la gente escogida de los socorros. Partido Cecina, escribió Fabio Valente al ejército que solia ser suyo, que le esperase en el camino, que así estaba concertado con Cecina; el cual, hallándose presente y por esto con mayor autoridad, fingió que se había despues mudado de parecer, resolviendo, que pues se sabia venirse acercando el enemigo, era bien

salirle al encuentro con todas las fuerzas juntas. De esta manera ordenó que una parte de las legiones apresurase el camino hácia Cremona, y la otra no parase hasta Ostilia: él volvió la vuelta de Ravena so color de verse con la gente de la armada, y entrado despues en Padua, dicen que negoció el secreto de su traicion. Porque Lucilio Baso, despues del cargo que tuvo de algunas alas de caballos, enviado por Vitelio al gobierno de ambas armadas de Ravena y de Miseno, por no haber obtenido inmediatamente la prefectura del pretorio, queria con malvada infidelidad vengar el enojo injusto. No se pudo averiguar si Baso ganó á Cecina, ó (como suele suceder á los ruines, que de ordinario se parecen) si los llevó á entrambos la misma deslealtad.

Los escritores de aquellos tiempos que pusieron en historia los sucesos de esta guerra miéntras tenía el imperio la casa de los Flavios, dijeron que fué por deseo de paz y celo de la república: pretextos inventados para cubrir su adulacion. A mí á lo ménos, fuera de su natural liviandad y fe violada una vez vendiendo á Galba, verisímil me parece que por emulacion y por envidia que los otros no les pasasen delante en gracia de Vitelio, quisiesen dar en tierra con el mismo Vitelio. Cecina pues, alcanzadas las legiones, iba con varios artificios procurando minar los ánimos de los centuriones y soldados obstinados por Vitelio. A Baso, que procuraba lo mismo, era ménos difícil, hallándose la armada harto dispuesta á mudar de fe, por la memoria de la reciente milicia que habian profesado en favor de Oton.

NOTA. Siguiendo el ejemplo de M. Burnouf ponemos al final de este libro II de las *Historias* un cuadro del movimiento de las legiones durante la guerra civil, seguido de la lista de dichas legiones por órden numérico y con sus sobrenombres.

FAMILIA	NOMBRE	EDAD	SEXO	OCCUPACION	NACIONALIDAD	OCCUPACION
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

CENSO DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA EL AÑO 1900

CUADRO DEL MOVIMIENTO DE LAS LEGIONES ROMANAS PARA MEJOR INTELIGENCIA DE LAS HISTORIAS DE TÁCITO.

LEGIONES.	CUARTELES.	COMANDANTES DE LAS LEGIONES.	PROVINCIAS.	GOBERNADORES.
Primera (<i>prima Adjutrix classicorum</i>) (1).	Roma.	Orph. Benignus.	Italia.	Junio Bleso.
Primera (Itálica) (2).	Lion.	Manlio Valente.	Galia Ionesia.	
Primera (3).	Bonn.	F. Valente; despues Her. Galo.	Bajo Rhin.	Font. Capito; despues Aulo Vitelio; y despues Flac Hordeonio.
Décimasexta	Nuyss.	No se nombra su comandante.		
Quinta	Veters.	Num. Lupercio y Numis. Rufo.	Alto Rhin.	Virginio; despues Hordeonio.
Décimoquinta (Maced.) (4).	Maguncia.	Dilio Vocula.		
Décimoctava.	Vindonissa?	Anton. Primo.	Pannonia.	Tit. Amp. Flaviano.
Vigésimaprimerá.	Pettau.	Vedio Aquila.		
Gabiana (séptima).		Ann. Baso.	Dalmacia.	Popp. Silvano.
Décimatercia (Gemina).				
Undécima.				
Décimacuarta (5).				
Claudianá (séptima).		Tercio Juliano; despues Vip. Messala.	Mesia.	Apon. Saturnino.
Octava.		Numis. Lupo.		
Tercera (6).		Dilio Aponiano.	Bretaña.	Trebelio Máximo, y despues Vect. Bolano.
Segunda (7).		Ros. Celio.	España.	Cluvio Rufo.
Novena.			Egipto.	Tib. Alejandro.
Vigésima.			Siria.	Licin. Muciano.
Sexta (8).			Judea.	Flav. Vespasiano.
Décima.				
Tercera (9).	Alejandría.			
Vigésimasegunda.				
Cuarta.				
Sexta (10).				
Septima (11).				

NOTAS Y OBSERVACIONES.

(1) Primero en Roma. Despues se halló en el combate de los Castores, en el primero de Bedriaco, y fué enviada á España.

ADVERTENCIA. No hay que confundirla con los *classici* destinados por Neron á formar una legion, pero que no pudieron alcanzar un águila de Galba, el cual por el contrario les hizo cargar por la caballería, los diezmo y mandó encarcelar á los demas, los cuales no recobraron la libertad hasta el advenimiento de Oton, quien hizo de ella una legion incompleta.

(2) La primera Itálica dejó Lion para seguir á Valente; se halló en el primer combate de Bedriaco; en el segundo, y fué enviada al Ilirico con las demas legiones vencidas.

(3) La primera, décimasexta, quinta y décimoquinta se levantan contra Galba. La parte escogida de estas legiones, de las cuales tan sólo la quinta tenía su águila y sus auxiliares en número entre todos de cuarenta mil hombres, siguen á Valente en Italia, dan los dos combates de Bedriaco, y son dispersos en varios puntos del Ilirico.

(4) La cuarta y la décimoctava se levantan contra Galba. Ignórase dónde y cómo se sublevó la vigésimaprimerá. La gente escogida de las dos primeras y toda la última, con sus auxiliares, en número todos juntos de treinta mil hombres, siguen á Cecina á Italia, *lo mismo que las del Bajo Rhin*. Pero la vigésimaprimerá fué llamada de nuevo del Ilirico, á donde habia sido enviada con los demas, y aparece otra vez en el combate de Treveris.

ADVERTENCIA. Conviene tener presente que esas legiones conducidas por Valente y Cecina no habian, excepto la vigésimaprimerá, salido enteras de las dos Germanias; que parte de ellas se habia quedado allí guardando las águilas y conservando el mismo nombre, y habia sido reclutada con gente del país y de las cercanias; y esto explica por qué figuran al mismo tiempo y á grandes distancias las unas de las otras legiones que parece ser las mismas.

(5) La décimoquarta era de Bretaña. Parece que pasó á Italia antes de la muerte de Neron, y que Galba la envió á la Dalmacia. Tomó partido por Oton, volvió á Italia, donde parte de ella se encontró en el primer combate de Bedriaco; regresó á la Bretaña; fué llamada de nuevo, y pasó á las Galias.

(6) La tercera habia venido de Siria y derrotado á los Sarmatas.

(7) Las segunda, novena y vigésima permanecieron en Bretaña, pero enviaron destacamentos á Vitelio. (8) La sexta fué la que hizo emperador á G. Iba; le llevó á Roma; luego despues regresó á España, donde permaneció hasta que fué enviada á guerrear contra Civilis.

(9) Las tercera y vigésimasegunda proporcionaron destacamentos á Tito.

(10) La sexta (de Siria) acompañó á Muciano y rechaza á los Dacios.

(11) La duodécima refuerza el ejército de Tito.

(12) Las quinta, décima y décimoquinta sitiaron á Jerusalem bajo las órdenes de éste.

LISTA DE LAS LEGIONES POR ORDEN NUMÉRICO
CON SUS SOBRENOMBRES.

- Primera. Bajo Rhin ó Germania inferior.
- Primera (*Itálica*). Lion.
- Primera (*Adjutrix classicorum*). Roma. España.
- Segunda (*Augusta*). Bretaña.
- Segunda (*Adjutrix*), formada por Vespasiano.
- Tercera (*Gallica*). Siria. Mesia.
- Tercera (*Cyrenaica*). Egipto.
- Tercera (*Augusta*). Tácito habla de una legion de Africa sin nombrarla. Brotier conjetura que era la Augusta. En tiempo de Dion estaba en Numidia.
- Cuarta (*Macedónica*). Germania superior ó Alto Rhin.
- Cuarta (*Scythica*). Siria.
- Quinta. Germania inferior.
- Quinta (*Macedónica*). Judea.
- Sexta (*Vitrix*). España. En tiempo de Dion en Bretaña.
- Sexta (*Ferrata*). Siria.
- Sétima (*Claudiana*). Mesia.
- Sétima (*Galbiana*). Panonia.
- Octava. Mesia.
- Novena. Bretaña.
- Décima (*Gemina?*). España. La décima *Gemina* estaba en tiempo de Dion en Panonia.
- Décima. Judea.
- Undécima (*Claudiana*). Dalmacia.
- Duodécima (*Fulminífera* ó *Fulminea*). Siria.
- Décimatercia (*Gemina*). Panonia. Se daba el nombre de *Gemina* ó *gemella* á toda legion formada de dos juntas.
- Décimacuarta. Bretaña, Dalmacia. En tiempo de Dion estaba en Panonia y llevaba el nombre de *Gemina*.
- Décimaquinta. Germania inferior.
- Décimaquinta. Judea. Dion menciona una décimaquinta *Apollinaris*, que coloca en Capadocia.
- Décimasexta. Germania inferior.
- Décimasétima. No se encuentra mencionada ni en Tácito ni en Dion. Brotier cree que habia sido completamente destruida en la derrota de Varo.
- Décimaoctava. Germania superior.
- Décimanona. Tampoco se habla de ella ni en Dion ni en Tácito. ¿Seria acaso tambien otra de las destruidas en aquella derrota?
- Vigésima. Bretaña. Dion la llama *Valeria Vitrix*.
- Vigésimaprimerá (*Rapax*). Germania superior.
- Legion de Marina (*Legio e classicis*) formada por Vitelio.
- Classici in numeros legionis compositi*. Cuadros de una legion formada por Oton con soldados de marina.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Llegan á Italia algunas legiones del bando de Vespasiano.—Queda por general de ellas Antonio Primo, capitan atrevido y valeroso.—La armada de Ravena se pasa á Vespasiano, y poco despues Cecina, aunque no consintiendo las legiones, le prenden.—Peleease en Bedriaco, y quedan vencidos los Vitelianos.—Sobrevienen las demas legiones de Vitelio, y renovando la batalla de noche, quedan de nuevo rotas.—Acomete y entra Antonio los alojamientos junto á Cremona, y poco despues se rinde la misma ciudad, quedando sepultada en sus ruinas.—Cuéntase el vicio, no sin crueldad de Vitelio.—Sale en campaña Valente; y conocidas las fuerzas de Antonio y las suyas, se escapa con pocos.—Entra en la mar y queda preso.—Refiérense las inquietudes de la Bretaña, Germania y Dacia.—Encaminanse los Flavianos á Roma.—Vitelio hace guardar el paso del Apenino pero desconfiado de la guerra, trata de conciertos con Sabino, hermano de Vespasiano.—Rompen este trato los soldados.—Sitian á Sabino en el Capitolio, el cual abrasado, queda en prision Sabino y muere á manos de los soldados.—Lucio Vitelio, hermano del príncipe, emprende la guerra de Campania.—Entra en tanto el ejército Flaviano en Roma: toma por asalto los alojamientos pretorianos y muere infamemente Vitelio.
Todo en un mismo año.

Con mejor fortuna y mayor se trataban las cosas de la guerra los capitanes de la faccion Flaviana. Hallábanse en Petovion, alojamientos de la legion trece; y consultóse si era mejor cerrar los pasos de los Alpes de Panonia, hasta que acabasen de juntarse á las espaldas todas las fuerzas, ó embestir de golpe á Italia. Los que aconsejaban el esperar las ayudas y alargar la guerra, engrandecian «la fama

y el valor de las legiones Germánicas, á más de haber llegado con Vitelio la flor del ejército Breton; que ellos, no tenían legiones ni de número ni de ánimo igual, habiendo sido vencidas poco ántes: las cuales, puesto que hablaban con altivez, es cierto que falta siempre el ánimo al que una vez ha sido vencido: mas teniéndose guardados los Alpes, no podia tardar Muciano con las fuerzas de Oriente. Quedaríase Vespasiano con el dominio de la mar, el uso de la armada, el favor de las provincias, por cuyo medio podia mover casi como otra nueva guerra. De esta suerte con una saludable dilacion se ayudarian de las fuerzas apartadas sin pérdida de las presentes.»

Respondia á estas cosas Antonio Primo (era éste terrible instigador de guerra) «que el solicitar era provechoso á ellos y dañoso á Vitelio: porque los vencedoros se habian hecho ántes negligentes que cuidadosos, no habiendo sido tenidos debajo de banderas, ni en los alojamientos militares, sino ociosos por las ciudades y villas de Italia, espantosos solo á los huéspedes que los tenían en sus casas, y cuanto ántes eran más feroces, tanto más se habian engolfado despues en los deleites no acostumbrados. Fuera de que la frecuencia del circo y del teatro, el regalo y amenidad de Roma los tenia ó inhábiles para el trabajo, ó cargados de mil enfermedades. A los cuales dándose tiempo con el cuidado de la guerra cobrarían vigor. Tenían no muy lejos á Germania, capaz de acudir con nuevas fuerzas; la Bretaña, dividida de breve espacio de mar; las Galias vecinas, y las Españas, seminario de hombres, de caballos y de tributos; la Italia misma con las riquezas de Roma. Y si se resuelven á ofender, ¿no tienen dos armadas y el mar Ilírico libre? ¿De qué servicio será entónces la clausura de los montes y el haber diferido la guerra para otro verano? ¿De dónde nos vendrá entre tanto el dinero y las vituallas? Mejor es valernos de la ocasion, que las legiones Panónicas, ántes engañadas que vencidas, soliciten la venganza;

y que los ejércitos de Misia no puedan disculparse con decir que les falta lo mejor de sus fuerzas. Si queremos contar ántes el número de los soldados que el de las legiones, hallaremos de acá más vigor y ninguna corruptela, y la vergüenza recibida por la rota pasada, servirá de tenerlos en mejor disciplina. La caballería, ni áun entónces deshecha, pues con toda la adversidad puso en desórden las escuadras de Vitelio. Dos compañías de caballos de Panonia y de Misia rechazaron entónces al enemigo: diez y seis estandartes ahora unidos en uno, con su choque, con su estruendo y con sola la nube de su sombra sufocarán y atropellarán los caballos y los caballeros ya olvidados de las batallas. Cuando no se me divierta, yo mismo seré autor y ejecutor de este consejo: vosotros, que no habeis aún tentado la fortuna, guardad las legiones, y bástenme á mí las cohortes desembarazadas. Presto vereis abierta de par en par á Italia y abatido á Vitelio. Aprovecheos á vosotros el seguir y pisar la huella del vencedor.»

(5) Decia estas razones y otras semejantes echando fuego por los ojos y con voz terrible, por ser oido de más léjos: tal, que habiéndose mezclado en el consejo centuriones y soldados, movió hasta á los más cautos y más pródigos: y el vulgo y los demas, despreciada la tibieza de los que aconsejaban en contrario, solo á éste loaban y celebraban por hombre y capitan de valor. Habia ganado Antonio gran crédito desde que se leyeron en el parlamento las cartas de Vespasiano, cen solo no haberlas comentado, como hicieron otros, rodeando las interpretaciones á su interes, ántes parecia que habia entrado en el bando libre y descubiertamente: más agradable por esto á los soldados, como quien se hacia compañero de la culpa ó la gloria.

(4) Era grande despues de él la autoridad de Cornelio Fusco, procurador. Este tambien, acostumbrado á decir mal de Vitelio sin ningun respeto, no se habia dejado lugar de esperar, cuando las cosas sucedieran siniestramente. Tito

Ampio Flaviano, hombre tardo por su naturaleza y por su edad, era sospechoso á los soldados, creyendo que se acordaba del parentesco que tenía con Vitelio: y porque se habia ausentado al principio del movimiento de las legiones, vuelto despues voluntariamente, se tenía que esperaba ocasion para entregarle aquel ejército: porque desamparada la Panonia, y entrado en Italia, salido fuera de peligro, el deseo de cosas nuevas le habia movido á volver á tomar el nombre de legado y á entremeterse en las armas civiles: persuadido tambien de Cornelio Fusco; no porque tuviese necesidad de la industria de Flaviano, mas porque el nombre de próconsul sirviese de cubierta y acreditase la faccion que comenzaba á introducirse.

(5) En lo demas, para que se pudiese pasar á Italia sin peligro, pareció acertado escribir á Aponio que caminase todo lo pòsible con el ejército de Misia. Y para excusar que las provincias desarmadas no quedasen por presa de las naciones bárbaras, se hizo liga con los principales Sarmatas llamados Jacigios, los cuales ofrecian tambien su juventud y buena caballería, en que solamente consiste su valor; mas fué rehusada la oferta por no dar ocasion de guerras extranjeras entre las discordias civiles, con pensar que les estaba mejor romper la fe que mantenerla. Arrimáronse al bando Flaviano Sidon Itálico, reyes de los Suevos, devotos antiguamente á los Romanos, y gente de constantísima fe; púsose cantidad de gente de los socorros en frontera, respecto á la Retia enemiga, gobernada por Porcio Septimio, procurador, de incorrupta fe para con Vitelio. Envióse tambien á Sestilio Felice con las bandas de caballos Taurianos y ocho cohortes con la juventud de los Noricos á ocupar la ribera del rio Eno, que divide los Retios de los Noricos. Mas como ni los unos ni los otros se movieron á llegar á las manos, pasó á otra parte la fortuna de las facciones.

6- Con Antonio, que se habia tomado los vexilarios ó jubi-

lados de las cohortes y una parte de los caballos, se acompañó Arrio Varo, tenido por soldado valeroso; al cual habian dado reputacion los sucesos prósperos de Armenia, y haber tenido por capitán á Corbulon: aunque se dijo, que en las pláticas secretas que tuvo con Neron, no se olvidó de calumniar el valor y virtud del mismo Corbulon, y que por esta infame gracia alcanzó el cargo de primipilar; mas este honor mal adquirido, de que por entónces se alegró, fué despues causa de su ruina. Primo, pues, y Varo, habiendo ocupado toda la tierra alrededor de Aquileya, fueron recibidos alegremente en Opitergo y en Altino (1). Dejaron presidio en Altino contra la armada de Ravena, no habiendo sabido aún su rebelion. De allí recibieron á su devocion á Padua y á Este, donde, avisados que tres cohortes Vitelianas y una banda de caballos, llamada la Escriboniana, habian hecho alto en Foro Alieno (2) y fabricado allí un puente, no les pareció ocasion de perder el acometerlos así desordenados, como referian los espías que estaban, y dando sobre ellos al hacer del dia, mataron á muchos que hallaron desarmados; teniendo concertado ántes entre sí, que despues de la muerte de pocos, se procurase atraer á los demas, con ponerles miedo, á mudar de fe. Algunos se rindieron luégo; los más, rompiendo el puente, quitaron al enemigo la comodidad de perseguirlos.

(A) Divulgada esta victoria en favor de los Flavianos al principio de la guerra, dos legiones, conviene á saber, la sé-

(1) En el actual Veneto. La segunda de estas ciudades lleva en el día el nombre de Oderzo.

(2) Segun D' Alville, es Ferrara. Mas de Este á Ferraraha y cuarenta y cinco millas romanas, y además tiene que atravesar el Adige, el Tártaro, un brazo del Pó y algunos pantanos. ¿Cómo explicar entónces esa *occasio invadendi* de que habla Tácito? Ferlet opina por el contrario, siguiendo á Muret, que *Forum Altientí* era Leñano, pequeña ciudad del Estado de Venecia, sobre el Adige, lo cual es más verosímil, puesto que sólo está á veinte millas romanas de Este y el camino era fácil para la caballería.

tima Galbiana, y la trecena llamada Gemina (1), con Vedio Aquila, legado, vinieron á Padua con gran alegría, donde, reposando pocos dias, Minucio Justo, prefecto de la sétima, mandando con mayor altivez de lo que se sufre en guerras civiles, por quitarle de la cólera de los soldados, le enviaron á Vespasiano. Una cosa deseada ya de ántes fué estimada en mucho más por una honrada interpretacion, y es el haber ordenado Antonio por todos los municipios que se honrasen las estatuas de Galba, derribadas por las discordias de aquellos tiempos, pensando ayudar á la causa con mostrarse aficionado al principio y bando de Galba.

Tratóse despues del lugar donde convenia hacer el asiento de la guerra, y pareció á propósito Verona, respecto á la llanura grande, cómoda para la caballería, en que consistian sus mayores fuerzas, como tambien por el servicio y reputacion que se les seguia quitando al enemigo una colonia de tanta importancia. Tomóse de paso Vincencia, lugar por sí mismo de poco momento, siendo municipio de pocas fuerzas, mas de alguna cuenta á quien consideraba que nació allí Cecina, y que se le quitaba la patria al capitán del enemigo. Pero la conquista de Verona fué de mayor importancia, pues con el ejemplo y con sus riquezas aprovechó mucho á este bando; fuera de que el ejército, alojado cerca de allí, tenia cerrado el paso de la Retia y de los Alpes Julios (2) á los que pudiesen bajar de Germania. Hacíanse estas cosas ó sin sabiduría ó contra la mente de Vespasiano; habiendo él mandado que se hiciese alto en

(1) Véase en la lista de las legiones la décimatercia.

(2) La Retia, mucho más extensa que el país actual de los Grisones, confinaba con la Venecia y con las llanuras de la Galia Cisalpina. En ella nacian el Tesino, el Adda y el Adige. Encerraba la mayor parte del lago Mayor y más al Este los cantones de Trento, Brixen y Feltro. Los Alpes Julios arrancaban casi del golfo Adriático y se prolongaban de Oriente á Occidente al traves de lo que es en la actualidad la Carintia, la Carniola y el Tirol.

Aquileya y que se esperase á Muciano, alegando esta razon: que teniéndose por ellos Egipto, granero de Italia, y las rentas de las provincias más ricas, era mejor con la necesidad del dinero y de los bastimentos obligar al ejército de Vitelio á rendirse. Lo mismo amonestaba muy á menudo con reiteradas cartas Muciano, poniendo en consideracion la victoria sin sangre y otros semejantes pretextos: aunque no habia en él otro que deseo de gloria y codicia de guardar para sí solo todo el honor de la guerra. Mas los consejos y advertimientos, por la gran distancia, llegaban siempre despues de la ejecucion.

Quiso Antonio con una improvisa corredería reconocer al enemigo cuyo valor, tentado en una pequeña escaramuza, se dividieron con igualdad. Fortificó entónces Cecina sus alojamientos entre Ostilia, lugar del Veronés, y los estaños del rio Tarro, asegurado por las espaldas de él y por los costados de los dichos estaños: que si se resolviera en guardad fidelidad, se podian acometer con todas las fuerzas Vitelianas, y degollar las dos legiones ántes que se juntara con ellas el ejército de Misia, ó hacerlas desamparar á Italia vergonzosamente. Mas Cecina con varios entretenimientos y difugios vendió al enemigo las primeras buenas ocasiones de la guerra, miéntras va reprendiendo con cartas á los que podia echar de allí con las armas; hasta que por vía de mensajeros estableció las condiciones de su traicion. Entre tanto llegó al campo Flaviano Aponio Saturnino con la legion sétima Claudiana, gobernada por Vipsanio Mesala (1), tribuno, nacido de gente ilustre, señalado él

(1) Es aquel de quien se sospecha haber escrito los libros de la corrupcion de la elocuencia, y se conoce por los elogios que hace de él Tácito que fué muy amigo suyo. Algunos le llaman *Vipstano*.—*N. de la E. E.*—Burnouf cree tambien que el elogio que hace Tácito de este historiador puede citarse como apoyo de la opinion que le atribuye aquella obra. Nosotros, empero, dicen los editores de la coleccion de AA. latinos publicada por Didot, creemos que

por su persona, y único entre todos los demas de aquella guerra en no traer á ella otra cosa que virtud. A esta gente no aún igual á los Vitelianos (por no ser más que tres legiones) escribió Cecina, culpando la temeridad con que se atrevían á empuñar las armas que una vez habian perdido. Engrandeciendo en contrario el valor del ejército Germánico, y haciendo poca mencion y ordinaria de Vitelio sin ofender en cosa alguna á Vespasiano: nada en suma para persuadir al enemigo ó causarle terror. En contrario, los capitanes del bando Flaviano, dejada aparte la defensa de su primer fortuna, respondieron de Vespasiano magníficamente, de la causa con atrevimiento, del suceso seguros, contra Vitelio, como enemigos, y celebrando al ejército de Misia como exento de la desgracia pasada. Daban despues esperanza á los tribunos y centuriones de que se les conservaria todo lo que les habia sido concedido por Vitelio, persuadiendo tambien descubiertamente al mismo Cecina á pasarse á su bando. Leidas en público parlamento las cartas de ambas partes, se confirmaron notablemente los ánimos Flavianos, viendo que Cecina habia escrito en las suyas con mucha sumision, casi como teniendo respeto á no ofender á Vespasiano, y sus capitanes con menosprecio, y como amenazando á Vitelio.

10 A la llegada despues de las dos legiones, conducidas la tercera por Silio Aponiano y la octava por Numisio Lupo, pareció bien hacer muestra de sus fuerzas, y atrincherarse con las espaldas á Verona. Tocó por suerte á la legion Galbiana el labrar de la parte hácia la frente del enemigo; y descubriéndose de léjos los caballos confederados, tocaron una arma falsa, teniéndolos por enemigos. Corren luégo á las armas, y porque estaban ya enojados contra Tito

basta leer el *Diálogo sobre los oradores*, teniendo todavía reciente la impresion que causa la lectura de los *Anales* y de las *Historias*. para no abrigar duda alguna sobre cuál pudo ser su autor.

Ampio Flaviano, creyeron que les hacía traicion; aunque sin causa alguna de sospecha, sino que aborreciéndole ya de ántes, querian así á bulto que muriese, llamándole pariente de Vitelio, traidor á Oton y usurpador de su donativo. No se le daba tiempo de defenderse, aunque de rodillas y plegadas las manos lo procuraba, con el vestido roto, hiriéndose el pecho y el rostro y dando mil sollozos y suspiros; ántes esto mismo era incentivo para quien le aborrecia, como si el sobrado miedo testificara su mala conciencia. Y en abriendo Aponio la boca para hablar, era impedido por los gritos de los soldados, despreciándose todos los otros con el ruido y con las voces: solo á Antonio se daba oidos, siendo él elocuente y de gran autoridad y término para ablandar los ánimos del vulgo. Este, viendo crecer el tumulto y que de las malas palabras y de las injurias se encaminaban á emplear las manos y las armas, mandó que Flaviano fuese puesto en cadenas. Cayeron en el tiro los soldados, y haciendo apartar las guardias del tribunal, estaban ya para venir á la última violencia, cuando Antonio, oponiendo el pecho á las espadas y empuñando apretadamente la suya, juraba que queria morir por mano de los soldados ó matarse él mismo: llamaba en su ayuda á todos los graduados de algun honor militar y á los conocidos que se le ponian delante: vuelto despues á las banderas y á los dioses de las guerras, rogaba que quisiesen enviar aquel furor y aquella discordia á los ejércitos enemigos. De esta suerte perseveró hasta que, cesando la sedicion y viniendo la noche, cada uno se retiró á las tiendas. Partiósese Flaviano la noche misma, y recibiendo en el camino cartas de Vespasiano, se apartó del peligro.

1) - Mas las legiones, como inficionadas de esta peste, se volvieron contra Aponio Saturnino, legado del ejército de Misia, con tanta mayor fiereza, quanto no emprendian el alboroto, cansados de los trabajos y del cavar la tierra, sino en medio del dia, con ocasion de haberse divulgado ciertas

cartas que se creía haber escrito Saturnino á Vitelio. Como ya en otros tiempos se competia entre los soldados de virtud y de modestia, así en estos de insolencia y de arrogancia: á cuya causa no se consolaban de pedir con ménos furor la muerte de Aponio que habian pedido la de Flaviano. Porque mostrando las legiones de Misia á las de Panonia, qué habian intervenido á su venganza, y deseando estos purgar sus delitos con los ajenos, se holgaban de reiterar la culpa, como si bastara aquello para disculpar su atrevimiento. Vanse la vuelta de los huertos donde Saturnino alojaba: ni fueran bastantes Primo, Aponiano y Mesala (que todos hicieron lo posible por salvarle), si no le hubiera ayudado la vileza del lugar donde se escondió, metiéndose acaso en el hornillo de una estufa que entónces no hacía su oficio. Dejados despues los hitores, se retiró á Padua. Por la partida de los consulares quedó en Antonio solo toda la autoridad sobre ambos ejércitos (1), dándole lugar para ello sus colegas, y teniendo de su parte todo el favor de los soldados. No faltó quien creyese que ambas alteraciones sucedieron por artificio de Antonio, deseoso de gozar él solo del fruto de la guerra.

¶ Tampoco entre los Vitelianos estuvieron los ánimos quietos, ántes se hallaban embarazados de más peligrosa discordia; no por sospechas de la gente vulgar, sino por infidelidad de las cabezas. Habia Lucilio Baso, capitán de la armada de Ravena, llevado al bando de Vespasiano los ánimos suspensos de los soldados, los cuales eran por la mayor parte de Dalmacia y de Panonia, provincias que se tenian por Vespasiano. Escogióse la noche para comenzar la traición, porque sin sabiduría de los otros se juntasen solamente los conjurados en los principios. Baso, ó por vergüenza ó por temor del suceso, estaba esperando en casa cuando los capitanes de las galeras con gran tumulto

(1) El de Mesia y el de Panonia.

derriban las estatuas de Vitelio, y muertos algunos pocos que hicieron resistencia, todo el resto del vulgo, por un cierto deseo de cosas nuevas, inclinaba al partido de Vespasiano. En esto, salido fuera Lucilio, se hace á la descubierta autor del caso, y la armada se eligió por prefecto á Cornelio Fusco, que acudió volando. Baso con honrada guardia llevado á Hadria (1) por las liburnicas, fué all puesto en hierros por Menio Rufino, prefecto de una banda de caballos que estaba allí de guarnicion; aunque alcanzó libertad luégo, por causa de la llegada de Hormo, liberto de César, que tambien éste se mezclaba entre capitanes.

Becina, divulgada la rebelion de la armada, llamados en los principios, como en lugar secreto y retirado de los alojamientos, á los más principales centuriones y algunos pocos soldados, miéntras los otros estaban ocupados en sus oficios, comenzó á predicarles el valor de Vespasiano y las fuerzas de aquel bando: «que se habia rebelado la armada, principal consignacion para los bastimentos, declarándose enemigas las Galias y las Españas, sin poderse fiar de alguno en Roma, y que todas las cosas de Vitelio iban de mal en peor.» De esta manera, comenzando los que estaban presentes, cómplices en la rebelion, hizo jurar tambien por Vespasiano á otros, miéntras estaban atónitos de tan gran novedad; y juntamente, abatidas las imágenes de Vitelio, despide al punto correos á Antonio con aviso del suceso. Mas despues que se publicó en el campo la fama de la traicion, corriendo los soldados á los principios, y viendo escrito el nombre de Vespasiano y por tierra las estatuas de Vitelio (2), confusos primero y perdida la habla, prorum-

(1) En el dia Adria en la Polesina de Robigo, en el pais de Venecia. El Adriático ha tomado el nombre de esta ciudad, cuyos muros bañaba en otro tiempo.

(2) La enseña de la legion era una águila de oro ó de plata puesta en lo alto de una pica y sin bandera. La de la cohorte, al ménos desde Mario hasta Trajano, era una bandera cuadrada sujeta á un

pieron despues con decirlo todo de una vez. «¿Habr  llegado, decian,   tanta desventura la gloria del ejército Germánico, que sin contienda y sin heridas ofrezca los brazos   la cadena y las armas al vencedor?  Qu  legiones son las que nos buscan, sino las ya vencidas por nosotros,  mi ntas falta todavía el nervio del ejército Otoniano, los de las legiones primera y catorcena,   quien con todo eso en aquellos mismos campos habemos vencido y roto?  Ser n dados tantos millares de hombres valerosos, como un aduar de esclavos,   vender al foragido Antonio?  Ocho legiones, buena comparacion por cierto, con una armada!  Este es el gusto de Baso, este el de Cecina, despues de haber usurpado al príncipe los palacios, los jardines y las riquezas, robarle tambien los soldados: y cuanto esto sea con m enos pérdida de sangre, tanto seremos tenidos por m as viles en la opinion de los Flavianos.  Qu  podremos responder   quien nos pregunte por los sucesos prósperos     adversos?»

  Esto decia cada uno, esto todos, alzando los alaridos, segun que los instigaba el dolor: y así comenzando la legion quinta, enarboladas de nuevo las imágenes de Vitelio, prenden y atan   Cecina, y eligen por capitanes   Fabio

palo transversal, y se llamaba *veaxillum*, de donde por contraccion *velum*. En el *veaxillum* estaba escrito en letras muy visibles el nombre del emperador reinante, con el de la legion y el número de la cohorte. La enseña de la centuria se llamaba *signum*, y consistia en una pica de seis   siete piés de alto rematando ora en una mano derecha sola   encerrada en una corona, ora en una figura representando la Victoria, Hércules   otra divinidad, y   veces en un penacho   en una herradura. El palo de la pica desde arriba hasta la mitad al m enos de su altura estaba guarnecido de diferentes adornos, pero especialmente de medallones con el busto del emperador. Estas especies de señas tenian   veces banderas, pero puestas debajo de los demas adornos de la pica, lo que las diferenciaba enteramente del *veaxillum*. Por lo demas, la pica del *veaxillum* tuvo tambien, hasta despues de Trajano, adornos y medallones.

Fabulo, legado de la quinta legion, y á Casio Longo, prefecto del campo: poniéndoseles despues delante los soldados de las tres liburnicas descuidados y sin culpa, los hacen pedazos, y desamparados los alojamientos y roto el puente, vuelven de nuevo á Ostilia y de allí á Cremona para juntarse con las dos legiones primera Itálica y veintiuna Rapaz, á quien Cecina habia enviado delante con parte de la caballería para asegurarse de Cremona.

Avisado de estas cosas Antonio, se resuelve de asaltar los ejércitos enemigos miéntras están con los ánimos desunidos y con las fuerzas separadas, ántes que cobren autoridad los nuevos capitanes, los soldados la obediencia y el vigor, y confianza las legiones despues de juntas. Porque Fabio Valente, fiel á Vitelio, y soldado de algun valor, partido ya de Roma, apresuraria el camino al aviso de la traicion de Cecina. Temia tambien que no tardaria en bajar por la Retia gran golpe de gente de Germania, habiendo ya Vitelio llamado los socorros de la Bretaña, de las Galias y de España; materia pestilencial para larga guerra, si Antonio, movido de este temor, no hubiera, solicitando la batalla, ganado la victoria por la mano. Partido, pues, con todo el ejército de Verona, llegó en dos alojamientos á Bedriaco. El dia siguiente, detenidas las legiones para atrincherarse, envió las cohortes de auxiliaarios á correr las campañas de Cremona, para que, so color de buscar vituallas, los soldados se hinchiesen de presa. Él, acompañado de cuatro mil caballos, partió de Bedriaco, adelantándose legua y media más para cubrir á su gente y darle ocasion de robar con más seguridad. Los corredores pasaron aún más adelante á descubrir, como se acostumbra.

ll Eran ya las once del dia cuando corriendo uno de estos á espuela batida, trujo nueva que venía el enemigo; descubriéndose pocos delante, aunque se oia gran ruido y relinchos de caballos por toda la campaña. Miéntras Antonio se aconseja de lo que debe hacer, Arrio Varo, deseoso de

hacer alguna buena prueba, con los caballos más atrevidos embiste al enemigo; y habiendo rechazado á los Vitelianos con muerte de algunos, socorridos despues de muchos y trocada la fortuna, los que eran más feroces en acometer quedaron los últimos en la fuga, conforme al juicio hecho por Antonio, contra cuya voluntad se habia anticipado la refriega. Todavía animándolos á entrar valerosamente en la pelea, pone en dos alas los eseuadrones, dejando en medio vacío para recibir á Varo y á sus caballeros. Avisa á las legiones que se armen, y hace dar la señal por la campaña, para que cada cual, dejando la presa, se retire á las banderas. Varo entre tanto, perdido de ánimo, envuelto en la confusion de los suyos, espanta tambien á los otros; y junto con los heridos, tambien los sanos toman la carga, angustiados de su propio temor y de la estrechura del camino.

No dejó Antonio en aquel espanto el oficio de prudente capitán y de valeroso soldado. Anima á los tímidos, detiene á los que huyen, donde era mayor la confusion, donde todavía quedaba alguna esperanza, por todo con el consejo, con las manos y con la voz, señalado al enemigo y admirable á los suyos. Vino en lo último á tanto atrevimiento, que pasando con la lanza de parte á parte á un alférez que huía, arrebatándole el estandarte volvió contra el enemigo, seguido solamente de cien caballos que por vergüenza de aquel acto se movieron. Ayudó la estrechura del puesto y el hallar roto el puente de un río que corria por allí, cuyo vado incierto y altura de sus márgenes estorbaba la huida. Esta necesidad ó favor de la fortuna redujo á buen término las cosas del bando Flaviano, que ya iban de caída; porque hechó rostro con ordenanza estrecha, reciben á los Vitelianos esparcidos temerariamente y los ponen en rota. Antonio, ora apretando sobre los que huían, ora derribando á los que encontraba, y junto con él los demás, cada cual segun su talento, despojaban, prendian, quitaban

armas y caballos: tal, que despertando al grito próspero de los suyos, también los que poco ántes huían por aquellos campos se mezolán animosamente en la victoria.

Entre tanto, á una legua de Cremona se ven relucir las insignias de dos legiones, es á saber, Itálica y Rapaz, las cuales, avisadas de que su caballería peleaba al principio con felicidad, habían llegado hasta allí dándole calor. Más en comenzándoseles á mostrar contraria la fortuna, no supieron ensanchar sus ordenanzas y recibir á los suyos ni pasar adelante y acometer al enemigo, cansado de tan larga carrera y de menear las manos. Puede ser que no desearon tanto capitán en la prosperidad, cuanto ahora les pesaba de no tenerle. La caballería victoriosa embiste aquellas escuadras mal animadas, seguida de Vipsanio Mesala, tribuno, con los auxiliares de Misia: los cuales, puesto que tomados á sueldo tumultuariamente, no cedían en gloria militar á los soldados legionarios; tal, que unidos infantes y caballos, rompen la ordenanza de las legiones, á las cuales el ver los muros de Cremona vecinos, cuanto daba más esperanza á la huida, tanto más quitaba el ánimo para hacer rostro.

No quiso Antonio seguir más adelante, acordándose de los trabajos y heridas que en aquella facción, aunque de fin venturoso, habían afligido á hombres y caballos. Al cerrar de la noche sobrevino toda la fuerza del ejército Flaviano, y habiendo por el camino pisado los cuerpos muertos y las señales de la reciente matanza, como si estuviera ya acabada la guerra, instaban el proseguir hácia Cremona para acabar de rendir á la gente que quedaba amedrentada y rota ó pasarla á cuchillo. Todo eso decían en público; mas no había quien no pensase entre sí mismo que aquella ciudad, situada en llano, era fácil de tomar por asalto; que esto se podía ejecutar mejor de noche y con mayor libertad para saquearla; que si se esperaba al día, entrarían los medios de paz, los ruegos, las interce-

siones; y en premio de los trabajos y de las heridas no sacarían otra cosa que la reputación de honor y de clemencia, cosas inútiles y vanas, cayendo las riquezas de Cremona en solo las manos de los legados y prefectos. Concluían con que la presa de las tierras que se ganan por asalto toca de ordinario á los soldados, y de las que se rinden, á los capitanes. Con esto, menospreciando á los centuriones y tribunos, y, porque no se entendiesen sus palabras, haciendo ruido con las armas, amenazaban de hacer cabeza de por sí cuando no los llevasen contra Cremona.

Antonio entónces, entrado entre los manípulos, después de haber con su presencia y autoridad impetrado silencio, los asegura de que no quiere en manera alguna defraudar del premio y de la honra á soldados de tantos méritos; mas que siendo oficios separados el de los generales y el del ejército, convenia á los soldados el deseo de pelear y á las cabezas el proveer y el deliberar; aprovechando muchas veces más la paciencia del diferir las cosas, que la temeridad de aventurarlas: y así como por su parte habia ayudado aquel dia á la victoria con las armas y con las manos, asimismo queria aprovechar no ménos con la razon y con el consejo, artes propias del capitán. «Sonnos dudosas, decia, las cosas que ahora tenemos delante: la noche, el sitio de la ciudad no reconocido, ella llena de enemigos, y toda cosa cómoda para poner asechanzas; tal, que cuando las puertas se nos abriesen de par en par, no convendria entrar sin reconocer y sin esperar al dia. ¿Comenzareis vosotros por ventura un asalto á ojos cerrados, sin poder elegir la subida más fácil y reconocer la altura de las murallas, si nos conviene arrimar con máquinas, con armas arrojadas, con levantar caballeros ó con las vineas?» Vuelto después á los particulares, «¿quién de vosotros, pregunta, ha traído consigo hachas, picos y azadones, y los demas instrumentos para expugnar ciudades?» Y mostrando ellos que ninguno, «¿qué manos pues, añade, podrán con las es-

padas ó con los dardos romper y echar á tierra las murallas? Si es menester hacer plataformas, si conviene prepararnos de mantas, zarzos, cestones y capacetes de madera para dar el asalto, ¿estarnos hemos por falta de esto como vulgo espantadizo, maravillándonos de todo y mirando la altura de las torres y fortificaciones ajenas? ¿Por qué no nos valdremos ántes de la dilacion de una sola noche, que es lo que basta para traer los instrumentos de batir y las máquinas? ¿No traemos nosotros por ventura la fuerza y la victoria juntas?» Y dicho esto, con una escuadra de los caballos más frescos envia la gente del bagaje á Bedriaco por vituallas, instrumentos de guerra y las demas cosas necesarias.

Los soldados, sufriendo mal esta dilacion, se iban encaminando á nuevo tumulto, cuando los corredores, que habian pasado hasta debajo de los muros de Cremona, tomando en prision algunos Cremoneses desmandados, supieron de ellos que seis legiones Vitelianas, con todo el ejército que estaba en Ostilia (1), habiendo caminado ocho leguas aquel dia, sabida la rota de los suyos, se preparaban á la batalla y estaban ya cerca. Este terror abrió los entendimientos ofuscados á los consejos del capitan, el cual hizo hacer alto en la calzada de la vía Postumia á la legion tercera, y á su lado siniestro en campaña abierta la sétima Galbiana, y despues la sétima Claudiana, guardada de un reparo de cierto foso natural. Tal era la disposicion del sitio. La octava quedó en el camino descubierto, y la trecena rodeada de un bosquecillo espeso: esta fué la ordenanza de las águilas y de las banderas. Hallábanse los soldados á causa de la noche mezclados acaso; la bandera de los pretorianos junto á los de la tercera legion, las cohortes de auxiliares en los cuernos, los costados y las es-

(1) Situada al Este de Cremona á unas 76 millas romanas de distancia.

paldas rodeados de la caballería; Sidon é Itálico, Suevos, con una banda de gente escogida suya estaban en la frente de la batalla.

Mas el ejército Viteliano, que hubiera podido hacer alto en Cremona, con la comida y con el sueño recuperar las fuerzas y el dia siguiente asaltar y romper al enemigo, consumido de la hambre y del frio, no teniendo cabeza ni consejo, casi á tres horas andadas de la noche se halló encima de los Flavianos, ya preparados y puestos en batalla. No me atreveré á afirmar la órden con que fueron los Vitelianos, á quien causaba confusion la ira y la noche; aunque han escrito algunos que tenía el cuerno derecho la legion cuarta Macedónica, la quinta y la quincena con los vexilarios ó jubitados de la novena, de la segunda y de la veintena: de las legiones Bretonas formaban la batalla, como la diez y seis, con la veintidos, y la primera el cuerno siniestro. Los de las legiones Rapáz é Itálica se habian mezclado por todas las escuadras. La caballería y gente de socorro tomó el puesto y lugar que le dió gusto. La pelea toda la noche fué vária, dudosa y sangrienta; dañosa ya á los unos, ya á los otros, no aprovechando para antever los peligros el juicio, la mano ni aún la vista. Las mismas armas de una y otra parte, el nombre y contraseña notorio á todos, por las continuas preguntas y respuestas; las banderas mezcladas, segun que cada tropa las arrastraba, despues de haberlas quitado al enemigo. Pasábalo con mayor trabajo la legion sétima, poco ántes levantada por Galba: muertos seis centuriones de las primeras órdenes y perdidas algunas banderas. Atilio Varo, centurion primipilar, con mucho estrago del enemigo, y al fin con su muerte, conservó el águila.

Sostuvo Antonio la ordenanza que ya doblaba, llamando en socorro á los pretorianos, los cuales, rechazado el enemigo al primer ímpetu, fueron despues ellos rechazados: porque los Vitelianos habian alojado sus ingenios sobre la calzada del camino para tirar con ellos en lugares llanos y

descubiertos: visto que, plantados al principio en diferentes sitios mal á propósito, habian sin daño del enemigo herido en los árboles. Mas una balista de extraña grandeza de la legion quince con tiros de gruesísimas piedras ateraba las escuadras enemigas; y hubiera hecho mucho mayor daño si dos soldados con señalado valor no se atrevieran, amparados con sendas rodela recogidas de aquel estrago, á ir sin ser vistos y cortar las mimbres y contrapesos de aquel artificio. No se duda del caso, puesto que, por quedar luégo muertos, se perdieron con ellos tambien sus nombres. No declinaba la fortuna aún á los unos ni á los otros, hasta que, pasada buena parte de la noche, el salir de la luna mostró y engañó á un mismo tiempo á entrambos ejércitos, aunque más favorable á los Flavianos que les asomaba por las espaldas: porque haciéndose mayores de lo que eran las sombras de los infantes y caballos, tiradas en vano las armas enemigas, herian las más veces á lo falso pensando acertar á lo verdadero; donde los Vitelianos, descubiertos por el resplandor que les daba en el rostro, eran heridos de sus contrarios casi como de man puesto.

24 Antonio pues, como pudo conocer y ser conocido de los suyos, incitando á muchos con la vergüenza y con injurias, á otros con loores y exhortaciones, y á todos con promesas y esperanzas, pregunta á las legiones Panónicas: «que para qué habian vuelto á tomar las armas; que eran aquellos los campos donde podian lavar la mancha de la primer falta y recuperar la fama perdida.» Volviéndose despues á los de Misia, llamándolos cabezas y autores de aquella empresa: «que en vano habian con palabras y con amenazas provocado á los Vitelianos, si ahora no podian sufrir sus manos ni su vista.» Esto decia á todos los que encontraba; y vuelto á los de la tercera legion, les acordaba los antiguos y modernos sucesos: cómo rompieron á los Partos debajo de Marco Antonio, á los Armenios, gobernados por Corbulon,

y últimamente á los Sarmatas. Enojado despues con los pretorianos, «vosotros, dijo, no soldados, sino villanos, si no venceis, ¿de qué emperador, de cuáles alojamientos seréis recibidos? Allá están vuestras banderas y vuestras armas, y allí mismo la muerte si os resolveis á entregaros á ella por medio de vuestra deshonra.» Levantóse un grito terrible de todas partes, y los de la legion tercera saludaron al sol que salia, como se acostumbra en Siria.

25/ Estáse en duda, si casualmente ó por astucia de Antonio pasó una voz de que habiendo llegado Muciano se saludaban ambos ejércitos. En esto, como aumentados de nuevos socorros, se arrojan delante, comenzadas ya á desunir las ordenanzas Vitelianas; entre las cuales, faltando cabeza, cada uno, segun el ánimo ó el temor propio, se adelantaba ó se recogia. Viéndolos ya desordenados Antonio, los embiste con un cerrado escuadrón, y entónces claras ya y flacas las hileras, se acabaron de romper. Ni fué posible volverse á ordenar, por el embarazo de los carros y de las máquinas. Van los vencedores atravesando caminos, y cortando los pasos para alcanzarlos más presto, con estrago y muertes tanto más notables, cuanto con mayor verdad se prueba haber sucedido el homicidio de un padre por mano de su hijo. Contaré el caso y los nombres, por relacion de Vipsanio Mesala. Julio Mansueto, español, alistado en la legion Rapaz, habia dejado en su tierra un hijo de tierna edad, el cual, hecho hombre, y escrito por Galba entre los de la séptima legion, encontrándose con su padre y echándolo herido en tierra, miéntras así como estaba agonizando lo mira, conocido por él, abraza al cuerpo desangrado, y llorando tiernamente, suplicaba á los manes paternos que, aplacados con él, no le tuviesen por parricida; siendo ántes este delito público que suyo, no teniendo él parte en las armas civiles sino como soldado ordinario. Acabándole de espirar en los brazos, toma el cuerpo en hombros, y hecha la fuesa, pagó el último oficio con el

otros hasta alcanzar á coger con las manos las armas y los brazos enemigos. Allí los sanos con los heridos, los medio muertos con los que ya espiraban, envueltos trabucaban abajo, muriendo en varios modos con diferentes formas de muertes.

Terrible fué el combate de las legiones sétima y tercera, hallándose allí tambien Antonio con una banda de escogidos auxiliares, porque no pudiendo los Vitelianos resistir á esta gente obstinada, y viendo que las armas arrojadas de arriba deslizaban sin ofensa por la tortuga, les arrojaron encima finalmente la misma balista, la cual, así como entónces oprimió á muchos, así con su ruina, llevándose las almenas tras sí y lo más alto de los reparos, quebrantó tambien la torre más cercana, de manera que no pudo resistir más á los golpes de las piedras con que era batida. A cuya abertura, miéntras los de la sétima legion en escuadrones apiñados se esfuerzan de subir, los de la tercera con hachas y con las propias espadas rompen la puerta. Convienen todos los autores en que Cayo Volusio, soldado de la tercera legion, fué el primero á saltar dentro. Este, subido sobre la muralla y barajados los que le hicieron rostro, admirable á todos, con la mano y con la voz dió señal de que eran ya entrados los alojamientos: los demas entraron despues cuando, atemorizados los Vitelianos, comenzaban ya á echarse por las murallas.

Hinchióse de muertos todo el espacio que habia entre los alojamientos y los muros de la ciudad; presentando nuevo trabajo la altura de ellos, las torres de piedra, las puertas herradas y los soldados blandiendo las picas. El pueblo Cremonés, numeroso y devoto al bando de Vitelio, además de haberse encerrado dentro, por ser tiempo de feria, mucha parte de Italia, lo que no era de tanta ayuda á los defensores por la muchedumbre, cuanto de incentivo á los de afuera por la presa. Mandó Antonio que se pegase fuego á las fábricas y lugares amenos que habia fuera de

Cremona, para tentar si los ciudadanos por el daño de sus cosas se movian á mudar de voluntad. Y sobre los techos más altos de las casas pegadas con los muros, que sobrepujaban la altura de la ciudad, hizo subir los soldados más robustos, para que con vigas, con fuegos arrojadizos y hasta con las tejas procurasen quitar las defensas.

Ya las legiones se apretaban entre sí para hacer la tortuga, miéntras los otros tiraban dardos y piedras, cuando poco á poco comenzaron los Vitelianos á perder el ánimo, y los que tenian algun grado y calidad más á ceder á la fortuna; considerando que, forzada Cremona, no quedaba esperanza alguna de perdon; y que toda la ira de los vencedores se derramaria, no sobre el vulgo pobre, sino sobre los centuriones y tribunos, con cuya muerte se abria el camino á la ganancia. Los soldados ordinarios, sin cuidado de lo por venir y por su bajeza más seguros, continuaban la pelea; mas los principales del ejército, echadas por tierra las imágenes de Vitelio y su nombre, quitan las cadenas á Cecina, en que todavía estaba, rogándole quisiese interceder por ellos: mas rehusándolo él hinchado de soberbia, se lo piden con lágrimas; prueba de notable miseria, que tantos hombres valerosos esperasen ayuda por mano de un traidor. Y despues de haber sacado á las murallas las señales de rendirse, los velos y las fajas sacerdotales, habiendo hecho detener el asalto Antonio, llevaron fuera las banderas y las águilas seguidas de un gran tropel de gente afligida, desarmada y con los ojos bajos. Hicieron ala los vencedores, y rodeándolos por todas partes, los cargaban al principio de vituperios, dando tambien muestra de ponerles las manos. Mas viendo que los tristes recibian los ultrajes, y dejados á una parte su valor y ferocidad, lo sufrían todo con paciencia, comenzaron á acordarse de que eran aquellos mismos los que en la reciente batalla de Bedriaco usaron modestamente de la victoria. Mas adelantándose Cecina en majestad consular, con la vestidura lla-

mada pretextada, con los lictores, apartándose por todo la turba, los vencedores se inflamaron de despecho, dándole en rostro con su soberbia, con su crueldad y hasta con su traicion: tan aborrecibles son las maldades. Interpúsose Antonio, y haciéndole acompañar con buena escolta, le envió á Vespasiano.

Estaba en tanto á mal partido el pueblo Cremonés: entre aquellas armas no podia tardar mucho el estrago, si del ruego de los capitanes no se fueran aplacando los soldados. Convocado despues el parlamento, Antonio engrandeció el valor de los vencedores, habló con clemencia á los vencidos y de Cremona con ambigüedad. Estaba el ejército, fuera de la natural codicia de la presa, tambien por el antiguo aborrecimiento, obstinado á la ruina de los Cremoneses; teniendo opinion que favorecieron la parte Viteliana, áun en la guerra de Oton. Y habiendo quedado allí poco tiempo ántes los de la legion trece para la fábrica del anfiteatro, como de su naturaleza es insolente el vulgo vil de las ciudades, habian sido motados y ultrajados con mucha insolencia. Aumentaba el odio el haber celebrado allí Cecina los juegos de gladiadores, el haber sido el asiento de la guerra y dado vituallas á los Vitelianos; acordándose que habian sido muertas hasta mujeres salidas á pelear por aficion á aquel bando. Fuera de esto, la ocasion y tiempo de la feria hacia parecer á aquella colonia, por sí misma rica, mucho más abundante de riquezas. Ya no se hacia caso de los otros capitanes, habiendo la fortuna y la fama puesto ante los ojos de todos solamente á Antonio. El cual, retirándose con presteza al baño para lavarse de la sangre y del polvo, al entrar en la estufa, quejándose de que el agua estaba fria, oyeron algunos que dijo: «Presto se calentará.» Divulgado este dicho, cayó sobre Antonio todo el vituperio, como si con él hubiera dado el contra-seño para quemar la ciudad, que ya ardia.

Halláronse en aquel saco cuarenta mil armados y mucha

mayor cantidad de bagajeros y canalla de servicio, harto más desenfrenados en la lujuria y en la crueldad. Ni grado ni edad bastaban para que no se confundiesen los homicidios. Los viejos decrepitos, las mujeres de mayor edad, inútiles á la presa, servían por burla y pasatiempo. Las doncellas de edad competente y algun hermoso jóven, ofendidos al principio de las violentas manos de los arrebatadores, á lo último servían de ocasion para que los mismos insolentes se matasen unos á otros. Miéntras cada cual recogía para sí el dinero ó las ofrendas de oro de gran peso colgadas en los templos, sobresaltado de fuerzas mayores, era muerto. Otros, menospreciando la presa que les venía á las manos, á palos y con tormentos forzaban á los dueños de las casas á descubrir las cosas escondidas y á cavar las enterradas, recreándose muchos en arrojar hachas encendidas sobre las casas y templos que ellos mismos habian robado y despojado. Y así como en aquel ejército habia variedad de lenguas y de costumbres, hallándose ciudadanos romanos, confederados y extranjeiros, asimismo, teniendo entre sí varios gustos y diferentes afectos, sólo se conformaban en tener á todas las cosas por licitas. Bastó Cremona para alimentar tan gran estrago por término de cuatro dias: reducida en ceniza toda cosa sacra y profana, excepto el templo de Mefite (1), fuera de los muros de la ciudad, defendido del puesto donde estaba ó de aquella deidad.

Este fin tuvo Cremona el año doscientos y ochenta y seis de su nacimiento. Edificóse en el consulado de Tiberio

(1) Como Cremona estaba rodeada de pantanos cuyas exhalaciones mefíticas, inficionando el aire, lo hacian muy malsano, la supersticion pagana habia creído poder remediar el mal, haciendo del mefitismo una divinidad, á la cual se procuraba aplacar con sacrificios; de la misma manera que habia hecho un diós, *Rubigo*, de la enfermedad de las mieses conocida con el nombre de *ustron* ó *añublo*.

Sempronio y Publio Cornelio, cuando Aníbal asaltó á Italia, por frontera de los Galos de allá del Pó y de cualquier otra fuerza que pudiese bajar de los Alpes. Aumentóse y floreció con la frecuencia de habitantes, con la comodidad de los rios, fertilidad de los campos y con los parentescos y alianzas; no ofendida en las guerras extranjeras, aunque infeliz en las civiles. Antonio, avergonzado de esta maldad, y conociendo que el aborrecimiento universal en que habia caído por su causa crecía cada dia, mandó por un pregon que ningun soldado se atreviese á retener en prision Cremonés alguno. Y de hecho el consentimiento comun de toda Italia habia quitado á los soldados el uso de semejante ganancia, rehusando el comprar esclavos italianos, de que resultó el comenzarlos á matar y de esto el rescatarlos secretamente sus parientes y amigos. Volvió poco despues á Cremona el pueblo sobrado al estrago, y por su natural magnificencia aquellos ciudadanos, exhortados por Vespasiano, restauraron las plazas y los templos.

El ejército, pues, medroso de la putrefacción de los cuerpos muertos, no quiso entretenerse mucho en las ruinas de aquella sepultada ciudad, mas apartándose cerca de una legua, recogieron debajo de sus banderas aquellos Vitelianos que andaban esparcidos y medrosos. Y las legiones vencidas, porque durando todavía la guerra civil no tentasen novedad, se compartieron por el Ilirico. Partieron despues, al mismo tiempo que la fama, correos á la Bretaña y á las Españas con aviso de los sucesos. A la Gاليا fué Julio Caleno, tribuno, y á Germania Alpino Montano, prefecto de una cohorte, por ser este Trevero y aquel Eduo, y que habiendo ambos á dos seguido el bando de Vitelio, podian servir de ostentar y certificar la victoria. Fueron tambien cerrados con presidios los pasos de los Alpes, sospechándose que la Germania se preparase para ayudar á Vitelio.

El cual, partido Cecina, habiendo pocos dias despues obligado á ir á la guerra á Fabio Valente, no pensaba en

otra cosa que en satisfacer á sus apetitos, sin hacer alguna provision de armas, sin animar á los soldados de palabra, ni ejercitarlos, y sin mostrarse al pueblo; ántes, escondido en los retretes de sus jardines, como un vil animal, al cual si le ofrecen vianda se está perezoso y holgazan, dejaba pasar con igual olvido las cosas pasadas, presentes y por venir. Estaba en la casa de placer del bosque de Aricia (1) ocioso y descuidado, cuando le llegó el aviso de la traicion de Lucilio Baso y la rebellion de la armada de Ravena, de que se alteró mucho. Poco despues fué advertido del suceso de Cecina, que le causó un sentimiento mezclado con alegría; es á saber, que habia tratado de rebelarse y que los soldados le tenian en prision. Prevaleció en aquel ánimo vil el gusto al enojo; y volviéndose á Roma lleno de alegría, celebró con muchos loores en público parlamento el amor de los soldados para con él, mandando que fuese preso y encarcelado Publio Sabino, prefecto del pretorio, á causa de su amistad con Cecina, sustituyendo en su lugar á Alfeno Varo.

Habiendo despues hecho una oracion en Senado llena de magnificencia y pompa, fué loado y engrandecido por los senadores con exquisitas lisonjas. Comenzó de Lucio Vitelio la sentencia atroz contra Cecina, siguiendo despues los otros con artificiosa muestra de enojo, exagerando que siendo cónsul habia vendido á la república, capitan á su

(1) Aricia era una pequeña ciudad del Lacio fundada, segun una tradicion mitológica, por Hipólito, y llamada así de la esposa de esté, Aricia. Estaba consagrada á Diana Escítica, cuya estatua arrebatada á la Tauride habia sido llevada á ella por Orestes. Su sacerdote era un esclavo fugitivo, que estaba obligado á combatir con espada contra todo esclavo que fuese á atarcarlo. Si el que le atacaba salia triunfante, mataba al vencido y se ponía en su lugar. Estas fábulas y esta extraña costumbre son sin duda un resto y un indicio del origen pelásgico de los cultos de Italia. Virgilio, *Eneid.*, VII, 761, y Ovidio, *Metam.*, xv, 467, refieren cómo Hipólito resucitó y fué trasportado á aquel sitio.

emperador, y acrecentado de tantos honores y tantas riquezas á un amigo tan benemérito; doliéndose como en persona de Vitelio y desfogando el propio dolor. No se oyó en oracion alguna de las que se hicieron un vituperio tan solo de los capitanes Flavianos, porque inculpando el error y la imprudencia de los ejércitos, andaban despues circunspectos en el nombrar á Vespasiano y como huyendo la ocasion. No faltó quien con lisonjas le sacase á Vitelio de las manos un dia de consulado, que solo le quedaba al de Cecina, con burla universal del que lo dió y del que lo recibió. Rosio Regulo en el último dia de Octubre tomó y depuso el magistrado. Notaban los sabios que por lo pasado no se sustituyó jamás uno que no fuese privado el otro (1), ó hecha ley: porque ántes tambien debajo de Cayo César, dictador, dándose con prisa las recompensas de la guerra civil, fué por un solo dia cónsul (2) Caninio Rebilo.

Cosa pública fué en aquellos dias y harto famosa la muerte de Junio Bleso, la cual habemos sabido que pasó así. Hallándose Vitelio enfermo gravemente en los huertos Servilianos, echó de ver una noche que cierta torre cercana resplandecia de muchos fuegos. Y preguntando la causa, supo que Cecina Tusco tenia gran cantidad de convidados, entre los cuales el de más consideracion era Junio Bleso. Los aparatos del banquete y el regocijo de los que cenaban se pintó por mucho mayor de lo que era. Ni faltó quien culpase á Tusco y á los otros, aunque más criminalmente á Bleso, de que estando enfermo el príncipe, asis-

(1) Creíase indispensable esta formalidad de la abdicacion. Cuando se trató de procesar á Lentulo, uno de los cómplices de Catilina y que era pretor, se empezó por hacerle renunciar esta magistratura, sin embargo de que el crimen de traicion de que se habia hecho culpable le hacía perder á la vez las prerogativas de magistrado y de ciudadano.

(2) Rebilo sucedia á un cónsul de tres meses creado por el mismo capricho. Permaneció en su destino desde las dos de la tarde hasta el dia siguiente.

tiese á semejantes regocijos; como se aseguraron los acostumbrados á ir especulando las pasiones íntimas de los príncipes que Vitelio se habia alterado de esto, y que era aquella buena ocasion para arruinar á Bleso. Dieron á Lucio Vitelio el cargo de aquella acusacion. Este, con maligna emulacion enemigo de Bleso porque adornado de muchas virtudes era estimado y tenido en más que él, siendo como era hombre manchado de mil faltas, entra en el retrete del emperador, y apretando al pecho el hijo de su hermano, se le postra á los piés: entónces interrogado por la causa de su alteracion, respondió: «que no procedia su angustia de causa suya particular, mas que empleaba sus ruegos y sus lágrimas medroso del peligro de su hermano y de su sobrino: que en vano era temido Vespasiano, tenido á raya de tantas legiones Germánicas, de tantas provincias valerosas y fieles, y finalmente de tanto espacio de mar y tierra, teniendo á un enemigo dentro de los muros de Roma y en el propio seno, que se alaba de los abuelos Junios y Antonios, que se muestra á los soldados de estirpe imperial agradable y magnífico. Están vueltos allí los ánimos de todos, miéntras Vitelio, estimando en poco los amigos y enemigos, favorece á un competidor que desde el banquete se recrea de ver los enojos y trabajos del príncipe; para cuyo remedio convenia recompensar aquel regocijo intempestivo con una noche triste y fúnebre, para que sepa y sienta que vive y manda Vitelio, y que cuando sucediese algun trabajo, dejaria despues de sí un hijo.»

Dudoso, pues, Vitelio entre la maldad y el temor que el diferir la muerte á Bleso no le ocasionase su ruina y el ordenarla á la descubierta un odio atroz, se resolvió en satisfacer su deseo matándole con veneno. Fué causa de que se acabase de verificar esta maldad el haber querido Vitelio ver á Bleso con notable demostracion de alegría, donde se le notó haber dicho estas cruelísimas palabras (referiré las mismas), que habia apacentado los ojos con

ver la muerte de su enemigo. Era Bleso, á más de ser nacido noble y de costumbres nobilísimas, hombre de constantísima fe; tanto, que tentado al principio por Cecina y otras cabezas de bando, que comenzaban á aborrecer á Vitelio, no quiso jamás darles oídos, mostrándose apacible y quieto, y tampoco deseoso de cualquier género de honor hasta del mismo imperio, que no estuvo léjos de ser reputado por indigno.

Fabio Valente en tanto, con un largo y lascivo acompañamiento de concubinas y de eunucos, caminando más despacio de lo que pide la guerra, tuvo varios correos con aviso de la rebelion de la armada vendida por Lucilio Baso. Y es cierto que si solicitara el viaje, fácilmente hubiera alcanzado á Cecina cuando titubeaba, ó á lo ménos á las legiones ántes de la batalla. No faltó quien le amonestase que con la gente de más confianza, por caminos no practicados, apartándose de Ravena, diese consigo en Ostilia ó en Cremona. Otros aconsejaban que, hechas venir de Roma las cohortes pretorias, fuese de golpe con buenas fuerzas á encontrar al enemigo; mas él, contemporizando inútilmente, consumió en consultas el tiempo que debiera emplear en la ejecucion. Menospreciados despues ambos consejos, miéntras determina de seguir el medio, resolucion la peor que se puede tomar en los casos peligrosos, ni supo aprovecharse de la providencia, ni del valor.

Escribió finalmente á Vitelio que se le enviase socorro. Vinieron tres cohortes y la ala de caballos de la Bretaña, número incapaz de engañar al enemigo, ni de pasar contra su voluntad. Mas Valente ni áun entre peligros tan grandes huyó la infamia de atender á todo gusto y de manchar las casas de los huéspedes de adulterios y de estupro, incitado de la autoridad, abundancia de dineros y de una lujuria ardentísima en la declinacion de su fortuna. Finalmente, á la llegada de los infantes y caballos, se conoció el mal partido que se habia tomado; porque no podia

con tan poca gente, aunque hubiera sido fidelísima, pasar por el país enemigo. Mas á la verdad habian traído consigo poca fe. Entreteníalos con todo eso la vergüenza y el respeto del capitán que estaba presente; ataduras que aprietan poco á gente no codiciosa de peligros y poco estimadora de honra. Por este respeto y por ser también seguido de pocos de quien se pudiese esperar firmeza en la adversidad, enviadas delante las cohortes la vuelta de Arimino (1), ordenó que los caballos marchasen de retaguada. Él, torciendo el camino por la Umbría y entrando en la Toscana, sabido el suceso de Cremona, tomó un partido animoso y de harto daño, si le saliera bien. Metióse en las naves y tentó de pasar en alguna parte de la provincia Narbonense para levantar las Galias y la Germania á nueva guerra.

42 Partido Valente, Cornelio Fusco, arrimándose con el ejército y haciendo correr las liburnicas por las riberas vecinas, apretaba por mar y por tierra á los que, perdidos de ánimo, tenían á Arimino. Ocupado así el llano de la Umbría, y aquella parte de la Marca que baña el mar Adriático, quedaba dividida toda Italia entre Vespasiano y Vitelio por las cumbres del Apenino. Fabio Valente del golfo de Pisa, ó por crueldad de la mar, ó por vientos contrarios, fué arrojado á puerto Hércules de Moneco (2). Hallándose no muy léjos de allí Mario Maturó, procurador de los Alpes marítimos, fiel á Vitelio, á quien no faltó jamás la fe del juramento, aunque rodeado por todas partes de enemigos. Este, recibiendo cortésmente á Valente, le espantó aconsejándole que no entrase tan acaso en la Galia Narbonense; y el temor hacia fieles á los demas.

Porque Valerio Paulino, procurador, soldado valeroso,

(1) Hoy Rimini, cerca del Adriático, al Sudeste de Ravena.

(2) Puerto en la Liguria, hoy Monaco, donde los Griegos de Marsella edificaron un templo á Hércules con una fortaleza para defenderse contra los Ligures, enemigos suyos.

y amigo de Vespasiano ántes de su buena fortuna, habiendo reducido á su devocion todas las ciudades circunvecinas, y recogidos á todos los que, despedidos por Vitelio, volvian de buena gana á tomar sueldo, tenía guardada con presidio la colonia de Frejulio y los pasos de aquel mar; seguido con mayor voluntad, por ser Frejulio patria de Paulino, y él no poco estimado de los pretorianos, entre quien fué ya tribuno. Y los habitadores del país, que no seguian las armas tanto por amistad de Paulino como por la esperanza de engrandecerse, favorecian en comun á aquel bando. Todas estas cosas bien aprendidas y acrecentadas de la fama, como se divulgaron entre aquellos ánimos variables de los Vitelianos, Valente con cuatro soldados de su guardia, tres amigos y otros tantos centuriones se volvió con tiempo á sus bajeles, dejando en la voluntad de Maturo y los demas el quedarse ó seguir el partido de Vespasiano. Mas así como le era á Valente más segura la mar que la tierra ni las ciudades, así suspenso en lo que le habia de suceder, y siempre más cierto en lo que debia huir que en lo que le convenia buscar, llevado de la fortuna del mar á las islas Estecadas (1) de Marsella, fué allí preso por las liburnicas enviadas de Paulino.

4 Preso Valente, volviéndose todo á favor del vencedor, comenzó en España la legion primera Ayudatrice, la cual aborreciendo á Vitelio por la memoria de Oton, llevó consigo á la décima y á la sexta. No tardaron mucho en resolverse las Galias, y el favor grande de Vespasiano añadió la Bretaña, por haber militado allí por Claudio y héchose nombrar en aquella guerra en calidad de prefecto de la segunda legion, no sin tumulto las demas, en las cuales muchos centuriones y soldados adelantados por Vitelio, mudaban con disgusto el príncipe ya aprobado por ellos.

(1) Las llamadas en el dia islas Hieres. Se les daba el nombre de Stechades de la palabra griega *στοιχος*, *ordo*, á causa de la especie de órden en que están colocadas.

Con la ocasion de estas discordias y con los continuos avisos de la guerra civil, se alborotaron los Bretones, haciéndose autor Venusio; el cual, á más de su natural fiereza y odio del nombre romano, era tambien incitado de particular enemistad con la reina Cartismandua. A esta, de nobilísima sangre, obedecian los pueblos Brigantes, aumentando mucho su poder, porque habiendo tomado en prision engañosamente á Caractaco, parecia haber ennoblecido el triunfo de Claudio César. Abundando de aquí las riquezas y despues la superfluidad, que de ordinario sigue á los sucesos prósperos, despreciado su marido Venusio, casó con Velocato, su caballero, á quien hizo rey. Esta maldad ocasionó al punto la ruina de aquella casa. Estaba por el marido el favor de la ciudad y por el adúltero la crueldad y lujuria de la reina. Venusio, pues, con la gente recogida de los socorros y con la rebelion de los Brigantes, redujo á mal partido á Cartismandua. Entónces acudiendo por socorro á los Romanos, nuestras cohortes y nuestra caballería con diversas batallas la libraron finalmente de peligro; quedándole empero á Venusio el reino y á nosotros la guerra.

En aquellos mismo dias se turbó tambien la paz en Germania por negligencias de los capitanes y sedicion de las legiones, quedando poco ménos que destruido el imperio romano de la violencia extranjera y poca fe de los confederados. De esta guerra, que duró largamente, con sus causas y sus sucesos trataremos abajo. Rebelóse tambien la Dacia, gente jamás fiel, y ménos entónces, que, sacado el ejército de Misia, habia quedado sin temor. Estuvieron quietos al principio para ver la fama que tomaban las cosas, mas entendiendo que Italia se abrasaba en guerras, y que toda cosa andaba en revolucion, forzadas las guarniciones de las cohortes y caballos, se apoderaron de ambas riberas del Danubio, y todavía se iban preparando para espugnar los alojamientos de las legiones, si Muciano, avisa-

do ya de la victoria de Cremona, no hubiera enviado la vuelta de allá la legion sexta para que no viniese de todas partes ímpetu extranjero, si los Dacos y Germanos moviesen por diferentes partes. Aprovechó, como otras muchas veces, la buena fortuna del pueblo romano con encaminar por aquellas partes á Muciano y á las fuerzas de Oriente, y, como habemos dicho, el suceso de Cremona. Quedó al gobierno de la Misia Fonteyo Agripa, que habia sido el año ántes procónsul en Asia, añadiéndole los soldados del ejército Viteliano que, por razon de estado, se juzgó á propósito repartirlos por las provincias y emplearlos en guerras extranjeras.

No se acababan de quietar las otras naciones. Un esclavo bárbaro, capitan ya en otro tiempo de la armada del rey de Ponto, movió al improviso las armas en aquella provincia. Llamábase éste Aniceto, liberto del rey Polemon (1), el cual, habiéndose visto en gran crédito para con su señor, no podia sufrir la mudanza que habia hecho aquel reino en forma de provincia. Y así, recogidas debajo de la sombra de Vitelio las gentes que habitan junto á Ponto, y engañados con la esperanza de la presa los más necesitados, viéndose cabeza de una multitud no despreciable, asaltó de improviso á Trapisonda, ciudad muy antigua y edificada por los Griegos á la boca del mar mayor. Fué degollada allí la cohorte que solia servir de guarnicion á los reyes; mas hechos despues ciudadanos romanos, retenian las banderas y las armas á nuestro modo, continuando el ser vanos y negligentes al uso griego. Puso tambien fuego á la armada, señoreando seguramente todo aquel mar, por haber Muciano recogido en Bizancio las mejores liburnicas con toda la soldadesca. Discurrían aquellos bárbaros con mayor desprecio despues que arrebatá-

(1) Polemon, rey del Ponto, habia cedido voluntariamente su reino al imperio de Neron.



damente fabricaron ciertos bajeles llamados cámaras, que tienen los costados estrechos y el vientre ancho, juntos, sin elevacion de hierro ó de otro metal, la cumbre de los cuales, cuando la mar se altera, cierran con tablas hasta que la ponen en figura de techo. De esta manera van dando vueltas entre las ondas: usan de proa, no ménos detras que delante, y mudan la chusma cuando quieren, pudiendo indiferentemente y sin peligro abordar tanto de una parte como de otra.

Movi6 este accidente á Vespasiano á enviar los vexilarios de las legiones á cargo de Virdio Gemino, valeroso soldado. El cual, asaltando al enemigo desproveido, y por la codicia de la presa, desordenado y vagabundo, le hace retirar á las naves; y fabricadas á prisa algunas liburnicas, pudo alcanzar á Aniceto en la boca del rio Cohibo (1), asegurado allí de la proteccion del rey Sedoquezoro (2), á quien habia metido en la liga con presentes y con dineros. Quiso el rey al principio con amenazas y con armas defender á su confederado Aniceto; mas al partido que se le hizo de premio ó de guerra, como es frágil la fe de los bárbaros, pactada la muerte del rebelde, lo entreg6 en compañía de todos aquellos fugitivos, con que se puso fin á la guerra servil. Muy alegre estaba por esta victoria Vespasiano, sucediéndole todo más felizmente de lo que sabia deseär, cuando le sobrevino en Egipto la nueva de la batalla de Cremona. Esto le hizo apresurar el viaje de Alejandria, deseando tras aquel buen suceso apretar tam-

(1) Probablemente el rio mencionado por Arriano y Plinio, con el nombre de $\chi\omega\beta\omicron\varsigma$ por el uno y por otro con el de *Cobus*, y que desagua en el Ponto Euxino, más allá del Faro.

(2) Debe leerse *Sedochi*, *Lazorum regis*, leccion universalmente recibida, puesto que no se conoce ningun pueblo del nombre de *Sedoquecios*, y que, por el contrario, el relato de Tácito se acomoda muy bien á la suposicion de un Sedoco, rey de los Lazos, pueblos que habitabana aquellas comarcas, y cuyo territorio atravesaba el Cobos.

bien con la hambre á Roma, menesterosa de provisiones extranjeras. Porque él tenia determinado de acometer por mar á la provincia de Africa situada en la misma costa, para que, cerrados de todo los pasos á las vituallas, sintiesen los enemigos los daños y las discordias que suele traer consigo la necesidad.

Miéntas la fortuna del imperio pasaba con esta conmocion universal, no se gobernaba Primo Antonio con tanta modestia despues del suceso de Cremona, pareciéndole haber cumplido ya con la guerra, y que lo demas le era fácil: si ya no es de creer que en un hombre de tal naturaleza iba descubriendo la felicidad, la avaricia, la soberbia y los demas defectos ocultos. Porque él hollaba á Italia, como á provincia conquistada por las armas: acariciaba como suyas las legiones, y con palabras y con hechos se iba haciendo camino á la grandeza y al poder; y por ir haciendo más libres y disolutos á los soldados, ofrecia á las legiones la eleccion de los centuriones muertos, hallándose con aquel voto elegidos los más sediciosos. No estaba más el soldado sujeto al capitan: el capitan sí que era llevado de la violencia militar; cuya semilla de sedicion y corruptela de disciplina la convertian todos en robos; no temiendo de Muciano que venía, puesto que era más peligroso el despreciarle á él que á Vespasiano.

Mas acercándose el invierno y comenzando el Pó á inundar los campos, marchó la gente suelta, habiendo dejado en Verona las banderas y las águilas de las legiones vencedoras, con los soldados heridos ó débiles por la edad, y muchos tambien sanos; juzgando que bastaban, estando ya fenecida la guerra, las cohortes con los caballos auxiliares y la gente escogida de las legiones. Añadióse la legion undécima, que entreteniéndose al principio, habiendo visto despues suceder las cosas prósperamente, se dolia de no haberse hallado en ellas. Seguian seis mil Dalmatas,

levantados nuevamente, á cargo de Popeo Silvano, varon consular, aunque la resolucíon de las cosas dependia de Anio Baso, legado de una legion: el cual, so color de obediencia, hallándose siempre pronto, con destreza y diligencia en los negocios, gobernaba del todo á Silvano, hombre de poco en la guerra y que gastaba en palabras el tiempo de la ejecucion. Entre estas gentes se recibieron tambien los mejores de la armada de Ravena, que pidieron el ser escritos entre las legiones; habiendo suplido á la armada con parte de la gente levantada en Dalmacia. El ejército y los capitanes hicieron alto en Fano, para tratar la suma de las cosas, habiendo entendido que eran partidas de Roma las cohortes pretorias, y creyendo que estaban tomados los pasos del Apenino; hallándose ellos en país gastado de la guerra, trabajados de la carestía y de las voces de los soldados, que pedian el elavario (1) (este es nombre de una suerte de donativo), sin haber hecho provision de granos ni de dineros, haciendo mayor el desorden la impaciencia y la codicia de los que quitaban por fuerza lo que pudieran tener por amor.

Tengo relacion de autores de mucha estima, que fué tal en aquel tiempo el poco respeto y menosprecio de lo justo y de lo honesto, que un caballo ligero, alabándose de haber muerto en la última faccion á un hermano suyo, pidió el premio á los capitanes: mas no permitiendo la justicia humana que se honrase aquel homicidio, ni la razon de la guerra que se castigase, difrieron la resolucíon como de cosa merecedora de mayor premio de la que entónces, tan de repente, se le podia dar, ni se habló más de este caso. Sucedió tambien el mismo exceso en las primeras guerras civiles. Porque en la batalla del Janiculo contra Cina, como

(1) Este donativo tenía por origen ó por pretexto el dar á los soldados con que pagar los clavos que necesitaban para su calzado.

escribe Sisena, un soldado pompeyano mató á su hermano; y despues conocida la maldad, se mató á sí mismo: tan poderosos eran acerca de los antiguos el premio de la virtud y el arrepentimiento del yerro. Estas y otras cosas semejantes, sacadas de las memorias antiguas por ejemplo del bien ó consuelo del mal, no dejaré de contarlas cuando vengan á propósito.

Resolvieron Antonio y los otros capitanes de enviar delante caballos á reconocer la Umbria para ver si por alguna parte podian penetrarse los Apeninos, y de hacer venir de Verona las águilas y las banderas con los soldados que allí habian quedado, haciendo por el Pó y por la mar correr las vituallas. Habia entre los capitanes algunos que buscaban ocasion de diferir; porque habiéndose ya hecho insufrible Antonio, esperaban más seguro gobierno de Muciano. El cual, ansioso de tan acelerada victoria, y pareciéndole que si no se hallaba á la presa de Roma no le alcanzaria parte alguna en la gloria de aquella guerra, escribia á Primo y á Varo con mucho artificio, que era bien seguir el curso de la victoria, discurriendo por otra parte del provecho de diferir; acomodándose de manera en el estilo, que segun el evento de las cosas se pudiese colegir que por su órden se habian evitado las adversas y encaminado las prósperas. Escribiendo despues más abiertamente á Plocio Grifo, puesto poco ántes por Vespasiano en el órden senatorio y al gobierno de una legion, y á los demas sus confidentes, los cuales todos volvieron á escribir interpretando siniestramente la prisa de Antonio y de Varo, loando todo lo que resolviese Muciano: y enviadas estas cartas á Vespasiano, causaron que no eran despues tan aceptos los consejos y las acciones de Antonio como él esperaba.

Sufria esto con impaciencia Antonio, é inculpaba de ello á Muciano, por cuyos ruines officios decia haberse aumentado sus peligros; no pudiéndose abstener de decir mal; hombre largo de lengua y no acostumbrado á ser inferior.

Escribió á Vespasiano jactándose con mayor altivez de lo que se sufría con el príncipe, no sin calumniar cubiertamente á Muciano, diciendo: «que él habia hecho tomar las armas á las legiones de Panonia: que incitados y persuadidos por él se habian movido los capitanes de Misia: que por medio de su constancia se atravesaron los Alpes, se ocupó Italia, se cerró el paso á los socorros de la Germania y de la Retia: que primero con el encuentro de los caballos, y despues con el valor de sus infantes habia peleado continuamente un dia y una noche, roto las legiones Vitelianas, generosisima accion y obra de sus manos: que del caso de Cremona se debia echar la culpa á la guerra; pues era cierto que las antiguas discordias entre ciudadanos se habian acabado con mayor daño de la república y ruina de más ciudades: que no servia á su emperador con mensajeros ni con cartas, sino con el cuerpo y con las armas, no pretendiendo por esto perjudicar á la gloria de los que entre tanto se habian ocupado en acomodar las cosas de Asia: que aquellos habian tenido celo de la paz de Misia, y él de la salud y seguridad de Italia: que por sus exhortaciones las Galias y las Españas, partes las más principales del mundo, se habian declarado por Vespasiano. Mas que sin embargo le saldrian vanos todos sus trabajos, si el premio de tantos peligros se daba al que los habia mirado de talanquera.» Tuvo noticia de todo Muciano; y de aquí nacieron graves rencores, alimentados de Antonio con más libertad, aunque de Muciano con mayor astucia, y por esto más implacables.

Vitelio, arruinadas sus cosas en Cremona, teniendo ocultos los avisos de aquella rota, con necia disimulacion iba ántes difriendo los remedios que la enfermedad. Porque si la hubiera confesado y pedido consejo, pudiera ser que no le faltaran esperanzas ni fuerzas: donde por el contrario fingiendo las cosas prósperas, con esta falsedad hacia más grave la dolencia. Era cosa de admiracion el ver que cerca

de él no se podía hablar cosas de guerra: y el haber prohibido lo mismo en la ciudad, era causa de que se hablase mucho más: y los que, cuando se permitiera, hubieran contado la verdad, por solo que se les vedaba, divulgaban cosas más atroces. Ni les faltaba á los capitanes enemigos arte para aumentar la fama con volver á enviar los espías Vitelianos que se prendian, haciéndoles ver primero por menudo las fuerzas de aquel ejército victorioso: á todos los cuales mandó matar Vitelio despues de haberlos examinado secretamente. Julio Agreste, centurion de señalada fe, despues de muchos razonamientos pasados en vano con Vitelio para incitarle á mostrar valor, le indujo á enviarle á él mismo á reconocer las fuerzas del enemigo, y lo sucedido en Cremona: el cual, sin tentar de engañar á Antonio con espiar á escondidas, le descubrió libremente su deseo y la órden del emperador y le pidió que se lo dejase ver todo. Envió Antonio con él quien le mostrase el lugar de la batalla, las ruinas de Cremona, y las legiones vencidas. Volvió Agreste á Vitelio, y no queriéndole creer que era verdad lo que le referia, imputándole á más de esto de que venia ya sobornado: «pues que es necesario, dijo, dar buenas señas, y cierto que no te puede aprovechar de otra cosa mi muerte ó mi vida, yo las daré tales que no te quede ocasion de ponerlo en duda:» y partiéndose, con la muerte voluntaria confirmó su relacion. Quieren algunos que fué muerto por órden de Vitelio, refiriendo lo mismo de su fe y de su constancia.

146 * Vitelio, como despertando de un sueño, mandó á Julio Prisco y á Alfenio Varo que con catorce cohortes pretorias y toda la caballería tuviesen guardados los Apeninos. Seguidos tambien por la legion de la armada. Tantos millares de gente de guerra, tanta gente escogida de infantes y caballos, si tuvieran otro capitan, eran fuerzas bastantes para embestir al enemigo. El resto de las cohortes consignó á Lucio Vitelio, su hermano, para la guardia de

Roma. Él, no dejando un punto de sus acostumbrados vicios y superfluidades, y apresurándose por la desconfianza, solicitaba los comicios, queriendo declarar cónsules por mucho años, renovar las ligas á los confederados, dar á los extranjeros la naturaleza del Lacio, remitir á éstos los tributos, conceder á aquéllos exenciones, y finalmente, sin pensamiento alguno de lo por venir, despedazar el imperio. Mas el vulgo corria tras la grandeza de los beneficios, comprándolos á fuerza de dinero los necios, y teniendo los discretos por vanas y de mala data todas las cosas que no se podian dar ni recibir con salud de la república. Finalmente, haciendo instancia el ejército alojado en Bevaña, con gran acompañamiento de senadores, llevados quién por ambicion, quién por temor, pasó Vitelio al campo, suspenso de ánimo y obligado á consejos no fieles.

En el parlamento que hizo á los soldados (cosa prodigiosa) le volaron por encima una banda de pajarotes sucios, tan espesos, que con aquella nube oscurecieron el dia. Siguió á éste otro mal agüero. El toro, huido del altar, descompuso el aparato del sacrificio y fué muerto en léjos de donde se suelen ofrecer las víctimas. Pero sobre todos los prodigios era señalado prodigio el mismo Vitelio: ignorante de las cosas de la guerra, sin juicio en las resoluciones, del orden del marchar, del modo de espiar al enemigo, del dar la batalla y del retirarse, iba preguntando á los otros: en toda cosa nuevo, á toda nueva medroso y pálido, y á la postre borracho. A lo último, enfadado de estar en el campo, sabida la rebelion de la armada de Miseno, se volvió á Roma; espantado siempre más de toda fresca herida, sin cuidar del peligro mayor. Porque cuando estaba en su mano pasar el Apenino y con las fuerzas enteras de su ejército asaltar al enemigo, cansado del invierno y de la hambre, dividiendo la gente, envió á la carniceria y á las cadenas aquellos soldados valerosos, y fieles

hasta el último entre el parecer de los centuriones más prácticos los cuales el ser preguntados no callaron la verdad. Pero los fanáticos apartados los amigos de Vitelio recibiendo acausado de verte los oídos del príncipe que la fuerza de aquellos los con-

de voluntades de gente y de dinero.

vitig

*- may 68 -
56*

hasta lo último, contra el parecer de los centuriones más prácticos, los cuales, á ser preguntados, no callaran la verdad. Mas teníanlos apartados los amigos de Vitelio, habiendo acomodado de suerte los oídos del príncipe que le fuesen desagradables las cosas útiles y solamente de gusto las dañosas.

A la armada de Miseno (tanto vale en las discordias civiles el atrevimiento de uno solo) hizo rebelar Vitelio Claudio Faventino, centurion, reformado ya vergonzosamente por Galba, mostrando con cartas fingidas de Vespasiano el premio de su alevosía. Era capitan de la armada Claudio Apolinar, ni constante en la fe, ni valeroso en la traicion. Con que Apinio Tiron, que habia sido pretor y que acaso se hallaba entónces en Minturno, se ofreció por cabeza á los rebeldes. Por los cuales fueron tambien atraídos los municipios y las colonias, con particular inclinacion de los de Puzol á Vespasiano, como de los de Capua á Vitelio: desfogando entrambos pueblos con ocasion de la guerra civil su propia emulacion. Vitelio, por mitigar los ánimos de aquellos soldados, envió á Claudio Juliano (habia este gobernado aquella armada apaciblemente) con una cohorte urbana y los gladiadores de que era prefecto. Mas en acercándose los ejércitos, no tardó Juliano en pasarse al bando de Vespasiano, apoderándose de Terracina, lugar fuerte más por la comodidad del sitio que por su vigilancia ó industria.

Lo que sabido por Vitelio, dejando en Narni una parte de la gente con el prefecto del pretorio, envió á su hermano Lucio Vitelio con seis cohortes y quinientos caballos para oponerse á la guerra que comenzaba en Campania. Él, de ánimo enfermo, se consolaba sólo con el favor de los soldados y con las voces del pueblo que pedian las armas, miéntras con falsa semejanza llamaba ejército y legiones al vulgo vil, cuyo atrevimiento no pasa más allá de las voces. Exhortado de los libertos (porque de los amigos

cuanto más de valor fiaba ménos), hizo juntar las tribus, y dados los nombres, prestaron el juramento militar. Sobraba la multitud, y así se repartió entre los cónsules el cargo de escoger los soldados. Quiso de los senadores un número de esclavos y un peso de plata por cada uno: ofrecieron los caballeros sus personas y su dinero, obligándose voluntariamente á lo mismo tambien los libertinos. Aquella disimulacion le dió á entender que procedian de afecto los oficios hechos por temor; habiendo muchos que no se lastimaban tanto de Vitelio quanto del caso en sí y del oficio de príncipe. Ni se descuidaba él de moverlos á piedad con el rostro, con las palabras y con lágrimas; no solo largo en sus promesas, como es propio de los que temen, pero desmoderado en ellas. Y lo que es más, quiso ser llamado César, habiéndolo menospreciado ántes, por supersticion de aquel nombre entónces, y porque en semejantes temores se oyen igualmente los consejos de los sabios y los rumores del vulgo. Mas así como todas las cosas comenzadas con ímpetu desconsiderado son en sus principios fuertes y con el tiempo se debilitan, asimismo los senadores y caballeros comenzaron poco á poco á irse retirando de su presencia, lentamente al principio y cuando él estaba ausente; despues á la descubierta, medrosos y dolientes del peligro, hasta que Vitelio, por vergüenza de una empresa tentada en vano, dejó de querer lo que no se le daba.

Así como la salida de Vitelio á Bevaña habia atemorizado á Italia, como si entónces volviera á renacer la guerra, así sin ninguna duda su retirada con tanta vileza aumentó reputacion al bando Flaviano; enajenándose á los Samnites, á los Pelinos y á los Marsos, que con emulacion de haber sido prevenidos por los de Campania, se comenzaron á mostrar prontísimos para todas las necesidades de la guerra, como acontece en las nuevas amistades. Mas el trabajo que el ejército tuvo en atravesar el Apenino á causa del

rigor del invierno y el embarazo de las nieves, bastante á negar el paso á gente suelta y sin recelo, mostraron el peligro á que se puso, si no hubiera sido llamado Vitelio á otra parte por la fortuna, la cual no favoreció ménos veces á los Flavianos que su prudencia. Encontraron allí á Petilio Cerial, que, vestido en hábito de villano y práctico en el país, habia escapado de las guardias de Vitelio. Tenía Cerial estrecho deudo con Vespasiano y habia adquirido reputacion en la guerra; y á esta causa fué recibido entre las cabezas. Escriben muchos, que hubieran podido huir tambien Flavio Sabino y Domiciano, habiéndoles avisado Antonio por mensajeros que pudieron llegar á ellos con varias disimulaciones, de la parte por donde se podian salvar, y de la gente que hallarian para poderlo hacer con seguridad. Disculpóse Sabino con su poca salud, incapaz de trabajos y ajena de atrevimientos. A Domiciano no le faltaba ánimo, mas no se fiaba de las guardias que le tenían. Vitelio, por intereses de sus parientes, no se mostraba de mal ánimo contra Domiciano.

Llegados á Carsole los Flavianos, reposaron allí algunos dias, hasta que les alcanzaron las águilas y las banderas de las legiones; agradándoles aquel sitio vistoso, y eminente y cómodo para las vituallas, por tener á las espaldas muchos y buenos lugares de donde proveerse. Esperaban tambien, con ocasion de tener á los Vitelianos distantes ménos de tres leguas, el conferir con ellos y persuadirles la traicion. Oian esto con poco gusto los soldados, á quien agradaba más la victoria que la paz; ni áun á sus propias legiones querian aguardar, pareciéndoles más dañosa su compañía para la presa que necesaria para evitar los peligros. Por lo cual, llamándolos al parlamento Antonio, les advirtió «de que Vitelio tenía todavía buenas fuerzas, poco estables si se les daba tiempo de pensar, y de momento en la desesperacion: que se permite el encomendar á la fortuna los principios de las guerras civiles, mas que la

victoria se perfecciona con la razon y con el consejo. Háseles rebelado, decia, la armada de Miseno, con todas aquellas amenísimas riberas de Campania, sin que de todo el mundo le quede á Vitelio otra cosa que lo que hay entre Narni y Terracina. Hemos adquirido harta reputacion con la batalla de Cremona, y no ménos aborrecimiento con su ruina; no deseemos ahora más tomar á Roma por fuerza que conservarla. Mayores serán los premios y mucho más noble la reputacion, si ven que procuramos sin sangre la salud del Senado y pueblo romano.»

Mitigados los ánimos con estas y semejantes palabras, llegaron poco despues las legiones; con que, espantadas las cohortes Vitelianas, medrosas del aumento y reputacion del ejército enemigo, comenzaron á blandear en la fe, no habiendo quien las exhortase á seguir la guerra y aconsejándoles muchos que se rindiesen; de los cuales no faltaba quien procurase hacer un presente al vencedor de sus compañías de infantes y de las tropas de caballos, compitiendo en adquirir gracia y favor para lo por venir. Estos mismos avisaron á los Flavianos de como estaban de presidio en Terni, situada en lo llano cerca de allí, cuatrocientos caballos de Vitelio, contra los cuáles marchó luégo Varo con gente escogida, y degollando algunos que hicieron rostro, los demas, arrojadas las armas, se rindieron: y los pocos que se escaparon huyendo á su campo, lo hinchieron todo de temor, exagerando el número y valor de los enemigos para cubrir la vergüenza del perdido presidio. Acerca de los Vitelianos no tenía lugar el castigo del mal, dándose en la otra parte entero cumplimiento á las promesas en premio de la traicion; y así sólo se competia en infidelidad huyéndose continuamente los tribunos y centuriones: porque los soldados ordinarios estuvieron siempre obstinados por Vitelio, hasta que Prisco y Alfeno, desamparado el campo y vueltos á Vitelio, libraron á todos de la vergüenza y de la traicion.

En estos dias fué hecho morir en Urbino, donde estaba preso, Fabio Valente. Mostróse la cabeza á las cohortes Vitelianas por apartarlas de toda esperanza, habiendo hasta entónces creído que, pasado en Germania, trataba de juntar nuevos ejércitos. El verie muerto acabó de ponerlos en desesperacion. Y el ejército Flaviano reputó á la muerte, aunque cruel, de Valente por el fin de la guerra. Nació Valente en Añani, de familia de caballeros, de costumbres licenciosas y de ingenio vivo, con el cual procuraba ganar nombre de agudo y de gracioso. En los juegos juveniles en tiempo de Neron, al principio como forzado y despues voluntariamente, hizo de bufon, ántes con artificio que con gracia. Legado de una legion, favoreció y disfamó á Verginio; mató á Fonteyo Capiton, á quien persuadió la traicion, ó quizá porque no se la pudo persuadir. Fué traidor á Galba, fiel á Vitelio, y á la postre le dió reputacion la infidelidad de los otros.

Faltando, pues, las esperanzas por todas partes, resueltos los soldados Vitelianos en pasarse al otro bando, hasta esto hicieron vergonzosamente. Porque traídos en aquella llanura junto á Narni, con las armas y con las banderas, los recibió allí el ejército Flaviano, puesto en batalla como para pelear, y con la ordenanza cerrada. Tomados en medio y rodeados por los Flavianos, les habló Primo Antonio con mucha clemencia; ordenando despues que una parte de ellos quedase en Terni y la otra en Narni, junto con algunas de las legiones victoriosas, para total seguridad, si se mostrasen contumaces. No faltaron en aquellos dias Primo y Varo con continuos mensajeros de ofrecer á Vitelio seguridad de la vida, dineros y el país de Campania para retirarse, si, dejadas las armas, ponía su persona y las de sus hijos en poder de Vespasiano. Del mismo tenor recibió tambien cartas de Muciano, á las cuales mostró muchas veces dar crédito Vitelio, llegando hasta tratar del número de esclavos y eleccion de lugares marítimos. Ha-

biase hecho este hombre tan bestialmente descuidado, que á no acordarle otros que era emperador, del todo se le hubiera pasado á él de la memoria.

Exhortaban los ciudadanos principales secretamente á Flavio Sabino, prefecto de Roma, á entrar tambien él á la parte en la victoria y en la reputacion, diciéndole que advirtiese que tenía de su parte por razon de su oficio las cohortes urbanas, y que no le faltarian las de guardia de noche: ni le podian faltar los esclavos de todos, la voz del bando y la disposicion universal de favorecer al que vence: que no quisiese ceder de gloria á Antonio y á Varo: que Vitelio, en contrario, tenía pocas cohortes, y aquellas amedrentadas de las malas nuevas que por todas partes les sobrevenian, el pueblo fácil á mudar de propósito, y cuando él se resolviese en mostrarse cabeza, capaz de hacer las mismas demostraciones por Vespasiano: que Vitelio no era hombre para mantenerse en buena fortuna, cuanto y más debilitado en su propia ruina: que el mérito de fenecer la guerra sería de quien se apoderase de Roma; y que no convenia ménos á Sabino reservar el Imperio á Vespasiano, que á él el tener justa causa de estimar en más que á todos á Sabino.

Oia él estos discursos con el ánimo poco dispuesto, como no apto por la vejez; imputándole algunos, que por ocultos respetos de envidia y emulacion retardaba la fortuna de su hermano. Porque Flavio Sabino, mayor de edad, cuando ambos á dos eran hombres privados, precedia de autoridad y de riquezas á Vespasiano: creyéndose á más de esto que sostuvo y ayudó su poco crédito con tomarle en prendas casas y posesiones. Tal que aunque aparentemente se mostraban muy amigos, se dudaba que en secreto no habia mucha conformidad. Mas mejor interpretacion es creer que aquel buen viejo aborrecia la sangre y las muertes y que á esta causa trató tantas veces de paz con Vitelio, y antepuso el dejar las armas con algunas condiciones; viéndose muchas veces juntos en sus casas, y últimamente en

el templo de Apolo, donde se concertaron, segun se dijo. Cluvio Rufo y Silio Itálico (1) escucharon y oyeron las palabras: por los más apartados se notaban los rostros; el de Vitelio abatido y como degenerando de su dignidad; el de Sabino compasivo y nada arrogante, donde si Vitelio hubiera con tanta facilidad doblado la voluntad de sus amigos, como ya acomodado la suya, el ejército de Vespasiano entrara en Roma sin derramar sangre.

Mas todos sus confidentes vituperaban la paz y las capitulaciones, mostrando el peligro y la vergüenza, y que el mantenerlas quedaba en arbitrio del vencedor, diciendo: «que cuando Vespasiano fuese tan soberbio que sufriese á Vitelio, hombre privado, era cierto que no lo sufrirían los vencidos mismos, ocasionándole nuevo peligro esta misericordia: que á la verdad él era viejo, y debia estar cansado ya de las prosperidades y adversidades de la fortuna. Mas ¿con qué título y en qué estado quedaria Germánico su hijo? Prométenle ahora dineros, gente de servicio, y los felices golfos de Campania. Mas en ocupando Vespasiano el imperio, ni á él mismo, ni á sus amigos, y finalmente ni á los mismos ejércitos parecerá estar seguros hasta que muera el competidor. No han podido sufrir en prision á Fabio Valente, á quien fuera cordura guardar para en cualquier suceso; y Primo, y Fusco y el principal fautor del otro bando, Muciano, ¿estarán sin deseo de que muera Vitelio? No fué dejado vivir Pompeyo de César, ni Antonio de Augusto; y ¿será de espíritu más generoso Vespasiano, cliéntulo de Vitelio, mientras Vitelio acompañaba en el consulado á Claudio? Antes, como conviene á uno que ha tenido á su padre censor, tres consulados, y tantos honores

(1) Cluvio Rufo es ese gobernador de España que se juntó con Vitelio en las Galias. *Silio Itálico* es el autor de *bello publico*, que habia sido cónsul con Galerio Trachalo en el último año del reinado de Neron.

en su noble linaje, tome ánimo, aunque sea por desesperación: que soldadados le quedan y el favor del pueblo. Finalmente, no puede suceder cosa más atroz que á la que ahora nos arrojamamos voluntariamente. Morir tenemos si somos vencidos, y morir tambien si nos entregamos: considérese ahora si es mejor dar el último espíritu con escarnio y afrentas, ó con fortaleza de corazon.»

- pag 69 -
67 Estaban sordos á todo consejo generoso los oidos de Vitelio, quedando el ánimo oprimido de la compasion y el pensamiento del cuidado de no dejar al vencedor ménos placable á su mujer y á sus hijos, si se resolvia con pertinacia en seguir la guerra. Tenia á su madre cansada ya de la vejez, la cual, con morir á buen tiempo, anticipó de pocos dias la ruina de su casa; no habiendo sacado otra cosa del principado del hijo que desconsuelos y buena fama. A los 18 de Diciembre, advertido Vitelio de que la legion y las cohortes que estaban en Narni se habian entregado al enemigo, salió de palacio vestido de luto, rodeado de su afligida familia, y llevaba consigo en su misma literilla á su hijo pequeñuelo, como en pompa fúnebre: el pueblo con gritos alegres fuera de tiempo; los soldados con silencio amenazador.

68 Y no habia ni era posible hallarse un hombre tan olvidado de las pasiones humanas que dejara de conmoverse en tan gran espectáculo, viendo al principe romano poco ántes señor del mundo, desamparado el trono de su grandeza, por medio del pueblo, y por medio de la ciudad salir del imperio; cosa jamás oida ni vista. César fué oprimido de violencia repentina. Cayo de secretas asechanzas: la noche y la casa en el campo no conocida escondieron la huida de Neron. Pison y Galba murieron como en batalla: mas Vitelio, en la junta del pueblo convocada por él, entre sus soldados, á vista tambien de las mujeres que le miraban de las ventanas, y diciendo algunas pocas palabras conforme á la presente miseria: que renunciaba el

imperio por amor de la paz y celo de la república; que quisiesen solamente tener memoria de él, y piedad de su hermano, de su mujer y de la edad inocente de sus hijos. Y luego, mostrando al hijuelo que tenía en los brazos, lo encomendaba ora á particulares, ora á todos en general, hasta que, impedido del llanto, sacándose del lado el puñal, lo daba al cónsul Cecilio Simplicio, que le estaba cerca, como renunciándole la autoridad de la vida y de la muerte de los ciudadanos. Mas no queriendo aceptarlo el cónsul, y reclamando en contrario todo aquel concurso de gente, se partió como que quería despojarse solemnemente de las insignias del imperio en el templo de la Concordia, y de allí retirarse despues á casa de su hermano. Levantáronse á esto mayores voces, resistiendo que no volviese á casa de hombre particular, y llamándolo á palacio, y habiendo cerrado el paso de la otra calle, dejaban abierto solamente el de la calle llamada Sacra (1). Entónces falto de consejo se vuelve.

Habia ya pasado voz que renunciaba el imperio, y Flavio Sabino escrito á los tribunos de las cohortes que refrenasen el furor de los soldados. Por lo cual, como si toda la república estuviera ya en poder de Vespasiano, los principales Senadores y muchos caballeros con todos los soldados urbanos y de la guardia de noche hinchieron la casa de Sabino. Donde, llegada poco despues la nueva del favor de la plebe y de los fieros de las cohortes Germánicas (2), se habia ya pasado tan adelante que no era posible tornar atras. Y asi temiendo cada uno de sí mismo, y todos de enflaquecerse dividiéndose, y de ser acometidos en desórden por los Vitelianos, instaban á Sabino que no difiriese más el tomar las armas. Mas, como suele suceder

(1) Que iba desde el Foro al Palatino, donde estaba situado el palacio imperial.

(2) Las cohortes pretorianas que habia en Roma y que habia formado Vitelio con soldados sacados de los ejércitos de Germania.

en semejantes accidentes, de todos era dado este consejo y pocos se ofrecían al peligro. Al bajar abajo los armados que acompañaban á Sabino junto al lago Fondano (1), se encontraron con los más atrevidos Vitelianos; donde, trabada al improviso una pequeña escaramuza, quedaron superiores los de Vitelio. Sabino, durante el tumulto, no ofreciéndosele por entónces partido más seguro, se apoderó del Capitolio, seguido de los soldados que le acompañaban y de algunos Senadores y caballeros: de los cuales no se puede fácilmente decir los nombres, porque quedando despues victorioso Vespasiano, fueron infinitos los que fingieron tener este mérito más con aquel bando. Encerráronse en aquel sitio tambien mujeres; entre las cuales de las más nobles fué Velurania Gracilia, siguiendo, no los hijos ó parientes, sino la guerra. Rodearon los soldados Vitelianos á los sitiados con guardias tan poco cuidadosas, que pudo Sabino al primer sueño hacer venir á sus hijos al Capitolio y á Domiciano, hijo de su hermano; y despachados mensajeros por los lugares no guardados de enemigos á los capitanes Flavianos, avisándolos de como estaban sitiados, y de la estrechura de las cosas si no era presto socorrido. Pasó despues la noche con tanta quietud, que hubiera podido escaparse sin peligro. Porque los soldados de Vitelio, puesto que valerosos en los peligros, no eran muy aptos para los trabajos, ni gustaban de perder el sueño; y más que sobreviniendo una recia lluvia al improviso, les estorbaba el ver y oír lo que se hacía.

Al nacer del dia, ántes que se comenzasen unos y otros á tratar como enemigos, envió Sabino á Cornelio Marcial, uno de los primipilares, con ciertas instrucciones, y á dolerse con Vitelio «de que no se guardaban los conciertos.

(1) Dábase est e nombre á una de las mil trescientas cincuenta y dos fuentes de Roma. La de que aquí se trata se hallaba en el Quirinal ó cerca de esta colina.

Que se echaba bien de ver que el fingimiento de renunciar el imperio habia sido para engañar á tantos hombres ilustres. Porque, ¿á qué efecto querer ir de los Rostros á casa de su hermano, levantada sobre el Foro, propia para mover los ánimos populares, sino al Aventino á las propias casas de su mujer? Que esto convenia á persona privada y á quien queria huir de toda apariencia de principe: donde, en contrario, Vitelio habia vuelto á palacio y á la misma residencia del imperio. Que habia enviado de allí escuadras de armados, cubriendo de cuerpos de inocentes la más noble parte de Roma, sin abstenerse de sitiarse el Capitolio: que él no se habia desnudado la toga, como uno de los demas Senadores, miéntras con las batallas de las legiones, expugnaciones de las ciudades, entrega de las cohortes, se juzgaban las diferencias entre Vespasiano y Vitelio, á quien rebeladas las Españas, las Germanias y la Bretaña, el hermano de Vespasiano habia conservado la fe hasta ser llamado por Vitelio mismo para tratar las condiciones de la paz: que la paz y la concordia eran cosas provechosas á los vencidos, y solamente servian de lustre á los vencedores: que si se arrepentia de los concertos, no quisiese ir con las armas con él, engañado con falta de fe, ni contra el hijo de Vespasiano, apénas entrado en la edad juvenil. ¿Qué honra ganaria con la muerte de un viejo y de un muchacho? Que se opusiese á las legiones y pelease allí por la suma de las cosas, que conforme al suceso de la batalla se acomodaria despues todo lo demas.» Espantado de estas cosas Vitelio, se excusó con pocas palabras, inculcando á los soldados, á cuya excesiva aficion no podian poner freno sus buenos intentos. Y advirtió á Marcial de que pasase escondidamente por las partes más secretas de palacio, porque como medianero de una paz odiosa no fuese muerto por los soldados. Él, perdida del todo la autoridad de mandar y de prohibir, no era ya emperador, sino solamente la causa de la guerra.

Apénas habia vuelto Marcial al Capitolio, cuando los soldados furiosos sin capitan, gobernándose cada cual por su cabeza, atravesando con velocidad el Foro y los templos que le dominan, alargaron las escuadras al traves del collado hasta las primeras puertas del Capitolio. Habia antiguamente pórticos á la parte diestra de aquella subida, desde cuyos tejados con piedras y tejas eran rechazados los Vitelianos, armados de solas sus espadas, habiéndoles parecido cosa de sobrada dilacion el hacer venir máquinas y armas arrojadizas. Y así arrojaron hachas encendidas en el pórtico más eminente, iban siguiendo el fuego, y hubieran entrado por las puertas ya quemadas de Capitolio, si Sabino, arrancadas de sus asientos las estatuas, honra de nuestros mayores, no las hubiera hecho servir en lugar de muro. Con esto acometieron al Capitolio por diversas partes, es á saber, arrimados al bosque de la inmunidad (1), y por donde la roca Tarpeya se deja subir con cien escalones. Fueron improvisos ambos acometimientos: el más cercano y más terrible fué el que venia por el bosque. A este fué imposible resistir, subiendo por los edificios vecinos, á los cuales la larga paz habia dejado igualar con el llano del Capitolio. Aquí se duda si los expugnadores fueron los que pegaron fuego á los techos, ó los sitiados, como afirman los más, por rechazar á los que se esforzaban á pasar ó ya habian pasado. Porque de allí discurriendo el fuego por los soportales apegados á las casas, las águilas que sostenian el cornison, siendo de madera antigua, tomaron la llama y la alimentaron de suerte, que el Capitolio á puertas cerradas, sin ser defendido ni tampoco entrado, se abrasó.

Este exceso fué el más infeliz y lastimoso que sucedió al pueblo romano despues de su fundacion: no por manos de

(1) El monte Capitolino tenia dos cimas, en una de las cuales estaba el templo de Júpiter y en la otra la ciudadela. Rómulo habia establecido su asilo en el espacio que las separaba.

enemigos extranjeros, sino en tiempo que, si nuestras costumbres no los desmerecieran, parece que teníamos propicios á los dioses. Porque, ¿qué cosa pudo haber de mayor lástima que ver la habitacion de Júpiter Optimo Máximo, fabricada por los antiguos dichosamente por prenda del imperio, á quien Porsena con la ciudad rendida no pudo profanar, ni los Galos cuando la entraron por fuerza, quedar ahora asolada por el furor de sus propios príncipes? Ardió ya otra vez el Capitolio (1) en las guerras civiles, mas por engaño particular; donde ahora fué á la descubierta sitiado, y abrasado á la descubierta. Mas veamos con qué ocasion ó por qué premio para la patria en recompensa de tan gran estrago. El rey Tarquino Prisco, haciendo la guerra á los Sabinos, hizo voto de edificarle y echó los fundamentos; más confiado en la esperanza de futuras grandezas, que porque pudiesen bastar las fuerzas, entónces pequeñas, del pueblo romano. Despues Servio Tulio, con el favor de los confederados, y tras él Tarquino el Soberbio, tomada Suesa Pomeria, lo fabricaron con los despojos enemigos. Mas la gloria de esta obra fué reservada al tiempo de la libertad. Porque echados los reyes, Horacio Pulvilo, siendo cónsul la segunda vez, lo consagró con tanta magnificencia, que las riquezas infinitas del pueblo romano pudieron ántes ornarle que acrecentarle. Fué de nuevo reedificado sobre los mismos cimientos cuatrocientos y veinticinco años despues, porque en el consulado de Lucio Scipion y de Cayo Norbano se quemó. Encargóse de restaurarle el victorioso Sila, aunque no le dedicó (2), que fué solo esto lo que le faltó para el colmo de su felicidad. El nombre de

(1) El Capitolio habia sido destruido por un incendio, cuya causa no pudo descubrirse, en el año 671 de Roma, siendo cónsules Scipion y Norbano, durante la guerra de Sila contra la faccion de Mario y veinte años ántes de la conjuracion de Catilina.

(2) Fué Catulo el que dedicó el nuevo templo catorce años despues de incendiado el antiguo en 685. Sila habia muerto en 676.

Lutacio Catulo, que al fin alcanzó á dedicarle entre tantas obras de césares, se conservó hasta Vitelio.

Ardia entretanto el templo, cuyo incendio era de mayor espanto á los sitiados que á los sitiadores: porque á los soldados Vitelianos no faltaba astucia ni corazon en los peligros: de la otra parte, los soldados medrosos, el capitán débil, al cual, como perdido de ánimo, ni la lengua ni los oídos le servian, no sabiendo gobernarse por consejo de otros, ni ejecutar el suyo; llevado de acá y de acullá por los gritos del enemigo, ora vedando lo que habia mandado, y ora mandando lo que habia vedado, de suerte que, como sucede en las cosas desesperadas, todos ordenaban y ninguno ejecutaba. Finalmente, arrojadas las armas, comienzan á pensar en la huida y en el modo de salvarse con engaño. Entran impetuosamente los Vitelianos, pasándolo todo á fuego y á sangre, degollados algunos pocos hombres de guerra que se atrevieron á hacer rostro, entre los cuales los más señalados fueron Cornelio Marcial, Emilio Pacense, Casperio Negro y Dedio Ceva. Rodean á Flavio Sabino, á quien hallaron desarmado y sin señal alguna de quererse huir, y á Quinto Atico, cónsul, descubierta á la sombra de aquella dignidad y de su vanidad propia; habiendo publicado al pueblo magníficos edictos en favor de Vespasiano y llenos de oprobios contra Vitelio: los demas en diversos modos se salvaron; algunos vestidos de esclavos, otros asegurados de la fe de los amigos y escondidos entre el bagaje. Hubo otros que, tomado el contraseño ó nombre de los Vitelianos, con el cual se reconocian entre sí, pidiendo y dándolo resolutamente, en vez del escondrijo les valió su atrevimiento.

Domiciano al primer asalto, metido en el aposento de una de las guardas del templo, por advertencia de cierto liberto que le hizo despues vestir de lienzo y pasar entre los demas ministros de los sacrificios, sin ser conocido, se retiró en casa de Cornelio Primo, cliéntulo de su padre,

junto al Velabro. A cuya causa, imperando Vespasiano, derribado el aposento de la guarda del templo, hizo una capilla á Júpiter Conservador, en la cual puso un altar, y en un mármol la memoria del suceso. Despues, siendo él emperador, consagró un templo grande á Júpiter Custodio, y mandó poner su imágen en los brazos del mismo Júpiter. Sabino y Alíco, cargados de cadenas, fueron llevados á Vitelio, que no los recibió con palabras ó rostro de enemigos, bramando sobre ello los que pedian licencia para matarlos y premios por las hazañas de aquel dia. Y levantando las voces los que estaban más cerca, una parte del vulgo más vil pedia la muerte de Sabino, mezclando adulaciones con amenazas. Y queriendo Vitelio así en pié como estaba rogar por él desde las gradas de palacio, hicieron tanto que desistió de ello. Entónces, atravesado Sabino y acribillado de golpes, quitándole al fin la cabeza, fué su cuerpo arrastrado á las Gemonias.

Tal fué el fin de este hombre á la verdad no despreciable. Habia militado treinta y un años por la república, claro en la guerra y en la paz. No se podia argüir cosa contra su inocencia y justicia. Era largo en sus razonamientos, y de esto solo dicen haber sido tachado en el discurso de siete años que gobernó la Misia, y en doce que fué prefecto de Roma. En el fin de su vida fué tenido de algunos por hombre de poco; de muchos por manso y escaso de la sangre romana. En lo que convinieron todos fué, que ántes que Vespasiano fuese emperador, la reputacion de aquel linaje consistió en Sabino. Hallamos que su muerte fué agradable á Muciano, y decian muchos que con ella se habia prevenido á la paz, quitada de por medio la competencia entre dos, de los cuales el uno se conocia por hermano del emperador, y el otro por compañero. Hizo Vitelio resistencia al pueblo, que pedia la muerte del cónsul, aplacado con él y casi pagándole en la misma moneda; porque preguntado por algunos quién habia puesto fuego al Capitolio, ha-

bia voluntariamente Atico echádose á sí la culpa. A jur ar
 cuya confesion, ó mentira acomodada al tiempo, car ió
 sobre sí el odio y vituperio de aquel crimen, quitándo. V
 bando Viteliano. idos

En los mismos dias Lucio Vitelio, hecho alto con Aun
 campo en Feronia, se aprestaba para ir á expugnar á Te vulg
 racina, donde tenía tan encerrados á los gladiatores y á l on to
 chusma de la armada, que no se atrevian á salir fuera d edian
 las murallas ni atender la batalla en campaña. Era cabez óles c
 de los gladiatores, como dijimos arriba, Juliano, y de lo l Sen
 remeros Apolinar, en lascivia y vileza más parecidos itos P
 gladiatores que á capitanes. Sin hacer guardia, sin fortifica liesen
 los lugares mal seguros de las murallas, dia y noche e mbaj
 pasatiempos, haciendo resonar con sus músicas aquella gran P
 amenas riberas, con los soldados esparcidos y empleados ir tra
 en servicio de sus desórdenes y hablando de la guerra acien
 solamente en los banquetes. Habia partido pocos dias ánte ada la
 Apinio Tiron, el cual buscando dineros rigurosamente acion
 pidiendo donativos por aquellos municipios, habia adqui né m
 rido más aborrecimiento que ayuda para su bando. quer
 ener

En tanto, un esclavo de Verginio, capitan, huyó á Lucio bajato
 Vitelio, prometiendo que si se le daban soldados, se atre ebaj
 veria á meterlos escondidamente en el castillo, vacío de violac
 gente. Con éste, pasada una parte de la noche, se envia on á
 ron algunas cohortes sueltas á la cima de un monte caba io; r
 llero á los enemigos. Y de allí corriendo los soldados, más nas l
 presto á matar que á pelear, los pasaron á cuchillo hallán Hab
 dolos desarmados ó buscando las armas: muchos tambier io Ru
 despertando del sueño, y todos espantados de la noche stoic
 del rumor de las tropas y gritos del enemigo. Hicieron ros come
 tro unos pocos glandiatores, y no murieron sin venganza de la
 Los otros huyendo hácia las galeras, donde con el mismo
 espanto habia la misma confusion, eran muertos indiferen
 temente con los de la tierra, con quien se habian mezclado. (1)
 Salváronse al principio de la refriega seis liburnicas con el-G

an entreteniendo hasta ver quién llevaba lo mejor. arrió preso Tulio Flaviano, capitán de caballos, y los demás, volviendo vergonzosamente las espaldas, fueron recibidos de los vencedores solo hasta Fidene (1).

Aumentó este suceso el favor del pueblo, y armándose al vulgo de Roma, pocos con escudos militares, los más con todas suertes de armas que les venían á las manos, medían la señal de la batalla. Agradecióselo Vitelio, y mandóles que saliesen en defensa de la ciudad. Luégo, llamado al Senado, se eligieron embajadores que enviar á los ejércitos para que, con el pretexto de la república, les persuadiesen la concordia y la paz. Fué vária la suerte de los embajadores. Los que dieron con Petilio Cerial corrieron gran peligro de sus vidas, no queriendo aquellos soldados hacer tratos de paz. Quedó herido Aruleno Rustico, pretor, haciendo más grave el delito, á más de hallarse en él violada la dignidad de embajador y de pretor, la propia reputación de su persona. Huyeron los que le acompañaban; fué muerto el licitor que le estaba más cerca, atreviéndose á querer hacer plaza: y á no haber sido defendidos por el general con buena guardia que les puso, la dignidad embajatoria, tenida por sacra hasta de las gentes extranjeras, debajo de los propios muros de la patria hubiera sido violada hasta la muerte por la rabia civil. Fueron recibidos con ánimo más compuesto los que encontraron con Antonino; no porque aquellos soldados fuesen más modestos, mas porque el capitán era de mayor autoridad.

Habíase metido en docena con los embajadores Musonio Rufo, del estado militar, que hacía profesion de filósofo estoico; el cual, entremetiéndose entre aquellos soldados, comenzaba á discurrir del bien de la paz y de los peligros de la guerra, dando advertimientos á la gente armada. Dió

(1) A cinco millas de Roma, en el sitio llamado hoy día Castel-Giubileo.

á muchos este acto materia de risa, aunque á los más enfado y disgusto: y no faltaban muchos que le pisaban ya y daban de empujones, si advertido de los más modestos y amenazado de otros, no se dejara de filosofar fuera de tiempo. Envió tambien Vitelio á las vírgenes vestales con cartas para Antonio, pidiendo solo un dia de tiempo; que con aquella breve dilacion sería posible acomodar con facilidad las cosas. Despidiéronse honradamente las vírgenes, y á Vitelio se respondió que la muerte de Sabino y el incendio del Capitolio habian quitado entre ellos todo el comercio y trato de buena guerra.

Tentó con todo eso Antonio el mitigar las legiones llamándolas á parlamento, y pidiéndoles que se contentasen, hecho el alojamiento en Pontemole, de entrar en Roma el dia siguiente. La causa que hallaba para diferir era porque los soldados, exasperados y encendidos con las batallas pasadas, no tendrían respeto al pueblo, al Senado, ni á los templos ni lugares sagrados de los dioses. Mas ellos tenían por impedimento de la victoria cualquier pequeña dilacion; y tras esto se veían ya por aquellos collados tremolar las banderas, que, aunque seguidas del poblazo vil, hacían con todo eso muestra de ejército enemigo. Compartidos, pues, en tres escuadrones los Flavianos, se movía uno así como estaba por la vía Flaminia, el otro caminaba por la ribera del Tíber, y el tercero por la vía Salaria se iba arrimando á la puerta Colina. Púsose la plebe en huida en arrojándole encima los caballos. Los soldados Vitelianos salieron á defender la ciudad tambien en tres batallones. Hiciéronse fuera de los muros muchas y diversas escaramuzas, llevando siempre lo mejor los Flavianos por el valor de las cabezas. Tuvieron solamente un poco de trabajo y peligro los que torcieron hácia la parte izquierda de la ciudad por los huertos Salustianos, por causa de la estrechura de los pasos y resbaladeros, y porque estando los Vitelianos sobre las paredes de los huertos con piedras y con dardos, los entretuvieron todo el dia, hasta que ya á la tarde los

rompió y degolló, acometiéndolos tambien por las espaldas la caballería, que habia rompido y entrado por la puerta Colina. Embistiéronse tambien despues las escuadras enemigas en Campo Marcio, peleando por los Flavianos la fortuna y la gloria de tantas victorias, y por los Vitelianos sólo la desesperacion. Y así, aunque puestos una vez en huida, volvian de nuevo á hacer rostro en la ciudad.

Estaba el pueblo presente á animar los combatientes, y, como acostumbra en los espectáculos y juegos de burla, con voces y con aplauso favorecian ora á estos, ora á aquellos. Y cuando una de las partes flojeaba ó se escondia por las tiendas ó por las easas, gritaban detras de los vencedores, diciendo que los sacasen de allí y quitasen la vida; y esto por gozar ellos de la mayor parte de la presa: porque atendiendo los soldados á la sangre y á la matanza, quedaban al vulgo los despojos. Cruel vista y monstruosa la de toda aquella ciudad. En unas partes habia batallas y heridas, y en otras baños y banquetes: aquí sangre y cuerpos muertos, acullá rameras y otras poco mejores. Cuantos vicios y desórdenes podian tener lugar en un ocio vil y sensual, y cuantas maldades podian hacerse en el más fiero sacco. De suerte que absolutamente creyeras que aquella ciudad á un mismo tiempo se enloquecia en ira y furor, y se alegraba y retozaba en sus pasatiempos. Habian peleado en tiempos pasados ejércitos en Roma, dos veces siendo Sila victorioso, y una siéndolo Cina; ni entónces hubo ménos crueldad por parte de los vencedores. Mas ahora una seguridad bestial, sin desamparar por un pequeño instante los deleites, como si tambien esto acrecentara solaz á los dias festivos, se regocijaban furiosamente, sin cuidado del bando que habian profesado, alegres todos solamente con los males públicos.

Lo que ofreció mayor dificultad fué la expugnacion de los alojamientos, defendidos por los soldados más valerosos, como por postrer refugio y última esperanza. Y así se

esforzaron más aquí los vencedores, con diligencia y cuidado particular de las cohortes viejas; empleando á un mismo tiempo todos los instrumentos hallados para la ruina de las ciudades más fuertes, formando tortugas, arrojando fuegos, abriendo trincheras, arrimando mantas, levantando plataformas, y diciendo á grandes voces: que aquel era el cumplimiento y fin de todos sus trabajos y peligros, pasados en tantas otras batallas: que la ciudad se habia de restituir al Senado y pueblo romano, y los templos á los dioses; quedando y consistiendo la honra y reputacion peculiar de los soldados en ganar los alojamientos: que era aquella su patria y aquella las casas de todos. Y que no ganándose luégo no se podian aquella noche desnudar las armas. En contrario los Vitelianos, aunque inferiores en número y en fortuna, atendian á dificultar la victoria y á retardar la paz, manchando en sangre las casas y los altares, último consuelo de los vencidos. Muchos heridos de muerte quisieron espirar sobre las torres y en defensa de las murallas; y habiéndose arrancado al fin las puertas por los Flavianos, los que quedaban hechos una pía se ofrecieron ellos mismos al vencedor, y todos cayeron muertos con el rostro vuelto al enemigo: tan á su cargo tuvieron la honra hasta en este último trance.

64 Vitelio, despues de tomada la ciudad, puesto en una litera y saliendo por la puerta trasera de palacio, se hace llevar al Aventino á casa de su mujer con designio de procurarse esconder allí aquel dia y huirse á Terracina á su hermano. Despues por su natural inconstancia, y siguiendo la calidad de los medrosos que temiéndolo todo, temen particularmente las cosas presentes, se vuelve á palacio, á quien halló yermo y vacío y desamparado de todos, habiéndose deslizado á diferentes partes hasta los esclavos y gentes de servicio, ó apartádose de él por no encontrarle. Espántale aquella soledad y aquellas salas ocupadas de un mudo silencio. Va tentando las partes que ve cerradas,

medroso de las abiertas y vacías, y cansado de aquel miserable andar discurriendo de una parte y de otra, mientras andaba procurando disimularse en un sucio y vergonzoso escondrijo, lo saca fuera Julio Plácido, tribuno de una cohorte. Atanle las manos atrás, y despues de haberle despedazado el vestido, lo llevan en feo espectáculo, injuriado de muchos y llorado de ninguno; habiéndoles quitado del todo la compasion la infamia y bajeza de su fin. Encontrándose con él un soldado de los Germanos, le tiró un golpe, ó por cólera del caso, ó por librarle más presto de aquel vituperio, si ya no quiso coger al tribuno, á quien cortó una oreja: lo cierto no se sabe; que el soldado fué luégo hecho piezas. Era forzado Vitelio por las puntas de los estoques y puñales enemigos á tener el rostro levantado unas veces, y aparejado á sufrir mil oprobios y afrentas; otras vuelto á mirar sus estatuas que se arrojaban por el suelo; otras la plaza de los Rostros y el lugar donde fué muerto Galba, y á lo último lo arrojaron á las Gemonias, donde habia estado tendido el cuerpo de Flavio Sabino. Salió de él una sola palabra que no diese señal de ánimo vil, respondiendo á un tribuno que se burlaba de él, que aunque le pesase habia sido emperador. Despues de esto, dándole muchas heridas, le acabaron de matar, persiguiéndole el vulgo despues de su muerte con la misma malignidad con que le habia loado y favorecido vivo.

76 Fué hijo de Lucio Vitelio y cumplia los cincuenta y siete años de su edad. Tuvo el consulado y sacerdocios, nombre y lugar entre los grandes de Roma; no por mérito alguno suyo, sino todo por el esplendor de su padre. Diéronle el principado los que ménos le conocian. El favor de los ejércitos raras veces fué tan grande para los que le procuraron con buenas artes, cuanto para con éste por su vileza. Hallábanse con todo eso en él sencillez grande y liberalidad; virtudes que si se ejercitan sin medida, fácilmente

se convierten en daño y ruina de quien las tiene. Las amistades, mientras pensó mantenerlas con grandeza de dones y no con entereza de costumbres, podemos ántes decir que las mereció, que no que las tuvo. Fué sin duda provechoso á la república que Vitelio quedase vencido, mas no por esto pueden excusar su infidelidad los que le vendieron á Vespasiano, habiéndose ya los mismos rebelado á Galba. Hasta la fin del dia, porque los magistrados y senadores estaban por el temor ó huidos de la ciudad ó escondidos por las casas de sus amigos, no se pudo juntar el Senado. Domiciano, en no temiéndose ya de cosa alguna, presentándose á los capitanes de su bando, fué saludado César, y acompañado de gran número de soldados, así como estaban en armas, á casa de su padre.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Pintase el miserable aspecto de Roma. — Entrégase Lucio Vitelio con sus cohortes. — Confirma el Senado el imperio de Vespasiano. — Dase cuenta de Helvidio Prisco, famoso varon, y de sus diferencias con Eprio Marcelo. — Llega Muciano á Roma, y á su llegada hace matar á Calpurnio Pison. — Dase cuenta de los principios y movimientos de la guerra Germánica y de Civil, su capitán y autor, el cual llega varias veces á pelear con los Romanos. — Las cohortes viejas de Batavos se pasan á Civil; y á fuerza de armas por Bona, á pesar del legado Erenio Galo. — Cerca Civil los alojamientos viejos, ó llamados comunmente de Vetera. — Muéstranse los soldados romanos insolentes contra Ordeonio, presidente. — Toma Vocula á su cargo el socorro, y aunque vence al enemigo, no se sabe aprovechar de la victoria. — Renuévase la sedicion contra Ordeonio, y muere en ella. — Dase cuenta de algunas acciones de los senadores, y de cómo salen á plaza de nuevo muchas acusaciones. — Escríbese la muerte de Lucio Pison en Africa. — Reedificase en Roma el Capitolio. — Los Treveros y Lingones se apartan de los Romanos. — Vacila lo restante de las Galias, y hasta las mismas legiones romanas se rebelan, sellando su maldad con la sangre de su legado Vocula. — Ríndense los sitiados de Vetera, y pasan los Germanos mucha parte de ellos á cuchillo. — Salen de Roma Domiciano y Muciano para remedio de esta guerra. — Envian cuatro legiones y otra fuerzas con Petilio Cerial, el cual en la primera batalla vence á los Treveros. — Vuelven las legiones rebeldes á su antigua fe, y con todas juntas rompe Cerial á Civil y á Clasico. — Vespasiano en Egipto es lisonjado del demonio con falsos milagros y animado al imperio.

Sucede todo en el mismo año.

Habíase con la muerte de Vitelio ántes acabado la guerra que comenzado la paz. Perseguian los vencedores á los adversarios por toda Roma con implacable aborrecimiento y rencor. Estaban las calles llenas de muertos, las plazas

y templos de sangre, matándolos y haciéndolos pedazos donde quiera que su mala suerte se los ponía delante. Y poco despues, creciendo su disolucion y licencia, los buscaban, y sacándolos fuera de sus escondrijos, mataban á los que en el traje y aspecto mostraban ser personas de tomo (1), sin hacer diferencia entre los soldados y el pueblo. Esta crueldad, por causa de los recientes odios, despues de bien harta de sangre, se convirtió en avaricia, no dejando de escudriñar cosa alguna, por guardada ó escondida que estuviese en cualquier lugar, so color de que allí se encubrian Vitelianos: X que fué principio de escalar las casas, y tras esto de matar á los que resistian. Y no faltaban muchos plebeyos pobres que los acompañasen, ni esclavos tan atrevidos y alevosos que descubrian y acusaban á sus señores ricos. A otros en lugar de sus esclavos los descubrieron y acusaron sus propios amigos. En todas partes se oían voces y lamentos, se veía gente pedir socorro, y una forma y semejanza de ciudad entrada por fuerza y dada á saco; tal, que se hubiera deseado aquella primera insolencia poco ántes tan aborrecida de los soldados de Oton y Vitelio. Los capitanes Flavianos, prontísimos para encender la guerra civil, no lo eran tanto para templar la victoria. Porque entre las discordias y alborotos los más poderosos y de mayor autoridad suelen siempre ser los que se muestran peores: la quietud y la paz solas necesitan de medios honestos y virtuosos.

Tenía Domiciano el nombre y lugar de César, mas poco atento á los negocios, se valia de la autoridad de hijo de príncipe en los estupros y adulterios. Tenía Arrio Varo la prefectura del pretorio, y Antonio Primo la potestad supre-

(1) Los vencedores iban sobre todo á caza de los soldados Vitelianos, y como éstos en su mayor parte eran Germanos, y éstos eran conocidos por la robustez del cuerpo, talla elevada y poca edad, de ahí el que se cebasen en los que reunian estas circunstancias.

ma. Este robaba el tesoro y la demas hacienda del príncipe, como si fueran los despojos de Cremona. Los otros, ó por modestia ó por falta de nobleza, como no habian sido conocidos en la guerra, tampoco participan de los medios de la victoria. La ciudad medrosa y aparejada á servir, instaba que se fuese luego contra Lucio Vitelio que volvia de Terracina (1) con las cohortes pretorias, y que se acabasen las reliquias de las guerras. Envióse delante la gente de á caballo á Aricia (2), y las legiones pararon en Bovile. Mas no dilató Vitelio el entregarse á sí y á las cohortes á discrecion del vencedor, arrojando aquellos soldados sus armas infelices, no ménos por ira que por temor. Marchaba por medio de la ciudad la larga hilera de los rendidos, rodeada por todas partes de hombres armados, sin que ninguno diese en el rostro muestras de pedir misericordia, ántes iban todos tristes y soberbios, y como menospreciando, sin mudanza ni alteracion, al aplauso y á la mofa del insolente vulgo. Algunos pocos que tentaron el escaparse fueron muertos por los que tenian alrededor. Los otros puestos en cárceles, y no habiendo salido de alguno de ellos palabra indigna, conservaron tambien en la mala fortuna la fama de su valor. Poco despues fué hecho morir Lucio Vitelio, igual á su hermano en los vicios, aunque más despierto en su principado: no tan compañero en los sucesos prósperos cuanto inseparable en los adversos.

En los mismos dias se envió á Lucio Baso con la caballería ligera á quietar la provincia de Campania, estando los ánimos de aquellas ciudades ántes alterados entre sí que contumaces contra el príncipe. A la primera vista de los soldados se pacificó todo: y perdonándose á las colonias

(1) Sobre la via Appia, al extremo de las lagunas Pontinas cerca del mar y á cincuenta y nueve millas Roma.

(2) Pequeña ciudad situada igualmente en la via Appia á diez y seis millas de Roma. Llámase actualmente *La Biccia*.

menores, se puso á invernar en Capua la legion tercera, donde fueron afligidas muchas casas principales, sin que por otra parte sintiesen los de Terracina ningun favor ó reconocimiento: tanto somos más inclinados á vengar injurias que á satisfacer beneficios: porque el agradecimiento se tiene comunmente por carga, y la venganza por comodidad. Sólo tuvieron un consuelo, y fué el ver al esclavo de Verginio Capiton, que, como he dicho, vendió á los Terracinenses, puesto en cruz, con los mismos anillos que habia recibido de Vitelio en premio de la traicion. Mas en Roma el Senado concedió por decreto á Vespasiano (1) todos los honores y títulos que se suelen conceder á los

(1) Una tabla de bronce descubierta en Roma en el pontificado de Clemente VI, á mediados del siglo xiv, y que se conserva en el museo del Capitolio, contiene un fragmento importante del decreto expedido por el Senado en favor de Vespasiano. Falta el principio. Probablemente se daría en él á este emperador, como se habia dado á Augusto, á Tiberio y á Claudio, derecho de vida y de muerte, de hacer la paz y la guerra. Hé aquí la traduccion de algunos de sus fragmentos:

»Que le sea permitido concluir los tratados que quiera, como lo fué á Augusto, á Tiberio y á Claudio.

»Que le sea permitido reunir el Senado, hacer por sí ó por otros proposiciones; hacer que se den senatus-consultos por votos individuales secretos.

.....

»Que le sea permitido, siempre que lo crea útil á la república, extender los límites del *pomerium* (recinto de la ciudad), como le fué permitido al emperador Claudio.

»Que esté facultado y tenga pleno poder de hacer todo cuanto crea conveniente al interes de la república, á la majestad de las cosas divinas y humanas y al bien público y particular, como lo tuvieron Augusto, Tiberio y Claudio.

.....

»Que todo cuanto ántes de la presente ley ha sido hecho, ejecutado, decretado y mandado por el emperador César Vespasiano Augusto, ó por toda otra persona por órden ó mandato suyo, sea considerado legal y como si hubiese sido ejecutado por órden del pueblo, etc.»

otros príncipes, con alegría y firme esperanza de que habiendo las armas civiles discurrido por las Galias y las Españas, movido á la guerra á los Germanos, despues al Ilirico, tras haber visitado el Egipto, la Judea y la Siria, todas las provincias y todos los ejércitos de la tierra, como si con aquello se hubiera purificado mundo, el habian de tener fin aquellos trabajos. Hicieron mayor el regocijo las cartas que llegaron de Vespasiano, escritas como si todavía durara la guerra. Tales eran en apariencia; porque en lo demas hablaba en ellas como príncipe: de sí con modestia, y egregiamente de la república. Ni el Senado fataba por su parte en la debida obediencia y respeto. Por cuyo decreto se les dió consulado á él y á Tito, su hijo, y la pretura á Domiciano con el imperio consular.

Escribió al Senado tambien Muciano, cuyas cartas dieron harta materia de hacer discusos: porque siendo él ciudadano particular, no tenía para qué hablar como hombre público, y más quedándole harto tiempo para decir despues aquello mismo en forma de voto, cuando le cupiese el darle, como los demas senadores. Pareció tambien que eran tardíos los vituperios que decia contra los Vitelianos y poco proporcionados á la libertad. Mas en lo que se mostró excesivamente soberbio contra la república y afrentoso para con el príncipe, fué en vanagloriarse de haber tenido en su mano el imperio y dádole á Vespasiano. Todavía los aborrecimientos quedaron encubiertos y patentes las adulaciones: porque con honradísimas palabras se dieron á Muciano los honores triunfales por la guerra civil, aunque debajo de un nombre fingido, de que todo aquel aparato habia sido contra los Sarmatas. Diéronse tambien á Primo Antonio las insignias consulares, y á Cornelio Fusco y Arrió Varo las pretorias. A la postre, acordándose de los dioses, resolvió el Senado que se restaurase el Capitolio. Todas estas cosas propuso Valerio Asiático, nombrado para cónsul: los demas consintieron

con él, haciendo señas con el rostro y con las manos. Algunos, más señalados en dignidad y por esto más ejercitados en las lisonjas, lo aprobaron componiendo largas oraciones á este propósito. Cuando se llegó á Helvidio Prisco, nombrado pretor, dijo su parecer con honradas consecuencias para con cualquier buen príncipe, aunque apartado de todas muestras de adulacion. No habia en él artificio; y así mereció por esto grandes loores de todo el Senado; siéndole con todo eso aquel día el más señalado de toda su vida, como principio de grandes enemistades y de gloria grande.

No será fuera de propósito, pues ya es esta la segunda vez que hemos hecho mencion de este hombre verdaderamente digno de acordarnos de él muchas, contar con brevedad su vida, su profesion y la fortuna que tuvo. Helvidio Prisco fué natural de Terracina, lugar situado en la séptima region de Italia: su padre se llamó Cluvio, capitán primipilar. Aplicó desde su juventud su nobilísimo ingenio á los estudios más graves; no como muchos por disimular el ocio perezoso con la magnificencia del nombre, mas por servir á la república con mayor fortaleza de ánimo contra los casos de fortuna. Siguió la opinion de aquellos filósofos que tienen sólo por bien las cosas honestas, sólo por mal las torpes y feas, contando entre los bienes indiferentes el poder, la nobleza y las otras cosas que están fuera del ánimo. Habia sido solamente cuestor cuando fué escogido por yerno de Trasea Peto: ni de las costumbres del suegro aprendió ninguna otra cosa con mayor estudio que la libertad. Ciudadano, senador, marido, yerno, amigo, y finalmente en todos los oficios de esta vida fué rectísimo despreciador de riquezas, porfiado defensor de la justicia y firmísimo contra todo linaje de temor.

Parecióles á algunos que era más codicioso de fama de lo que fuera justo; puesto que hasta los más sabios filósofos es el deseo de gloria el último afecto de que se des-

pojan. Desterrado, pues, con ocasion de la ruina del suegro, apénas fué restituído á la patria en tomando el imperio Galba, cuando tomó él á su cargo la empresa de acusar á Marcelo Eprio, acusador de Trasea. Esta venganza, no sé si más grave ó más justa, habia dividido el Senado en várias inclinaciones: porque cayendo Marcelo, se daba en tierra con toda la tropa de reos en la misma culpa. Hubo al principio entre ellos una contienda llena de amenazas, y defendiéronse ambas opiniones con oraciones bien graves. Poco despues, estándose en duda de la voluntad de Galba, rogado Prisco por muchos senadores, renunció la acusacion con varios discursos del pueblo, segun lo son ingenios humanos, de quien loaba su templanza y mansedumbre, y de quien deseaba en él mayor constancia. Mas en el Senado que se juntó este dia, que fué cuando se votó sobre el imperio de Vespasiano, habiéndose resuelto en enviar embajadores al príncipe, nació contraste grande entre Helvidio y Eprio. Quería Prisco que se hiciese eleccion por los magistrados jurados de las personas que habian de llevar esta embajada, y Marcelo Eprio que se sacasen por suertes, conforme al voto que habia dado el nombrado para cónsul.

Pero lo que movió á Marcelo á sustentar esta opinion era el temor de su propia vergüenza, pareciéndole que escogiéndose otros y no él, habia de quedar estimado en m énos. Y poco á poco pasaron de estas competencias á continuadas y mordaces oraciones. Preguntaba Helvidio á Marcelo la causa «por qué temia tanto el juicio de los magistrados, pues teniendo dineros y elocuencia más que otros muchos, no podia ser otra que el remordimiento de sus maldades: que con la suerte y con la urna no se conocian ni diferenciaban las costumbres. Los votos y el juicio del Senado, decia él, se inventarou para saber y pesquisar la vida y fama de cada uno, y en esta ocasion más que en otras es interes de la república y honra de Vespasiano que

le salgan al encuentro aquellos á quien el Senado tiene por mejores, para que con discursos honestos y virtuosos abrevien los oídos del príncipe. El cual habiendo tenido no pequeña amistad con Trasea, con Sorano y con Sencio, no gustara de que ya que sus acusadores no tienen el merecido castigo, se los envíen como por muestra y ostentación. Con este juicio y elección se da un advertimiento al príncipe, y en cierta manera se le avisa de los que aprueba ó teme el Senado, y se le presentan otros tantos amigos: que cuando son buenos es el instrumento más importante para un buen imperio. Bástele á Marcelo el haber incitado y movido á Neron á la muerte y ruina de tantos inocentes: goce de los premios y del perdón, y deje ahora á Vespasiano para los mejores que él.»

Decía en contrario Marcelo, «que aquel voto no era solamente suyo, sino del nombrado para cónsul; el cual, según la costumbre antigua, quería que se sacasen por suerte los embajadores por no dar lugar á la ambición y á las enemistades: que no había causa por donde dejar de seguir los institutos de nuestros mayores, ni era justo comprar el honor del príncipe á costa del vituperio de los ciudadanos: que cualquiera era bueno para hacer aquel oficio, y dar la obediencia al príncipe: que á lo que más se debía mirar era á que con la porfía y obstinación de algunos no se irritase el ánimo del nuevo príncipe, suspenso en el principio de su grandeza, y que consideraría el rostro y las palabras de todos: que se acordaba bien del tiempo en que había nacido y de la forma de gobierno establecida por sus padres y abuelos: que admiraba las cosas antiguas, pero sin atreverse á dejar de seguir las presentes; deseando buenos emperadores tanto como el que más, aunque con resolución de sufrir á los no tales: que Trasea no había sido derribado más por su oración que por juicio del Senado; el cual con semejantes apariencias de justicia se atrevió á retozar con la crueldad de Neron, cuya amis-

tad no le habia sido á él ménos dañosa que á otros el destierro. Finalmente, que se contentase siquiera Helvidio de igualarse en la constancia y en la grandeza de ánimo con los Catones y con los Brutos, acordándose que tambien era él uno de los senadores que habian estado en aquella servidumbre, y que le aconsejaba que no presumiese hacer piernas sobre la autoridad del príncipe, ni dar leyes con sus preceptos á Vespasiano, viejo triunfal y padre de dos hijos mozos: porque de la misma manera que agradaba á los malos emperadores el mandar sin límite ni tasa, así se holgaban los buenos de ver ejercitada con regla y con medida la libertad.» Estas cosas dichas de ambas partes con gran contienda, se oian con várias inclinaciones, hasta que quedó superior la parte que queria que los embajadores se sacasen por suerte: gustando los senadores neutrales de que se conservase en esto la costumbre, y todos los más ilustres y aparentes inclinaban á lo mismo por huir la envidia y aborrecimiento, caso que fueran ellos los escogidos.

Sucedió tras esta otra contienda, y fué esta. Los pretores del erario (gobernábase entónces por pretores el tesoro público), quejándose de la pobreza pública, pedian reformation á los excesivos gastos. El nombrado para cónsul, por la importancia del negocio y dificultad de remedio lo reservaba para el príncipe, y Helvidio queria que se remitiese al albedrío del Senado. Y pidiendo sobre ello los cónsules sus votos á los senadores, se opuso Vulcacio Tertuliano, tribuno del pueblo, instando que no se hiciese determinacion de cosa de tanta importancia en ausencia del príncipe. Habia votado Helvidio que se restaurase el Capitolio con el dinero público, ácudiendo tambien Vespasiano para el gasto de la obra: á este parecer respondieron los más modestos y recatados con silencio, y despues le pasaron en olvido: aunque no faltaron algunos que con cuidado particular le encomendaron á la memoria.

Levantóse tras esto Musonio Rufo contra Publio Celere, acusándole de haber hecho condenar á Barea Sorano, testificando falso. Con el conocimiento de esta causa parecia que se volvian á renovar los odios de las acusaciones; mas no se podia patrocinar ni defender á un reo tan culpado y tan vil, y más siendo tan santa y venerable la memoria de Sorano, y habiendo Celere, que hacía profesion de filósofo, testificado contra Barea, traidor y violador de la amistad de aquél, de quien él mismo se preciaba de haber sido maestro. Disputóse el dia siguiente para ventilar esta causa, esperándose, en aquella conmocion de ánimos á la venganza, oir no sólo á Musonio y Publio, sino tambien á Prisco, á Marcelo y á los demas.

11- pag 77 En este estado de las cosas, miéntras por la discordia de los senadores, por el enojo de los vencidos y por la poca autoridad de los vencedores faltaban en Roma las leyes y el príncipe, entrado Muciano en la ciudad, llevó á sí en un momento todas las cosas, aniquilada la potencia de Primo Antonio y de Varo, disimulando Muciano mal el enojo contra ellos, por más que procuraba encubrirle en el semblante. Pero la ciudad, astuta y sagaz en escudriñar enemistades, se habia pasado toda de su parte. Solo Muciano era el honrado y reverenciado, y solo su favor era el que se procuraba por todos los medios humanos. Ni él se abstenia, rodeado de armados, mudando casas y huertos, con el aparato, con el paseo y con las guardias, de usurpar la autoridad de príncipe en todo, sino en el nombre. Ocasionó gran terror el homicidio de Calpurnio Galeriano (fué éste hijo de Cneo Pison) (1) sin alguna otra causa, sino solo porque celebraba el vulgo su nombre señalado y la belleza de su juventud; y en la ciudad, todavía inquieta y deseosa de hacer nuevos discursos, no faltaba quien echase en

(1) El Pison, padre de Calpurnio, de quien aquí se trata, es el mismo que habia conspirado contra Neron.

campaña ciertas vanas voces de su principado. Ordenó Muciano, porque no fuese tan aparente su muerte si se hacía en la ciudad, que con buena guardia de soldados se llevase á la vía Apia, diez leguas de allí, donde le quitaron la vida abriéndole las venas. Julio Prisco, prefecto de las cohortes pretorias en tiempo de Vitelio, se mató con sus manos, ántes por vergüenza que por necesidad. Alfeno Varo guardó la vida para mayor prueba de su infamia y vileza. Asiático, porque era liberto, pagó con suplicio servil (1) la pena de su poder mal ejercitado.

Poco cuidado y ménos tristeza se tenía en Roma en este tiempo de oír cada dia mayor la fama del estrago recibido en Germania; rotos los ejércitos, ganados los alojamientos de invierno de las legiones, y rebeladas las Galias. La ocasion de esta guerra y con cuánto movimiento de gentes extranjeras ardió y se encendió, diré desde el principio. Los Batavos, que miéntras habitaban de allá del Rhin eran una parte de los Catos, siendo echados de entre ellos por sus discordias, ocuparon los últimos extremos de las riberas Gálicas, á quien hallaron vacías de habitantes, y juntamente una isla situada entre aquellos bancos de arena, bañada por frente del Océano y por las espaldas y costados del Rhin. Estos, al revés de lo que suele suceder en las confederaciones con los más poderosos, no fueron tan oprimidos de la grandeza romana, contribuyendo solamente hombres y armas: habiéndose ejercitado largamente en las guerras de Germania, y aumentando mucho su reputacion en las de Bretaña, á donde pasaron cohortes de esta nacion, gobernadas, segun su antigua costumbre, por la gente más noble. Tenian tambien en sus casas un escogido golpe de caballería con particular práctica en el nadar, acostumbrando á pasar el Rhin en tropas á nado, conservando los caballos y las armas.

(1) Ó propio de esclavos; ó lo que es lo mismo, el suplicio de la cruz.

Julio Paulo y Claudio Civil, de sangre real, eran entre ellos los más principales. Fonteyo Capiton hizo morir á Paulo, imputado falsamente de rebelion, y Civil, llevado á Neron en hierros, y absuelto despues por Galba, corrió peligro de nuevo con Vitelio, haciendo el ejército viva instancia por su muerte. Nació de aquel enojo en él y del suceso de nuestros trabajos la esperanza y ocasion de satisfacerse. Civil, pues, de ingenio más sagaz y astuto de lo que lo suelen ser los bárbaros, publicando que era otro Sertorio ú otro Aníbal, visto que tambien á él le faltaba un ojo, porque no le acometiesen como enemigo público si se rebelaba descubiertamente al pueblo romano, se sirvió del color de la amistad que tenía con Vespasiano y del favor de aquel bando. Y á la verdad, habia él recibido cartas de Antonio Primo, en que le ordenaba que procurase impedir el socorro que pedia Vitelio, y que entretuviese allá las legiones so color de que se temian tumultos en Germania. Habia hecho el mismo oficio á boca con él Ordeonio Flaco, por favorecer á Vespasiano y servir á la república; cuya ruina se podia con razon temer, si, renovada la guerra, pasaran á Italia tantos millares de gente armada.

Civil, pues, resuelto ya en rebelarse, encubriendo entre tanto su principal designio, y esperando á ejecutar las demas cosas conforme se fuesen encaminando los primeros sucesos, comenzó á introducir novedades de esta manera. Hacíase por órden de Vitelio una gran leva de gente de guerra de la juventud Batava, cosa de suyo desagradable, y agravada tambien mucho más por la avaricia y lujuria de los ministros, los cuales alistaban personas viejas y débiles para rescatarlos despues con dineros, ó mozos desbarbados de señalada hermosura (como lo es por la mayor parte la juventud de aquella tierra) para ejercitar en ellos sus vicios nefandos. Tomada ocasion de una cosa tan detestable los autores de la sedicion, incitaban á los demas de la provincia á que de todo punto rehusasen la leva.

Civil, habiendo convocado y juntado los principales de la nacion, y del vulgo los más animosos y prontos, con voz de hacerles un banquete en el bosque sacro, despues que los vió calientes con la noche y el regocijo, comenzando su parlamento por los loores y glorias de aquella gente, pasó despues á referir las injurias, las rapiñas y los demas daños de la servidumbre. «Que no eran ya tratados y tenidos, como antiguamente, por confederados, sino poseidos como esclavos. Méenos mal, decia él, sería si al fin nos gobernase un legado, aunque con grave y cargoso acompañamiento, y no méenos soberbio que pesado dominio: pues en su lugar nos envian prefectos y centuriones, á quien nos entregan, los cuales, hartos de nuestros despojos y de nuestra sangre, se mudan por momentos, y dejan su plaza y su codicia á otros, buscando todos nuevos sacos que hinchar, y nuevos nombres y títulos de robos. Ahora, usurpando el oficio á la muerte, nos vienen con esta leva de soldados, para hacer perpétua separacion de padres é hijos, de hermanas y hermanos. No se ha visto jamás el pueblo romano tan afligido como ahora, ni en sus guarniciones hallaremos otra cosa que sus viejos y nuestros despojos. Levantemos una vez los ojos al cielo, y no temamos los nombres vanos de las legiones. Tenemos tambien nosotros gallardo nervio de infantes y caballos, y de nuestra parte los pueblos de Germania de nuestra misma sangre y las provincias de la Galia con el mismo deseo. Ni á los Romanos será desagradable esta guerra, cuya mala fortuna se imputará á Vespasiano; y de la victoria no hay para qué dar cuenta á nadie.»

Oido Civil con universal consentimiento, los obliga á todos, conforme á sus ritos bárbaros, con execrables juramentos. Despachó luégo á los Caninefates para meterlos en la liga. Habita esta gente una parte de aquella isla, de origen, de lenguaje y de valor igual á los Batavos, aunque no de número. Despues de esto, por medio de secretos

mensajeros, trujeron tambien á su opinion á los socorros de Bretaña y á las cohortes de Batavos que se habian enviado á Germania, como se ha dicho, que se hallaban entónces en Maguncia. Habia entre los Caninefates un hombre llamado Brinon, desatinadamente atrevido y de sangre nobilísima y esclarecida. Su padre, que intentó muchas empresas de enemigo contra el imperio romano, menospreció y se burló sin castigo de las vanas empresas de Cayo César (1). Agradóles el buen agüero de aquel linaje rebelde, y poniéndole sobre un escudo, segun la usanza de aquella nacion, llevándole sobre los hombros algun espacio, le eligen por su capitan. Este, habiendo llamado luégo en su favor á los Frisones (gente que vive de la otra parte del Rhin), ganando las espaldas del vecino mar, acomete el alojamiento donde invernaban dos cohortes romanas. No tuvieron aviso los soldados del impetu enemigo hasta que los tuvieron encima: y tampoco, aunque lo hubieran antevisto, tenian fuerzas para defenderse. Fueron al fin entrados y saqueados los alojamientos; y tras esto acometen á los vivanderos, gente de servicio y mercadantes romanos, á quien hallaron vagabundos y derramados por la tierra, como en tiempo de paz. Trataron luégo de arruinar los castillos que guardaban los nuestros, cuyos capitanes se anticiparon en pegarles fuego, viéndose imposibilitados de defenderlos. Juntos, pues, los pocos infantes y caballos que habia con las banderas y estandartes, se reparan en la parte superior de la isla, con Aquilio, capitan primipilar por cabeza: ejército ántes en el nombre que en las fuerzas: porque mandando entresacar Vitelio los mejores soldados de estas cohortes para llevar consigo, habia en su lugar cargado con las

(1) Véase *Suetonio, Calígula*. Uno de los altos hechos de este emperador, tan ridículo como bárbaro, fué el ocupar todo un ejército en recoger conchas en la orilla de mar, para gloriarse de volver á Roma con despojos del Océano, dignos de adornar el Capitolio y el palacio imperial.

armas á un número de gente inútil y para poco, haciéndola levantar en las aldeas y villas circunvecinas de Nervios y Germanos.

Civil, resuelto en saltar con engaño á los enemigos, reprendió á los prefectos porque habian desamparado los castillos; ofreciéndose con sola su cohorte de Batavos á reprimir el tumulto de los Caninefates, y pidiéndoles que cada cual se volviese á sus presidios. Descubrióse luégo el engaño, y echóse de ver que daba Civil este consejo para oprimir más fácilmente las cohortes separadas, y que no era capitán de aquella gente y cabeza de la guerra Brinon, sino Civil; brotando poco á poco indicios de ello, que los Germanos, gente deseosa de guerra, no los pudieron disimular mucho tiempo. Visto despues por Civil que no le habian sido de provecho las asechanzas, se resolvió en usar luego de la fuerza, poniendo cada nacion por sí en escuadrones distintos, es á saber, Caninefates, Frisones y Batavos. De otra parte se puso tambien en batalla el ejército romano, poco apartado del Rhin, volviendo hácia el enemigo las naves que se habian traído allí despues de quemados los castillos. Apénas se habia comenzado á pelear, cuando la bandera de la cohorte de Tongros se pasó con toda su gente á Civil. Y atemorizados los Romanos con la improvisa deslealtad, eran á un mismo tiempo hechos pedazos por los enemigos y por los que hasta allí habian tenido por compañeros. La misma traición se vió luégo en los navíos de remo: porque de una parte la chusma, que era de Batavos, fingiendo ignorancia, impedian el oficio de los marineros y combatientes, y por otra, remando en contrario, arrimaban los bajeles á la ribera enemiga. A lo último comienzan á degollar á los capitanes y centuriones que no eran de su opinion, hasta que toda la armada, que constaba de 24 bajeles, parte se pasó al enemigo y parte fué tomada por fuerza.

Ocasionóles de presente gran reputacion esta victoria á

los enemigos, y para lo de adelante les fué de mucho servicio, habiendo ganado armas y navios, de que tenían gran falta. Celebrábanse por todas las provincias de Germania y de las Galias los autores de la libertad. Las de Germania enviaron luégo embajadores, ofreciendo ayuda; y Civil con arte y con dones procuraba la confederacion de las Galias, enviando á sus patrias los prefectos de las cohortes que tenía en prision, y dando facultad á las mismas cohortes de irse ó quedarse, conforme á su voluntad: á los que se quedaban, lugares honrados en la milicia, y á los que se iban, los despojos que habían quitado á los Romanos. Junto con esto, discurriendo secretamente con ellos, «les presentaba el daño padecido en el discurso de tantos años, durante los cuales no se habían avergonzado de dar falso nombre de paz á la miserable servidumbre. Que los Batavos, aunque nunca habían pagado tributos, se habían resuelto en tomar las armas contra los tiranos comunes: que en la primer batalla habían sido vencidos y puestos en huida los Romanos, ¿qué sería si los Galos se dispusiesen á sacudir el yugo? ¿qué refugio hallarian en Italia los Romanos? Decia más: que las provincias habían sido sojuzgadas con la sangre de las mismas provincias: que no hiciesen caudal del suceso de la batalla de Vindice, en la cual los Eduos y los Arvernos fueron rotos por los Batavos, y entre los auxiliares de Verginio estaban también los Belgas. Y que si bien se consideraba, había caído la Galia oprimida de sus fuerzas propias, donde ahora, fuera de ser todos de un mismo bando, se añadía la práctica de la disciplina militar adquirida en los ejércitos romanos: que tenían consigo las cohortes viejas, que poco ántes habían rompido á las legiones Otonianas: que sirviesen en buen hora Siria y las demas provincias de Oriente, acostumbradas al dominio de reyes: que en las Galias vivían todavía muchos, nacidos ántes de los tributos, dejado aparte el no poderse negar que con la muerte de Quintilio

Varo se desterró poco ántes de Germania la servidumbre: que no se habian provocado entónces las armas del emperador Vitelio, sino las de César Augusto: que hasta á los animales mudos se habia dado la libertad por naturaleza: que la virtud es propia y peculiar bien del hombre, y que los dioses favorecen siempre á los más valerosos y fuertes. Por eso, que ahora que se hallaban sin embarazos, acometiesen de véras á los ocupados, enteros á los quebrantados y afligidos; y más con la ocasion que daba el favorecer los unos á Vespasiano y los otros á Vitelio, para hacerse lugar á pesar de entrambos.»

Poniendo, pues, Civil con esta capa la mira en llevar á su opinion á las provincias de Germania y Galia, si las cosas que llevaba trazadas le hubieran sucedido conforme á su deseo, venía á hacerse rey de estas naciones riquísimas y poderosísimas. Alimentó Flaco Ordeonio con necia disimulacion los primeros acometimientos de Civil: mas en sabiendo que habia entrado los alojamientos, degollado las cohortes y echado de la isla de los Batavos el nombre romano, envió luégo contra el enemigo á Mumio Luperco, legado que gobernaba dos legiones en los alojamientos de invierno. Pasó Luperco con la mayor diligencia que pudo á la isla, llevando consigo los legionarios y los soldados Ubios que le cayeron más cerca; la caballería de los Treveros, que tampoco estaban léjos, y una banda de caballos Batavos, que aunque ganada ya por el enemigo, daba muestras de conservar la fe para poder venderse á los de su nacion con mayor premio, desamparando á los nuestros en la misma batalla. Civil, cercado de las banderas de las cohortes vencidas para que sus soldados tuviesen delante de los ojos la reciente gloria y los Romanos se amedrentasen con la memoria de aquel estrago, mandó poner á las espaldas del ejército á su madre y sus hermanas con las mujeres y tiernos hijuelos de los demas, para animar los suyos á la victoria ó avergonzarlos, caso que volviesen las espaldas.

Al estruendo del canto de los hombres y alaridos de las mujeres, que se oyó en el ejército bárbaro, no se correspondió en manera alguna con igual clamor por las legiones y cohortes auxiliares; porque los caballos Batavos, dejando desarmado el cuerno siniestro de nuestro campo, con pasarse al enemigo, dieron luégo la vuelta contra nosotros. Los legionarios, aunque veían reducidas las cosas á mal partido, mantenían la batalla y conservaban sus puestos. Mas los socorros de los Ubios y Treveros vergonzosamente se pusieron en huida, derramándose por la campaña. Siguiéron á éstos los Germanos, y entretanto tuvieron las legiones tiempo de retirarse á los alojamientos llamados viejos. Claudio Labeon, capitán de los caballos Batavos, competidor de Civil en la diferencias que suele haber entre poderosos y naturales de una misma patria, por huir el aborrecimiento del pueblo si le quitaba la vida, y la semilla de discordias si le tenía consigo, fué por su orden llevado á Frisa.

En estos mismos días las cohortes de Batavos y de Caninefates, que por orden de Vitelio marchaban la vuelta de Roma, alcanzadas por los mensajeros de Civil, comenzaron á ensoberbecerse y á dar muestras de su fiereza, pidiendo reconocimiento del viaje, donativo, paga doble, y que se acrecentase el número de los caballos; cosas que, aunque á la verdad les habían sido prometidas por orden de Vitelio, no las pedían ahora tanto por alcanzarlas, como por tener ocasión de tumultuar. Y Flaco, con concederles muchas, no hizo otra cosa que darles ánimo de pedir con mayor insolencia lo que sabían que se les había de negar. Finalmente, menospreciado Flaco, toman el camino hácia la Germania inferior para juntarse con Civil. Ordeonio, llamados los tribunos y centuriones, consultó si era bien refrenar á aquellos inobedientes con la fuerza. Tras esto, por su flojedad natural, y viendo á sus ministros temerosos (á quien daba cuidado el ver los ánimos alterados de los auxilia-

rios) y á las legiones llenas de gente nueva, determinó de no salir contra ellos y de detener á los suyos en los alojamientos. Mas arrepintiéndose despues, y reprendido por los que ántes le habian persuadido, como si se resolviera en seguirlos, escribió á Erenio Galo, legado de la primera legion, que estaba en Bona, que impidiese el paso á los Batavos, y que él con el ejército les iria siempre á las espaldas: y quedaran sin duda deshechos, si de una parte Ordeonio y de otra Galo con sus gentes los hubieran tomado en medio. Mas Flaco, dejandó la empresa, ordenó con otras cartas á Galo que los dejase pasar. Nació de aquí despues sospecha que se habia levantado aquella guerra de voluntad de los legados, y que todo lo sucedido y lo que se temia que habia de suceder, era por engaño de los capitanes, y no por cobardía de los soldados, ni por sobrado valor del enemigo.

Acercándose, pues, los Batavos á la guarnicion de Bona, enviaron delante quien declarase su intencion á Galo, que era no querer guerra con los Romanos, en cuyo favor habian peleado tantas veces, sino que, cansados de inútil y larga milicia, iban llevados del deseo de su patria y de algun descanso: que no siendo molestados, seguirian el viaje sin hacer daño alguno; mas que siéndoles impedido el paso con las armas, no podian dejar de abrirse con ellas el camino. Suspenso el legado y dudoso en la resolución que tomaria, le forzaron los soldados á que tentase la fortuna. Tres mil legionarios, las cohortes levantadas arrebatadamente de los Belgas, con una multitud de los de la tierra y mozos de bagaje, gente vil y fiera solamente fuera del peligro, salen furiosamente por todas las puertas para rodear por todas partes á los Batavos, inferiores en número: los cuales, sirviéndose de la experiencia militar, se ordenan en escuadrones formados en figura de cuñas, agudos y cerrados de todos lados; teniendo sin esto bastante seguridad por el frente, retaguardia y costados, rompen

la ordenanza flaca de los nuestros, y comenzando á ceder los Belgas, echan tambien del campo á la legion, procurando todos con el miedo ganar las estacadas y puertas de los alojamientos. Hubo allí gran mortandad, hinchándose los fosos de cuerpos muertos, y muriendo no sólo de las heridas, sino ahogados y atropellados, y cayendo sobre las espadas y dardos de sus compañeros. Los vencedores, procurando apartarse de la colonia Agripina, pasaron sin gobernarse en alguna otra cosa como enemigos; y disculpando el suceso de Bona con que habiéndoseles negado el paso que pedian con paz, con les habia sido forzoso abrirle con las armas.

Civil, á la llegada de las cohortes viejas, hecho ya capitán de un suficiente ejército, aunque suspenso en la resolución, considerando entre sí las fuerzas romanas, hizo que toda la gente que tenía consigo prestase el juramento de fidelidad en favor de Vespasiano, envió embajadores á las legiones retiradas de la primer refriega á los alojamientos viejos para que hiciesen el mismo juramento. Respondiósele, que no acostumbraban á gobernarse por consejo de traidores y enemigos; que tenían á Vitelio por su príncipe, por quien pensaban conservar la fe y las armas hasta el postrer suspiro, y que era sobrado atrevimiento para un Batavo fugitivo quererse hacer árbitro del imperio romano; mas que no le faltaria por su perfidia y maldad el merecido castigo. Rabioso de esta respuesta Civil, hace poner en armas toda la gente Batava, juntándosele los Bruteros, los Tenteros y toda la Germania solicitada por sus mensajeros y llamada á la presa y al saco.

Contra estas amenazas de guerra, los legados de las legiones Mumio Luperco y Numisio Rufo atendian á fortificar las murallas, á hondar los fosos, y en particular á hacer derribar los arrabales que se habian ido edificando, como en una ciudad por ocasion de la larga paz junto á los alojamientos, porque no se sirviesen de ellos los enemigos.

Mas habiendo prevenido poco á las vituallas, permitieron que se fuesen á robar: tal que con aquella licencia desordenada se consumió en pocos dias cuanto pudiera bastar para mucho tiempo en la necesidad. Civil habiéndose puesto en medio de la batalla con el nervio de sus Batavos para hacer más espantosa muestra de sí á los enemigos, hinche la ribera del Rhin arriba y abajo de las escuadras Germanas, corriendo y escaramuzando su caballería por aquellas campañas, y llevándose los navíos contra nuestro ejército, haciéndolos tirar contra la corriente del rio. El ver de una parte las banderas de las cohortes viejas, y de la otra las figuras de bestias fieras quitadas de los bosques sacros, segun la costumbre de cada nacion, al comenzar la batalla, que juntamente hacía muestra de guerra civil y extranjera, atemorizaba tanto á los sitiados, cuanto aumentaba á los Batavos la esperanza de la victoria el ver el ancho circuito de las trincheras, las cuales, hechas para dos legiones, eran defendidas apenas por cinco mil armados. Habia tambien un gran número de gente de bagaje, los cuales, en turbándose la paz, se recogieron allí como ministros de guerra.

Subia una parte de los alojamientos suavemente un collado arriba; por la otra estaban situados en llano; porque se persuadió Augusto á que con aquella guarnicion se podian tener sitiadas y refrenadas ambas Germanias; no pensando en que se podia llegar á término que se atreviesen á tentar la expugnacion de nuestras legiones. Por esto no se hizo otra diligencia acerca de la fortificacion del puesto, confiándose en la fuerza y en las armas. Los Batavos Transrenanos, porque fuese más visto el valor separado de cada uno, se pusieron abiertamente á tirar de léjos: mas visto que muchas de las armas arrojadas daban en vacío, quedando enclavadas en las torres y almenas de las murallas, y que ellos eran ofendidos de arriba con piedras, se movieron con ímpetu y voces grandes al asalto de las esta-

cadadas. Muchos arrimadas las escalas, otros con la tortuga hecha comenzaban á subir, cuando por las espadas y golpes de los defensoros fueron derribados y oprimidos con los dardos y con gruesos maderos que les arrojaban encima; demasiado feroces al principio, y atrevidos con exceso en la felicidad. Aunque entónces la codicia de la presa les hacia sufrir animosamente la mala fortuna. Atreviéronse tambien á quererse servir de máquinas con que combatir las murallas, cosa no usada por ellos; pero á la falta de su industria suplía la de los prisioneros y fugitivos, que les enseñaron á fabricar ciertos maderamientos en forma de puente, asentados sobre ruedas, para hacerlos mover hasta debajo de las murallas, de suerte que los que estaban encima pudiesen pelear desde lo alto, y los de dentro picar los muros cubiertos. Mas las piedras arrojadas por las balistas echaron por tierra la fábrica mal compuesta, y sobre los que arrimaban zarzos y mantas se tiraban con máquinas astas encendidas, echando tambien toda suerte de fuegos sobre los que tentaban temerariamente el asalto; hasta que, desesperados de poder hacer efecto alguno por vía de fuerza, tomaron por partido el valerse de la dilacion, sabiendo muy bien que tenian vituallas para pocos dias y mucha gente inútil, con algunas esperanzas entre tanto de que la necesidad y la fe mudable y flaca de la gente de servicio ocasionaria alguna traicion, demas de otros accidentes que suele traer consigo la guerra.

Sabido en este medio el sitio por Flaco, despues de haber enviado á levantar gente á las Galias, consignó á Dilio Vocula, legado de la legion veintidos, un golpe de escogidos legionarios para que por la ribera del Rhin se encaminase á grandes jornadas la vuelta del enemigo. Él, medroso y negligente, se estaba sepultado en el ocio sin cuidado alguno, aborrecido de los soldados, los cuales decian públicamente: «que de industria habia dejado salir de Maguncia las cohortes Batavas, disimulado los intentos

de Civil, y su confederacion con los Germanos: que no habia cobrado fuerzas el bando de Vespasiano tanto por obra de Muciano y de Primo Antonio, como por la suya: que las armas y las enemistades públicas se podian contrastar y reprimir, donde las secretas y ocultas eran inevitables: que cuando tenfan á Civil en campaña poniendo en órden sus ejércitos, estaba Ordeonio desde su aposento y desde su camilla mandando sólo aquello que le parecia ser provechoso al enemigo. ¡Que tantas escuadras armadas de valerosos y fuertes soldados sean gobernadas por un viejo enfermo! Antes que sufrir más esto, libremos á nuestra fortuna de este mal agüero, y saquemos á este traidor del mundo.» Encendiéndose por momentos los soldados con estas y semejantes razones, los acabaron de inflamar las cartas que llegaron de Vespasiano, las cuales leyó Flaco en el parlamento público porque ya no se podian disimular: y á los que las habian traído envió presos á Vitelio.

Mitigados con esto algun tanto los ánimos militares, se llegó hasta Bona á los alojamientos de invierno de la legion primera. Halló á los soldados allí con mayor enojo, echándole todos la culpa de la rota pasada: afirmando «que por su mandado habian salido en campaña y dado la batalla á los Batavos, creyendo que los venia siguiendo desde Maguncia con las legiones, y que por traicion suya habian sido degollados sus compañeros: que no eran notorias estas cosas á los otros ejércitos, ni avisado su emperador, visto que con el concurso de tantas provincias se hubiera podido castigar con brevedad aquella repentina rebelion.» Leyó entónces Ordeonio públicamente al ejército todas las cartas que habia escrito á las Galias, á la Bretaña y á las Españas pidiendo ayuda; introduciendo una costumbre harto pernicioso de dar las cartas á los aquilíferos de las legiones para que fuesen leidas ántes á los soldados que á los capitanes. Manda tras esto atar á uno de los sedicio-

sos, más por reputacion de su autoridad, que porque aquella culpa fuese de uno solo. Partido de Bona el ejército, pasó á la colonia Agripina, á donde iban acudiendo con gran diligencia los socorros de las Galias que al principio nos ayudaban con gran voluntad y brío. Aunque cobrándole despues los Germanos, se armaron muchas ciudades contra nosotros con esperanza de libertad, y no ménos, si una vez sacudian el yugo, de señorear á las demas. Crecia por momentos el enojo de las legiones, sin que les hubiese causado temor la prision de un soldado, ántes bien él mismo acusaba la mala conciencia del general, afirmando que le venia aquel daño porque no se supiese como él propio habia sido el medianero de los tratos entre Civil y Flaco. Vocula entónces con maravillosa fortaleza de ánimo, subido al tribunal, mandó que aquel soldado preso que daba voces fuese luego ahorcado; con que miéntras duraba el temor en los malos, comenzaron los buenos á obedecer. Pidiendo tras esto todos á Vocula por capitán, Flaco le remitió y entregó á él el gobierno del ejército.

Mas aquellos ánimos llenos de discordia eran provocados de varios accidentes, falta de pagas y de trigos, y junto con esto el rehusar las Galias de dar soldados y pagar tributos. El Rhin con una sequedad extraordinaria en aquel clima podia sustentar apénas los navíos. Padecíase por esto de vituallas: los puestos ocupados por toda la orilla del rio para impedir el paso á los Germanos, eran ocasion de que hubiese ménos provisiones y más bocas á consumirlas. Tenian los ignorantes por mal agüero hasta la misma falta de agua, como que con aquello los desamparasen los rios, antiguas murallas de nuestro imperio; y lo que en tiempo de paz se tuviera por cosa natural y fortuita, entónces se atribuía al hado y á ira de los dioses. Entrados pues en Nove-sio (1), se juntó con ellos la legion trece, entrando Erenio

(1) Actualmente Nuys ó *Nouss*, cerca de Dusseldorf.

Galo, legado de ella, á la parte con Vocula en las cargas y cuidados de la guerra, y no atreviéndose á ir contra el enemigo, se acuartelaron en un lugar llamado Gelduba (1). Allí comenzaron á ejercitar los soldados en ponerse en escuadron, en fortificar y atrincherar el campo y en otros actos y ejercicios de guerra. Y porque con la dulzura del robar se animasen al valor, llevó Vocula parte del ejército á los lugares vecinos de los Gugernos (2) que habian hecho liga con Civil, quedando la otra parte á cargo de Erenio.

Sucedió acaso que no léjos de los alojamientos un navío cargado de trigo, que por la falta del agua habia quedado en seco, los Germanos á brazos procuraban llevarle á su ribera. No pudo sufrir esto Galo, y envió en su socorro una cohorte. Creció tambien el número de los Germanos, y poco á poco reforzándose de ambas partes, se vino á pelear en escuadron formado: donde, quedando superiores los Germanos, con mucho estrago de los nuestros se llevaron finalmente el navío. Los vencidos (que esto se habia ya convertido en costumbre) no daban la culpa á su cobardía, sino á la perfidia del legado; y sacándole de su tienda, hiriéndole y despedazándole el vestido, le mandan que confiese el precio en que ha vendido aquel ejército y quién eran los cómplices de la traicion. Y volviendo en ellos otra vez el enojo contra Ordeonio, llaman á él autor y á Galo ministro de la maldad: hasta que, amedrentado con las amenazas de muerte, él tambien imputó la traicion á Ordeonio; y aprisionado á esta causa, fué suelto despues á la llegada de Vocula; el cual en el dia siguiente hizo morir á los autores de aquella sedicion. Tal era la contrariedad de

(1) En el dia Gelb, en las orillas del Rhin.

(2) Resto de la gran nacion de los Sicambros que Augusto estableció en esta parte del Rhin: extendíase á lo largo del rio entre los Ubios y los Batavos.

aquel ejército licencioso y paciente. No hay duda en que los soldados ordinarios eran fieles á Vitelio; mas los nobles todos se inclinaban á Vespasiano: y de aquí nacia la alternativa de maldades y de castigos, y el furor mezclado con la obediencia; de suerte que no se podian refrenar los que podian castigarse.

Civil, loado y engrandecido de toda Germania, habiendo establecido la liga con rehenes que recibió de la gente más noble, manda que todos, segun que le estaban vecinos, diesen sobre los Ubios y los Treveros, y que con otro golpe de gente, pasada la Mosa, quebrantasen las fuerzas de los Menapios y Morinos (1) y de aquellas últimas partes de las Galias. Hicieron presas por todas partes, mas con mayor rabia en los Ubios: porque siendo Germanos de origen, menospreciada la patria, se hacian llamar con nombre romano Agripineses. Fueron degolladas sus cohortes en la villa de Marcoduro (2), donde por estar apartados del Rhin vivian con descuido. No se abstuvieron los Ubios de robar y correr en la Germania; al principio sin daño y despues llevando siempre lo peor, pudieron en toda aquella guerra alabarse ántes de fe que de fortuna. Civil, despues de quebrantados los Ubios, hecho más insolente y más fiero por los sucesos prósperos, apretaba el sitio de las legiones con diligentes guardias, porque no les entrase algun aviso del socorro que les venia. Y dado el cargo y el cuidado de las máquinas y otros pertrechos de la expugnacion á los Batavos, mandó á los Transrenanos, que pedian la batalla, que procurasen ganar los alojamientos rompiendo la palizada; y rechazados del asalto, manda que acometan de

(1) Los primeros parece que habian habitado sucesivamente varios cantones, desde el Rhin hasta las fronteras de los Morinos, los cuales ocuparon el territorio donde se hallan actualmente Saint-Omer, Boloña é Ipres. Se cree que tomaron el nombre de *Morini* de su situacion á lo largo del mar.

(2) En el dia Duren, sobre el Roer, más arriba de Juliers.

nuevo, hallándose con gran multitud de gente, y teniendo por de poco daño la pérdida de ella.

No puso fin al trabajo la noche, porque trayendo de todas partes leña y haciendo grandes montones, pegándoles fuego, bebían y banquetearon alrededor de ellos, y conforme á cada uno le iba calentando el vino, eran llevados á la pelea por manos de su propia temeridad. Porque los tiros que ellos arrojaban daban todos en vacío por ocasion de la oscuridad, y los de los nuestros, asestados de puntería á las tropas de aquellos bárbaros con el resplandor de aquellas hogueras, hacían maravilloso efecto, especial en los más atrevidos ó más aparentes por sus insignias: cayendo en la cuenta Civil, manda que se apaguen los fuegos para mezclarlo y confundirlo todo con la noche y las armas. Comenzó entónces un estruendo y alboroto desordenado, casos inciertos, sin que se pudiese usar de providencia tanto en el acertar como en el huir los golpes. Donde se oían más voces, allí se encaminaban los cuerpos y se disparaban los arcs. No era allí de algun provecho el valor; que todo lo confundía la fortuna, muriendo muchas veces los más fuertes y valerosos á manos de los más cobardes y viles. Era el ímpetu de los Germanos inconsiderado: donde los nuestros, llenos de experiencia en los peligros, no arrojaban jamás en vano los herrados troncones, ni las gruesas y pesadas piedras, sino donde el ruido de los que trabajaban ó el que se causaba de arrimar las escalas, les daba á conocer al enemigo, y juntamente se le ponía en las manos. Entónces, empujándolos con los escudos y derribándoles, los seguían con los dardos, y á otros que habían tenido osadía de subir, los mataron á puñaladas. Pasada de esta suerte la noche, descubrió el día otra nueva batalla.

Habían levantado los Batavos una torre con dos sobrados, la cual, miéntras la quieren acabar de arrimar á la puerta pretoria, que era el lugar más llano, batida con vai-

venes de fortísimas vigas por los defensores, la rompen no sin gran daño de los que estaban encima. Y haciendo al mismo tiempo una repentina salida, se peleó felizmente contra aquella tropa confusa y amedrentada. Por los legionarios, que excedían de mucho á los bárbaros en industria y experiencia, se fabricaron tambien varios instrumentos militares. Pero sobre todos los demas causó espanto grande una máquina muy artificiosa que estaba en la muralla, la cual, dejándola caer al improviso, arrebatava uno y más enemigos, y pudiéndose volver á todas partes por medio de los contrapesos, los arrojaba dentro de los reparos. Y así Civil, perdida la esperanza de la expugnacion, volvió de nuevo el ánimo al asedio, tentando entre tanto el de las legiones con muchos mensajeros y largas promesas.

Todo esto pasó en Germania ántes de la batalla de Cremona, de cuyo suceso dieron aviso las cartas de Primo Antonio y un edicto de Cecina. Y Alpino Montano, uno de los prefectos de las cohortes vencidas, confesava la felicidad del otro bando. Nacieron de esta nueva varios movimientos de ánimo; porque los auxiliarios Galos, no teniendo amor ni odio á ninguna de las partes, como milicia al fin sin afecto, exhortados por sus cabezas, se rebelaron luégo á Vitelio, y los veteranos comenzaron á dar muestras de estar dudosos. Mas apretándolos Ordeonio Flaco y haciendo instancias los tribunos prestaron el juramento, aunque con tan poco gusto, que miéntras se les recitava la fórmula, llegados á nombrar á Vespasiano, ó estaban suspensos ó lo nombraban entre dientes; y muchas veces tambien lo pasaban en silencio.

Y habiéndose leído tras esto en el parlamento las cartas que Antonio escribia á Civil, se aumentó con ellas la sospecha de los soldados, viendo que tratándole como á su amigo y parcial, hablaba del ejército Germánico como de enemigos. Luégo, llevados los mensajeros á la parte del

campo que estaba en Gelduba, se hicieron y dijeron allí las mismas cosas; desde donde se envió á Montano para que dijese á Civil que dejase la guerra ó se apartase de los vanos pretextos con que habia tomado las armas: porque habiendo sido su intento valer á Vespasiano, le habia ya conseguido bastantemente. A estas cosas respondió primero Civil con astucia. Despues, echando de ver que Montano era hombre de natural feroz y dispuesto á cosas nuevas, comenzando por las quejas y discurriendo por los peligros que habia pasado sirviendo á los Romanos veinticinco años en sus ejércitos, habló finalmente así: «Generoso galdardon he sacado por cierto de tantos trabajos: la muerte de un hermano, mis prisiones y cadenas, y los gritos cruelesísimos de aquel ejército que pedia mi muerte, contra quien, siguiendo la razon y el dicho de las gentes, procuro y pido ahora con razon venganza: y vosotros, oh Treveros, y las demas almas de los que estais en servidumbre, ¿que remuneracion esperais de tanta sangre derramada sino solo una milicia ingrata, eternos tributos, vivir sujetos á las varas y á las segures, y probar cada dia peores condiciones en los que os mandan? Veisme aquí á mí prefecto de una sola cohorte, y á los Caninefates y Batavos, pequeña particilla de las Galias, que habemos deshecho estos espacios vanos de los alojamientos, ó encerrados como veis, los apretamos con el hierro y con la hambre. Y finalmente, á nuestro atrevimiento seguirá la libertad, ó siendo vencidos quedaremos en el mismo estado que ántes.» Incitado así Montano, y advertido á referir las cosas más blandamente, le despidió. Vuelto él como sin fruto alguno de su embajada, disimuló las demas cosas que poco despues se publicaron impetuosamente ellas mismas.

Civil, quedándose con parte de aquella gente, envió las cohortes viejas y los mejores soldados Germanos contra Vocula, dándoles por cabezas á Julio Máximo y á Claudio

Viótor, hijo de su hermana. En el camino tomaron la guar-
nición de una banda de caballos que estaba en Asciburg (1), y tan de improviso dieron sobre los alojamientos romanos, que Vocula no tuvo tiempo de exhortar á los suyos, ni de ponerlos en ordenanza: sólo pudo advertirles en aquel sobresalto que se fortificase de gente vieja el cuerpo de la batalla. Los auxiliares ocuparon los dos costados. Cerró nuestra caballería denodadamente; mas recibida por el enemigo bien ordenado, volvió las espaldas. De allí adelante cesó la pelea y comenzó la matanza; y las cohortes de Nervios, ó por vileza ó por deslealtad, desguarneciendo nuestros costados, dieron comodidad al enemigo de penetrar á las legiones, las cuales, perdidas ya las banderas, eran degolladas dentro de los reparos, cuando repentinamente por un nuevo socorro se trocó la fortuna. Las cohortes de Vascones (2), tomadas á sueldo por Galba y convocadas despues para esta necesidad, acertando á llegar entónces y oido el rumor de la batalla, acometieron al enemigo por las espaldas que estaba ocupado en ella, causándole mayor espanto del que parece que podia prometer su poco número. Creyendo unos que de Novesio, y otros que de Maguncia habian venido todas las gentes de socorro. Dió este error ánimo grande á los Romanos, los cuales, miéntras confían en las fuerzas ajenas, recuperan las propias. Fué rota y degollada toda la mejor infantería de los Batavos: los caballos se salvaron con las banderas ganadas y con los prisioneros adquiridos en el primer asalto. Murieron en esta facción más de los nuestros, aunque de los más viles, y de los Germanos todas sus fuerzas.

Ambos capitanes, con igual culpa merecedores de aquella

(1) Actualmente Asburgo entre Nuyss y Santen.

(2) Estos pueblos habitaron en España ántes de ser trasladados á la Galia y de que diesen su nombre al país situado entre los Pirineos, el Garona y el Océano.

adversidad, faltaron igualmente tambien cuando tuvieron á la fortuna de su parte: porque si Civil hubiera enviado más grueso ejército, no fuera tomado en medio por tan poco número de cohortes, y hubiera destruido los alojamientos ya ocupados; y Vocula ni previno la venida impensada del enemigo, de que resultó quedar vencido á la primer vista, ni supo despues aprovecharse de la victoria, gastando vanamente muchos dias ántes de ir en busca del enemigo; que si siguiera sin dilacion el curso de sus buenos sucesos, pudiera sin duda con el mismo ímpetu librar á las legiones del sitio. Habia en tanto Civil tentado el ánimo de los sitiados, como si las cosas hubieran ido mal por los Romanos y los suyos vencido. Haciendo á este efecto muestras de las banderas ganadas y de los prisioneros, uno de los cuales con generoso atrevimiento manifestó á grandes voces la verdad del caso; á quien al punto quitaron los Germanos la vida, que sirvió de que se le diese más crédito. Fuera de que, por la destruccion é incendios de edificios, se echaba de ver la venida del ejército victorioso. Habia ordenado Vocula que se hiciese alto con las banderas y que se fortificasen con fosos y estacadas á vista de los alojamientos, para que, dejando allí los soldados sus fardes y todo el bagaje, pudiesen pelear desembarazadamente. Mas levantándose de repente contra el capitán el grito de los que le pedian la batalla, acostumbrados á proceder con amenazas, sin dar tiempo tan solamente de ponerlos en escuadron, desordenados y cansados traban la pelea; estando Civil no ménos atento y confiado en los defectos y faltas del enemigo que en el valor de los suyos. Era vária la fortuna de parte de los Romanos, donde se mostraban más flojos y para poco los que ántes se habian mostrado más sediciosos. Algunos, acordándose de la reciente victoria, conservaban á pié firme el puesto al enemigo, y animaban á sí mismos y á los que les estaban cerca: y habiéndose renovado la batalla, hacian señas con

la mano á los sitiados que no perdiesen la ocasion que se les ofrecia de hacer salida. Ellos que de los muros lo miraban todo, salen fuera por todas las puertas con ímpetu grande. Sucedió acaso, que resbalando el caballo de Civil, cayó con él: con que no es fácil de decir lo que se alegraron sus enemigos y entristecieron sus amigos, teniéndole en ambos campos por muerto.

Mas Vocula, dejando de seguir al enemigo puesto ya en huida, comenzó á reparar las torres y á fortificar los reparos de los alojamientos, como si de nuevo le amenazara el sitio: tal, que no sin causa, viéndole tantas veces menospreciar la victoria, fué imputado de que holgaba de alimentar la guerra. Ninguna cosa afligia tanto á nuestros ejércitos como la falta de vituallas; para cuyo remedio se enviaron á Novesio todos los carros de las legiones con toda la gente de ménos cuenta para traerlas por tierra, visto que el enemigo se habia hecho señor del rio. Volvió á salvamento el primer convoy, no estando Civil del todo sano: el cual, como supo que de nuevo se habia enviado por trigo á Novesio, y que las cohortes que iban de escolta marchaban como en tiempo de paz con las armas en los carros, ausentes de sus banderas, disolutos y desordenados, enviando delante á ocupar los puertos y lugares estrechos, con buen orden los acomete. Peleóse allí con vária fortuna hasta que los despartió la noche. Las cohortes marcharon la vuelta de Gelduba, estando todavía en pié los primeros alojamientos, guardados por la gente que habia quedado en ellos de guarnicion. No se ponía duda en el peligro que se habia de correr á la vuelta, hallándose los que traian el trigo tan pocos y con tanto embarazo. Vocula añadió á su ejército mil soldados escogidos de las legiones quinta y catorcena que estaban sitiados en los alojamientos viejos, gente indómita y enemiga de sus capitanes. Partieron con él muchos más de los que habia ordenado; murmurando á la descubierta en el marchar que

no pensaban sufrir, á más de la hambre, las traiciones de los legados. Los que quedaban por otra parte se quejaban de ser desamparados, y de que se les quitaba el nervio de sus legiones. De suerte que nacieron de aquí dos motivos: uno, de los que querian que volviese Vocula; y otro, de los que rehusaban el volver á donde habian padecido tantos trabajos.

Civil, en tanto, pone su campo otra vez sobre los alojamientos viejos, y Vocula va á Gelduba y de allí á Novesio. Tomó Civil á Gelduba, y poco despues tuvo un reencuentro favorable con nuestra caballería no léjos de Novesio. Mas nuestros soldados, tanto en la buena fortuna como en la mala, tiraban siempre á las partes vitales de los capitanes. Las legiones, pues, habiendo cobrado nuevos bríos con la llegada de los de la quinta y quincena, pedian el donativo, sabiendo que Vitelio habia enviado dinero. No tardó mucho Ordeonio en dársele en nombre de Vespasiano, que fué materia para alimentar los alborotos y sediciones: porque dándose á mil vicios y superfluidades, y pasando el tiempo en banquetes y ociosas y nocturnas conversaciones, se les volvió á encender el antiguo rencor y enojo que tenian con Ordeonio. Y no hallando ánimo en los legados y tribunos para hacer resistencia, porque á todos habia quitado la vergüenza la noche, sacándole por fuerza de la cama, le quitan la vida. Lo mismo hubiera sucedido á Vocula, si no se salvara vestido en traje de esclavo y con el beneficio de la noche. Mas como aplacada la furia comenzó el temor á hacer su efecto, envian centuriones con cartas á las ciudades de las Galias pidiéndoles [socorro de gente y dineros.

Ellos despues, como es el vulgo sin cabeza precipitado, medroso y sin discurso y consideracion alguna, sabiendo que venía Civil en su busca, toman temerariamente las armas, y volviéndolas luégo á dejar se ponen en huida. Produjeron estas adversidades otra discordia, que fué apar-

tarse y dividirse los que eran del ejército superior. Con todo eso se volvieron á enarbolar en los alojamientos y en las ciudades circunvecinas de los Belgas las imágenes de Vitelio cuando ya él estaba destruido. Arrepentidos después los de las legiones primera, quinta y veintidos, siguen á Vocula; y habiendo vuelto á prestar en su poder el juramento por Vespasiano, marchan con él para hacer levantar el sitio de Maguncia. Los sitiadores, que era un ejército compuesto de Catos, Usipios y Maciacos, sin aguardar á los nuestros, dejaron la empresa, contentándose con los robos que habian hecho, aunque no sin sangre, á causa de haber sido acometidos por los nuestros hallándolos esparcidos y descuidados. Hicieron tambien los Treveros en sus confines reparos y estacadas, peleando con los Germanos con mucho estrago de ambas partes, hasta que rebelándose tambien ellos, mancharon feamente los grandes méritos con que se habian obligado al pueblo romano.

Entre tanto que sucedian estas cosas, habiendo tomado el consulado Vespasiano la segunda vez y Tito su hijo ausentes, se hallaba la ciudad descontenta y sobresaltada de muchas causas de temor. Porque además de los males presentes, habia concebido falsos espantos de que se habia rebelado la provincia de África, por ocasion de haberse inclinado á cosas nuevas Lucio Pison, prefecto de aquella provincia, hombre de naturaleza bien ajena y apartada de aquello. Y dió la causa á esta sospecha la aspereza del invierno, estorbando el venir navíos de aquellas partes. El vulgo, acostumbrado á comprar cada dia el sustento ordinario y que de todos los cuidados de la república sólo se le da la falta de mantenimientos, creia que estaban tomados los puertos de mar y que se detenian las vituallas; y esto no más de porque lo tenian aumentado esta fama los Vitelianos, no acabados aún de despojar de la aficion que tenian á aquel bando. Ni era agradable esta nueva á los mismos vencedores, cuya sed insaciable, aún en las guer-

ras extranjeras, no era posible acabarla de hartar con cualquier victoria civil.

En el primer día de Enero, hecho juntar el Senado por Julio Frontino (1), pretor urbano, se decretaron loores y gracias á los legados, á los ejércitos y á los reyes (2). Proveyóse en Plocio Grifo la pretura de Tercio Juliano, quitándosela á éste por haber desamparado la legion, cuando se pasaba al bando de Vespasiano. Dióse á Hormo, liberto, la dignidad de caballero; y poco despues, renunciando Frontino con la solemnidad acostumbrada el oficio de pretor, se encargó de él Domiciano César. Pontase su nombre en todas las cartas y edictos públicos: la fuerza y autoridad del imperio residia en Muciano, puesto que Domiciano se atrevia á muchas cosas, ó instigado de sus amigos, ó llevado de sus propios antojos. Temia Muciano particularmente de Primo Antonio y de Varo Arrio, los cuales, señalados por la fama de sus recientes hazañas y por la gracia que tenian ganada con los soldados, eran tambien amados del pueblo; no habiendo mostrado ellos contra nadie, fuera de la guerra, señal alguna de crueldad. Decíase que Antonio habia incitado á Escriboniano Craso, hombre de mucha estima por la nobleza de sus mayores y de gran esplendor por la memoria de su hermano, á pensar en ser emperador; y que no le hubieran faltado amigos, á no haberse excusado de aquella empresa; siendo, como era, hombre difícil de ganar áun para las cosas ciertas, cuanto y más para las que eran tan dudosas. Muciano pues, viendo que á la descubierta no era posible desembarazarse de Antonio, honrándole en Senado con públicas alabanzas, le muestra con secretas promesas la España Citerior sin

(1) Autor de las *Estratagemas* y de [los *Acueductos*. Fué el predecesor de Agrícola en el mando de la Bretaña. Murió por los años 108 de nuestra era, y tuvo á Plinio el Joven por sucesor en la dignidad de augur.

(2) A saber, Soemo, Antfoco y Agripa.



gobierno por la partida de Cluvio Rufo, y junto con esto, aparta á sus amigos con tribunados y prefecturas: y despues de haber hinchido de esperanzas y de deseos aquel ánimo vasto, le va quitando las fuerzas con enviar á invernar á la legion séptima, que amaba entrañablemente á Primo, la tercera á Siria, aficionada á Varo, y parte del ejército á Germania. Evacuada de esta manera toda materia de sedicion, volvió á Roma su pasada forma y la antigua autoridad á las leyes y á los magistrados.

El primer dia que Domiciano entró en Senado hizo un breve y discreto razonamiento de la ausencia de su padre y de su hermano y de su juventud con gran aseo y compostura; y no teniéndose aún noticia de sus costumbres, aquel volverse colorado, como mostrándose vergonzoso á cada palabra, era tenido por señal de modestia. Proponiendo César que se restaurasen las honradas memorias de Galba, Curcio Montano votó que se celebrase tambien la de Pison. Decretaron ambas cosas los senadores, pero lo que tocaba á Pison no tuvo efecto. Sacáronse tras esto por suerte algunas personas, á quienes se encargó el hacer restituir las cosas usurpadas en la guerra; otras que reconociesen las tablas de metal donde estaban grabadas las leyes, y renovasen y volviesen á su lugar las que se hallasen gastadas ó caidas por la injuria del tiempo; y finalmente, otras que se encargasen de descargar los fastos manchados con la adulacion de aquellos tiempos, y procurasen poner alguna tasa y moderacion á los gastos públicos. Restituyóse la pretura á Tercio Juliano, averiguándose que se habia retirado á Vespasiano, quedándole á Grifo solamente el honor pretorio. Pareció despues que se volviese á ver la causa pendiente entre Musonio Rufo y Publio Celere, y quedó condenado Publio y satisfecha en esta parte el alma de Sorano. Fué este un dia harto señalado por ejemplo de la severidad pública, sin que faltasen tambien causas de alabanzas en lo particular, pareciendo que Musonio hubiese seguido y da-

do fin á un justo juicio; y en contrario Demetrio, que hacia profesion de filósofo cínico, defendido más ambiciosa que honestamente á un culpado manifiesto. A Publio mismo ni el ánimo ni la lengua le sirvieron en este peligro. Dado con esto la señal de venganza contra los acusadores, Junio Maurico (1) suplicó á César que se sirviese de dejar ver al Senado los comentarios y memoria de los príncipes, para tener entera noticia de los que habian tomado á su cargo denunciaciones. Pero respondiésele que era necesario consultarlo con el emperador.

El Senado, comenzando los más principales, hizo una forma de juramento en virtud del cual los magistrados á porfia unos de otros, y todos los demas conforme al orden y autoridad en que solian dar sus votos, llamaban á los dioses por testigos de que no habian jamás prestado su medio, ni dado su consentimiento para hacer cosa alguna contra la honra ó la vida de nadie, y que no habian recibido premio ni cargo público comprado con la calamidad de algun ciudadano; hallándose turbados y mudando con varios artificios las palabras del juramento los que se hallaban con la conciencia cargada. Aprobaban los senadores este escrúpulo de conciencia, y por otra parte vituperaban el pecado del perjurio. Fué esta como una estrecha censura contra Sarioleno Vocula, Nocio Antiano y Cestio Severo (2), infames, por haber acusado á muchos ante Neron; remordiéndole á Sarioleno tambien el delito reciente de haber hecho el mismo oficio con Vitelio. Y no dejó todo el Senado de amenazar con más que palabras á Vocula, hasta que él tomó por partido salirse de la curia.

(1) Amigo de Plinio el Joven; quien alaba su gravedad, discrecion y experiencia. [y dice de él que fué el hombre más firme y sincero que hubiese conocido.

(2) Sin duda se hablaría de estos tres personajes en los libros de los *Anales* que se han perdido. Lo mismo puede decirse de Pactio Africano, que se menciona un poco más abajo.

Pasando luego contra Africano, le echaron tambien á él como perseguidor de los hermanos Escribonianos (1), ilustres por su concordia y grandeza, hasta hacerles quitar la vida por Neron. No se atrevia Africano á confesar, ni tampoco hallaba camino como negarlo: y así volviéndose contra Vibio Crispo, por cuyas preguntas se hallaba apretado, mezclándole en las cosas de que no podia defenderse, disminuyó con la compañía de la culpa el justo y universal aborrecimiento.

Vipstano Mesala alcanzó este dia fama grande de piedad y elocuencia, habiendo tenido ánimo, sin ser aún de edad senatoria, de rogar por Aquilio Regulo (2) su hermano, aborrecido sobre manera por haber provocado la ruina de la casa de los Crasos y de Orfito. Parecia que voluntariamente y sin decreto del Senado, siendo aún muy mozo, habia tomado á su cargo esta acusacion, no para librarse de algun peligro, sino para facilitar sus pretensiones. Y estaba allí presente Sulpicia Pretextata, mujer de Craso, con cuatro hijos, para pedir el castigo de Regulo, caso que el Senado conociese de la causa. Mesala, pues, no tratando

(1) Los dos Escribonios, llamado el uno Rufo y Próculo el otro, ofrecen uno de esos ejemplos de union fraternal que forman época en la historia de la humanidad. Hubo entre ellos una perfecta conformidad de costumbres, de inclinaciones y de destino. Observaban el mismo género de vida, poseian juntos su patrimonio y juntos ejercieron los cargos públicos. Los dos fueron enviados á Puzzoles con una cohorte pretoriana para reprimir una sedicion; los dos gobernaron al mismo tiempo el uno la alta y el otro la baja Germania, y los dos fueron desterrados á Grecia por Neron, acusados y obligados á hacerse abrir las venas. Faltóles tan sólo ser gemelos para que se pudiese decir de ellos que nacieron, vivieron y murieron juntos.

(2) Este es aquel mismo Régulo que Plinio censura ágricamente en sus cartas, y á quien en otras partes se le distingue con el dictado del más perverso de los hombres, ó de los que andan en dos pies: *bipedum nequissimus*.—N. de la E. E.

de justificar la causa ni defender al reo, sino contraponiéndose al peligro de su hermano, habia ya inclinado los ánimos de algunos, cuando levantándose Curcio Montano con una terrible oracion, pasó tan adelante que opuso á Regulo haber dado dineros despues de la muerte de Galba al matador de Pison, y mordido inhumanamente la cabeza destroncada. «Esto á lo ménos, dijo, no te lo pudo mandar »Neron, ni con este acto tan crudo redimiste tu dignidad »y tu vida. Yo, cuanto á mí, no sé si me atreveria á impedir la defensa de los que quisieren más la destruccion »ajena que su peligro propio. Mas á tí, Regulo, dejádotelo »habian en seguro el padre desterrado, los bienes divididos »entre acreedores, y la edad, incapaz de honores públicos: »no podia Neron desear ni temer cosa alguna de tí: por codicia de sangre, por sed de premio has aplicado tu ingenio, no aún conocido ni experimentado en defensa de alguno, en procurar la muerte de los nobles, miéntras robados los despojos consulares en las obsequias de la república, recompensado de setenta y cinco mil ducados »(siete millones de sextercios), honrado de sacerdocio, con »igual ruina dabas en tierra con los mozos inocentes, viejos ilustres y venerables matronas, miéntras reprendias »la bajeza de Neron, porque trabajaba á sí mismo y á los »acusadores en ir destruyendo las casas de una en una, »pudiendo abismar todo el Senado con una sola palabra. »Guardad bien, padres conscriptos, y conservad á este »hombre de tan desembarazado consejo; dejadle que sirva »de guía y de instrumento á todas las edades, para que así »como nuestros viejos imitaban á Marcelo y Crispo, así los »mozos tengan á Regulo por dechado y por ejemplo. Hasta »la infeliz maldad ha hallado émulos y competidores en su »imitacion; ¿qué será si florece, y por su medio va un hombre cobrando fuerzas y reputacion, y si á aquel á quien »siendo solamente cuestor no nos atrevemos á ofender, »le vemos pretor y cónsul? ¿Pensais vosctros por ventura

»que ha de ser Neron el último de los príncipes que nos
»gobiernen con tiranía? lo mismo creyeron los que alcan-
»zaron de vida á Tiberio y á Cayo; y con todo eso habe-
»mos visto otro mucho más detestable y cruel. No teme-
»mos á Vespasiano, príncipe de tanta edad y de tan singular
»modestia. Pero lo que veo es que duran más los ejemplos
»que las costumbres. Hemos ya perdido el ánimo, padres
»conscriptos: no somos más aquel Senado que, muerto Ne-
»ron, hacía viva instancia por que los acusadores y sus mi-
»nistros fuesen castigados al uso de nuestros mayores.
»Verdaderamente os digo que el mejor dia despues de la
»muerte de un mal príncipe es el primero que sigue.»

Fué oido Montano con tal aprobacion y consentimiento del Senado, que Helvidio Prisco entró de nuevo en esperanza de poder dar en tierra con Marcelo; y así, comenzando por las alabanzas de Cluvio Rufo, el cual, aunque tan rico y elocuente como él, nunca puso en peligro á ciudadano alguno en tiempo de Neron, iba con la calidad del delito y contraposicion del uno al otro apretando á Marcelo, inflamándose por momentos los ánimos senatorios, cuando Marcelo, cayendo en el peligro, dando muestras de que se queria salir de la curia: «Nosotros, dijo, oh Prisco, nos vamos y te dejamos á tí tu Senado. Reina muy en hora buena en presencia de César.» Seguíale Vibio Crispo, airados entrambos, aunque con diversos semblantes: Marcelo con ojos amenazadores, y Crispo sonriéndose, hasta que acudiendo á ellos sus amigos, los hicieron volver: y creciendo poco la contienda, arrimándose aquí muchos y buenos, y allá pocos aunque poderosos, todos con pertinaces rencores y enemistades, se continuó todo aquel dia en discordia.

En el siguiente senado, dando principio César y proponiendo que se pusiese fin al dolor, se olvidasen enojos y que no se tratase más de la necesidad de los tiempos pasados, votó Muciano prolijamente en favor de los acusadores: y volviendo las palabras á los que habiendo em-

prendido acusaciones, dejadas una vez, volvian á proseguirlas de nuevo, los [amonestó blandamente, casi como rogándose, que las dejaran. Y los senadores, viendo que se les impedia, se apartaron de la emprendida libertad. Con todo esto Muciano, para que no pareciese que despreciaba el juicio del Senado y que se concedia impunidad á todos los delitos cometidos en tiempo de Neron, hizo volver á las mismas islas de donde se habian partido del destierro á Octavio Sagita y Antistio Sosiano, del orden senatorio. Habia Octavio cometido adulterio con Poncia Postuma; y rehusando ella despues el casarse con él, no pudiendo resistir á la fuerza del amor, la mató. Sosiano con la malignidad de sus costumbres habia sido ocasion de la ruina de muchos. Estos dos, pues, habiendo sido condenados y desterrados por un solemne senatusconsulto, aunque á otros muchos se permitió el volver á la patria, se quedaron sujetos á la misma pena. Mas no por esto se disminuia el odio contra Muciano; porque Sosiano y Sagita eran de poca estima y cuenta aunque volvieran á Roma: lo que se temia era el valor y las riquezas de los acusadores, y la potencia ejercitada en el mal.

Reconcilió algun tanto la gracia de los senadores la cognicion de una causa tratada en senado conforme al uso antiguo, y fué esta. Manlio Patruito, del orden senatorio, se quejaba de haber sido maltratado y ofendido en la colonia Sinesa de la multitud plebeya y por orden de los magistrados; y que no contentos con esta injuria, le habian llorado alrededor con tristes endechas en forma de mortuorio, diciéndole mil injurias y oprobios, afrenta cuya satisfaccion era sin duda que tocaba á todo el Senado. Citáronse todos los acusadores, y ventilada la causa, se hizo justicia de los que quedaron convencidos del delito: añadiendo un decreto del Senado contra la plebe de Sena, en virtud del cual se les amonestaba que de allí adelante procediesen con mayor modestia y respeto. En los mismos

dias Antonio Flama, á instancia de los Cirinenses, fué condenado en la ley de residencia y en destierro perpétuo á causa de su crueldad.

Entre estas cosas faltó poco que no se encendiese un motin y sedicion entre los soldados. Pedían ser vueltos á escribir entre la milicia pretoriana los soldados que fueron echados de ella por Vitelio, y recogidos despues por Vespasiano. Y los que habian sido sacados de las legiones con la misma esperanza pedian importunamente sus pagas. Y los Vitelianos tampoco podian ser echados sin derramamiento de sangre. Muciano, pues, entrado en los alojamientos, con voz de que queria sacar las cuentas y alcances de todos, hizo poner á sus soldados victoriosos con sus armas y banderas en pequeñas tropas, divididos en tre sí con breves espacios. Trajéronse tras esto los soldados Vitelianos que, como dijimos, se rindieron en Bovile, y todos los demas que con particular diligencia se habian buscado por Roma y por los lugares circunvecinos, trayéndolos allí casi desnudos. Puestos todos éstos á una parte, mandó Muciano dividir y apartar tambien á los Bretones y Germanos, y finalmente á todos los que habia del otro ejército. Quedaron al principio atónitos viéndose rodeados de un ejército de gente armada y fiera, y ellos puestos por terrero, sin armas y llenos de suciedad; pero como despues comenzaron á ver que los llamaban y apartaban á unas partes y á otras, creyendo, y en particular los soldados Germánicos, que con aquel apartamiento los señalaban para darles la muerte, se acabaron de atemorizar del todo. Comienzan entónces á abrazar á sus compañeros y camaradas, cuélganse de sus cuellos, y pídense los unos á los otros los últimos besos por despedida, animándose á no desampararse, ni pretender en una causa tan comun desigual fortuna. Conjuraban á más de esto unas veces á Muciano, otras al príncipe ausente, y finalmente al cielo y á los dioses, hasta que Muciano, llamándo-

los á todos soldados de una misma fe y de un mismo emperador, les aseguró de aquel falso temor; porque hasta el ejército victorioso con grandes voces ayudaba á sus lágrimas, y con esto se acabó aquel dia. Pocos dias despues, hablándoles Domiciano, le oyeron con ánimos más quietos. Rehusan los campos que se les ofrecian, suplicando que fuesen restituidos á la milicia y al sueldo. No hay duda en que éstos eran ruegos, pero de tal calidad que no admitian contradiccion. Y así fueron recibidos entre los pretorianos, y los que tenian ya edad competente y habian cumplido con los años que hay obligacion de servir en la milicia fueron despedidos con mucha honra, y otros borrados por sus defectos: mas no todos á un mismo tiempo, sino uno á uno, remedio segurísimo para ir debilitando y enflaqueciendo la union y conformidad de una multitud.

Despues de esto, ó porque fuese verdadera la necesidad, ó conveniente el darla á entender, se trató en senado de tomar prestado de particulares hasta millon y medio de oro (sesenta millones de sextercios); y encargándolo á Popto Silvano, cesó poco despues la causa ó la disimulacion. Tras esto, en virtud de una ley hecha por Domiciano, fueron privados del consulado todos los que tenian esta dignidad por Vitelio. Hicieron á Flavio Sabino las obsequias como á censor: documentos grandes de la inestabilidad de la fortuna, que suele mezclar y confundir tambien las cosas altas.

En este tiempo sucedió la muerte violenta de Lucio Pison, procónsul, de cuyo suceso me desembarazaré más puntualmente tomando de atras algunas cosas, no indignas de ser sabidas, para declarar el principio y ocasiones de semejantes maldades. La legion y los auxiliares que habia en Africa para defensa de los confines del imperio en tiempo de Augusto y de Tiberio obedecian al procónsul. Cayo César despues, como hombre de ingenio levantado y sospechoso, temiendo de Marco Silano que gobernaba la pro-

vincia de África, habiendo sacado á la legion de la obediencia del procónsul, la entregó á un legado que envió para aquello. El fin que tuvo Calígula en esta division fué encaminar la discordia entre los dos para asegurarse de entrambos; y así repartió la autoridad y las demas comodidades del gobierno para que, encontrándose en las cosas tocantes al ejercicio de él, lo estuviesen tambien las voluntades. En esta perniciosa contienda prevaleció al fin el poderío de los legados (1), ó porque duraban más en el oficio, ó porque en los menores es de ordinario mayor la emulacion; fuera de que hasta los más esclarecidos procónsules atendian ántes á encaminar su seguridad que á conservar su potencia.

Mandaba ahora á la legion de África Valerio Festo, mozo espléndido y gastador y que no aspiraba á cosas moderadas, aunque vivia afligido y triste, siendo como era conjunto con Vitelio por afinidad. Si éste en las ordinarias conversaciones que tuvo con Pison le tentó para emprender novedades, ó incitándole á ello Pison le resistió y contradijo, no está hasta ahora averiguado, porque ninguno se halló presente á sus secretos; y muerto Pison, hubo muchos que se inclinaron á ganar la gracia del homicida. En lo que no se duda es que los soldados y toda la provincia estaban con los ánimos muy ajenos de Vespasiano. Y algunos Vitelianos huidos de Roma mostraban á Pison las Galias alteradas, la Germania pronta, el peligro de su persona, y cómo en una paz sospechosa no hay seguridad sino en la guerra. En tanto Claudio Sagita, prefecto de la banda de caballos llamada Petrina, favorecido de los vientos llegó ántes que el centurion Papirio que enviaba Muciano, y certificó á Pison que el centurion venía con ór-

(1) Los legados permanecian en sus destinos todo el tiempo que queria el emperador, al paso que las funciones de procónsul no dureban mas que un año.

den de matarle. Avisóle como habia sido muerto Galeriano su primo y juntamente yerno; tal, que no podia ya fundar la esperanza de su vida sino en sólo el atrevimiento. Que se ofrecian solos dos caminos de ejecutarle: ó mover luégo la armas, ó embarcándose en su armada, pasar á la Galia y darse allí por cabeza á los ejércitos Vitelianos. No moviéndose Pison á estos consejos, como tocó el puerto de Cartago el centurion enviado por Muciano, publicó que traia buenas nuevas á Pison, y que continuarian sus felicidades hasta llegar á ser príncipe, exhortando tambien á los que le salian al encuentro, maravillados de cosa tan inesperada, á que publicasen lo mismo. El vulgo créduo corre á la plaza, pide que le dejen ver á Pison, y con alegría y con voces lo revuelve y lo inquieta todo; descuidados en apurar la verdad, y prontos á ejercitarse en las lisonjas. Pison, ó no movido por el aviso que dió Sagita, ó por su modestia natural, no salió en público ni quiso fiarse en los favores del vulgo: mas interrogado el centurion, como supo el delito que se le habia buscado y que venia para matarle, mandó que fuese castigado con pena de muerte, no tanto por esperanza de vivir, como por enojo particular contra el centurion; porque habiendo sido uno de los ejecutores de la muerte de Clodio Macro, con las manos teñidas de la sangre de un legado venia á mancharlas otra vez en la de un procónsul. Y tras esto, cuidadoso de su propia salud, reprendió con un edicto muy resentido á los Cartagineses: y quitándose aún mucha parte de la autoridad que le tocaba por razon de su oficio, se estaba retirado en su casa por quitar del todo la ocasion de nuevo alboroto.

Mas como supo Festo el que habia habido en el vulgo, y la muerte del centurion, y todo lo que sobre lo verdadero y lo falso añadia la fama, envia luego alguna gente de á caballo con órden de matar á Pison. La cual, llegada con diligencia, acomete violentamente la casa del procónsul de mañana que aún no era bien de dia, todos con

las espadas desenvainadas, sin que la mayor parte de él se conociese á Pison; porque Festo habia escogido para aquel efecto á gente de los Penos y Mauros auxiliares. Sucedió que topándose acaso con un esclavo cerca de la cámara de Pison, preguntándole por él, respondió con una generosa y loable mentira afirmando que él era Pison, y luego se cortaron la cabeza; aunque poco despues mataron tambien al verdadero Pison; hallándose entre ellos Bebio Maximo, uno de los procuradores de César que residian en África por cuya relacion le conocieron. El cual desde este punto procuró siempre la destruccion y ruina de todos los buenos: ejercicio en que le hallaremos muchas veces nombrado en los males y desventuras que nos sucedieron despues. Festo, partido de Adrumeto, donde habia estado esperando á ver en lo que paraba aquella empresa, se fué á donde alojaba la legion, y allí mandó prender á Cetronio Pisano, prefecto del campo, por competencias propias y odios secretos, aunque en público le llamaba corchete de Pison. Castigó tambien á algunos soldados y centuriones y premió á otros; ninguno segun su méritos, mas por dar á entender que habia con esto apaciguado la guerra. Compuso despues las diferencias que habia entre los Ofenses y Leptitanos (1), las cuales, comenzadas con débiles principios entre los villanos de la tierra robándose los frutos y los ganados, habian llegado á las armas y á formar ejércitos. Porque el pueblo Ofense, como inferior de número, habia llamado á los Garamantes, gente indómita y entre aquellas naciones famosa por sus ladronicios. Y así, reducidos á mal partido los Leptitanos, y habiéndoseles talado y destruido todos sus campos, se estaban amedrentados dentro de los muros, hasta que sobreviniendo las cohortes

(1) De Cea y Leptis, dos de las tres ciudades que hacian que se diese el nombre de Trípoli á una parte de la costa de África. El nombre de la comarca quedó á Cea, hoy dia Trípoli de Berberia.

caballos, fueron puestos en huida los Garamantes y recuperada la presa, salvo lo que se habia ya vendido á los que habitan en las partes más interiores de África, á cuyas chozas y cabañas pastoriles no llega otra cosa que la fama de gente extranjera.

Despues de la jornada de Cremona y tras las buenas nuevas que de todas partes llegaban, hubo muchos de todos lados que con igual atrevimiento y fortuna navegando en corazon del invierno llevaron á Vespasiano el aviso de que habia sido muerto Vitelio. Hallábanse con Vespasiano los embajadores del rey Vologeso, que ofrecian cuarenta mil caballos Partos; cosa verdaderamente magnífica y de gran alegría que se le ofreciesen tantos socorros y conferados, pretendiendo todos ganarle la voluntad, y que no los hubiese menester. Agradeciósese la oferta á Vologeso, ordenándole que enviase sus embajadores al Senado, y haciéndole saber que habia ya paz en la república. Vespasiano, que con particular atencion cuidaba de las cosas de Italia y de Roma, avisado de que Domiciano daba mala cuenta de sí, pasando los límites de su edad y de lo que convenia á hijo, consignó á Tito la mayor parte y mejor el ejército para fenecer la guerra Judaica.

Dicen que Tito ántes que el padre partiese le habia diversas veces suplicado con gran humildad, «que no quisiese ar por constantes las culpas que se acriminaban contra Domiciano, ántes bien que le recibiese y oyese, conservándose entero y en estado de poderse aplacar: que ni las leones, decia él, ni las armadas eran tan firmes fundamentos ni tan seguras fuerzas del imperio como el número de hijos. Porque los amigos se disminuyen, se mudan ó tan del todo con el tiempo, con la fortuna y hasta con sus propios engaños y várias aficiones, mas que la misma sangre es posible apartarla de aquel á quien toca, mayormente los príncipes, de cuyas prosperidades partipan tambien ellos, pero de las cosas adversas solos los más conjuntos

tienen parte; y que ni entre los hermanos era posible conservar concordia si el padre no les daba ejemplo de ella.» Vespasiano, no tan mitigado contra Domiciano cuanto alegre de la fraternal piedad de Tito, le manda que esté de buen ánimo atendiendo á engrandecer la república con las armas; que él tomaba á su cargo las cosas de la paz, y en particular las de su casa. Ordenó despues que se hiciesen á la vela los bajeles más ligeros cargados de trigo, puesto que el mar estaba todavía hinchado y tempestuoso; habiéndose reducido Roma á término que á la llegada de la flota de Vespasiano no habia que comer más que para diez dias

Encargó, la restauracion del Capitolio á Lucio Vestino, de estamento de los caballeros, aunque de autoridad y de nombre igual á los más grandes. Este, juntando los arúspices, fué advertido por ellos de que las ruinas del primer templo se llevasen á las lagunas, y se fabricase despues e nuevo sobre los mismos fundamentos, teniendo consideracion á que los dioses no querian que se mudase la forma antigua. A los 21 de Junio, con tiempo claro y sereno todo el espacio que se dedicaba para el edificio del templo se rodeó de vendas sagradas y de coronas de flores, entrando en él todos los soldados que tenian nombre de buen agüero con ramos de árboles felices (1), despues

(1) Segun la costumbre de la antigua religion de los Romanos que cuidaban siempre de que en tales funciones asistiesen ó presidiesen sujetos que tuviesen buen nombre, es decir de cuyos nombres pudiese tomarse un feliz augurio de prosperidad, duracion, como son, por ejemplo, *Salvio, Longino, Statorio*. Eran tenidos por el contrario por malos aquellos nombres que anuncian en sí algun mal agüero, como enfermedad, corta vida, guerra, etc., tales como *Curcio, Minucio, Furio, Sulpicio*, etc.—*N de la E. E.*—En cuanto á los árboles felices ó buenos agüeros, tenianse por tales la encina, la carrasca, el alcornoque, el haya, el avellano, el serbal, la higuera, el peral, el manzano, el ciruelo, el cornizo, el loto, el laurel, el olivo, la verbea y algunos otros.

as vírgenes Vestales acompañadas de niños y niñas cuyos padres y madres eran vivos, lo rociaron todo con agua (1) sacada de arroyos, fuentes ó rios corrientes. Entónces Helvidio Prisco, pretor, yéndole delante Plaucio Eliano, sumo pontífice, purificado todo aquel espacio con el sacrificio del puerco, oveja y toro, y poniendo las entrañas de los animales sacrificados sobre unos céspedes, y suplicado á Júpiter, Juno, Minerva y á los dioses protectores del imperio que prosperasen aquellos principios, y que con el favor divino exaltasen aquellas sus sillas fabricadas por la devocion de los hombres, tocó á las vetas con que estaba atada la piedra; y concuriendo todos los magistrados, sacerdotes, el Senado y caballeros con buena parte del pueblo, forcejando todos á una con igual prontitud y regocijo, arrojaron aquel gran peñasco en donde sirviese de primera piedra en el cimiento del edificio. Echáronse por todas partes en ellos pedazos de plata y oro y otras primicias de metales, áun no fundidos en la hornazas, sino así como los engendra naturaleza. Habiendo prevenido los arúspices que no se profanase la obra con piedras ó con oro destinado para otros usos. Diósele al templo más altura de la que ántes tenía, concediendo solo esto la religion, visto que en aquello parecia que se hubiese faltado á la magnificencia del primer templo donde habia de caber tanta multitud de hombres.

La nueva de la muerte de Vitelio habia entre tanto doblado la guerra en Germania y en las Galias; porque Civil, quitada la máscara, peleaba ya á la descubierta contra el imperio romano. Las legiones Vitelianas querian

(1) Esta lustracion era muy usada, y se hacia pública y privadamente. Tertuliano hablando del bautismo dice: *Ceterum villas, domos, templa totasque urbes aspergi ne circumtate aque expiant passim.* Para este fin habia en los templos vasos llenos de esta agua lustral, con la que los sacerdotes rociaban á los que entraban ó se rociaban ellos á sí mismos.

ántes servir á extranjero que tener por emperador á Vespasiano. Los Galos, persuadiéndose á que nuestros ejércitos habian tenido por todas partes la misma fortuna, cobraron nuevo ánimo con la falsa voz que corrió de que los Sarmatas y Dacos tenian sitiadas las guarniciones de Misia y de Panonia, fingiendo lo mismo tambien de la Bretaña: pero ninguna cosa les movia más á creer que habia llegado ya el fin del imperio romano que el incendio del Capitolio. Que ya otra vez fué entrada Roma por los Galos; mas quedando intacta la silla de Júpiter permaneció el imperio; donde ahora con el fuego fatal se habia dado una certísima seña de ira celeste. Y los Druidas con vana supersticion iban cantando que se pronosticaba el imperio del mundo á la gente de allá de los Alpes. Decíase tambien públicamente que los principales de las Galias, enviados por Oton contra Vitelio, ántes que se partiesen habian capitulado entre sí de no faltar á la libertad, caso que el pueblo romano comenzase á debilitarse por la continuacion de las guerras civiles ó por los trabajos domésticos.

No brotó señal alguna de esta conjuracion ántes de la muerte de Ordeonio Flaco. Mas despues comenzaron á ir y venir cartas y mensajeros entre Civil y Clasico. Era Clasico capitán de la banda de caballos Treveros, en nobleza y en riquezas superior á todos los demas, como hombre de sangre real y de progenitores esclarecidos en paz y en guerra. Solia vanagloriarse más de haber heredado de ellos la enemistad que la compañía del pueblo romano. Con éste entraron en la liga Julio Tutor y Julio Sabino, el uno Trevero y el otro Lingon. Tutor puesto por Vitelio á la guardia de las riberas del Rhin; Sabino, á más de su vanidad natural llevado tambien de una falsa presuncion de su linaje, solia jactarse de que una bisabuela suya por su gran hermosura y gentileza agradó al divo Julio cuando hacía la guerra en las Galias, y que cometiendo con él adulterio descendia él de aquel ayuntamiento. Estos tres con secretos razonamientos iban

tentando los ánimos de los demas. Y habiendo recibido en el trato á todos los que les parecieron más á propósito, se juntan en la colonia Agripina en una casa particular, porque en general la ciudad estaba muy ajena de semejantes designios. Halláronse con todo eso algunos Ubios y Tongros, aunque el nervio principal eran los Treveros y Lingones; donde, sin gastar mucho tiempo en consultas, todos á porfia unos de otros comienzan á dar voces diciendo: «que el pueblo romano estaba combatido del furor de sus mismas discordias, las legiones degolladas, Italia destruida, la ciudad misma de Roma entrada por fuerza: que todos los ejércitos romanos estaban ocupados en guerras particulares, y que si se tomaban los pasos de los Alpes y los guardaban con fuertes presidios, asegurada una vez la libertad, podian despues señalar á sus fuerzas los límites y aledaños conforme á su deseos.»

Fueron dichas y aprobadas á un mismo tiempo todas estas cosas: sólo se puso en duda lo que era bien hacer de las reliquias del ejército Viteliano, proponiendo muchos, «que se pasasen todos á cuchillo como sediciosos é infieles, y manchados en la sangre de sus capitanes. Tuvo con todo eso más votos el parecer de los que aconsejaban que fuesen perdonados y decian que no era acertado hacerlos obstinar del todo con quitarles la esperanza del perdon: que ántes era mejor recibirlos en su compañía, matando solamente á los legados de las legiones, con que se les juntaria sin duda todo lo restante del vulgo; como quien teniendo contra sí su propia conciencia, buscarian sólo aquello que pudiese encaminar su impunidad.» Esta fué la sustancia de lo que se trató en la primera junta. Despacháronse luégo mensajeros por las Galias á levantar los ánimos de aquella gente á la guerra, fingiéndose entre tanto obedientes para poder oprimir á Vocula, cogiéndole descuidado. El cual, aunque fué avisado, conoció luégo que le faltaban fuerzas con que refrenar aquellas provincias,

hallándose con las legiones deshechas y entre soldados poco fieles y conocidamente enemigos ocultos. Y así, pensando en lo que le estaba mejor hacer por entónces, escogió por el mejor expediente valerse tambien de la disimulacion y procurar la ruina de sus enemigos con las mismas artes que usaban contra él. Con esta resolucion bajó á la colonia Agripina, donde vino á él Claudio Labeon, aquel que dijimos que fué preso por los rebeldes y enviado á Frisa para tenerle apartado de sus juntas, y ahora se habia escapado sobornando las guardias. Este, pues, prometió que siempre que se le diese alguna gente de guerra iria á las tierras de los Batavos, y reduciria á la amistad romana á la mejor parte de aquella nacion: y así, dándosele para esto un número no grande de infantes y caballos, no atreviéndose á tentar cosa alguna contra los Batavos, hizo tomar las armas á algunos de los Nervios y de los Beta-sios (1), y más á escondidas que en forma de guerra descubierta, comenzó á inquietar á los Caninefates y á los Marsacos (2). Vocula, cebado engañosamente por los Galos, fué á buscar al enemigo.

No estaba muy léjos de los alojamientos viejos, cuando Clasico y Tutor, pasando adelante so color de descubrir la tierra, establecieron sus conciertos con los capitanes Germanos, y entónces fué la primera vez que separados de las legiones rodearon con trincheras particulares sus alojamientos, protestándoles Vocula, y diciendo: «que áun no tenian en tan miserable estado las guerras civiles al imperio romano que le hubiesen de menospreciar así los Treveros y Lingones: que les quedaban todavía las provincias leales, los ejércitos victoriosos, la fortuna del imperio y

(1) Vecinos de los *Nervios* y *Tungrios*: ocupaban una parte de lo que se llama en el dia el *Brabante*.

(2) Pueblos vecinos de los *Caninefates*, en la parte del país de los *Batavos* que es actualmente la *Nord-Holanda*.

los dioses vengadores: que de la misma suerte habian caido antiguamente Sacroviro y los Eduos, y poco ántes Vindice y las Galias, unos y otros oprimidos con el suceso de sola una batalla; y que así que los violadores de la paz y confederacion se desengañasen de que habian de tener contra sí los mismos dioses y los mismos hados: que harto mejor habian sido conocidos sus ánimos por el divo Julio y por el divo Augusto: que la blandura de Galba y la disminucion de los tributos les habian infundido alientos de enemigos: que ahora lo eran por la blanda y apacible servidumbre, mas que en siendo tratados como merecian y en viéndose desposeidos de sus haciendas, serian amigos.» Habiendo dicho Vocula estas cosas áspera y altivamente, viendo que Clasico y Tutor perseveraban en su traicion, volvió atras á Novesio, habiendo plantado los Galos su campo media legua distante del suyo: donde, con ocasion de la comunicacion que habia entre unos y otros, iban comprando los ánimos de los centuriones y soldados para que el ejército romano (maldad nunca vista ni oida) prestase juramento de fidelidad y obediencia á gente extranjera, y en prendas de tan gran maldad se obligasen á entregar á sus legados muertos ó presos. Vocula, aunque muchos le aconsejaban que se pudiese en cobro, pareciéndole que era mejor mostrar valor y atrevimiento, convocando la gente de guerra, les habló así:

«No me acuerdo haberos hablado jamás con más cuidado de vuestro propio interes ni con mayor descuido y seguridad del mio, porque oigo con gusto que se trate de darme la muerte, esperándola entre tantos males como fin de las miserias. De vosotros me avergüenzo, de vosotros me apiado, contra quien no se aparejan ejércitos, no batallas, cosas ordinarias de enemigos y derechos de las armas, sin que Clasico aspire á mover guerra al pueblo romano con vuestra ayuda, y haga ostentacion de querer transferir el imperio á las Galias, y de obligaros á procu-

»rarlo en virtud del juramento. ¿Fáltannos por ventura por-
»que el valor y la fortuna nos desampare ahora mil ejem-
»plos antiguos de cuántas veces las legiones romanas qui-
»sieron ántes morir que perder un dedo de tierra? ¿Nuestros
»confederados no han sufrido muchas veces la ruina de sus
»ciudades, el quedar abrasados ellos y sus mujeres é hijos,
»sin otro premio por fin de su constancia que la gloria de
»haberla tenido? ¿No sufren hoy en día nuestras legiones
»con mayor valor que nunca la hambre y los demas traba-
»jos de un largo cerco en los alojamientos viejos, sin que
»las hayan podido vencer con espantos ni con promesas?
»Nosotros á más de las armas y hombres, y de las gallar-
»das defensas con que estamos fortificados, tenemos toda
»suerte de granos y vituallas bastantes para cualquier lar-
»ga guerra. Dineros no podeis decir que faltan, pues no
»ha mucho que hubo hasta para daros el donativo, el
»cual, ora le conozcais de Vitelio, ora de Vespasiano, lo
»cierto es que le habeis recibido del emperador de Roma.
»Si es así que despues de victoriosos en tantas guerras,
»roto el enemigo tantas veces en Gelduba y en los aloja-
»mientos viejos, temeis ahora la batalla, cosa no ménos
»indigna en su tanto, todavía teneis reparos, áun os quedan
»murallas y artes de entretener la guerra hasta que vengan
»socorros y ejércitos de las provincias vecinas. Si acaso soy
»yo el que ofendo, no faltan otros legados y tribunos; go-
»biérneos cualquier centurion, cualquier soldado con tal que
»no se publique en el mundo un caso tan prodigioso, como
»que Civil y Clasico con vuestras fuerzas y consejo presu-
»man de acometer á Italia. Si los Germanos ó Galos os lle-
»van hasta los muros de Roma, ¿movereis vosotros por
»ventura las armas contra la patria? Horror le causa al
»ánimo la imaginacion de tal exceso y de tan execrable
»maldad. ¿A Tutor Trevero se harán las guardias? ¿Dará un
»Batavo la señal de batalla? ¿Suplireis vosotros y hareis
»mayor el número de las escuadras germánicas? ¿Qué sa-

»lida ó qué fin le imagináis despues á tanto exceso? Cuan-
»do os salgan al encuentro las legiones romanas, hechos
»de nuevo fugitivos sobre fugitivos, traidores sobre trai-
»dores, ¿qué hareis sino andar vagando, aborrecibles á los
»dioses, entre el nuevo y el viejo juramento? Ruégote con
»toda reverencia, oh Júpiter Optimo Máximo, á quien con
»tantos triunfos habemos adorado ochocientos y veinte
»años; á tí, Quirino, padre y fundador de Roma, si no os
»place que debajo de mi mano se conserven incorruptos
»y sin mancha estos alojamientos, yo os suplico á lo mé-
»nos que no permitais que sean contaminados y sucios por
»Tutor y por Clasico. Dad, os ruego, á los soldados roma-
»nos, ya que no entera inocencia, á lo ménos un arrepén-
»timiento tan presto que les llegue ántes del delito.»

Fué oída esta oracion con varios afectos de esperanza, de temor y de vergüenza. Y retirado de allí Vocula y tratando de dejar la vida, impidieron sus libertos y esclavos que con la voluntaria no previniese á una feísima muerte que se le aparejaba. Porque Clasico, enviando á Emilio Longino que habia desamparado la primera legion, le solicitó la muerte; contentándose respecto á los otros legados Erenio y Numisio con ponerlos en prision. Clasico, tomadas despues las insignias del imperio romano, se vino á los alojamientos. Y puesto que estaba ya endurecido en toda maldad, no le sirvió la lengua de más que de recitar las palabras del juramento. Juraron todos los que se hallaron presentes en su poder la conservacion del imperio de las Galias. Honró con honrosos cargos en la milicia al matador de Vocula; á los otros dió diversos premios, conforme los habian sabido merecer en el ejercicio de sus maldades. Dividido despues el cargo entre Tutor y Clasico, sitiando Tutor con buenas fuerzas á los Agripinenses, los recibió debajo de la obligacion del mismo juramento con todos los soldados que estaban sobre la ribera superior del Rhin. Muertos, pues, los tribunos que estaban en Ma-

guncia, y echado el prefecto del campo, por haber rehusado todos el juramento, mandó Clásico á los peores y más insolentes de los que se habian rendido que fuesen á los sitiados en los alojamientos viejos, mostrándoles cómo queriéndose acomodar al estado presente serian perdonados, y que haciéndolo de otra suerte podian perder toda esperanza, aparejándoseles hambre, hierro y muerte violenta; añadiendo los que habian sido enviados á todo esto el ejemplo de sí mismos.

Los sitiados, combatidos de la fe y de la necesidad, estaban suspensos y dudosos entre lo que convenia á su reputacion y entre la infamia de la maldad que se les proponia. Y dilatando la respuesta, les iban faltando los usados y desusados alimentos, habiendo comido ya las bestias de carga, los caballos de guerra y los demas animales, que de profanos y sucios, habia hecho comestibles la necesidad. A lo último, sacando á pura fuerza alguna sustancia de los ramos, raíces y hierbas nacidas entre las piedras, fueron ejemplo grande de miseria y de paciencia, hasta que vinieron á manchar su gloria y alabanza con un fin miserable y afrentoso, enviando embajadores á Civil pidiendo la vida. No fueron oidos sus ruegos hasta que hubieron prestado el juramento en favor de las Galias. Entónces, habiendo capitulado la presa y saco de los alojamientos, envió guardias para quitar á todos el dinero y las demas cosas de precio, con órden de reconocerlo todo y detener hasta los mozos de servicio y gente de bagaje, dando á los soldados alguna escolta, para que así desbaliados, los acompañasen. No habian caminado legua y media cuando dieron los Germanos sobre ellos, y hallándolos á todos descuidados, degollaron á los más atrevidos que hicieron valerosamente rostro sin moverse de un lugar. A muchos mataron tambien procurando salvarse por unas partes y por otras. Los demas vuelven huyendo al campo, quejándose á voces de Civil, y vituperando á los Germa-

nos de que con aquella maldad habian rompido la fe prometida. Estáse en duda si fué fingido aquel sentimiento, ó si realmente no pudo detener á los Germanos irritados en la crueldad. Saqueados, pues, los alojamientos, les pegan fuego, en el cual quedaron abrasados los que sobraron á la batalla ó mortandad pasada.

Civil, para cumplir el bárbaro voto (1) que hizo cuando tomó las armas contra los Romanos, habiéndole al fin satisfecho con el estrago de las legiones, se cortó el cabello rubio y peinado que traía. Díjose tambien que habiendo hecho traer delante de su pequeño hijuelo algunos prisioneros, hizo que por las tiernas manos del niño fuesen atravesados con saetas y con dardos. Entre tanto, ni quiso él ni consintió que ningun Batavo prestase el juramento por las Galias, confiándose en las fuerzas y poder de los Germanos, y pensando en sí que si acaso se habia de pelear por el supremo dominio con los Galos, era él el capitán de más esclarecida reputacion y se hallaba el más poderoso. Mumio Luperco, legado de una legion, se envió entre otros presentes á Veleda. Era Veleda una vírgen de nacion Brutera que señoreaba un extendido dominio, conforme á la costumbre antigua de los Germanos, que solian tener muchas mujeres por profetisas, las cuales, creciendo despues la supersticion, llegan hasta adorarlas como á diosas. Estaba entónces en gran aumento la autoridad y crédito de Veleda, porque habia pronosticado la prosperidad de los Germanos y la ruina de las legiones. Con todo eso

(1) Era este voto propio y peculiar de los Germanos. Así lo confirma el mismo Tácito cuando trata de sus costumbres: *Aliis Germanorum populis usurpatum, rara et privata cujusque audentia, apud Catos in consensum vertit, crinem barbamque committere, nec nisi hoste caso exuere votivum obligatumque virtuti oris habitum.* Esta costumbre la observaron religiosamente hasta la decadencia del imperio... Tambien se halla este uso á veces entre los Romanos, como lo dice Suetonio de J. César—*N. de la E. E.*

fué Luperco muerto en el camino. Algunos pocos centuriones y tribunos nacidos en las Galias se reservaron por prenda de la confederacion. Las guarniciones donde solian invernar nuestras legiones y las cohortes y caballos auxiliares, se abrasaron y destruyeron, dejando en pié solamente los de Maguncia y Vindonisa (1).

A la legion diez y seis, junto con los auxiliares que se habian rendido, se ordenó que de Novesio, á donde estaban, pasasen á la colonia de Treves, señalándoles el dia en que habian de hallarse fuera de los alojamientos. Durante este tiempo fué esta gente combatida de varios pensamientos: los más viles y para poco estaban espantados del ejemplo de los muertos en los alojamientos viejos, y los demás sangre en el ojo llenos de vergüenza considerando qué viaje habia de ser aquel, á quién llevarian por guía y por cabeza, y que estaban todas las cosas en arbitrio de aquellos á quien habian hecho señores de sus vidas y de sus muertes. Otros, curando poco de estas consideraciones, se ceñian al cuerpo y escondian donde mejor podian el dinero y las joyas de valor, los vestidos y las cosas de más estima. Otros cuidaban de alistar las armas y apercibir los dardos, como para entrar en batalla. Miétras estaban en esta variedad de imaginaciones llega la hora del partir, más dolorosa de lo que habian temido. Porque dentro de aquellos reparos no estaba tan aparente la bajeza del caso cuanto la mostraron despues la campaña y el dia. Veíanse arrancadas de su lugar las imágenes imperiales, plegadas las banderas romanas, sin lustre ni atavío, tremolando y resplandeciendo por unas partes y por otras las de los Galos; marchaba el ejército sepultado en triste silencio, como en pompa fúnebre. Diósele por guía y caudillo á Claudio Santo, tuerto de un ojo, cruel y horrible de rostro, aunque más contra-

(1) Cuartel de la legion veintiuna en Helvecia, en el Windisch, sobre el Reuss y cerca de su union con el Aar.

hecho de ingenio. Redoblóseles la afrenta despues que se mezcló con ellos otra legion, habiendo ántes desamparado los alojamientos de Roma; y divulgada la fama de las legiones cautivas, todos aquellos que poco ántes temblaban del nombre romano, dejando sus campos y sus casas, corrían confusamente por los caminos á solo apacentar la vista en tan inesperado espectáculo. No sufrió la banda de caballos Picentinos (1) el vergonzoso regocijo que con saltos y risadas iba mostrando el insolente vulgo; mas despreciadas las promesas y amenazas de Santo, toman el camino de Maguncia; y habiendo encontrado acaso con aquel Longino que mató á Vocula, empleando en él todos sus tiros, dieron principio á la satisfaccion que les convenia dar para lavar la mancha del furor pasado. Las legiones, sin torcer el camino, plantaron su alojamiento junto á los muros de Tréveris.

Ensoberbecidos Civil y Clasico con los sucesos prósperos, estuvieron dudosos sobre si darian á saco á sus ejércitos la colonia Agripina. Tiróbales á la destruccion de aquella ciudad su crueldad natural y codicia de la presa; repugnaba la razon de la guerra y el ser de singular provecho para los que dan principio á nuevos imperios el entrar con fama de clemencia. Hizo tambien doblar á Civil la memoria del beneficio recibido, habiendo los Agripinenses tratado honradamente á un hijo suyo, despues de haberle prendido en aquella colonia al principio de la rebelion. Pero las gentes de la otra parte del Rhin vivian con particular aborrecimiento á los de esta ciudad por envidia de sus grandes riquezas y repentino aumento. Y tenian por constante que no era posible acabarse la guerra, si no la hacian asiento comun para todos los Germanos, ó, resolvién-

(1) Llamábanse así, no del Picenum, hoy Marca de Ancona, sino de un país del mismo nombre, al Sud de la Campania, en el mar Tirreno.

dose en destruirla y arruinarla, no disipaban y esparcían á toda la nacion de los Ubios.

Los Tencteros pues, pueblos separados de Colonia sólo por los límites del Rhin, enviaron sus embajadores con órden de referir la embajada en presencia de todo el ayuntamiento de aquella ciudad, y llegados á ella, comenzando el más feroz, la declaró con estas palabras: «Muchas gracias damos á los dioses comunes y en particular á Marte, el mayor y más principal de todos, de ver que os habeis vuelto á juntar en el cuerpo y nombre Germánico: y junto con vosotros nos gozamos y alegramos de ver que, siendo libres, vivireis entre libres. Porque hasta este dia habian los Romanos cerrado los rios, la tierra y en cierta manera hasta el mismo cielo, á fin de quitar el comercio entre nosotros, ó verdaderamente, lo que es más afrentoso á hombres nacidos para las armas, porque así desarmados y casi desnudos, viviésemos debajo de guardias, rescatando por precio nuestras vidas. Mas para que nuestra amistad y confederacion sea estable y permanente, os pedimos que os resolvais en derribar con los muros de esta colonia los reparos, defensas y el castillo roquero de la servidumbre. Hasta los más fieros animales, si los tienen encerrados, se olvidan de su virtud y pierden su fortaleza y ferocidad: que mateis á todos los Romanos que se hallaren dentro de vuestra jurisdiccion, pues con dificultad se juntan en uno la libertad y el señorío: que las haciendas de los muertos se pongan en público y se dividan en comun para que nadie pueda esconder cosa alguna, ó apartar de los demas su causa: que sea lícito á nosotros y á vosotros el habitar las dos riberas del Rhin, conforme á la antigua costumbre de nuestros mayores; porque así como naturaleza dió la luz y las tinieblas á todos los hombres, asimismo hizo comunes todas las tierras á los varones fuertes y valerosos. Volved á cobrar los institutos, costumbres y culto de vuestra patria, sacu-

»diéndoos de los tributos con que los Romanos pueden
»más contra los que sirven, que con las armas. Con que
»siendo un pueblo puro y sincero, y olvidado de la servi-
»dumbre, ó sereis igual á todos, ó mandaréis á los demas.»

Los Agripinenses, tomado tiempo para consultar, visto que el temor de lo por venir no les daba lugar á la ejecucion de las condiciones, ni el estado presente sufría que se rehusasen á la descubierta, respondieron así: «La primera
»ocasion que se nos ha ofrecido para abrazar la libertad
»habemos tomado con mayor codicia que recato y consi-
»deracion, deseando juntarnos con vosotros y con los de-
»mas Germanos de nuestra sangre. Los muros de nuestra
»ciudad, juntando ahora con mayor vigor sus fuerzas los
»Romanos, seria antes más justo para nuestra seguridad
»fortificarlos que destruirlos. Los Italianos ó extranjeros
»de otras provincias, si algunos habia en nuestros térmi-
»nos, los ha consumido la guerra ó se han vuelto á sus ca-
»sas. A los que antiguamente se trujeron á esta colonia y
»con legítimos matrimonios se casaron entre nosotros, y á
»los que descenden de ellos, podemos decir que esta es
»su patria, y no os tenemos por gente tan inhumana y sin
»razon que querais que matemos á nuestros padres, her-
»manos é hijos. Los tributos y cargas por razon del co-
»mercio están ya quitadas; sean muy en buen hora los pa-
»sos libres y comunes á todos; pero solamente de dia y
»para gente sin armas, hasta que estas nuevas leyes se
»vayan acreditando y tomando fuerza con la costumbre.
»Tendremos por nuestros árbitros á Civil y Veleda, ante los
»cuales se podrán confirmar las capitulaciones.» Ablanda-
dos con esto los Tencteros, se enviaron diputados por am-
bas partes cargados de presentes para Civil y Veleda, y al
fin se concluyó todo muy á gusto de los Agripinenses. No
se les permitió á los embajadores el presentarse delante
de Veleda ni hablar con ella. Prohibíase con gran cuidado
su vista, por tener á su fama en mayor veneracion; y á

esta causa vivía en una altísima torre, y un pariente suyo, escogido entre los demas, llevaba y volvía las consultas y respuestas, como mensajero de alguna deidad.

Civil, aumentado de fuerzas con la confederacion de los Agripinenses, determinó de tentar con inteligencias á las otras ciudades comarcanas, hasta con las armas si era menester; y habiéndose apoderado de los Sunicos, y levantado cohortes de aquella juventud, le impidió el hacer otros progresos Claudio Labeon, con una multitud de Betasios, Tongros y Nervios recogidos tumultuariamente, confiándose en el puesto por haber ocupado el puente de la Mosa (1). Peleábase en aquellos lugares estrechos sin ventaja, hasta que los Germanos, pasando á nado el rio, acometieron á Labeon por las espaldas. Y junto con esto, Civil, ó por su atrevimiento ó por inteligencia que tuviese con los Tongros, metiéndose de golpe en su escuadron, les dijo en alta voz estas palabras: «No habemos emprendido la guerra para que los Batavos ó los Treveros manden á las otras naciones. Apártese de nosotros tal arrogancia. Vuestra compañía pedimos y vuestra confederacion. A vosotros me paso como más me quisiéredes, ó por capitán ó por soldado.» Comenzaba el vulgo á moverse y á envainar las espadas, cuando Campano y Juvenal, dos de los más principales de los Tongros, se pasaron á él con toda su nacion. Huyó entre tanto Labeon ántes que pudiesen echarle mano. Civil, recibidos debajo de su fe á los Betasios y Nervios, les juntó con lo demas de su gente, cobrando por momentos más reputacion con esto y con irsele entregando muchas ciudades, unas perdidas de ánimo, y dándosele otras voluntariamente.

Julio Sabino entre tanto, animado de la memoria vana de su origen romano (2), se hace saludar por César. Y

(1) Se cree que este lugar sea Maestricht.

(2) (El original dice: *projectis fœderis romani monumentis*; destrozados los monumentos de la alianza (de los Lingones) con

recogida una gran turba desordenada de aquellos pueblos, la lleva sobre los Secuanos (1), ciudad confinante suya y muy fiel á nosotros. No rehusaron la batalla los Secuanos, en la cual, ayudando á los mejores la fortuna, quedaron rotos los Lingones. Sabino, con temor igual á la prisa que tuvo de venir á las manos temerariamente, desamparada la batalla, y por adquirir fama con la muerte, quemó la aldea donde se habia retirado, con que se creyó que habia acabado allí voluntariamente: mas despues diremos en su lugar las trazas que tuvo y el escondrijo que buscó para alargar la vida otros nueve años, y juntamente la constancia de sus amigos, y el señalado ejemplo de su mujer Eponina. El próspero suceso de los Secuanos entibió el fervor de la guerra. Iban las ciudades poco á poco cayendo en la cuenta y echando de ver lo que les era más lícito y honesto, y las confederaciones y alianzas que hasta allí habian tenido con los Romanos, á ejemplo de los de Rems, los cuales fueron los primeros que hicieron publicar por las Galias que todos enviasen sus diputados para consultar en comun lo que les estaba mejor, la libertad ó la paz.

Publicadas pues en Roma todas estas cosas mucho peores de lo que eran, trabajaban grandemente el ánimo de Muciano: porque aunque estaban elegidos por cabezas de aquella guerra Anio Galo y Petilio Cerial, no le parecian sujetos suficientes para llevar el peso de ella. Por otra parte, veia que no era cordura dejar á la ciudad sin gobernador, injusto el fiarla de los apetitos desordenados de Domiciano. Eranle sospechosos, como dicho es, Antonio Primo y Arrio Varo. Varo era prefecto de los pretorianos,

Roma). Esos monumentos eran las tablas públicas ó columnas donde se grababan los tratados.

(1) Habitaban el país que fué llamado despues el Franco Condado. Además se extendian bastante por el lado del Saona y del Rhin.

y á esta causa tenía en su poder las armas y la fuerza; para cuyo remedio se resolvió Muciano en quitarle el cargo, dándole, porque no quedase descontento del todo, el de comisario de las provisiones de trigos: y por dar satisfaccion á Domiciano, que amaba algun tanto á Varo, proveyó la prefectura del pretorio en Aretino Clemente (1), deudo de Vespasiano por afinidad y gran privado de Domiciano, diciendo que su padre habia ejercitado con gran satisfaccion aquel cargo en tiempo de Cayo César; que era muy agradable á los soldados la memoria de aquel hombre, y que aunque era senador, sabria cumplir bastantemente con ambos oficios. Llamóse para esta jornada toda la gente más ilustre y más noble de la ciudad, y de los otros los que lo procuraron. Poníanse en órden Domiciano y Muciano, aunque con diversos intentos. Domiciano apresurado por la juventud y esperanzas, y Muciano poniendo dilaciones con que ir entreteniendo el ardor del mozo, para que con la ferocidad de sus pocos años y con los ruines terceros, cuando tuviese el ejército en su poder, no se arri-mase á ruines consejos en las necesidades de la paz y de la guerra. La sexta y octava de las legiones vencedoras (2), la veintiuna de las Vitelianas, y de las levantadas de nuevo la segunda, se enviaron hácia los Peninos y los Alpes Cotianos, y parte por el monte Grayo. Mandáronse venir de la Bretaña la legion catorce, y de España la primera y la tercera. Divulgada, pues, la fama de la venida de

(1) Hubo dos Clementes, parientes entrambos, el uno por parte de las mujeres, y el otro por parte de padre, de Domiciano, y condenados á muerte por este príncipe; Aretino, del cual habla Tácito, probablemente por haber sido cómplice de sus crímenes; el otro, que es el que la Iglesia honra con el título de San Clemente mártir, por haber muerto por la fe.

(2) La traduccion literal y acaso más propia sería: *las legiones vencedoras sexta y octava*. Aquella habia vencido á los Dacios á las órdenes de Muciano, y esta última habia combatido en la batalla de Cremona.

este ejército, como por su misma naturaleza son inclinadas á los más sanos consejos las ciudades de las Galias, ordenaron su junta en Rems, donde se esperaban los embajadores de los Treveros, entre los cuales se hallaba Tullio Valentino, acérrimo instigador de guerra. Este, siendo hombre pronto á mover sediciones y agradable á muchos por su desconsiderada elocuencia, no dudó de vomitar en una estudiada oracion todo aquello que puede oponerse á los grandes imperios, añadiendo graves injurias, y mostrando conocido aborrecimiento contra el pueblo romano.

Mas Julio Auspice, uno de los principales de Rems, discurrendo de las fuerzas de Roma y de los bienes de la paz, y advirtiendole que la guerra era ordinariamente procurada y deseada por los cobardes y viles, y ejecutada con el trabajo y peligro de los más valerosos, y que ya tenían á las legiones sobre sus cabezas, refrenó á los más sabios con el respeto de la fe prometida, y á los más mozos con el peligro y con el miedo; y dió á todos ocasion de alabar el ánimo de Valentino, y de seguir el consejo de Auspice. Es cosa cierta que á los Treveros y Lingones dañó mucho para con los Galos el haber seguido á Verginio en los movimientos de Vindice. A muchos apartó de la confederacion la competencia de las provincias sobre quién habia de ser cabeza de la guerra, de dónde se habian de tomar las leyes y los agüeros, y sucediendo bien todas las cosas, cuál habia de hacerse silla del imperio. No tenían aún la victoria y ya discordaban sobre el modo en que la habian de gozar; y para obtener la primacia sacaban unos á plaza sus confederaciones, otros sus riquezas, otros su poder, muchos la antigüedad de su origen, y hasta de haberse rebelado más veces se jactaban. Tal, que por el enfado de las cosas por venir, se contentaron al fin con las presentes. Escribióse á los Treveros en nombre de las Galias que dejasen las armas; que no tenían por qué desconfiar del perdon, ofreciéndose por intercesores cuando diesen muestras de

arrepentimiento. Pero el mismo Valentino hizo resistencia, tapando los oídos de su patria, y atendiendo más á hacer continuos y prolijos parlamentos al pueblo, que á prevenir lo necesario para la guerra.

Y así ni los Treveros, ni los Lingones, ni las otras ciudades rebeldes procedían conforme á la grandeza del peligro que habían tomado sobre sí; ni tampoco las cabezas tenían cuidado de juntarse para conferir y resolver las cosas tocantes á la guerra. Solo Civil por caminos inusitados y desiertos andaba rodeando las tierras de los Belgas, deseando prender á Claudio Labeon, ó por lo ménos estorbarle sus intentos. Y Clásico, estándose casi siempre en floja ociosidad, atendía solamente á gozar del imperio, como si ya le hubiera conquistado. Ni Tutor fué diligente en cerrar con presidios la ribera superior del Rhin, ni en tomar los pasos estrechos de los Alpes; con que dió lugar á que pasase por Vindonisa la legion veintiuna, y por la Retia Sextilio Felice con las cohortes auxiliares, á quien se juntó la banda de caballos singulares (1) levantada ántes por Vitelio, y pasada despues en favor de Vespasiano. Gobernábala Julio Brigantico, hijo de una hermana de Civil, el cual, como es excesiva la enemistad entre parientes, era aborrecido del tío, y gran su enemigo. Tutor, aumentadas las escuadras de Treveros con la nueva leva que hizo de Vangiones, Caracatos y Tribocos, las reforzó con infantes y caballos veteranos, habiendo ganado las voluntades de los legionarios, parte con la esperanza y parte con el temor; los cuales degollaron al principio una cohorte que enviaba delante Sextilio Felice. Mas despues, acercándose los capitanes y ejércitos romanos, con una honesta fuga se reincorporaron con ellos, siguiéndolos los

(1) Según Hygin, los singulares eran un cuerpo de caballería cuyo servicio era bastante parecido al de los pretorianos y que acampaba á su izquierda.

Vangiones, Tribocos y Caracatos. Tutor, acompañado de solos los Treveros y apartándose de Maguncia, pasó á Bingen (1), confiado en el puesto de aquel lugar por haber rompido la puente del rio Nava (2). Mas con la llegada de las cohortes que guiaba Sextilio, hallado el vado y dando sobre él, fué roto y puesto en huida. Quedaron amedrentados de este suceso los Treveros, cuya plebe, dejadas las armas, comenzó á derramarse por los campos. Y algunos de los principales, por dar á entender que habian sido los primeros en retirarse de la guerra, se recogieron en las ciudades que hasta entónces no se habian apartado de la confederacion romana (3). Las legiones que, como dijimos arriba, de Novesio y de Bona, á donde estaban, llevó Claudio Santo á Tréveris, ellas mismas de su propio motivo hicieron el juramento de fidelidad por Vespasiano. Sucedieron estas cosas en ausencia de Valentino, el cual, lleno de furor, volvia otra vez con intento de turbarlo y alborotarlo todo. Mas las legiones se retiraron á los Mediomatrices, una de las ciudades confederadas nuestras. Valentino y Tutor hicieron volver á tomar las armas á los Treveros, haciendo matar á Herenio y á Numisio, legados, á quienes hasta allí habian tenido en prision, para que las ataduras de esta maldad los apretase á hacer el deber, como gente á quien faltaba toda esperanza de perdon.

Este era el estado en que se hallaban las cosas de la guerra, cuando llegó á Maguncia Petilio Cerial; por cuya venida comenzaron á levantarse las esperanzas de los leales. Él, mostrándose deseoso de pelear, y más aparejado á no estimar al enemigo que á guardarse de él, animaba y encendia á los soldados con la ferocidad de sus palabras, prometiéndoles de no perder ocasion alguna, ni diferir el

(1) En el dia Bingen.

(2) Actualmente el Nahe, en cuya orilla izquierda estaba Bingen, que se levanta hoy en la derecha.

(3) Por ejemplo, los de Reims, los Mediomatricos, los Secuanos.

llegar á las manos. Vuelve á enviar á sus casas á los soldados de socorro levantados últimamente en las ciudades de las Galias, mandándoles que les dijese que al imperio le bastaban solamente las legiones; que los compañeros volviesen en buena hora á los ejercicios de paz, con la seguridad que si dejaran acabada la guerra, pues era lo mismo haberse encargado de ella los Romanos. Aumentó esto mucho la obediencia de los Galos; porque habiendo vuelto á cobrar su juventud, sufrían despues más voluntariamente los tributos, haciéndolos más prontos á servir el verse ménos estimados. Mas Civil y Clasico como supieron que Tutor habia sido roto, los Treveros degollados, y que se encaminaban prósperamente las cosas por el enemigo, miéntras medrosos se apresuran á juntar sus fuerzas que estaban derramadas por várias partes, advirtieron muchas veces á Valentino que no aventurase con la batalla la suma de las cosas. Por esto mismo Cerial, enviando con toda diligencia á los Mediomatrices quien encaminase por el camino más corto las legiones contra el enemigo, juntando él todos los soldados que estaban en Maguncia y cuantos habia traido consigo, en tres alojamientos llegó á Rigodulo (1), donde se hallaba alojado Valentino con las fuerzas de los Treveros, ceñido por todas partes de montes ó del rio Mosela: y á más de esta fortificacion habia añadido fosos, y en donde era menester, trincheras de piedras muy grandes. No detuvieron estas defensas al capitán romano, ni le impidieron que no arrojase su infantería la vuelta dellas, y plantase en lo alto del monte las tropas de caballos, menospreciando al enemigo, y echando de ver, que siendo toda aquella gente colecticia y juntada con mayor temeridad que prudencia, no le podia ayudar tanto la fortaleza del puesto que bastase á resistir al valor de los suyos. Halló la infantería alguna dificultad en la su-

(1) A unas dos leguas de Tréveris.

bida del monte, ofendida algun tanto la vanguardia de las saetas y dardos del enemigo. Mas llegando á poder menear las manos de cerca, comenzaron los contrarios á caer despeñados por aquellos precipicios, derribándolos nuestra gente como quien derriba algunas murallas y edificios antiguos; y parte de la caballería, entrando en el campo enemigo por los lugares más accesibles, despues de haber hecho algunos rodeos, tomaron en prision á los más nobles de los Belgas, y entre ellos á Valentino, su capitán.

Entró Cerial el dia siguiente en Tréveris, y mostrándose los soldados todos codiciosos de la ruina de aquella ciudad, decian: «que era aquella la patria de Clasico y de Tutor, por cuya maldad habian sido cercadas y despues degolladas las legiones: que no mereciendo tan gran castigo las culpas de Cremona, sólo porque dió ocasion á que se dilatase á los vencedores una sola noche la victoria, fué arrebatada del regazo de Italia: que aquella silla del enemigo se estaba entera en los confines de Germania, triunfando de los despojos de los ejércitos y de la muerte de los capitanes: que se contentaban y venian en que toda la presa fuese del fisco, no pidiendo ellos otra cosa sino que les dejasen abrasar y destruir aquella rebelde colonia en recompensa de la destruccion de tantos alojamientos militares.» Mas Cerial, atribuyendo á gran afrenta suya el entrar en opinion de hombre que alimentaba la disolucion y crueldad de los soldados, refrenó su enojo: y ellos, habiéndose enseñado á ser más modestos en las guerras extranjeras, despues de haber dejado las civiles, obedecieron. Divirtió también los ánimos militares de este pensamiento el aspecto miserable de las legiones que se habian hecho venir de los Mediomatrics. Estaban todos por la conciencia de su maldad tristes y con los ojos clavados en tierra. No hubo salutacion alguna de una parte á otra al juntarse los ejércitos, ni tan solamente se atrevian á responder á quien los consolaba ó animaba, escondi-

diéndose por las tiendas, y huyendo de la misma luz. Y no los atemorizaba ni afligia tanto el peligro cuanto la deshonra y vergüenza: mostrándose tambien atónitos los vencedores, y no atreviéndose á hablar ó á rogar, pedían perdon con las lágrimas y con el silencio, hasta que Cerial los consoló, diciendo: «que á sólo la fuerza del hado debía atribuirse todo aquello que por discordia de los soldados ó capitanes, ó por engaño de los enemigos había sucedido hasta entónces: que tuviesen á aquel dia por el primero del sueldo y juramento militar, pues de los yerros pasados ni el emperador ni él tendrían memoria.» Con esto, recibidos y alojados en los mismos cuarteles, se pregonó por todo el campo que ninguno en sus diferencias y rencillas particulares diese en rostro á su compañero con la sedicion ó con el vencimiento pasado.

Y habiendo llamado despues á los Treveros y Lingones, los habló así: «Aunque no hice jamás profesion de la elo-
»cuencia, contentádome con haber mostrado por las ar-
»mas el valor del pueblo romano, todavía, sabiendo que
»por vosotros se tiene gran cuenta con las palabras, y el
»bien y el mal se estiman, no por su naturaleza, sino con-
»forme á las voces de los sediciosos, he determinado de
»deciros algunas pocas cosas; las cuales, fenecida la guer-
»ra, os será á vosotros de más provecho el haberlas oido
»que á mí el haberlas dicho. No entraron en vuestras tier-
»ras ni en los términos de los otros Galos los emperadores
»y capitanes romanos por ningun deseo desordenado, sino
»llamados por vuestros antecesores, á quien sus propias
»discordias fatigaban hasta la misma muerte, y porque los
»Germanos, llamados en su socorro, habian puesto en ser-
»vidumbre igualmente á amigos y enemigos. Harto noto-
»rio es al mundo con cuántas batallas contra los Cimbrós,
»contra los Teutones; con cuánto trabajo de nuestros ejér-
»citos, y finalmente con qué suceso habemos tratado la
»guerra de Germania. Ni nos habemos alojado sobre las ri-

»beras del Rhin para defensa de Italia, sino para estorbar
»que no viniese otro Ariovisto á usurpar el reino de las
»Galias. ¿Creereis vosotros por ventura que sois más caros
»á Civil, á los Batavos y Transrhenanos, que no lo fueron á
»sus mayores vuestros padres y abuelos? Vivirán siempre
»en la Germania las mismas causas de pasar en las Galias;
»pues no son otras que sus apetitos, su codicia y el deseo
»de mudar de asiento, para que, dejados sus pantanos y
»desiertos, puedan apoderarse de estas fertilísimas provin-
»cias y de vosotros mismos; por mas que se hayan servido
»siempre del nombre de libertad y de otros no ménos apa-
»rentes, y por mas que sea este estilo y lenguage comun
»en todos los que cautelosamente tratan de reducir á los
»otros á servidumbre.

»Siempre hubo reinos en las Galias hasta que venistes á
»nuestro dominio. Nosotros, aunque tantas veces provo-
»cados, no habemos usado jamás de otros derechos de la
»victoria, sino solo de los que no podian excusarse para
»conservar la paz. Porque ni puede el mundo estar quieto
»sin el presidio de las armas, ni éstas se pueden susten-
»tar sin sueldos, ni los sueldos sin tributos. Todas las de-
»mas cosas son comunes entre nosotros: vosotros presidís
»y mandais muchas veces á nuestras legiones y gobernais
»estas provincias y otras. No tenemos cosa escondida ni
»separada de vosotros, con quien, gozando igualmente de
»los buenos príncipes aunque esteis léjos, padecemos mu-
»cho más nosotros con los ruines, los cuales de ordinario
»se muestran más crueles con los que tienen cerca. Como
»se sufren la esterilidad de la tierra, excesivas lluvias,
»tempestades y los demas accidentes de naturaleza, así
»debeis vosotros sufrir los desórdenes y la avaricia de los
»que gobiernan. Miéntas hubiere hombres ha de haber
»vicios; pero tampoco estos serán continuos; pues muchas
»veces se recompensan estos trabajos con interponerse
»otros mejores, si ya no es que esperais más apacible do-

»minio reinando Tutor y Clasico, ó que os parezca que se
 »pueden juntar ejércitos bastantes á tener apartados á los
 »Bretones y Germanos con menores tributos de los que
 »pagais ahora: porque despues de echados los Romanos
 »(no lo permitan los dioses), ¿habria otra cosa entre todas
 »las naciones que guerra y más guerra? Ochocientos y más
 »años ha ido en aumento esta inmensa máquina del pueblo
 »romano solo con su fortuna y disciplina, y no hay que pen-
 »sar que puede dar en tierra sino con la destruccion y
 »ruina total de los que presumieren derribarla. Mas en
 »cualquier caso sereis vosotros los que correis mayor peli-
 »gro, poseyendo como poseeis oro y riquezas, principales
 »causas y ocasiones de las guerras. Amad, pues, y reveren-
 »ciad la paz y á la ciudad de Roma; á quien con igual au-
 »toridad poseemos los vencidos y los vencedores. Sirvaos
 »de nobilísimo ejemplo la experiencia de entrambas fortu-
 »nas, y muévaos á no querer ántes la desobediencia con la
 »ruina, que la obediencia con la seguridad.» Con esta ora-
 »cion aseguró y animó á los que se temian de mayor cas-
 »tigo.

Estaba todavía en los Treveros el ejército victorioso, cuando llegaron cartas de Civil y de Clasico para Cerial en esta sustancia: «que sabian muy bien que Vespasiano era muerto, por más que procuraban tener secreto el aviso: que toda Italia y la misma Roma estaban consumidas en guerras civiles: que Muciano y Domiciano eran ya solamente nombres vanos y sin fuerza alguna: que si Cerial queria para sí el imperio de las Galias, que ellos vivirian contentos sólo con los términos de sus ciudades; pero que si todavía gustaba más de proseguir la guerra, no estaban puestos en rehusarla.» No respondió cosa alguna Cerial á estas cartas de Civil y Clasico; ántes las envió luego á Domiciano junto con el que las trujo. Luégo los enemigos, que hasta allí habian tenido divididas sus gentes, comenza- ron á juntarse por todas partes y á venir cargando sobre

él; no sin culpar muchos á Cerial de que hubiese querido ántes guardar á los rebeldes juntos, que acabarlos y destruirlos separados. El ejército romano se fortificó de fosos, trincheras y estacada en el propio alojamiento, donde hasta entónces habia estado inconsideradamente poco seguro. Habia entre los Germanos gran diversidad de pareceres.

Quería Civil que se esperasen los de allá del Rhin para acabar de quebrantar del todo las fuerzas romanas, atemorizadas ya de atras con el terror de esta gente. Porque de los Galos, ¿podia esperarse otra cosa que el ser presa del vencedor? Y con todo eso estaban de su parte á la descubierta, ó por lo ménos con la inclinacion los Belgas, que son el nervio de aquellas naciones. Tutor en contrario afirmaba «que con la dilacion crecia la potencia romana por medio de los ejércitos que se les iban juntando de todas partes; pues de la Bretaña habia pasado ya una legion, de España se esperaban dos, y de Italia venian marchando otras muchas tropas: no milicia nueva y colecticia, sino soldadesca vieja y ejercitada en muchas guerras: que los Germanos, á quien deseaba que se aguardase, no era gente que se dejaba gobernar, ántes querian hacer siempre todas las cosas á su gusto; y que el dinero con que solamente se gana y se corrompe aquella nacion, no habia duda en que lo tenian en mucha mayor abundancia los Romanos; y ninguno hay tan dado á la guerra é inclinado á las armas que al mismo precio no escoja ántes la quietud que los peligros. Donde, si luego eran acometidos, no tenía Cerial otras legiones que las que habia cobrado de las reliquias del ejército Germánico, y éstas obligadas al juramento de confederacion con las Galias, y que lo mismo en que podian fundarse de haber desbaratado poco ántes contra su propia esperanza la gente mal práctica y peor en órden de Valentino, les serviria á los soldados y al capitan de un poderoso incentivo á la temeridad: que atreviéndose segunda vez á mostrar el rostro, caerian en manos, no de un mozuelo

inexperto, más apto para hacer arengas y estudiar oraciones que para mandar ejércitos y manejar las armas, sino en las de Civil y Clasico, á cuya vista les volveria sin duda el temor la memoria de la huida, de la hambre y la del deseo de la vida, tantas veces rescatada con humildes ruegos. Finalmente, que ni los Treveros ni los Lingones se podia decir que estaban con ellos por benevolencia ó por aficion, y que en pasándoseles el miedo, volverian á tomar las armas.» Atajó la diversidad de pareceres Clasico, aprobando el consejo de Tutor, y luégo se puso en ejecucion.

A los Ubios y á los Lingones se dió el cuerpo de la batalla; el cuerno derecho se formó de las cohortes de Batavos, y el siniestro de los Bruteros y Tenteros; y una parte de ellos por los montes, y otros entre el camino y el rio Mosela acometieron tan de impróviso á los nuestros, que Cerial desde su aposento y desde su cama (no habiendo dormido aquella noche en el campo), oyendo las relaciones de los que le advertian de que se peleaba y que los suyos iban de vencida, reprendiendo la vileza y miedo de quien le traia aquellos avisos, estuvo incrédulo hasta que tuvo delante de los ojos la mortandad y estrago. Vió, pues, entrados los alojamientos, rotos los caballos, y que el enemigo se habia apoderado ya del puente sobre la Mosela, por donde se comunican los de una parte de aquella colonia con los de la otra. Y no faltándole el ánimo, por más que vió turbadas y casi perdidas del todo las cosas, haciendo detener á los que huian con las manos y con voces, desarmado él y casi desnudo, se arroja con dichosa temeridad por entre las armas y tiros de los que peleaban; con que acudiéndole allí los más valerosos, volvió á ganar el puente; y dejando en él guardia de gente escogida, volviendo de nuevo al campo, vió las escuadras de las legiones que se rindieron al enemigo en Novesio y en Bona, desordenadas, con pocos soldados en defensa de las bande-

ras y casi perdidas del todo las águilas. Encendido con esto en ira y en furor, «¿qué es esto? les dijo; ¿pensais »que desamparais á Vocula ó á Flaco? No hay aquí traicion »alguna, ni yo me debo disculpar de otra cosa que de ha- »ber creído que estábades ya olvidados de la confederacion »hecha con los Galos, ó persuadídome á que os quedaba »alguna memoria del sacramento prestado al imperio ro- »mano. ¿Por ventura entraré yo en la cuenta con los Numi- »sios y los Herenios, para que se pueda decir que mueren »á vuestras manos todos los legados, ó á las de los ene- »migos por vuestra culpa? Id y referid á Vespasiano ó, lo »que os vendrá más á cuento, á Civil y á Clasico que ha- »beis desamparado en la batalla á vuestro capitán: vendrán »otras legiones que no me dejarán á mí sin venganza, ni á »vosotros sin castigo.»

Eran verdaderas estas cosas, y replicándose las igual- mente los tribunos y prefectos, hacen rostro, ordénanse cohorte por cohorte, escuadra por escuadra; porque peleando dentro de los reparos, impedidos de las tiendas y del bagaje, con el enemigo esparcido por todas partes, no se podían tender en escuadron formado. Tutor, Clasico y Civil, cada uno por su parte exhortaba á los suyos á la pelea, instigando á los Galos con la libertad, á los Batavos con la honra y á los Germanos con la presa. Estuvo, finalmente, todo por ellos hasta que la legion veintiuna, ordenada en más ancho espacio que las otras, sostuvo primero, y despues rechazó el impetu del enemigo: de tal manera, que mudándose en un instante los ánimos, no sin ayuda divina, volvieron los vencedores las espaldas. Decían haber sido aterrados con la vista de las cohortes, las cuales, esparcidas al primer acometimiento, volvieron á hacer rostro en la cumbre del monte, dando muestras de nuevo socorro. Pero lo que dañó á los que ya iban venciendo no fué otra cosa que su desórden y mal gobierno; porque en lugar de seguir al enemigo, comenzaron todos á cebarse

con la presa. Cerial, así como por su negligencia lo había puesto casi todo en ruina, así también lo recuperó con su constancia. Y siguiendo valerosamente la fortuna, en aquel mismo día tomó y deshizo los alojamientos enemigos.

No se concedió más largo reposo á los soldados, porque los Agripinenses pedían con gran instancia socorro, y ofrecían á la mujer y á la hermana de Civil y á la hija de Clasico, dejadas allí por prenda de la confederacion; y entretanto, por no estar ociosos, habían muerto á todos los Germanos que tenían repartidos por las casas. De aquí les procedía el temor, y se daba por legítima la causa de satisfacer á sus ruegos, socorriéndolos ántes que reparados los enemigos de fuerzas, se dispusiesen á nuevas esperanzas ó á vengar el agravio. Porque Civil también había vuelto allá su ánimo, y no sin fuerzas considerables: quedándole todavía enteras las tropas de la gente más valerosa y ardiente de su ejército, que eran los Caucios y Frisones. Hallábase ya en Tolbiaco (1), plaza situada en los confines Agripinenses, cuando le divirtió de su empresa la triste nueva que tuvo de que la cohorte había sido acabada toda por engaño de los Agripinenses; los cuales, viendo á los Germanos sepultados en el sueño y en el vino, habiéndolos cerrado las puertas de las casas donde estaban, pegándoles fuego los abrasaron á todos. Por esto también apresuró el socorro Cerial, haciendo marchar algunas tropas con gran diligencia. Detuvo también á Civil el temor que la legion catorce, juntándosele las fuerzas marítimas de la Bretaña, no acometiese á los Batavos por la parte que están rodeados del Océano; pero no fué así, porque Fabio Prisco, legado de esta legion, la llevó por tierra contra los Nervios y Tongros, y

(1) Hoy Zulpich, y por contraccion Zulch, en el camino de Tréveris á Colonia. Lugar célebre por la victoria alcanzada por Clodoveo sobre los alemanes y que determinó, según se cree, su conversión al catolicismo.

recibió la obediencia de sus ciudades: con que acometida la armada por los Caninefates, tomaron y echaron á fondo la mayor parte de ella, y ellos mismos rompieron una gran multitud de Nervios que voluntariamente habian tomado las armas en favor de los Romanos. A más de esto, tuvo Clásico otra buena suerte, peleando con la gente de á caballo que Cerial enviaba delante á Novesio; de suerte que estos daños, aunque pequeños, por venir tan á menudo disminuian mucho la fama de la victoria poco ántes ganada.

En estos mismos dias hizo morir Muciano al hijo de Vitelio, con color de que vivirian siempre las discordias miéntras no se acabase de quitar la semilla de la guerra. Ni sufrió que Antonio Primo fuese de los nombrados para acompañar á Domiciano, sospechando mucho del favor militar para con él, y de la soberbia del hombre no acostumbrado á sufrir iguales, cuanto y más superiores. Antonio pues, yéndose á Vespasiano, puesto que no fué recibido por él con el acogimiento que esperaba, no le miró con malos ojos. Era combatido en su ánimo el emperador de varios respetos: por una parte, de los merecimientos de Antonio, á cuyo valor sin duda se debia el fin de aquella guerra; y por otra, de las cartas de Muciano y de muchos ruines oficios de otros, que como á hombre inquieto y soberbio le perseguian, ayudando á ello tambien la memoria de su vida pasada. Ni él de su parte dejaba de ganar cada dia más enemigos con traer ordinariamente á la memoria de todos sus encarecidos merecimientos, dando en rostro á los demas con su cobardía y negligencia, y á Cecina con que era un cautivo y rendido á discrecion. De donde comenzó poco á poco á perder el crédito y á ser ménos estimado, quedándole todavía en apariencia la amistad del príncipe.

8 | En aquellos meses que Vespasiano se entretuvo en Alenjandria esperando á que la mar se sosegase y sopla-

sen los vientos del estío, sucedieron muchos milagros que testificaron el favor de los cielos, y una cierta buena inclinacion de los dioses para con él. Un hombre de la plebe alejandrina, harto conocido por su ceguera, arrodillándosele delante y pidiendo con grandes llantos y gemidos remedio á su trabajo, afirmando ser aquella la voluntad del dios Serapis, á quien tiene en gran veneracion aquella gente supersticiosa, suplicaba con gran instancia al principe que se dignase de mojarle con la saliva de su boca los párpados y niñas de los ojos. Otro, manco de una mano, alegando el mandamiento del mismo dios, pedia el ser pisado con la planta del pié de César. Reíase al principio Vespasiano haciendo gran burla de semejantes pretensiones; mas instando ellos siempre, comenzó unas veces á temer la fama de ser tenido por hombre que se creia de ligero, otras á entrar en esperanza á fuerza de los ruegos y adulaciones de los circunstantes. Finalmente, manda á los médicos que consulten sobre si aquella ceguera y manquedad se podian curar por medios humanos. Discurrieron váriamente los médicos y resolvieron que, no habiéndosele apagado al ciego totalmente la virtud visiva, si le quitaban los impedimentos era posible restituirle la vista; y que al manco, habiéndosele encogido los nervios, con aplicarle medicamentos saludables, podia tambien cobrar salud; añadiendo que por ventura era aquello voluntad de los dioses, y que tenian ya escogido al principe para aquel divino ministerio; en el cual, si la salud tenia efecto, seria de César la gloria; y no teniéndole, de aquellos miserables el escarnio. Con esto Vespasiano, prometiéndose aquello y mucho más de su buena fortuna, y no teniendo ya en órden á ella cosa alguna por imposible, con rostro alegre, en presencia de gran multitud de pueblo que estaba presente, ejecuta el mandamiento que referian ser de los dioses. Restituyósele con esto al manco el uso de su brazo, y al ciego la luz del dia. Cuentan hoy entrambas cosas los que se hallaron pre-

sentes, no teniendo para qué esperar premio alguno de la mentira.

¶ Vinole de aquí á Vespasiano mayor voluntad de visitar aquel sagrado lugar, deseoso de consultar allí sobre las cosas del imperio. Y llegado á él, mandando salir á todos del templo y quedando solo, miéntras estaba en profunda meditacion de aquella deidad, echó de ver que tenía á las espaldas á uno de los principales de Egipto llamado Basilides, el cual sabía muy bien él que estaba apartado muchas jornadas de Alejandría, y en aquella sazón enfermo. Pregunta á los sacerdotes si Basilides habia entrado aquel dia en el templo; infórmase de cuantos encuentra si le habian visto en la ciudad. Finalmente, enviando para esto gente de á caballo, se vino á averiguar que en aquel mismo punto que Vespasiano le vió en el templo, estaba apartado veinte leguas de allí. Entónces echó de ver que aquella habia sido vision divina, y por el nombre de Basilides (1) interpretó la fuerza de la respuesta.

El origen de este dios no ha sido hasta ahora celebrado por nuestros autores. Cuéntanle así los sacerdotes egipcios. Al rey Ptolomeo, que fué el primero de los Macedonios que estableció la grandeza de Egipto, miéntras aumentaba los muros de Alejandría, poco ántes edificada, y la adornaba de templos y religion, se apareció en sueños un mozo de extremada belleza y majestad, mayor que de estatura humana, el cual le amonestó que enviase á Ponto los amigos de quien más confiaba, con órden de traer su estatua: que sería esto ocasion de gran alegría y felicidad para todo su reino, y que la ciudad que la poseyese sería muy famosa y esclarecida. Y luégo vió levantarse hácia el cielo al mozo rodeado de un grandísimo fuego. Despierto Ptolomeo con este anuncio y milagro, manifiesta la nocturna vision á los sacerdotes de Egipto, que tienen de

(1) Del griego Βασιλευς, que significá rey.

costumbre interpretar semejantes sueños. Mas hallándolos poco informados de Ponto y de las cosas extranjeras, llamando á Timoteo, ateniense, del linaje de los Eumolpidas, á quien habia hecho venir de Eleuso por sumo sacerdote de las ceremonias, le pregunta lo que sabía de aquel dios y de aquella supersticion. Timoteo, informado de algunos que habian estado en Ponto, supo que habia allí una ciudad llamada Sinope, y no léjos de ella un templo antiguo muy venerado de aquellas gentes, dedicado á Júpiter Dite; porque tambien se veia cerca de él una estatua de mujer á quien muchos llamaban Proserpina. Mas Ptolomeo, como es la naturaleza de los reyes que se atemorizan fácilmente, y pasado el peligro se inclinan más á sus gustos que á la religion, comenzó poco á poco á no hacer caso de esto y á volver el ánimo á otros cuidados, hasta que de nuevo le apareció la misma vision mucho más terrible, y anunciando más apretadamente su ruina y la de su reino si no ejecutaba sus mandamientos. Entónces despachó luégo embajadores con presentes al rey Cidrotémides, que en aquella sazón reinaba en Sinope, ordenándoles que ántes de embarcarse consultasen su viaje con el simulacro de Apolo Pitio. Tuvieron próspera navegacion, y esta clara respuesta del oráculo: que fuesen y trujesen la imágen de su padre, dejando la de su hermana.

En llegando á Sinope, ofrecen sus presentes y declaran su demanda y las comisiones de su rey á Cidrotémides, el cual, con ánimo suspenso, unas veces mostraba tener temor de aquella deidad que le mandaba, otras mudaba de parecer, medroso de las amenazas del pueblo que lo contradecia, y muchas tambien se ablandaba con los dones y promesas de los embajadores. Ni entre tanto, pasados ya en esta negociacion tres años, faltaba Ptolomeo de hacer nuevos oficios y aplicar nuevos ruegos, añadiendo otra embajada con embajadores de mayor realidad, mayor número de navíos y mucho más oro. Apareció entónces á

Cidroteides una figura muy espantable, amenazándole si ponía más largas al cumplimiento de la voluntad divina. Y difiriéndolo él todavía, le sobrevinieron diversos desastres y enfermedades, mostrando los dioses cada día más manifiesto su enojo. Con esto, haciendo el rey juntar el pueblo á parlamento, les da cuenta de los mandatos de aquel dios, declara sus visiones y las de Ptolomeo, junto con las adversidades que se aparejaban. El vulgo, obstinado contra el rey, envidioso del Egipto, y sospechoso de sí mismo, cercaba por todas partes el templo. De aquí tuvo origen la fama más creída en el vulgo de que el mismo dios por sus piés habia entrado en los navíos que estaban dados fondo en el puerto, y que en tres dias, cosa maravillosa para quien se resolviese en creerla, sulcado tanto espacio de mar, habian surgido en Alejandría. Allí, pues, se le edificó un templo correspondiente á la grandeza de aquella ciudad en el lugar llamado Racotis, que era el puesto donde ántes solia estar una capilla dedicada á Serapis y á Isis. Estas son las cosas más célebres que hay del origen y traslacion de aquel dios. No ignoro yo la opinion de algunos que afirman fué traído de Seleucia, ciudad de Siria, reinando Ptolomeo el tercero, ni la de otros que hacen fundador del templo al mismo Ptolomeo, y quieren que de donde hizo traer el simulacro no fué sino de Menfis, en otro tiempo nobilísima ciudad y metrópoli del antiguo Egipto. Muchos piensan que aquel dios es Esculapio, movidos de ver que cura enfermedades. Otros sustentan que es Osiris, el más antiguo dios de aquella tierra. Otros que es Júpiter, como el más poderoso y el que dispone de todas las cosas. Pero los más afirman que es el padre Dite; opinion que la conjeturan por señales manifiestas que hay en él, ó por otras imaginaciones diferentes que van rastreando.

Volviendo á Domiciano y á Muciano, ántes que se acercasen á los Alpes tuvieron aviso de los sucesos prósperos contra los Treveros. Pero el verdadero testigo de aquella

victoria fué el mismo Valentino, capitán de los enemigos, el cual, aunque preso, sin perderse de ánimo, mostraba en el rostro su fiereza natural. Fué oído solamente lo que bastó para conocer su ingenio y luégo condenado á muerte.

Estándole justificando, á uno que entre otros ultrajes le dijo que los Romanos habian tomado ya á su patria, respondió: «que tomaba aquella nueva por consuelo de su calamidad.» Mas Muciano publicó por resolución nueva lo que habia ya mucho ántes resuelto en su ánimo, es á saber: «que pues por la benignidad de los dioses estaban ya quebrantadas las fuerzas del enemigo, no podia redundar en reputacion de Domiciano el presentarse acabada casi ya la guerra, como por testigo de la ajena gloria: que si se trataba del peligro del imperio ó de la conservacion de las Galias, entónces sí que estuviera muy en su lugar el dejarse ver César al ejército: que los Caninefates y los Batavos eran empresa de otro capitán de ménos nombre: que haciendo alto en Leon, mostraria desde lugar cercano las fuerzas y fortuna del imperio, apartado de peligros pequeños, y pronto á ofrecerse á los grandes, si era menester.» Conocianse los artificios; mas era la parte más principal de la lisonja el mostrar que no se entendian.

Así se llegó á Leon, desde donde se creyó que Domiciano, por medio de secretos mensajeros, envió á tentar la fe de Cerial, deseando saber de él si yendo en persona le entregaria el ejército y el imperio. Y no está averiguado si con esta prevencion pensaba en hacer guerra á su padre, ó preparar riquezas y fuerzas contra su hermano. Porque Cerial con saludable templanza se burió de él, condenando sus deseos por vanos y juveniles. Domiciano, pues, viendo menospreciada por los más viejos su mocedad, comenzó á irse descargando de los negocios y cuidados leves del imperio, ejercitados ántes por él. Y so color de simplicidad y de modestia, se retiró profundamente dentro de sí mis-

mo, fingiendo gustar de los estudios de las letras y poesía, con que procuraba encubrir su ánimo, deseando apartarse poco á poco de la emulacion del hermano, cuya naturaleza tan diferente de la suya, y tanto más mansa y apacible, siniestramente interpretaba.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Tito emprende la conquista de Jerusalem.—Trátase con esta ocasion del origen, costumbres y ritos de los Judíos, del sitio y fortificacion de esta santa ciudad.—Cuéntase el progreso de la guerra Germánica, y algunos otros reencuentros entre Cerial y Civil, de que resulta la paz, á que parece que encamina el fin de este libro, que por la injuria del tiempo lo es tambien de esta obra.

Al principio del mismo año (1) Tito César, escogido por su padre para acabar de sujetar á los Judíos, el cual, aunque siendo entrambos no más que hombres particulares, era ya de esclarecida fama en la milicia, procedia entonces en estas materias con mucha mayor fuerza y reputacion, compitiendo en su favor los ejércitos y las provincias. Y él tambien, para dar á entender que excedia de mucho las esperanzas concebidas de su valor, se mostraba muchas veces armado gallarda y vistosamente, pronto para cualquier suceso, apacible y afable, incitando á todos cortésmente á dar buena cuenta de sus officios, mez-

(1) Todo cuanto pasa Tácito á exponer acerca del origen de Jerusalem y del pueblo judío está sacado de autores extranjeros á esta nacion, poco instruidos en su historia ó enemigos de su culto. En tales fuentes no podia ménos de beber grandes errores.

clándose muchas veces en las obras manuales y en el char con los soldados ordinarios: todo esto sin perdel decoro y gravedad perteneciente á un general. biéronle en Judea tres legiones, la quinta, la décima quincena, toda soldadesca vieja de su padre. Dióle la legión doce, y de Aléjandría hizo venir la veintitercera. Seguíanle veinte cohortes de confes de ocho alas de caballos, junto con los reyes Agriomo, los socorros del rey Antioco, una gruesa bandada de grandes enemigos de los Judíos por los abortos que ordinariamente suele haber entre vecinias llamadas á muchos de Roma y de toda Italia sus esperanzas, deseosos de ocupar la voluntad de príncipe, no declarada hasta entónces por alguno. Entró pues, con este florido ejército en los términos enemigos marchando siempre en batalla, reconociéndolo todo y procurándose informar de los secretos de la tierra, asentado en campo, pronto á pelear, no muy léjos de Jerusalen porque habemos de escribir aquí la destruccion total de esta ciudad famosa, parece cosa conveniente el dar un mero cuenta de sus principios.

104 Cuentan que los Judíos fugitivos de la isla de Creta asistieron en las últimas partes de Libia en el tiempo que el turno fué echado de la tierra por la violencia de Júpiter obligado á dejarle el reino. Fúndase ese argumento por el nombre, siendo como es en Creta muy famoso el monte Ida, cuyos habitantes llamados Ideos, aumentado de nombre al uso bárbaro, se llamaron Judíos. Muchos creen que reinando Isis, hallándose el Egipto cargado de gente, envió la que le sobraba á poblar las tierras circunvecinas á cargo de dos capitanes llamados Jerosolimo y Júdas. A otros les parece dar crédito á quienes afirman que son descendencia y generacion de Eteopios, á quien en tiempo del rey Cefeo movieron á mudar de habitacion el miedo y el aborrecimiento. Otros los hac-

Asirios, derándolos por las ciudades prósperas. Otros les llaman limos, como que edificaron Jerusalen.

En lo que se refiere á lo que se ha dicho en el oráculo de la purificación de Jerusalen, buscada por el reino y de Moisés, u perasen y bres, pues confiasen ayuda pr rias pres camino q tomaron gia tanto didos y la muerte la pastura bria y esp

(I) Dos el epiteto montes So su posicio Iliada, par cano á ella

Asirios, pueblo vagabundo y falto de campos, el cual, apoderándose de parte de Egipto, habitó y pobló despues ciudades propias y las tierras hebreas más cercanas á Siria. Otros les dan principios más nobles, y afirman que los Solimos, celebrados en los versos de Homero (1), fueron los que edificaron y dieron el nombre á la ciudad de Jerusalem. †

En lo que muchos convienen es, que habiendo sobrevenido en Egipto cierta enfermedad contagiosa que manchaba y afeaba los cuerpos, el rey Ochoris, consultando al oráculo de Amon, y pidiendo remedio, se le respondió que limpiase su reino y enviase á otras tierras aquella generacion de hombres, como aborrecible á los dioses. Y que buscada y juntada con diligencia esta gente, sacándola del reino y dejándola desamparada en los desiertos de Arabia, estando todos los demas entorpecidos en lágrimas, sólo Moisés, uno de los desterrados, les amonestó que no esperasen ya socorro alguno de los dioses ni de los hombres, pues unos y otros los habian desamparado; mas que confiasen en él, como en capitán dado del cielo, con cuya ayuda principalmente vencerian las calamidades y miserias presentes. Consintieron con él todos, y sin saber el camino que habian de seguir, como ignorantes de todo, le tomaron á la ventura. ~~Con~~ todo eso ninguna cosa los affligia tanto como la falta de agua; y ya estaban todos rendidos y echados por aquellos campos, entregados casi á la muerte, cuando una manada de asnos salvajes, dejando la pastura, pasó hácia á unos peñascos cubiertos de sombra y espesa arboleda. Siguióles Moisés, y por la conje-

(1) Dos veces se hace mencion de los Solimos en la *Iliada* con el epiteto de *καθαλεμοί*, gloriosos. En la *Odisea* se habla de los montes Solimos, pero sin ninguna circunstancia que determine su posicion geográfica. Por lo que se desprende de los pasajes de la *Iliada*, parece que los Solimos eran un pueblo de la Licia ó cercano á ella.

tura de hallar el suelo con hierba vino á descubrir grandes venas de agua. Con este alivio y fresco siguieron su viaje seis dias continuos; y al septeno, echando los habitantes de la tierra, se apoderaron de aquella region, donde se edificó la ciudad y dedicó el templo.

Moisés, por confirmar á esta gente en su devocion para en lo venidero, les dió nuevos ritos, contrarios á los otros hombres. Porque les son á ellos profanas todas las cosas que nosotros tenemos por sagradas; y por el contrario se les conceden las que á nosotros se nos prohiben. Consagraron en la parte más secreta del templo la efigie del animal por cuyo medio se libraron de la sed y de andar vagabundos; matando el carnero como en vituperio de Amon. Sacrificase tambien entre ellos el buey, adorado por los Egipcios con nombre de Apis. No comen carne de puerco por memoria del daño, cuando fueron inficionados de aquella especie de sarna de que padece aquel animal. Confiesan hasta hoy con prolijos ayunos la larga hambre que padecieron aquellos tiempos, y en señal de que robaron los frutos para sustentarse, el pan de los Judíos se hace hasta el dia de hoy sin levadura. ~~Y~~ dicen que les agradó el reposar cada sétimo dia y estar ociosos, á titulo de que tuvieron en él fin sus trabajos. Cebados despues con esta pereza, dieron tambien cada sétimo año al ocio y flojedad. Otros quieren que el hacer esto era en honra de Saturno, ó porque sea verdad que tomaron de los Ideos este entre otros principios de religion, los cuales entendemos, como dicho es, fueron echados de Creta con Saturno y se hicieron autores de esta gente; ó porque de los siete planetas que gobiernan á los mortales, es Saturno el que habita en esfera más alta y tiene mayor poder: fuera de que mucha parte de las influencias celestiales acaban su curso y su fuerza con el número septenario.

Estos ritos pues, como quiera que se hayan introducido, se defienden ahora con la antigüedad. Los demas institu-

tos y si
fea y to
malvada
tria, lle
engrand
de suyo
ricordia
dos los
les. Dife
comer y
nesto, s
entre el
darse p
pasan á
nera co
de los d
no hace
den con
pueblo,
tar á su
que mu
aquí les
morir. M
embalsa
Egipcios
y opinio
en las d
animales
con sol
Dios. Ti
man y p
mortale
ruptible
alguna t
ciudades.

tos y siniestras ordenanzas han ido acreditándose con la fea y torpe malicia de los hombres. Porque toda la gente malvada y facinerosa, menospreciada la religion de su patria, lleva allí ofrendas y tributos. Esta fué causa de que se engrandeciese el estado y pueblo judaico, y tambien el ser de suyo obstinados en la fe que dan, y prontos á la misericordia y caritativos entre sí; puesto que aborrecen á todos los que no son de su gente como á enemigos mortales. Diferéncianse de los demas hombres en la forma del comer y dormir, y siendo gente muy dada al vicio deshonesto, se abstienen de mujeres extranjeras, supuesto que entre ellos no hay cosa ilícita. Instituyeron el circuncidarse para ser conocidos por esta diversidad: los que se pasan á sus costumbres hacen lo mismo. A estos la primera cosa que se les enseña y persuade es el menosprecio de los dioses, el despojarse del afecto de sus patrias y el no hacer caso de padres, de hijos ni de hermanos. ~~Atienden~~ con todo eso cuidadosamente á la propagacion de su pueblo, porque tambien entre ellos es cosa nefanda el matar á sus parientes. Creen que son eternas las almas de los que mueren en batalla ó por ejecucion de justicia, y de aquí les nace el deseo de engendrar, y el menosprecio de morir. No queman los cuerpos de sus difuntos, ántes los embalsaman y entierran conforme á la costumbre de los Egipcios; con los cuales convienen tambien en el cuidado y opinion de las cosas del infierno; pero del todo difieren en las del cielo. ~~Adoran~~ los Egipcios muchas efigies de animales y estatuas fabricadas por los hombres: los Judios con solo la lumbre del entendimiento adoran á un solo Dios. Tienen por profanos y excomulgados á los que forman y pintan á los dioses en figura humana y en materias mortales, porque dicen que aquella deidad suma, incorruptible y eterna, ni recibe mudanza, ni puede en manera alguna tener fin. Esta es, pues, la causa de que ni en las ciudades ni áun en los templos tienen simulacros, y de que

5 / may 306

no adulen á los reyes, ni honren con ellos á los césares. Mas porque sus sacerdotes cantaban al són de la flauta y el tamborin, y se ceñían de hiedra, junto con haberse hallado en su templo una vid de oro, pensaron algunos que adoraban á Baco, conquistador del Oriente. Mas difieren mucho en los demas institutos, porque Libero ordenó en su religion ceremonias alegres, y las costumbres judaicas son tristes, sucias, inusitadas y viles.

Su tierra y sus términos por la parte que mira al Oriente fenecen en los límites de Arabia, por Mediodia tienen á Egipto, por Occidente á los Fenices y al mar, y por la parte que mira al Norte confinan por largo espacio con la provincia de Siria. Son los cuerpos de aquellos hombres sanos y sufridores de trabajos, y aunque llueve raras veces, gozan de una tierra muy fértil y abundante. Todos los frutos de ella son como los nuestros; sólo nos ganan en el bálsamo y la palma. Este árbol de palma es muy grande y vistoso. El que lleva el bálsamo es pequeño (1), cuyos ramos

(1) El balsamero (*Amyris opobasamum*) es un arbusto de la altura casi de nuestro ligustro. «El bálsamo, dice Plinio, es preferido á todos los olores. La Judea es el único país que lo produce. En otro tiempo sólo se cultivaba en dos jardines... de propiedad del rey. Los emperadores Vespasianos lo han dado á conocer á los Romanos. ¡Cosa rara! Desde el gran Pompeo han sido llevados en triunfo hasta los árboles. En la actualidad el balsamero es esclavo; el árbol y la nacion pagan tributo. Los Judíos en su furor quisieron destruirlo, de la misma manera que intentaron destruirse á sí mismos; pero los Romanos lo defendieron y se peleó por un arbusto. En el día el balsamero es una propiedad imperial... Sus ramas son más gruesas que las del mirto. La incision se hace con un vidrio, una piedra ó un hueso cortante. Es preciso ir con mucho cuidado en no llegar á lo vivo con el hierro, si no se quiere que muera. El que hace la incision mide con cuidado los movimientos de la mano para no penetrar más adentro de la corteza.» En seguida pasa á exponer el modo como se recoge el bálsamo, la forma y el color de ese precioso jugo, la cantidad que se recoge y el precio á que se vende. El balsamero es originario de la Arabia Feliz.

en estando preñados de aquel humor, si se abren con hierro, se secan y se retiran las venas. Mas abriéndose con algun guijarro agudo ó con algun tiesto, despide aquel licor medicinal. El monte más principal y más alto que tienen es el Libano: y es cosa de maravilla el ver que en tierra tan caliente como aquella esté él siempre sombrío y cubierto de nieve. Este cria y alimenta al rio Jordan, el cual no desagua en la mar, ántes despues de haber pasado por dos lagos sin mezclar sus aguas, se pierde en el tercero. Es este lago de muy gran circuito, casi como un mar, de peor sabor y pestilencial para los moradores de la comarca por su mal olor. No levanta olas en él ningun viento, ni consiente peces ni aves marítimas. Todo lo que se echa en el agua sustenta como si estuviera sobre firme, y de la misma manera nadan sin hundirse los que no saben como los que saben nadar (1). Echa de sí á cierto tiempo del año un betun (2), que, haciendo aquí la experiencia el oficio que en

(1) El agua del mar Muerto es muy pesada á causa de la gran cantidad de sustancias extrañas que contiene en disolucion, y que en el estado de desecacion perfecta forman casi la cuarta parte de su peso. Mr. Gondon, que llevó á Lóndres el agua cuyo análisis dió este resultado, ha atestiguado el hecho de que flotan en él los hombres aun sin saber nadar. «Las otras maravillas que se cuentan del mar Muerto, dice Chateaubriand, de quien son estos detalles (*Itinerario de Paris á Jerusalem*), se han desvanecido ante un exámen más severo. En el dia se sabe que los cuerpos flotan ó se sumergen en él segun las leyes de su peso y el peso del agua. «Las emanaciones pestilenciales que salen de su seno se reducen á un fuerte olor de betun, á los vapores que anuncian y siguen á la emersion del asfalto y á las nieblas realmente malsanas, como lo son todas.»

(2) «Este betun es el asfalto, sustancia que se encuentra más particularmente en la superficie del lago de Judea, llamado lago Asfaltite, y cuya agua es salada. El asfalto, que sale de algunos manantiales, se acumula en la superficie del lago, donde toma consistencia; los vientos lo dirigen á las orillas, donde lo recogen los habitantes del país para venderlo. Despide un olor muy desagradable y que se cree bastante activo para matar á los pájaros

las demas artes, ha enseñado el modo de recogerlo. Es este licor de naturaleza negro, y de tal calidad, que rociado con vinagre nada sobre el agua. En viéndole sobre aguado los que le pescan cogen con las manos un cabo de aquel licor, y le suben hasta lo alto de la barca, y con esto lo que queda en la mar se va subiendo de sí mismo hasta que hay dentro lo que basta para cargar el bajel. Cortan entónces el hilo, pero no con hierro ni otro metal, porque sería imposible. Huye de la sangre y de las vestiduras manchadas del mensturo mujeril. Esto es lo que escriben los autores antiguos. Pero los prácticos en la tierra dicen que las masas del betun que anda sobre aguado se tiran y sacan con las manos á la orilla, donde en secándolas el sol y el vapor de la tierra, se hacen pedazos como madera ó piedra con hachas y con cuñas.

No muy léjos de allí hay unos campos (1) que, segun di-

»que pasan por encima del lago.» «Los Árabes y los Egipcios, dice
 »Buffon, han sabido sacar mucho partido del asfalto, ya para em-
 »brear sus barcos. ya para embalsamar á sus parientes y sus aves
 »sagradas: recogen en la superficie del agua ese aceite liquido que
 »por su ligereza sube á la superficie lo mismo que nuestros acei-
 »tes vegetales.»

(1) Segun el Génesis, xiv, 3, esos campos, cubiertos en otros tiempos de grandes ciudades, ocupaban el espacio donde se estiende actualmente el lago Asphaltite. «Estrabon, dice Chateau-
 »briand, *Itin.*, t. II, habla de trece ciudades sepultadas bajo este
 »lago, y Estéban de Bizancio de ocho; el Génesis coloca cinco *in*
 »*valle silvestri*, Sodoma, Gomorra, Adam, Seboim y Bala ó Segor,
 »pero sólo señala las dos primeras como destruidas por la cólera
 »de Dios. El *Deuteronomio* cita cuatro, Sodoma, Gomorra, Adam
 »y Seboim. La *Sabiduría* cuenta cinco, aunque sin nombrarlas,
 »*descendente igne in Pentapolim.*» Los campos que rodean el mar
 Muerto se resienten, á pesar del trascurso de los siglos, de la ca-
 tástrofe que destruyó tantas ciudades. «El valle que se extiende
 »entre esas dos cadenas de montañas, dice el mismo autor (*Itin.*,
 »l. c., y los *Mártires*, lib. XIX), presenta un suelo semejante al
 »fondo de un mar que ha desaparecido desde hace mucho tiempo:
 »playas de sal, un fondo seco y arenas movedizas y como surcadas

cen, fueron antiguamente muy fértiles y poblados de grandes ciudades, hasta que los abrasó fuego del cielo, y quedan todavía en pié los vestigios, y la tierra como tostada; y perdida la facultad de producir frutos, porque todas las plantas, ora sean sembradas allí, ora nazcan de suyo, en llegando á tener el fruto la forma natural conforme á su especie, se hace negro, y al fin se pierde convirtiéndose en humo y ceniza (1). Yo, así como concederé que fueron consumidas algunas ciudades de Judea por la ira divina, asimismo soy de opinion que la tierra se inficiona con el vapor de aquel lago, y se corrompe el aire que anda sobre ella, hasta podreecer las mieses y frutos del otoño, siéndole igualmente contrarios el cielo y la tierra. Desagua tambien en el mar Judaico el rio Belo (2), en cuya boca, de la arena que allí se coge mezclada y cocida con salitre se hace despues vidrio. Es pequeño el espacio donde se halla esta arena, aunque inexhausto para los que la buscan.

La mayor parte de la Judea está repartida en aldeas, aunque tambien hay muchas ciudades. Cabeza de la nacion es Jerusalem. Allí hay un templo de inmensa riqueza; rodean á la ciudad tres murallas, la interior encierra en sí solamente el templo, tan secreto y guardado, que solamente es lícito á los propios Judíos el llegar hasta las

»por las olas; acá y acullá sobre esta tierra sin vida crecen raquí-
 »ticos y con dificultad algunos arbustos y plantas; sus hojas están
 »cubiertas de la sal que las ha alimentado, y su corteza tiene
 »gusto y olor de humo.»

(1) El ilustre autor del *Itinerario* cree haber encontrado hácia la embocadura del Jordan el fruto tan buscado. «Es enteramente semejante en color y en forma al pequeño limon de Egipto. Cuando no está todavía maduro está lleno de una savia corrosiva y salada: cuando está seco da una semilla negruzca, bastante semejante á la ceniza y cuyo gusto se parece al del pimientito amargo.»

(2) Riachuelo que nace al pié del monte Carmelo y desagua en el Mediterráneo, no léjos de San Juan de Acre ó Tolemaida, hoy día Nuhr Halú.

puertas de él, y de allí á dentro no entran sino solos sacerdotes. Miéntras el imperio de Oriente estuvo en poder de los Asirios, Medos y Persas, fué este pueblo el más menospreciado entre los que vivian en servidumbre. Despues, prevaleciendo los Macedones, el rey Antfoco, que habia comenzado á procurar ir desarraigando aquellas supersticiones deseoso de introducir las costumbres griegas, impedido de la guerra de los Partos, no pudo reformar aquella gente perversa, abominable y cruel, habiéndosele en aquel tiempo rebelado Arsaces (1). Los Judíos entóncees, estando los Macedones con pocas fuerzas, los Partos poco más adelante de sus principios y los Romanos léjos, se eligieron ellos mismos reyes (2). Los cuales, echados

(1) Aquí sin duda yerra Tácito, confundiendo á Antfoco Epifanes con Antíoco, por sobrenombre Theos, porque en el reinado de éste fué cuando se sublevó Arsaces; por lo que se hace muy extraño un error tan notable en un historiador tan grave, mediando un intervalo de tiempo tan grande entre uno y otro, habiendo sido Theos el tercero y Epifanes el octavo rey de la Siria. Añádase á esto que el principio de la época de los Arsacidas es tan famoso en la historia, que sería muy reparable cualquier error en este punto, áun en un historiador del último orden. Y así somos de parecer que estas palabras, *nam ea tempestate Arsaces desciverat*, es una adición hecha por algun comentador ignorante, que con el tiempo pasaria del márgen al texto, como hemos notado ya haber sucedido con otros lugares del mismo Tácito. La guerra contra los Partos impidió sin duda á Antfoco Epifanes el que acabase de derrotar á los Judíos, á quienes tenía en el mayor aprieto, cuando se vió obligado á abandonarlos por ir á hacer la guerra á los otros, en cuya expedicion murió.—*N. de la E. E.*—El error que, sea de Tácito ó de sus copistas, se nota en este pasaje se reduce acaso á haber escrito Arsaces por Artaxias, rey de Armenia, que fué á quien derrotó Antíoco unos setenta años despues de la fundación del reino de los Partos por Arsaces. Despues de vencido Artaxias fué cuando Antíoco penetró en la Persia, de donde fué arrojado, y donde supo, durante su retirada, que sus generales habian sido derrotados por Júdas Macabeo.

(2) Eligieron por príncipe y sumo sacerdote á Simon Macabeo, el segundo de los cinco hijos de Matatías, y declararon he-

por la inconstancia del vulgo y vueltos de nuevo al señorio con las armas, se atrevieron á fomentar la superstición con destierro de ciudadanos, destruccion de ciudades, muertes de mujeres, de padres y de hermanos, y finalmente, tomando al honor del sacerdocio por fundamento del poderio, acometer todo aquello que suelen hacer los malos reyes.

89
9 X

Gneo Pompeyo fué el primero de los Romanos que los domó, habiendo en virtud de la autoridad de la victoria entrado en el templo. De aquí se divulgó que no habia dentro imágen alguna de dioses, sino lugares vacíos y secretos vanos. Derribáronse los muros de Jerusalén, pero quedó en pié el templo. Tras esto en nuestras guerras civiles, despues de reducidas todas aquellas provincias á devocion de Marco Antonio, Pacoro, rey de los Partos, que se habia apoderado de Judea, fué muerto por Publio Ventidio, y los Partos reducidos á vivir de allá del Eufrates. Cayo Sosio venció tras esto á los Judíos, cuyo reino, dado por Antonio á Heródes (1), se le confirmó el vencedor Augusto. Muerto Heródes, habiéndose un cierto Simon usurpado el nombre real, sin aguardar orden de César, fué castigado por Quintilio Varo, gobernador de la Siria. Gobernaron despues aquella gente, refrenada ya, los hijos de Heródes, partiendo el reino entre tres, vivieron con quietud debajo del imperio de Tiberio César; mas despues, habiéndoles mandado Cayo Calígula que pusiesen su imágen en el templo, escogieron ántes tomar las armas que obedecer. Mas cesó este movimiento por la muerte de

reditarios en su familia los poderes civil y religioso. Año 611 de Roma.

(1) Heródes el Idumeo, despues de haber ayudado á Sosio contra Antigono, á quien habian sentado los Partos en el trono de Judea, fué elegido él mismo rey en lugar de Antigono. Murió despues de un reinado de treinta y siete años, en el mismo en que nació Jesucristo.

Cayo. Claudio, despues de muertos ó reducidos á pequeño estado los reyes, haciendo á Judea provincia, entregó el gobierno de ella á caballeros romanos ó á libertos. De los cuales Antonio Félix (1), casándose con Drusila, nieta de Antonio y de Cleopatra, y haciéndose con esto tan yerno de Antonio como Claudio era nieto, ejercitó con ánimo servil la autoridad real, usando todo género de crueldad y apetitos desordenados.

Duró con todo eso la paciencia de los Judíos hasta Gesio Floro, procurador, en cuyo tiempo comenzó la guerra: y habiendo Cestio Galo, legado de Siria, comenzado á querer reprimir su atrevimiento, sucedieron muchos reencuentros casi siempre contrarios á los Romanos. Muerto Cestio, ó por curso natural, ó por el enojo que le causaron tantas adversidades, envió Neron en su lugar á Vespasiano; el cual, ayudado de su fama y felicidad, no ménos que del valor de sus ministros, en dos veranos corrió con el ejército victorioso toda la campaña y tomó todas las ciudades, excepto Jerusalem. El año siguiente, que todo él se ocupó con guerras civiles, se pasó en ociosidad quanto á los Judíos. Mas quietadas las cosas de Italia, volvieron los cuidados de las extranjeras, con tanto mayor enojo contra ellos, quanto eran solos los que habian rehusado de obedecer. Y fuera de esto pareció conveniente el dejar á Tito con los ejércitos para en cualquier accidente del nuevo principado. Plantado, pues, el campo, como se ha dicho, ante los muros de Jerusalem, hizo Tito muestra de sus legiones poniéndolas en ordenanza.

Tendieron tambien los Judíos fuera de las murallas sus gentes, con designio de pasar más adelante si les ayudaba la fortuna, y sucediendo de otra suerte, tener á mano la retirada. La caballería, que se le arrojó encima con las cohortes sueltas, peleó sin ventaja. Despues se retiraron

(1) Hermano de Pálas, liberto de Claudio.

los enemigos, y en los días siguientes trabaron varias escaramuzas delante las puertas, hasta que llevando siempre lo peor, fueron forzados á encerrarse dentro. Los Romanos, vueltos los ánimos á la expugnacion, no pareciéndoles cosa digna de su valor el esperar á vencer á los Judios por hambre, pedian con instancia el ser llevados á los peligros, parte por valor y fiereza natural, y muchos por deseo de alcanzar los premios de la victoria. Y aún al mismo Tito se le ponian delante de los ojos Roma, las grandezas y los deleites, dilatados hasta la presa de aquella ciudad. Ella, pues, asentada en sitio alto y difícil de combatir, se hallaba muy bien fortificada de reparos y bastiones bastantes á hacerla fuerte cuando estuviera en sitio llano; porque los muros, que edificados artificiosamente no eran llanos y seguidos como los de otras ciudades, sino con entradas y salidas para ofender por el costado al enemigo cuando se arrimase al asalto, coronaban dos montañas de grande altura: las extremidades de sus cumbres eran altísimos precipicios, y donde los peñascos ayudaban su parte, se levantaban las torres sesenta piés, y en los lugares bajos subian hasta ciento y veinte: todas ellas muy vistosas, de gran hermosura y muy iguales para quien las miraba de léjos. Habia dentro de la ciudad otro cercado de muros que rodeaba el palacio real, y una torre cuya levantada cumbre se dejaba ver en distancia de muchas leguas, llamada por Heródes Antonia, en honra de Marco Antonio.

El templo estaba edificado en forma de castillo, con sus murallas propias, la estructura y fortaleza del cual excedia de mucho á todos los demas edificios; y hasta los mismos pórticos que rodeaban el templo le servian de segurísima defensa. Habia dentro una fuente de agua viva. Todos los montes estaban llenos de cuevas, y habia grandes aljibes y cisternas para recoger las aguas llovedizas. Los que edificaron la ciudad antevieron las continuas guerras que le amenazaban, conjeturándolo por la diversidad grande de

11 pag 90-

91

inclinaciones y costumbres. Y á esta causa estaban prevenidas todas las cosas en órden á poderse defender en larguísimos cercos. Fuera de que en el que sobre ella tuvo Pompeyo, les abrió los ojos para muchas cosas no ménos la experiencia que el temor. Y valiéndose de la avaricia que corrió en los tiempos de Claudio, compraron la facultad de fortificarse y de levantar murallas en la paz, capaces de defenderse con ellas en tiempo de guerra. Habiéndose aumentado mucho de gente, tanto por la plebe que acudió á defenderse con los muros de aquella ciudad, como por la que entró despues de ver destruidas las suyas; mucha parte de los cuales eran los más obstinados, insolentes y autores de sediciones. Habia tres capitanes con otros tantos ejércitos. Simon guardaba las primeras y más extendidas murallas. Juan, llamado tambien Bargiora, la ciudad de enmedio, y Eleazar el templo. Las fuerzas de Juan y Simon consistian en la muchedumbre de gente y de armas, y las de Eleazar en la fortaleza natural del puesto. Pero habia entre ellos continuas peleas, traiciones é incendios, en uno de los cuales se quemó cantidad de trigo. Poco despues, enviando Juan gente que so color de ofrecer sacrificios matase á Eleazar y á los suyos, se apoderó finalmente del templo. Con esto quedó partida en dos bandos la ciudad, hasta que acercándose los Romanos, los puso en paz el cuidado de la guerra extranjera.

-13
1291
Habian sucedido prodigios, que á esta gente supersticiosa y ajena de toda ley de religion no es lícito purgar con sacrificios ni con votos. Viéronse en el aire ejércitos armados que peleaban unos con otros, resplandecer armas, llenarse el templo de una subitánea luz que salió de las nubes. Habiéndose abierto repentinamente de suyo las puertas del templo, y oídose una voz mayor que humana, la cual dijo que los dioses se iban de allí, se oyó tambien un gran estruendo como de gente que se partia. Estas cosas daban miedo á pocos, teniendo por opinion los más

que en los libros antiguos sacerdotales se hallaba como en aquel tiempo habia de prevalecer el Oriente, y que saldrían de Judea los que habian de mandar el mundo. Estas palabras ambiguas y oscuras se habian interpretado de Vespasiano y de Tito (1); mas el vulgo, llevado de la codicia de la costumbre humana, interpretando en favor suyo tanta felicidad de los hados, ni aún con la prueba de sus adversidades se inducia á discurrir lo cierto y lo verdadero. La cantidad de los sitiados sabemos que llegó á un millon y cien mil personas (2), contados mujeres y niños.

(1) «De esta suerte, dice Bossuet, segun ellos mismos (los Judíos), era el tiempo en que debia aparecer el Cristo. Como veian este signo cierto de la próxima llegada de ese nuevo rey, cuya dominacion debia extenderse sobre todos los pueblos, creyeron que iba en efecto á aparecer. Esparcióse el rumor por las cercanias y se creyó en todo el Oriente que no se pasaria mucho tiempo sin ver salir de la Judea al que reinaria sobre toda la tierra. Tácito y Suetonio refieren ese rumor como fundado en una opinion constante y en un antiguo oráculo que se hallaba en los libros sagrados del pueblo judío. Josefo habla de esta profecía en los mismos términos, y dice, como ellos, que se hallaba en las sagradas Escrituras... «Hé aquí por qué los aduladores del primer Heródes, deslumbrados por la grandeza y magnificencia de este príncipe, que, á pesar de su tiranía, no dejó de enriquecer la Judea, dijeron que era él ese rey prometido... Josefo cayó en el mismo error... Pero alargó un poco más el tiempo de la profecía, y, aplicándola á Vespasiano, aseguró que aquel oráculo de la Escritura se referia á este príncipe declarado emperador en Judea... La coyuntura de los tiempos le favorecia. Pero mientras que atribuia á Vespasiano lo que habia dicho Jacob de Jesucristo, los celosos que defendian á Jerusalem se lo atribuian á si mismos. Tal era el único fundamento sobre el cual se prometian el imperio del mundo, segun refiere Josefo; más racionales que él en cuanto al ménos no buscaban fuera de la nacion el cumplimiento de las promesas hechas á sus padres.»

(2) El original dice: *sexcenta millia fuisse acceptimus*. El número que da Tácito es incierto y tal vez escaso, si es verdad, como asegura Josefo, que pereciesen durante el sitio un millon y cien mil personas por el hierro, la peste ó el hambre. Para explicar cómo se hallaba hacinada una multitud tan extraordinaria en una

Diéronse armas á cuantas las pudieron llevar, atreviéndose muchas personas á más de lo que pedian sus fuerzas. Era la obstinacion igual en hombres y mujeres, y comun la resolucion de escoger ántes la muerte que la vida con obligacion de dejar la patria. Contra esta ciudad, pues, y contra esta gente Tito César, visto que el sitio no daba lugar al ímpetu de los asaltos, determinó de irse arrimando con trincheras, reductos, cestones, mantas y zarzos, repartiendo entre legiones las faenas, y haciendo parar las escaramuzas, hasta tener á punto todo lo que por los antiguos y modernos ingenios habia sido inventado para expugnaciones y presas de ciudades.

Civil, despues de la rota recibida en los Treveros, reforzado en la Germania de nuevo ejército, puso su campo en los alojamientos viejos por ser lugar seguro y por animar á los bárbaros con la memoria de los sucesos prósperos que allí habian tenido. Siguióle al punto Cerial con dobladas fuerzas de las que ántes tenia, habiéndole llegado tres legiones, es á saber, la segunda, sexta y catorcena, y las cohortes y caballos auxiliares, que aunque habian sido llamados mucho ántes, no apresuraron su camino hasta que tuvieron ciertos avisos de la victoria. Ninguno de los dos capitanes era de su naturaleza lento ni tardio, pero estorbábales el llegar á las manos la campaña húmeda naturalmente y pantanosa, habiendo añadido Civil una gran máquina de tierra en forma de calzada al traves del Rhin, para que viéndose atajado mucha parte de su camino ordinario, inundase los campos de alrededor. Esta era la forma de aquel puesto engañoso y contrario á nuestra gente por la incertidumbre de los vados. Porque los soldados romanos, cargados de armas, temian el haber de na-

ciudad cuya extension no era muy grande, y cuyos arrabales habian sido destruidos, añade que los Judíos habian acudido á ella de todas partes para celebrar la Pascua, cuando vino de repente la guerra á sorprenderlos y envolverlos.

dar; donde los Germanos, cursados en pasar aquellos rios, con la ligereza de las armas que usan y gran estatura de sus cuerpos vencian al contraste y hondura de las aguas, haciendo pié, y á más no poder, nadando.

Los primeros que provocaron la escaramuza fueron los Batavos, saliéndoles valerosamente al encuentro los más arriscados de los nuestros. Mas poco despues nació en todos un general temor, viendo que los pantanos se sorbian las armas y caballos, y que los enemigos prácticos en aquellos esguazos, andaban saltando por ellos, y dejándolos de acometer por la frente, se veian herir por los costados y por las espaldas. Ni se peleaba allí de cerca, como entre mangas de infantería, sino como en batalla naval, sueltos y esparcidos entre las aguas; y en topando el terreno firme, hacian todos fuerza por sustentarse en él, los heridos envueltos con los sanos, los que sabian con los que no sabian nadar, y finalmente, embarazados unos en otros, perecian con igual daño y destruccion. Fué con todo eso mayor la confusion que la mortandad; porque no atreviéndose los Germanos á desamparar los pantanos, dieron la vuelta á sus alojamientos. El suceso de este dia incitó á los dos capitanes con varios motivos de ánimo á solicitar la batalla. Civil por seguir á su fortuna. Cerial por borrar la ignominia. Los Germanos feroces en la prosperidad, los Romanos incitados de la vergüenza, pasaron aquella noche los bárbaros con cantos y con gritos, los nuestros con ira y con amenazas.

En asomando el dia ordenó Cerial su ejército en batalla, poniendo la caballería en el frente y las cohortes auxiliarias. El segundo escuadron se formó de las legiones, quedándose él con una reserva de gente escogida para en los casos improvisos y repentinos. Presentóse Civil, no con batallon tendido, sino por escuadras formadas en punta. Puso en el costado derecho á los Batavos y Gugernos, y en el izquierdo, que caia más cerca del Rhin, á los Trans-

rhenanos. La exhortacion de los capitanes no fué en forma de parlamento á todos en general, sino de paso, ora á éstos, ora á aquéllos, conforme los iban encontrando. «Acordaba Cerial á los suyos la antigua gloria del nombre romano, las nuevas y viejas victorias, pidiéndoles que quisiesen acabar de destruir para siempre á aquel pérfido, vil y tantas veces vencido enemigo: que no habia de llamarse aquella en ninguna manera batalla, sino castigo: que habian sido ménos que ellos los que poco ántes habian peleado con muchos, rompiendo con todo eso y desbaratando á los Germanos, que era el nervio y la fuerza que tenian: que solamente habian sobrado los que traian todavía el miedo en los corazones y las heridas en las espaldas. Encendia tras esto con particulares motivos el ánimo de las legiones, llamando á los de la catorcena domadores de la Bretaña, y diciendo que Galba habia sido hecho príncipe por la autoridad de la legion sexta, y que era aquella la ocasion en que los de la segunda habian de consagrar sus banderas y su águila nuevamente arboladas.» Despues, pasando á las legiones de los ejércitos Germánicos, mostrándoles con la mano á los contrarios: «Veislos allí, decia: cobrad vuestros alojamientos y vuestra ribera á costa de la sangre de nuestros enemigos.» Levantóse tras esto un clamor universal lleno de alegría y confianza. Unos por el deseo que tenian de la batalla, otros porque cansados ya de la guerra, pensaban alcanzar la paz por medio de la victoria, y todos por los premios y descanso que esperaban en lo venidero.

Ni Civil ordenó su ejército con silencio; ántes llamando por testigo de su valor al propio lugar donde se daba la batalla, decia: «que los Germanos y Batavos estaban sobre las propias pisadas de su gloria, hollando los huesos y las cenizas de las legiones: que donde quiera que los Romanos tendiesen los ojos, no podian ver otra cosa que la memoria de su cautiverio y de su mortandad; cosas todas

horribles y temerosas: que no se espantasen del vário suceso de la batalla de Tréveris, de la cual, como todos sabian, no quitó otra cosa la victoria á los Germanos sino la misma victoria, miéntras, dejadas las armas, ocuparon las manos en la presa. Pero que despues les habia sucedido todo prósperamente, y á los contrarios adversa: que habia prevenido y hecho todo aquello que debia hacer y prevenir un astuto y prudente capitan; empantanando aquellos campos donde se habia de pelear, y dejándolos tan seguros para ellos que los tenian en práctica, cuanto dañosos y peligrosos para el incauto enemigo: que tenian á la vista al Rhin y á los dioses de Germania, debajo de cuya deidad fuesen alegres á la pelea, acordándose de sus mujeres, de sus padres y de su patria; porque aquel dia habia de ser gloriosísimo entre todos los pasados, ó el más afrentoso y lleno de ignominia en los venideros.» Despues que con el sonido de las armas y con grandes saltos y brincos (que tal es la costumbre de aquella gente), aprobaron los Germanos el parlamento de su capitan, se comenzó la batalla con piedras, pelotas de plomo y otras armas arrojadizas; y esto á causa de rehusar los nuestros el entrar por los pantanos, por más que los enemigos los provocaban llamándolos y desafiándolos.

Gastadas de esta manera todas las armas que suelen tirarse, y encendiéndose más la escaramuza, cerraron los enemigos con gran osadía, y empleando sus grandes cuerpos y largas picas, herian desde léjos á los Romanos, que andaban de una parte á otra fluctuando y resbalando dentro del agua. Y al mismo tiempo, un escuadron de Bruteros formado en punta, pasó á nado contra los nuestros desde aquella máquina de tierra hecha á manera de calzada que dijimos haberse levantado al traves de Rhin. Turbáronse las cosas, y ya comenzaban á echar del campo á las cohortes confederadas, cuando tomando las legiones sobre sí todo el peso de la batalla, y oponiéndose á la fiereza con

que cargaba el enemigo, volvieron á poner en balanza el estado de la batalla. Entretanto llegó á Cerial un Batavo fugitivo, y le dijo que si le daba la gente de á caballo, la pondria á las espaldas de los enemigos con sólo hacer algun rodeo, buscando lo enjuto donde no hubiese llegado el agua; porque todo el terreno de aquel puesto estaba tan seco y tan firme, cuanto poco cuidadosos los Gubernos que le guardaban. Enviáronse con el fugitivo dos bandas de caballos, los cuales comenzaron luego á cargar por todas partes al enemigo incauto. Y conociendo las legiones el buen efecto que se hacía en la retaguardia por las grandes voces y arma viva que allí se tocaba, cargaron valerosamente por el frente, y roto el enemigo, comenzó á huir la vuelta del Rhin, con que se acabara del todo aquel día la guerra si la armada romana siguiera con resolución. Ni la caballería apretó tampoco, ofendida de una repentina lluvia, y acercándose la noche.

El día siguiente se le envió á Galo Anio á la provincia superior la legion catorce, entrando en su lugar en el campo de Cerial la décima, que acababa de llegar de España. Y aunque le llegó tambien á Civil grueso socorro de los Caucios, con todo eso no se atrevió á defender las ciudades Batavas situadas en esta parte del Rhin. Antes sacando de uñas lo que le podia ser de provecho, y abrasando á otras, se pasó á la isla, sabiendo que faltaban barcas para hacer puentes, y que sin ellas no se aventuraria á pasar el ejército romano. Y deseando asegurarse más, rompiendo el dique fabricado por Druso Germánico (1), y con esto el impedimento que estorbaba la entrada al Rhin, le derramó por las campañas Gálicas, hácia donde naturalmente se inclina. Y con esto, como si se hubiera dado al rio diferente curso, hizo que aquel pequeño canal que que-

(1) Es el dique de que habla Tácito en los *Anales*, lib. XIII, LIII, y que servia para contener el Rhin en su ribera izquierda.

daba entre la isla y los Germanos, tomase forma y apariencia de tierra continente. Pasaron tambien el Rhin Tutor y Clasico con ciento y trece senadores Treveros, entre los cuales iba tambien Alpino Montano, aquel que dijimos arriba haber enviado Primo Antonio á las Galias. Acompañábale Decio Alpino, su hermano, y con estos juntos todos los demas; moviendo unas veces á misericordia, y otras ofreciendo presentes, procuraban ir juntando socorros entre aquellas naciones deseosas de peligros.

Quedóle con todo eso á Civil tanto aparejo para hacer la guerra, que pudo acometer á un mismo tiempo cuatro presidios de cohortes y caballería auxiliaria y algunas legiones que estaban repartidos en cuatro pequeñas villas, es á saber, la decima legion en Arenaco, la segunda en Batavoduro, y las cohortes y caballería auxiliaria en Grines y en Vaden (1), y dividió su gente de manera que él y Verace, hijo de su hermana, Tutor y Clasico, llevase cada uno su tropa separada; y esto no porque tuviese esperanza de salir con todo, sino imaginando que, tentadas muchas empresas, sería posible sucederle bien alguna: siéndolo tambien el prender á Cerial, mientras él, sobre ser poco recatado, anduviese de unas partes á otras, dudando á la que habia de acudir primero, llevado de la variedad de los avisos. Los que tomaron á su cargo el asaltar el alojamiento de la legion décima, pareciéndoles temeridad emprender por combate á toda una legion, y contentándose con acometer á la gente que habia salido á cortar madera y á buscar las demas cosas necesarias para fortificarse, degollaron algunos soldados, y entre ellos al prefecto del campo de la legion y á cinco centuriones, retirándose los demas dentro de los reparos. La segunda tropa entre tanto

(1) D'Anville coloca Vada delante de Rhenen, Grinnes en las inmediaciones de Tiel, Arenacum en Aert y Batavoduro en Wickte-Durstade.

hacia gran fuerza por romper el puente que se fabricaba en Batavoduro, hasta que la noche despartió la batalla sin ventaja.

Mayor fué el peligro que pasaron los que estaban en Grinen y en Vaden: á esta combatia Civil, y Clasico á Grinen: ni podian resistir más los auxiliaarios, muertos ya los más fuertes y valerosos, y entre ellos Brigantico, capitan de una banda de caballos, aquel que dijimos que era liel á los Romanos y gran enemigo de Civil, su tio. Mas acudiendo al socorro Cerial con la caballería escogida, se mudó del todo la fortuna. Porque espantados los Germanos, acuden precipitadamente al rio. Civil, que procuraba hacer volver el rostro á los suyos, conocido y ofendido por esto de los tiros de todos, dejando el caballo, se salvó á nado. No tuvieron mejor retirada los Germanos. A Tutor y Clasico salvaron algunas barquillas que tenian de respeto en nuestra ribera. Faltó tambien á su deber en esta ocasion la armada, puesto que tuvo orden de arrimarse; mas impidióselo el miedo y el estar mucha parte de la chusma ocupada en otros servicios militares. Pero á la verdad, Cerial dejaba poco tiempo entre el dar y el ejecutar las órdenes, siendo hombre de consejos arrebatados, aunque de sucesos venturosísimos, y de tal estrella, que de donde se le acababa la industria del ingenio, comenzaba el favor de la fortuna. Resultando de aquí, que ni él ni su ejército tenian la observancia debida á la disciplina militar. Pocos dias despues, aunque evitó el peligro de quedar en prision, no pudo evitar el daño de la infamia.

Porque habiendo ido á Novesio y á Bona á ver los alojamientos que se hacian para invernar las legiones, antojándosele volver por el rio, bajaba la gente de guerra con gran desórden y poquísimo cuidado en guardias y centinelas. Avisados de esto los Germanos, resolvieron el poner asechanzas, escogiendo una noche oscura y nublosa, y dejándose caer la corriente abajo, sin hallar quien se lo

impidiese, entran dentro de la palizada. Para la primer matanza se ayudaron de la astucia; porque cortando las cuerdas de las tiendas, los hacian pedazos despues envueltos en sus mismos pabellones. Otra tropa de enemigos acometió la armada, aferrando los bajeles, echándoles garfios y procurando arrimarlos á su ribera. Y así como al principio se valieron del silencio para engañar, así despues, para aumentar el temor, lo hundian todo á gritos á vocería. Despiertos, pues, los Romanos con las heridas, buscan sus armas, corren con gran furia por las calles de los cuarteles, los ménos armados á la soldadesca, y los más con las vestiduras revueltas al brazo y las espadas desnudas. Cerial medio dormido y casi desnudo, se escapó por yerro de los enemigos. Porque pensando ellos que estaba en la capitana, conocida por el estandarte, la embisten y toman. Mas él habia pasado la noche en otra parte, á lo que se dijo, durmiendo con Claudia Sacrata, doncella Ubia. Las guardias y centinelas excusaban su descuido con la infamia del capitan, dando á entender que tenian órden de guardar silencio por no inquietarle, y que dejando de hacer las diligencias acostumbradas á los que velan, se habian dejado tambien ellos vencer del sueño. Retirados los enemigos, que era ya gran dia, con todos los bajeles que habian tomado, metiendo la galera capitana por el rio Lipa, hicieron de ella un presente á Velea.

Vinole con esto deseo á Civil de hacer ostentacion con su armada, como de una victoria naval. Hince, pues, de gente de guerra todos los bajeles que tenia de una y de dos órdenes de remos. Añadió á estos una gran cantidad de otras suertes de barcas, adornadas con los arreos de treinta ó cuarenta libúrnicas; valiéndose tambien de los bajeles que habian ganado á nuestra gente, y sirviéndose, en lugar de velas, de las casacas de armas de varios colores habidas del despojo, no sin honrosa y aparente muestra; para la cual escogió aquel espacio como de mar

donde el Rhin arroja en el Océano las aguas del rio Mosa (1). La causa que movió á Civil á formar esta armada, á más de la natural vanidad de aquella gente, fué por impedir con ella el arribo de vituallas que de las Galias les venian por mar á los nuestros. Cerial, más por la admiracion que por el miedo que le causó aquella junta de bajeles, puso en órden su armada, desigual de número, aunque más fuerte por la experiencia de la chusma, por el arte de los pilotos y por el porte de los navíos. Iba Cerial llevado de la corriente; Civil navegaba con el viento favorable; y así, pasando unos por cerca de otros, se separan con el daño de tirarse algunos dardos y otros tiros arrojadizos; y sin atreverse Civil á tentar otra cosa, se retiró de allá del Rhin. Cerial, despues de haber saqueado y destruido la isla de los Batavos, dejaba enteros los lugares y heredades de Civil con artificio muy usado entre generales de ejércitos, cuando, por estar ya muy adelante el otoño, creció de suerte el rio con las grandes lluvias, que derramándose por todas partes, inundó toda aquella isla baja y pantanosa, dejándola como si fuera una gran laguna. Estaba ausente de allí la armada; faltaban bastimentos, y los cuarteles asentados en lo llano eran llevados de unas partes á otras por la violencia del rio.

Alabábase despues Civil de que pudiera acabar entónces con las legiones; confesando que, aunque lo quisieron intentar los Germanos, los habia él divertido engañosamente de aquella determinacion. Y no dejaba de tener apariencia de verdad, visto que pocos dias despues se siguió su rendimiento. Porque Cerial con secretos mensajeros habia ofrecido la paz á los Batavos y á Civil el perdon, amonestando á Veleda y á sus parientes: «que era ya tiempo de trocar la fortuna de la guerra, á quien habian tenido por

1) No es el Rhin, sino uno de sus brazos, el Vahal, el que se echa en el Mosa, cuya embocadura forma como un mar.

contraria en tantas batallas, haciendo voluntariamente algun servicio al pueblo romano: que los Treveros habian sido muertos, los Ubios vueltos á conquistar, los Batavos echados de su patria, sin haber unos y otros granjeado otra cosa con la amistad de Civil que heridas, destierros, llantos y lutos: que siendo aquel un bandido y fugitivo, no podia dejar de ser cargoso á quien le amparase y recogiese: que habian pecado harto en atreverse á pasar tantas veces el Rhin. Mas que si de allí adelante maquinasen otras inquietudes, quedaria de parte de ellos la culpa y el agravio, y de la suya de él los dioses y la venganza.»

Mezclábanse promesas con amenazas, donde comenzando ya á vacilar la fe de los Transrhenanos, pasaban tambien razonamientos entre los Batavos diciendo: «que no les estaba bien aguardar voluntariamente su destruccion y ruina, no siendo posible á una nacion sola curar á todas las del mundo del mal de las servidumbres. ¿Qué provecho se les habia seguido por la muerte, destrozo y quema de las legiones, sino llamar contra sí otras en mayor número y más fuertes y poderosas? Que si la guerra se habia comenzado por favorecer á Vespasiano, ya Vespasiano poseia el imperio: mas si tenian presuncion de provocar las armas romanas, que echasen de ver cuán poca parte del género humano era la nacion de los Batavos: que pusiesen los ojos en los Retos y en los Noricos, y considerasen las imposiciones y gravezas de los demas confederados, y echarian de ver que no se les imponian á ellos tributos, sino una noble contribucion de valor y de varones, que era el estado más cercano á la libertad. Y dado, decian ellos, que esté en nuestra mano el escoger señores, ¿quién duda de que nos será más honesto y más sufrible tener por tales á los principes de Roma, que no á las mujeres de Germania?» Discurria estas cosas el vulgo; mas los nobles y gente granada decian: «que por una rabia cruel y desesperada de Civil habian sido compelidos á tomar las armas;

y que para defender sus males domésticos habia hecho escudo y abroqueládose con la total ruina de toda su nacion: que entónces se habian acabado de enojar los dioses contra los Batavos cuando se sitiaban las legiones y se mataban los legados, y cuando se comenzó una guerra necesaria á uno solo y mortal á todos ellos: que ya se habia llegado á lo último, si volviendo á cobrar el seso, no testificaba su arrepentimiento con dar la muerte á quien era la causa de tanto daño.»

Conocida por Civil esta inclinacion, determinó de prevenirlos, cansado por otra parte de los trabajos que habia sufrido, y llevado del comun deseo de vivir: afecto que muchas veces quebranta y debilita los ánimos más grandes. Y así, habiendo pedido parlamento, cortado el puente del rio Vaal, y llegando ambos generales á las cortaduras, Civil comenzó así: «Si yo tratase de defenderme ante un legado de Vitelio, confieso y conozco que ni mis culpas merecieran perdon, ni fe mis palabras. Todas las cosas eran entre nosotros contrarias y enemigas; y las causas de enemidad entre los dos, aunque comenzadas por él, no niego que fueron acrecentadas por mí. A Vespasiano he tenido siempre en gran estima y veneracion, y cuando él era hombre particular tuve dicha de que nos llamásemos amigos. Esto sabe muy bien Primo Antonio, por cuyas cartas fui llamado á la guerra, para que las legiones del ejército Germánico ni la juventud de las Galias no pasasen los Alpes. Las armas que movian Antonio ausente y Flaco en presencia nuestra, Muciano en Siria, Aponio en Mesia y Flaviano en Panonia, esas mismas moví yo en Germania (1)...»

(1) «Aquí acaba para nosotros, dice Burnouf, esta obra que comprendia todavía la historia, cuya pérdida llorarán siempre las letras, de más de veintiseis años. Guardémonos, por respeto á Tácito, de querer suplir lo que nos falta con narraciones incompletas y sin autoridad. Digamos únicamente que habiéndose so-

metido Civil, cesó la guerra en el Norte hácia el fin del otoño, y cuando habia sucumbido Jerusalem en el Oriente. El templo fué tomado é incendiado en el mes de Agosto, y como un mes despues con la caída de Sion quedaron cumplidos los destinos de la Judea, ó por mejor decir, los eternos planes de la Providencia. Al año siguiente, y habiendo paz en todo el imperio, Vespasiano cerró, por sexta vez desde la fundacion de Roma, el templo de Jano. >

FIN DE LAS HISTORIAS.

unido, con la guerra de los treinta años, y la revolución
 francesa, y la guerra de independencia de España. En estos
 siglos, y en particular en el siglo XVIII, se desarrolló
 un movimiento intelectual que se llamó Ilustración. Este
 movimiento se basó en la razón y en la ciencia, y se
 opuso a la superstición y a la ignorancia. Los ilustrados
 querían que España se modernizara y que se abriera a
 los avances de la civilización europea. Este movimiento
 tuvo un gran impacto en la cultura española, y sentó
 las bases para la reforma política y social que se inició
 en el siglo XIX.

COSTUMBRES DE LOS GERMANOS.

COSTUMBRAS DE LOS GERMANOS

DE LAS COSTUMBRES, SITIO Y PUEBLOS

DE LA

GERMANIA.*

El Rhin y el Danubio dividen á toda la Germania (1) de

* Hemos sustituido las palabras Germania y Germanos á las de Alemania y Alemanes, que se hallan en la traduccion española, de la misma manera que en la *Vida de Agricola* hemos trocado las denominaciones de Ingleses é Inglaterra por las de Bretones y Bretaña. A cada cosa su nombre propio; y es preciso ó ser exageradamente escrupuloso en materia de lenguaje, ó ignorar completamente la historia, para no ver que los vocablos que se refieren á naciones y pueblos más modernos no pueden emplearse para designar otros más antiguos.

(1) El documento más importante que poseemos acerca del estado de la Germania, entre la época en que comenzó á ser conocida del mundo romano y la en que fué conquistada, es sin duda la obra de Tácito. En ella hay que distinguir dos cosas: de un lado los hechos que Tácito recogió y describió; de otro las reflexiones que á ellos mezcla, el color de que los reviste y el juicio que de ellos hace. Los hechos son exactos, y hay motivos fundados para creer que el padre de Tácito, y acaso él mismo, fué procurador en Bélgica, donde pudo recoger sobre la Germania noticias detalladas y datos precisos. Los documentos posteriores prueban la verdad material de sus relatos. En cuanto á su color moral, Tácito pintó á los Germanos como Montaigne y Rousseau á los salvajes, en un acceso de mal humor contra su patria: su libro es una sátira de las costumbres

las Galias, Retias y Panonias (1), y de los Sarmatas y Dacios (2) algunas montañas ó el miedo que se tienen los unos á los otros. El Océano cerca lo demas, abrazando grandísimas islas (3) y golfos, y algunas naciones y reyes, de que con la guerra se ha tenido noticia poco há (4). El Rhin, saliendo de lo más alto é inaccesible de los Alpes de la Retia, y habiendo corrido un poco hácia Occidente, vuelve derecho hasta meterse en el Océano septentrional. El Danubio nace en la cumbre de Abnoba (5), monte, aun-

romanas, el arranque de un patriota filósofo que cree encontrar la virtud donde no halla ni la vergonzosa molicie, ni la depravacion sábia de una sociedad decrepita. No se crea sin embargo que sea todo falso, moralmente hablando, en esta obra inspirada por el enojo: la imaginacion de Tácito es esencialmente robusta y veraz: «Cuando quiere simplemente describir las costumbres germanas, sin alusion al mundo romano, sin comparacion, sin deducir de ellas ninguna consecuencia general, es admirable y se puede dar entero crédito no sólo al dibujo, sino al color del cuadro: nunca ha sido pintada la vida bárbara con más vigor y más verdad poética. Únicamente cuando le asalta la idea de Roma, cuando habla de los bárbaros para avergonzar á sus conciudadanos, es cuando su imaginacion pierde su independencia, su natural sinceridad y derrama un color falso sobre sus cuadros.» GUIZOT, *Hist. de la civil. en Francia.*

(1) Mejor de la Retia y la Panonia. La primera de estas dos comarcas se extendia desde las fuentes del Danuvio hasta el Rhin: la segunda, situada á la derecha de aquel rio, comprende parte de lo que actualmente forman los estados de Alemania y Hungría.

(2) Los Dacios, pueblo de la familia de los Tracios, habitaban al Norte del Danuvio y al Este de la Germania, de la cual les separaba uno de los ramales de los Karpatos. Al Norte de los Dacios estaban los Sarmatas, nacion esclava que se extendia de un lado á lo largo del Vistula hasta el Báltico, y del otro hasta el Tanais y el Volga, ocupando la Polonia y parte de la Rusia.

(3) Probablemente las islas de la Dinamarca y la Escandinavia que, mal conocida entónces, era tenuta por una isla.

(4) Alusion á las expediciones de Druso y Tiberio, hijastros de Augusto.

(5) Esta montaña llamada en el dia *Abenaiser Gebirge*, forma parté de la Selva Negra.

que alto, no áspero, y habiendo pasado por muchas y diferentes tierras, entra en el mar Pontico por seis bocas, que la sétima, ántes de llegar á la mar, se pierde en las lagunas.

Yo creeria que los Germanos tienen su origen en la misma tierra, y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gentes; porque los que antiguamente querian mudar de habitacion, las buscaban por mar y no por tierra; y de nuestro mar van muy pocas veces navios á aquel grande Océano, que para decirlo así, está opuesto al nuestro. Y ¿quién quisiera dejar el Asia, Africa, ó Italia, y por miedo de los peligros de un mar horrible y no conocido ir á buscar á Germania, tierra sin forma de ello, y de áspero cielo, y de ruin habitacion y triste vista, sino es para los que fuere su patria? Celebran en versos antiguos (que es solo el género de anales y memoria que tienen) un dios llamado Tuiston (1), nacido de la tierra, y su hijo Manno, de los cuales, dicen, tiene principio la nacion. Manno dejó tres hijos, de los nombres de los cuales se llaman Ingevones (2) los que habitan cerca del Océano, y Herminones los que viven la tierra adentro, y los demas Istevones. Bien que otros, con la licencia que da la mucha antigüedad de las cosas, afirman que el dios Tuiston tuvo más hijos, de cuyos nombres se llamaron así los Marsos, Gambrivos, Suevos, Vándalos; y que estos son sus verdaderos y antiguos nombres. Que el de Germania es nuevo y añadido poco há: porque los primeros que pasaron el Rhin y echaron á los Galos de sus tierras se llamaban

(1) Segun Burnouf, esta denominacion es la más exacta, ya que se acerca más á la de *Teut*, de donde se deriva la de Teutones, con que se designa en la actualidad á los Alemanes.

(2) Estos pueblos habitaban la costa del Océano hasta la Jutlandia. Plinio cuenta entre ellos á los Cimbrivos, Teutones y Caucos, pone á los Istevones cerca del Rhin, y ¡coloca entre los Hermiones los Suevos, Hermonduros, Catos y Queruscos.

entónces Tungros, y ahora se llaman Germanos. Y de tal manera fué prevaleciendo el nombre de aquella nacion que primero habia pasado el Rhin, que dió nombre á toda la gente: y todos los demas al principio tomaron el nombre de los vencedores, por el miedo que causaban, y se llamaban Tungros: y despues inventaron ellos mismos propio y particular nombre, y se llamaron universalmente Germanos.

Tambien cuentan que hubo Hércules en esta tierra, y le dan el primer lugar entre los hombres de valor. Antes de entrar en las batallas, para animarse, cantan ciertos versos, cuyo són llaman bardito, por el cual adivinan qué suceso han de tener: porque ó se hacen temer ó tienen miedo, segun más ó ménos bien responde y resuena el escuadron: y esto en ellos es más indicio de valor que armonía de voces. Desean y procuran con cuidado un són áspero y espantable, y para ello ponen los escudos delante de la boca para que, detenida la voz, se hinche y levante más. Piensan algunos que Ulises en su larga y fabulosa navegacion, en que anduvo vagando, llegó á este Océano, y que entró en Germania, y que fundó en ella á Asciburgio (1), lugar asentado á la ribera del Rhin, y habitado hoy dia, al cual llamó *Ἀσχιπύργων* (2): y que en tiempos pasados se halló allí un altar consagrado á Ulises, en que tambien estaba escrito el nombre de Laertes, su padre. Y que en los confines de Germania y Retia se ven hoy dia letras griegas en monumentos y sepulcros. Pero no quiero confirmar esto con argumentos, ni ménos refutarlo; cada cual crea ó no crea lo que quisiere, conforme á su ingenio.

Yo soy de la opinion de los que entienden que los Germanos nunca se juntaron en casamientos con otras naciones, y que así se han conservado puros y sencillos, sin pare-

(1) Asburgo ó Asberg, cerca de Mærs, sobre el Rhin.

(2) *Ἀσχιπύργων*.—Nombre griego de Asciburgio.

cerse sino á sí mismos. De donde procede que un número tan grande de gente tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes y fuertes solamente para el primer ímpetu. No tienen el mismo sufrimiento en el trabajo y obras de él; no son sufridores de calor y sed; pero llevan bien el hambre y el frío, como acostumbrados á la aspereza é inclemencia de tal suelo y cielo.

La tierra, aunque hay diferencia en algunas partes, es universalmente de vista horrible por los bosques, y fea y manchada por las lagunas que tiene. Por la parte que mira las provincias de las Galias es más húmeda, y por la que el Norico (1) y Panonia, más sujeta á aires. Es fértil de sembrados, aunque no sufre frutales; tiene abundancia de ganados, pero no de aquella grandeza y presencia que en otras partes: ni los bueyes tienen su acostumbrada hermosura, ni la alabanza que suelen por su frente (2). Huélganse de tener mucha cantidad, por ser esas solas sus riquezas y las que más les agradan. No tienen plata ni oro, y no sé si fué benignidad ó rigor de los dioses el negárselo. Con todo, no me atrevería á afirmar, no habiéndolo nadie escudriñado, que no hay en Germania venas de plata y oro. Cierto es que no se les da tanto como á nosotros por la posesion y uso de ello: porque vemos que de algunos vasos de estos metales que se presentaron á sus embaja-

(1) Ó la Nórlica. Comarca que se extendía, según d'Anville, á lo largo de la ribera meridional del Danubio, desde la embocadura del Inn hasta el monte Cetio, que se hunde en un recodo que forma aquel río un poco más abajo de Viena, y que abrazando la parte superior del curso del Drave y abarcando lo que es en el día la Carintia y la Estiria, estaba limitado al Sur por los Alpes. El Nórico pasó á ser provincia romana bajo el reinado de Augusto.

(2) Según Píchenas, que son de pequeños cuernos. — Cornua... poetica, non quod iis deessent cornua, sed non tam magna nec tam camura, aut patula aut licina quam armenta italica habebant. — *Orelli.*

dores y príncipes no hacen más caso que si fueran de barro. Bien es verdad que los que viven en nuestras fronteras, á causa del comercio, estiman el oro y la plata, y conocen y escogen algunas monedas de las nuestras; pero los que habitan la tierra adentro tratan más sencillamente, y á la costumbre antigua, trocando unas cosas por otras. Los que toman monedas las quieren viejas y conocidas como son bigatos y serratos (1); y se inclinan más á la plata que al oro, no por afición particular que la tengan, sino porque el número de las monedas de plata es más acomodado para comprar menudencias y cosas usuales.

No tienen hierro en abundancia, como se puede colegir de sus armas. Pocos usan de espadas ni lanzas largas, pero tienen ciertas astas, que ellos llaman *frameas*, con un hierro angosto y corto, pero tan agudo y tan fácil de manejar, que se puede pelear con ellas de léjos y de cerca, segun la necesidad. La gente de á caballo se contenta con un escudo y *framea*; la infantería se sirve tambien de armas arrojadizas, y trae cada uno muchas, las cuales tiran muy léjos. Andan desnudos, ó con un sayo ligero. No son curiosos en su traje. Sólo traen los escudos muy pintados y de muy escogidos colores. Pocos traen lorigas, y apenas se halla uno ó dos con morrion ó celada. Los caballos no son bien hechos ni ligeros, ni los enseñan á volver á una mano y á otra, y á hacer caracoles, segun nuestra usanza: de una carrera derecha, ó volviendo á una mano todos en tropa, hacen su efecto con tanto orden, que ninguno se queda atras. Y todo bien considerado, se hallará que sus mayores fuerzas consisten en la infantería; y así pelean mezclados; porque se conforma bien con el paso de los caballos la ligereza de los infantes que se ponen en el frente del escuadron, por ser mancebos escogidos entre todos. Hay un número señalado de ellos; de cada pueblo

(1) Monedas de plata cortadas en forma de sierra, *serrati*, y que tienen impreso un carro con dos caballos, *bigati*.

ciento; y tienen entre los suyos este mismo nombre. Y quedóles por títulos de dignidad y honra lo que al principio no fué más que número. El escuadron se compone de escuadras formadas en punta. El retirarse, como sea para volver á acometer, tienen más por ardid y buen consejo que por miedo. Retiran sus muertos aún cuando está en duda la batalla. El mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. Y los que han caído en tal ignominia no pueden hallarse presentes á los sacrificios ni juntas, y muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose.

Eligen sus reyes por la nobleza, pero sus capitanes por el valor. El poder de los reyes no es absoluto ni perpétuo. Y los capitanes, si se muestran más prontos y atrevidos, y son los primeros que pelean delante del escuadron, gobiernan más por el ejemplo que dan de su valor y admiración de esto, que por el imperio ni autoridad del cargo: mas el castigar, prender y azotar no se permite sino á los sacerdotes; y no como por pena, ni por mandado del capitán, sino como si lo mandara Dios, que ellos creen que asiste á los que pelean. Y llevan á la guerra algunas imágenes é insignias que sacan de los bosques sagrados. Y lo que principalmente los incita á ser valientes y esforzados es, que no hacen sus escuadras y compañías de toda suerte de gentes, como se ofrecen acaso, sino de cada familia y parentela aparte. Y al entrar en la batalla tienen cerca sus prendas más queridas, para que puedan oír los alaridos de las mujeres y los gritos de los niños: y estos son los fieles testigos de sus hechos, y los que más los alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos, van á enseñar las heridas á sus madres y á sus mujeres, y ellas no tienen pavor de contarlas ni de chuparlas (1), y en medio de la batalla les llevan refresco, y los van animando.

(1) Tácito no dice tanto. El mismo traductor cita esta otra versión: *y preguntarles si las traen*, á la cual hubiera debido atenerse.

De manera que algunas veces, según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban á huir, con la constancia de sus ruegos, y con ponerles delante los pechos, y representarles el cercano cautiverio que de esto se seguiría, el cual temen mucho más impacientemente por causa de ellas: tanto, que se puede tener mayor confianza de las ciudades que entre sus rehenes dan algunas doncellas nobles. Porque aún se persuaden que hay en ellas un no sé qué de santidad y prudencia, y por esto no menosprecian sus consejos, ni estiman en poco sus respuestas. Así lo vimos en el imperio del divo Vespasiano, que algunos tuvieron mucho tiempo á Veleda (1) en lugar de diosa. Y también antiguamente habían venerado á Aurinia y á otras muchas; y esto no por adulación, ni como que ellos las hiciesen diosas (2), sino por tenerlas por tales.

Reverencian á Mercurio sobre todos sus dioses, y ciertos días del año tienen por lícito sacrificarle hombres para aplacarle. A Hércules y á Marte hacen para esto sacrificios de animales permitidos. Parte de los Suevos adora á Isis (3); pero no he podido averiguar de dónde les haya venido esta religion extranjera: aunque la estatua de la diosa, que es hecha en forma de nave libúrnica, muestra

(1) Véase lo que acerca de esta mujer extraordinaria dice el mismo Tácito en sus *Historias*, lib. iv, 61.

(2) Esto es sin duda una alusion satírica contra el Senado, que había puesto entre las diosas á Drusilla, hermana de Calígula, y á la hija de Neron y de Poppea.

(3) El abate Fonteneau cree que el culto de Isis pudo ser llevado á la Galia por colonias fenicias y por las inmigraciones dorias y focreas, y que de allí pasaría más tarde á la Germania. En Egipto, en Grecia y en Roma, Isis era considerada como una de las primeras divinidades del mar, hallándose designada en muchas inscripciones con el nombre de *Pelagia*, lo que explicaría naturalmente por qué se la representaba entre los Germanos bajo la forma de un buque.

habérseles traído por mar. Piensan que no es decente á la majestad de los dioses tenerlos encerrados entre paredes, ó darles figura humana. Consagran muchas selvas y bosques, y de los nombres de los dioses llaman aquellos lugares secretos, que miran solamente con veneracion.

Observan, como los que más, los agüeros y suertes; pero las suertes son sin artificio. Cortan de algun frutal una varilla, la cual hecha pedazos y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mirar cómo, sobre una vestidura blanca; y luego el sacerdote de la ciudad, si es que se trata de negocio público, ó el padre de familias, si es de cosa particular, despues de haber hecho oracion á los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretacion segun las señales que de ántes les habian puesto. Y si las suertes son contrarias, no tratan más aquel dia del negocio, y si son favorables, procuran aún certificarse por agüeros: y tambien saben ellos adivinar por el vuelo y canto de las aves. Mas es particular de esta nacion observar las señales de adivinanza, que para resolverse sacan de los caballos de esta manera. Estos se sustentan del público en las mismas selvas y bosques sagrados, todos blancos y que no han servido en ninguna obra humana, y cuando llevan el carro sagrado, los acompañan el sacerdote y el rey ó príncipe de la ciudad, y consideran atentamente sus relinchos y bufidos. Y á ningun agüero dan tanto crédito como á éste, no solamente el pueblo, pero tambien los nobles y grandes, y los sacerdotes; los cuales se tienen á sí por ministros de los dioses, y á los caballos por sabedores de la voluntad de ellos. Observan asimismo otro agüero para saber el suceso de las guerras importantes. Procuran coger, como quiera que sea, uno de aquella nacion con quien han de hacer la guerra, y le hacen entrar en batalla con uno de los más valientes de los suyos, armado cada cual con las armas de su tierra, y segun la victoria del uno ó del otro, juzgan lo que ha de suceder.

Los príncipes resuelven las cosas de menor importancia, y las de mayor se tratan en junta general de todos; pero de manera que, áun aquellas de que toca al pueblo el conocimiento, las traten y consideren primero los príncipes. Júntanse á tratar de los negocios públicos, si no sobreviene de repente algun caso no pensado, en ciertos días, como cuando es luna nueva, ó cuando es llena; que este tiempo tienen por el más favorable para emprender cualquiera cosa. No cuentan por días, como nosotros, sino por noches. Y en esta forma hacen sus contratos y asignaciones, que parece que la noche guía el día. Tienen esta falta causada de su libertad, que no se juntan todos de una vez, ni al plazo señalado, y así se suelen gastar dos y tres días aguardando los que han de venir. Siéntanse armados y cada uno como le agrada. Los sacerdotes mandan que se guarde silencio, y todos los obedecen, porque tienen entónces poder de castigar. Luego oyen al rey ó al príncipe, que les hacen los razonamientos segun la edad, nobleza ó fama de cada uno adquirida en la guerra, ó segun su elocuencia, teniendo más autoridad de persuadir que poderío de mandar. Si no les agrada lo propuesto, contradícenlo haciendo estruendo y ruido con la boca; pero si les contenta, menean y sacuden las frameas, dando con ellas en los escudos que tienen en las manos. Que entre ellos es la más honrada aprobacion la que se significa con las armas.

Puede cualquiera acusar en la junta á otro, aunque sea de crimen de muerte. Las penas se dan conforme á los delitos. A los traidores y á los que se pasan al enemigo ahorcan de un árbol, y á los cobardes é inútiles para la guerra y á los infames que usan mal de su cuerpo ahogan en una laguna cenagosa, echándoles encima un zarzo de mimbres. La diversidad del castigo tiene respeto á que conviene que las maldades, cuando se castigan, se muestren y manifiesten á todos, pero los pecados que proceden de flaqueza de

ánimo débense esconder áun en la pena de ellos. Por delitos menores suelen condenar á los convencidos de ellos en cierto número de caballos y ovejas, de que la una parte toca al rey ó á la ciudad, y la otra al ofendido ó á sus deudos. Eligen tambien en la misma junta los príncipes, que son los que administran justicia en las villas y aldeas. Asisten con cada uno de ellos cien hombres escogidos de la plebe (1), que les sirven de autoridad y consejo.

Siempre están armados cuando tratan alguna cosa, ó sea pública ó particular, pero ninguno acostumbra traer armas, ántes que la ciudad le proponga por bastante para ello á la junta, en la cual uno de los principales, ó su padre ó algun pariente le adornan con un escudo y una framea. Esta es entre ellos la toga, y el primer grado de honra de la juventud. Hasta entónces se tienen por parte de la familia, y de allí adelante de la república. Eligen algunas veces por príncipes algunos de la juventud, ó por su insigne nobleza, ó por los grandes servicios y merecimientos de sus padres. Y éstos se juntan con los más robustos (2), y que por su valor se han hecho conocer y estimar; y ninguno de ellos se corre de ser camarada de los tales y de que los vea entre ellos; ántes hay en la compañía sus grados más y ménos honrados, por parecer y juicio del que siguen. Los compañeros del príncipe (3) pro-

(1) Muchos críticos han creído, y no sin fundamento, que la palabra *centeni* era una glosa añadida al texto. En este caso se podría considerar á los *comites* como una especie de regidores, si más adelante el autor no diese á esos mismos *comites* todos los caracteres del *comitatus*. ¿Es empero posible que dos instituciones tan distintas hayan sido confundidas por Tácito? (SAVIGNI, *Hist. del derecho romano en la Edad media*, t. I.)

(2) Véase sobre estos compañeros de que habla Tácito, la traducción y el comentario de Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, xxx, 3.

(3) Entre los Germanos, dice Montesquieu, habia vasallos y no feudos, porque los príncipes no tenían tierras que darles; ó por

curan por todas vías alcanzar el primer lugar cerca de él; y los príncipes ponen todo su cuidado en tener muchos y muy valientes compañeros. El andar siempre rodeados de una cuadrilla de mozos escogidos es su mayor dignidad y son sus fuerzas; que en la paz les sirve de honra y en la guerra de ayuda y defensa. Y el aventajarse á los demas en número y valor de compañeros, no solamente les da nombre y gloria con su gente, sino tambien con las ciudades comarcanas: porque éstas procuran su amistad con embajadas, y los hombres con dones; y muchas veces con sola la fama acaban las guerras, sin que sea necesario llegar á ellas.

Quando se viene á dar batalla, es deshonra para el príncipe que se le aventaje alguno en valor, y para los compañeros y camaradas no igualarle en el ánimo. Y si acaso el príncipe queda muerto en la batalla, el que de sus compañeros sale vivo de ella es infame para siempre: porque el principal juramento que hacen es defenderle y guardarle, y atribuir tambien á su gloria sus hechos valerosos. De manera que el príncipe pelea por la victoria, y los compañeros por el príncipe. Quando su ciudad está largo tiempo en paz y ociosidad, muchos de los mancebos nobles de ella se van á otras naciones donde saben que hay guerra, porque esta gente aborrece el reposo, y en las ocasiones de mayor peligro se hacen más fácilmente hombres esclarecidos. Y los príncipes no pueden sustentar aquel acompañamiento grande que traen sino con la fuerza y con la guerra: porque de la liberalidad de su príncipe sacan ellos, el uno un buen caballo, y el otro una framea victoriosa y teñida en

mejor decir, los feudos eran caballos de batalla, armas y comidas. Habia vasallos porque habia hombres fieles que estaban ligados por su palabra, que estaban obligados á la guerra y que prestaban poco más ó ménos los mismos servicios á que estuvieron despues sujetos por los feudos. (*Espíritu de las leyes*, lib. xxx, capítulo iii.)

la sangre enemiga. Y la comida y banquetes grandes, aunque mal ordenados, que les hacen cada dia, les sirven por sueldo. Y esta liberalidad no tienen de qué hacerla sino con guerra y robos. Y más fácilmente los persuadirán á provocar al enemigo, á peligro de ser muertos ó heridos, que á labrar la tierra y esperar la cosecha y suceso del año. Y aún les parece flojedad y pereza adquirir con sudor lo que se puede alcanzar con sangre.

Quando no tienen guerras se ocupan mucho en cazas, pero más en ociosidad, y en comer y dormir, á que son muy dados. Ningun hombre belicoso y fuerte se inclina al trabajo, sino que dejan el cuidado de la casa, y hacienda y campos á las mujeres y viejos, y á los más flacos de la familia. Ellos tienen maravillosa diversidad de naturaleza. ¡Que unos mismos hombres ámen tanto la ociosidad y estar holgando, y aborrezcan el reposo! Es costumbre en las ciudades que cada vecino dé voluntariamente al príncipe cada año algun ganado ó parte de sus frutos, y aunque estos lo tienen por honra, con todo les viene bien para sus necesidades. Estiman mucho los presentes de las gentes comarcanas, los cuales les envian no solamente los particulares, pero tambien las ciudades, y son caballos escogidos, armas grandes, jaeces y collares: y nosotros tambien los habemos enseñado á recibir dinero.

Cosa sabida es que ninguno de los pueblos de Germania habita en ciudades cercadas, ni sufren que sus casas estén arrimadas unas á otras. Viven divididos y apartados unos de otros, donde más les agrada, ó la fuente, ó el bosque, ó el prado. No hacen sus aldeas á nuestro modo, juntando y trabando todos los edificios: cada uno cerca su casa con cierto espacio alrededor, ó por remedio contra los accidentes del fuego, ó porque no saben edificar. No usan de paredes de piedras, ni de tejas, sino que para todo se sirven de los materiales toscos, y sin procurar con el arte que tengan hermosura, ni que puedan causar deleite. Cu-

bren algunos lugares de una tierra tan pura y resplandeciente que imitan la pintura y los colores. También suelen hacer cuevas debajo de tierra, las cuales cubren con mucho estiércol, que les sirven para retirarse en invierno y recoger allí sus frutos: porque los defienden del rigor del frío, que con esto se ablanda; y si alguna vez el enemigo entra en la tierra, destruye y lleva lo que halla á mano, y no llega á lo que está escondido y debajo de tierra, ó por no saber dónde está, ó por no detenerse á buscarlo.

El vestido de todos ellos es un sayo ó albornoz que cierran con una hebilla, ó no la teniendo, con una espina ó cosa semejante, y sin poner otra cosa sobre sí, se están todo el día al fuego. Los más ricos se diferencian en el traje, pero no traen el vestido anejo, como los Sarmatas y Partos, sino estrecho, y de manera que descubre la hechura de cada miembro. También traen pellejos de fieras, los que están cerca de la ribera del Rhin sin ningún cuidado en esto, pero los que viven la tierra adentro, con más curiosidad, como quien no tiene otro traje aprendido con el comercio y trato de los nuestros. Escogen las fieras, y las pieles que les quitan adornan con manchas que les hacen, y con otras de monstruos marinos que engendra el Océano más septentrional y el mar que no conocemos. Las mujeres usan el mismo hábito que los hombres, sino que sus vestidos las más veces son de lienzo, teñidos con labores de púrpura, y sin mangas; porque traen descubiertos los brazos y las espaldas, y la parte también superior del pecho.

Y con todo se guardan estrechamente entre ellos las leyes del matrimonio, que es lo que sobre todo se debe alabar en sus costumbres. Porque entre los bárbaros casi solos ellos se contentan con una mujer, sino son algunos de los más principales, y eso no por apetito desordenado, sino que por su mucha nobleza desean todos por los casamientos emparentar con ellos. La mujer no trae dote: el marido se la da. Y los padres y parientes de ella se hallan presen-

tes, y aprueban los dones* que la ofrece: y no son cosas buscadas para los deleites y regalos femeniles, ni con que se componga y atavíe la novia, sino dos bueyes y un caballo enfrenado, con un escudo, una framea y una espada. Con estos dones recibe el marido á la mujer, y ella asimismo presenta al marido algunas armas. Este tienen por el vínculo más estrecho que hay entre ellos, y por el sacramento y dioses de sus bodas. Todas las cosas en el principio de sus casamientos están avisando á la mujer que no piense que ha de estar libre, y no participar de los pensamientos de virtud, y valor y sucesos de las guerras, sino que entra por compañera de los trabajos y peligros del marido, y que ha de padecer y atreverse á lo mismo que él en paz y en guerra. Esto significan los dos bueyes en un yugo, y el caballo enjaezado y las armas que la dan. Que de esta manera se ha de vivir y morir, y que lo que recibe lo ha de volver bueno y entero como se lo dieron, á sus hijos; y que es digno de que lo reciban sus nueras, para que otra vez lo den á sus nietos.

Su propia castidad las guarda, sin que las pervierta la vista y ocasiones de los espectáculos y fiestas, ni los incentivos de los banquetes. Y no ayuda poco que ni ellas ni los hombres saben leer ni escribir, ni usar del secreto de esto para comunicarse. Hay pocos adulterios, aunque es la gente tanta. El castigo se da luego, y está cometido al marido. El cual, despues de haberla cortado los cabellos en presencia de los parientes, la echa desnuda de casa y la va azotando por todo el lugar (1). Tampoco se perdona á las que proceden mal, aunque no sean casadas; que no hallará marido, puesto que sea hermosa, moza y rica, porque ninguno allí se rie de los vicios, ni se

(1) Esta costumbre, traída á las Galias por los conquistadores germanos, se conservó en Francia en un gran número de ciudades hasta el siglo xv.

llama siglo el corromper y ser corrompido. Y áun hacen mejor las ciudades donde solamente se casan las doneellas, y una vez sola se cumple y pasa con el deseo y esperanza de ser casada: de manera que como no tienen más de un cuerpo y una vida, así no han de tener más que un marido, para que no tengan más pensamiento de casarse ni más deseo de ello, y que no le ámen como á marido, sino como á matrimonio. Tiénese por gran pecado entre ellos dejar de engendrar, y contentarse con cierto número de hijos, ó matar alguno de ellos. Y pueden allí más las buenas costumbres que en otra parte las buenas leyes.

Andan los niños en todas las casas sucios y desnudos, y vienen á tener aquellos miembros y cuerpos tan grandes de que nos admiramos. Cada madre cria sus hijos y les da leche, y no los entregan á esclavas ni amas. Con el mismo regalo se crián los hijos de los esclavos que los del señor, sin que en esto se diferencien los unos de los otros. Viven y andan todos juntos entre el ganado y en la misma tierra, hasta que la edad divide los libres de los que no lo son, y la virtud los da á conocer. Llegan tarde á mujeres, y por eso conservan más largo tiempo la flor de la juventud. Tampoco se dan prisa en casar las hijas. Gozan de la misma juventud, y tienen semejante grandeza de cuerpo, y júntanse de una edad, y ambos fuertes, y así los hijos sacan las fuerzas de los padres. A los hijos de la hermana se hace la misma honra en casa del tío que en la de sus padres. Algunos piensan que este parentesco es el más estrecho é inviolable, y cuando han de recibir rehenes, los piden más que á otros; porque les parece que estos les serán más firmes prendas, como más queridos, así en la familia del padre como en la del tío. Todavía los hijos son herederos y sucesores de los padres, y no hay entre ellos testamento. A falta de hijos suceden primero los hermanos, y luégo el tío de parte de padre, y despues el de parte de madre. Los viejos en tanto tienen más gracia y favor, en cuanto tienen

más deudos y mayor número de parientes por afinidad. El no tener hijos no causa respeto ni admiración.

Es fuerza ser enemigo de los enemigos del padre ó pariente, y amigo de sus amigos. Pero no duran, sin poderse aplacar, las enemistades; porque todos los agravios y aún el homicidio se recompensan con cierto número de ganado (1), y toda la familia recibe la satisfacción; cosa muy útil para el bien público, porque las enemistades entre hombres que viven en libertad son más peligrosas. No hay nación más amiga de fiestas y convites, ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénese por cosa inhumana negar su casa á cualquiera persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña á casa del vecino, donde, aunque no vengan convidados (que esto no hace al caso), los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia cuanto al hospedaje entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre entre ellos conceder cualquiera cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos á los otros; pero ni zahieren los que dan, ni se obligan con los que reciben. Tratan cortésmente á sus huéspedes en todo lo necesario para la vida.

Luégo en levantándose de la cama, en que se están casi siempre hasta el día, se lavan, y las más veces con agua caliente, por ser en aquella tierra lo más del tiempo invierno. Después de lavados, se sientan á comer cada uno en su asiento y mesa aparte, y habiendo comido, se van armados á sus negocios; y de esta manera también muchas veces á los banquetes. No tienen por afrenta gastar el día y

(1) Esta especie de rescate de sangre por las multas fué conservado por el derecho criminal de la Edad media.

la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y penden-
cias, como entre borrachos, que pocas veces se suelen aca-
bar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y tam-
bien tratan en los banquetes de reconciliarse los ene-
migos, de hacer casamientos y elegir príncipes; y en fin,
muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra;
como si en ningún otro tiempo estuviera el ánimo más
capaz de buenos y sencillos pensamientos, ni más pronto
y encendido para grandes empresas. Y esta gente que de
suyo no es astuta ni sagaz, descubre también los secretos
de su pecho con la licencia que le da el lugar. Y aquello
que todos han descubierto y manifestado de su ánimo,
puede retractarse el día siguiente, porque se tiene consi-
deración y respeto con ambos tiempos. Proponen y votan
cuando no saben fingir, y resuelven y determinan cuando
no pueden errar.

Hacen una bebida de cebada y trigo, que quiere pare-
cerse en algo al vino. Los que habitan cerca de la ribera
del Rhin compran éste. Sus comidas son simples; manza-
nas salvajes, venado fresco y leche cuajada. Sin más apa-
rato, curiosidad ni regalos matan la hambre; pero no usan
de la misma templanza contra la sed. Y si se les diese á
beber cuanto ellos querían, no sería ménos fácil vencerlos
con el vino que con las armas.

Sus fiestas y juegos son siempre unos mismos en cual-
quiera junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de
este juego, se arrojan saltando entre las espadas y frameas.
El ejercicio les ha dado el arte para hacerlo bien, y el arte
la gracia: pero no lo hacen por ganancia ó salario; aunque
es precio y paga de aquella su temeraria lozanía el gusto
y aplauso de los que lo miran. Es mucho de maravillar que
juegan los dados estando templados, y entre las cosas de
véras, con tanta codicia y temeridad en ganar y perder,
que cuando les falta qué jugar, la última parada y apuesta
es la libertad y el cuerpo. El vencido se hace esclavo de

su propia voluntad, y aunque sea más mozo y más robusto, se deja atar y vender: que tanta obstinacion tienen en cosa tan mala, que ellos llaman guardar la fe y palabra. Truecan de buena gana los esclavos de esta calidad, por librarse tambien de la vergüenza que causa tal victoria.

No se sirven de los demas esclavos, como nosotros, empleando á cada uno en su oficio de la casa: dejan á cada uno de ellos vivir aparte, y que trabaje para sí; y el señor les carga cierta pension de grano, ganado ó vestidos, como á un labrador; y con esto no tiene el esclavo que obedecerle en más. Los otros oficios de la casa hacen la mujer y los hijos. Pocas veces azotan á los esclavos, ni los ponen en cadena, ni los condenan á trabajar. Suelen matarlos, no por castigo ni severidad, sino cuando los ciega el enojo y la cólera, como pudieran hacerlo con un enemigo, pero sin recibir pena por ello. Los libertos son poco más estimados que los esclavos, y pocas veces tienen mando en casa de los amos, y nunca en las ciudades, salvo en aquellas gentes en que mandan reyes. Que allí pueden más que los libres y más que los nobles. En todas las demas, la desigualdad de los libertos sirve de conocer los que son libres.

Aquí no se sabe qué cosa es dar y tomar á interes, ni acrecentar el caudal con usuras; y por esto se usa ménos que si fuera prohibido. Cada lugar toma tanta tierra para labrar (1), cuanto tiene hombres que la labren; y la reparten despues entre sí, conforme á la calidad de cada uno, y es fácil la particion por los muchos campos que hay. Mudan cada año heredades, y siempre les sobra campo: porque no procuran acrecentar la fertilidad y cantidad de la tierra con el trabajo é industria, plantando árboles, cercando prados y regando huertas. Sólo se conten-

(1) César explica esta costumbre en su obra de *Bello Galico*, VI, 2 .

tan con que la tierra les dé grano: y así no reparten el año en tantas partes. Conocen el invierno, primavera y estío, y saben sus nombres; el del otoño no le saben ni sus bienes.

Ninguna ambicion tienen en sus entierros. Solo que para quemar los cuerpos de los hombres ilustres usan de cierta leña. No echan sobre la hoguera vestidos ni cosas olorosas. Solo queman con los muertos sus armas y con algunos sus caballos. Hacen los sepulcros de céspedes. Y menosprecian los monumentos grandes y de mucha obra, como enfadosos y pesados á los difuntos. Dejan presto las lágrimas y llanto, y tarde el dolor y tristeza. Tienen por cosa honesta y conveniente para las mujeres el llorar; y para los hombres el acordarse de los difuntos. Esto es lo que en general he sabido del origen y costumbres de los Germanos. Ahora diré de los institutos y usos de cada gente de ellos, y en qué se diferencian los unos de los otros; y asimismo las naciones que de Germania pasaron á las Galias.

El divo Julio, príncipe de los autores, escribe que antiguamente la potencia de los Galos fué mayor; y por esto es cosa creible que tambien ellos pasaron en Germania: porque, ¿cuánto era lo que podia estorbar ni impedir el rio, para que cada nacion, como fuese haciéndose poderosa, no dejase sus tierras y ocupase las ajenas, que áun eran comunes y no apartadas ni defendidas por la potencia de los reinos? Y así los Helvecios ocuparon la tierra que hay entre la selva Hercinia y el rio Meno y el Rhin, y los Boyos pasaron más adelante, y ambas naciones son Galas. Y áun ahora dura el nombre de Boyasmo (1), que es memoria de aquella nacion, aunque los que le habitan son ya otros. Es cosa incierta si los Araviscos, dividiéndose de los

(1) Este nombre significa habitacion ó morada de los Boios, y se deriva de Boii y el aleman *Heim*, que sólo se emplea como adverbio, y equivale á la casa, á la mansion.

Osos (1), que es nacion de Germania, pasaron á Panonia, ó si los Osos, dejando á los Araviscos, vinieron á Germania: porque ambas gentes tienen áun ahora el mismo lenguaje, y las mismas ordenanzas y constumbres; y porque viviendo antiguamente con una gran pobreza y libertad, eran unos mismos los bienes y los males de la una ribera y de la otra. Los Treveros y los Nervios (2) desean y procuran con grande ambicion que su orígen sea de Germania; como si por esta gloria de la casta dejaran de parecerse á los Galos en el talle y en la flojedad. Los Vangiones, Trebocos, y Nemetes (3), que habitan la ribera del Rhin, sin duda son Germanos. Ni los Ubios tampoco, aunque merecieron ser colonia de los Romanos y se llamen de mejor gana Agripinenses (4), del nombre de su fundadora, se avergüenzan de su orígen, que es de los Germanos. Que habiendo éstos pasado antiguamente el Rhin, por las muchas pruebas que hubo de su fidelidad, los pusieron sobre la misma ribera, no para ser guardados, sino para que la guardasen de los demas.

Los Batavos (5) son los más valerosos de estas nacio-

(1) Tácito dice que los Osos son de raza panonia, sin que se sepa nada más de este pueblo. En cuanto á los Araviscos, Plinio los coloca en las orillas del Drave y del Save, en Panonia.

(2) Los primeros, como lo indica su nombre, ocupaban el país de Tréveris, y se extendian desde el Mosa al Rhin. Los segundos habitaban la parte de la Galia Bélgica donde están situados Cambrai y Tournai.

(3) Los primeros, segun d'Anville, habitaban en la comarca de Espira y Worms; los segundos en las inmediaciones de Estrasburgo, y los últimos más abajo siguiendo la corriente del Rhin. Estos tres pueblos pelearon con Ariovisto contra los Romanos.

(4) Del nombre de Agripina, hija de Germánico y esposa de Claudio, que estableció una colonia romana en la ciudad de los Ubios, hoy Colonia.

(5) Ignórase en qué época tuvo lugar su emigracion. César los encontró ya establecidos entre el Mosa y el Valh, que es un brazo del Rhin.

nes. No tienen mucha tierra en la ribera del Rhin; pero ocupan una isla de él. Antiguamente fué pueblo de los Catos, y por las disensiones que hubo entre ellos, pasó á estas tierras, para hacerse en ellas parte del imperio romano. Quédales la honra y el testimonio de la compañía antigua, porque no los tratan con menosprecio como á vendidos con la carga de los tributos, ni los cogedores los molestan y maltratan. Viven libres de cargas y de imposiciones, y solamente apartados de los demas para el uso de las batallas, se guardan y reservan como armas para las guerras. Este mismo reconocimiento hacen los Matiacos (1). Que la grandeza del pueblo romano llegó á extender la reverencia y respeto del imperio mas allá del Rhin y de los términos antiguos. Y así, aunque viven de la otra parte en su ribera y términos, con todo eso se nos inclina su ánimo y voluntad. Y en todo lo demas son semejantes á los Batavos, salvo que, como gente que goza del suelo y cielo de su tierra, son más animosos y feroces. No contaré entre los pueblos de Germania los que cultivan los campos decimales (2), aunque tengan su asiento de la otra parte del Rhin y del Danubio. La gente más liviana y perdida de los Galos, y á quien daba osadía su pobreza, ocupó estas tierras de dudosa posesion; y como despues se alargaron los términos del imperio, y los presidios se pasaron más adelante, se hallan ahora en medio de él, y son tenidos por parte de la provincia.

Más adelante de éstos habitan los Catos, comenzando su

(1) Habitaban en la orilla derecha del Rhin en las orillas del Lahn, del Mein y del Eder.

(2) *Decumates agros* ó sea las tierras que pagaban un diezmo á los Romanos para que les protegiesen contra las incursiones de los Germanos. Los críticos andan discordes en fijar el punto donde estaban situados. Segun Malte-Brun las ruinas que se ven aún en las cercanías de Wisbaden, Francfort y Aschaffenburg deben ser restos de la muralla que rodeaba dichas tierras.

asiento desde la selva Hercinia, no en lugares tan llanos ni pantanosos como las otras naciones, en que se extiende Germania, sino que hay collados que duran por mucho espacio, y que tambien van siendo ménos poco á poco; y todos ellos están dentro de la selva Hercinia, fuera de la cual no poseen nada. Son los de esta nacion de cuerpos más robustos y de miembros rehechos, y de aspecto feroz y de mayor vigor de ánimo. Tienen mucha industria y astucia para entre Germanos: porque dan los cargos á los mejores, obedecen á sus capitanes, guardan sus puestos, conocen las ocasiones, difieren el ímpetu, reparten el dia, fortificanse de noche, cuentan la fortuna entre las cosas dudosas, y la virtud entre las seguras y ciertas, y lo que es más raro, y que no se alcanza sino por razon de la disciplina militar, hacen más fundamento en el capitan que en el ejército. Toda su fuerza consiste en la infantería, la cual, demas de las armas, lleva tambien su comida y los instrumentos de hierro para las obras militares. Los otros Germanos parece que van á dar batalla, y los Catos á hacer guerra. Hacen pocas correrías y escaramuzas, y peleas casuales. Esto es propio de la caballería, hacer presto su efecto y retirarse presto. La prisa anda cerca del temor, y la dilacion de la constancia.

Lo que entre las otras naciones de Germania se hace pocas veces, y eso por la osadía de algunos, entre los Catos está ya introducido por comun consentimiento de todos; y es que los mancebos dejen crecer el cabello y la barba, y que no se quiten aquella figura de la cara y cabeza, como voto y obligacion que hacen á la virtud, sino es habiendo muerto algun enemigo. Cuando han cumplido su deseo y voto, puestos sobre la sangre y despojos del enemigo, descubren la frente, y dicen que entónces han satisfecho á la obligacion de haber nacido, y que son dignos de su patria y de sus padres. Los flojos, flacos y cobardes, y que son inútiles para la guerra, quedan siempre con

aquella suciedad. Los más valientes traen tambien un anillo de hierro, que es cosa afrentosa para aquella gente, como por prision, hasta desatarse de ella con haber muerto algun enemigo. Son muchos de los Catos los que gustan de este traje; y con esta insignia llegan á encanecer, y son mirados y respetados de los enemigos y de los suyos. Estos son siempre los que comienzan las batallas. De éstos se forma siempre el primer escuadron nuevo en la vista, porque ni áun en tiempo de paz se les quita ni disminuye aquel aspecto horrible y espantoso. Ninguno de ellos tiene casa ó heredad, ni cuidan de ello: donde quiera que llegan, los reciben y sustentan, pródigos de los bienes ajenos y despreciadores de los propios, hasta que con la vejez pierden la sangre, y con ella se reducen á estado de no poder llevar tan áspera y rigurosa virtud.

Tras los Catos están los Usipios y los Tencteros (1) á la ribera del Rhin, donde ya lleva tanta madre que puede servir de término. Los Tencteros, demas de la reputacion que han alcanzado en la guerra, tienen grande ventaja en la caballería; la cual no es ménos estimada que la infantería de los Catos. Sus antepasados lo instituyeron, y los descendientes los imitan. Estos son los juegos de los niños, las competencias de los mancebos, en que perseveran áun despues de viejos. Danse los caballos por parte de la herencia; pero no, como las demas cosas al hijo mayor, sino al que se muestra feroz y mejor para la guerra.

Tras los Tencteros se seguian antiguamente los Bructeros, cuyas tierras se dice que ocupan ahora los Camavos y Angrivarios (2), habiendo echado de ellas, y destruido totalmente á los Bructeros con consentimiento de las nacio-

(1) En el bajo Rhin, delante y más abajo de Colonia.

(2) Los críticos creen encontrar el nombre de los primeros en el de Hamm, ciudad de Westfalia, orillas del Lippe; y el de los últimos en el de Angria, ó ducado de Eugern.

nes comarcanas, ó por el odio que les tenían por su soberbia, ó por codicia de la presa, ó por favor particular que nos han querido hacer los dioses. Porque áun no nos negaron el espectáculo de la batalla, en que murieron sesenta mil de ellos, sin que interviniesen las armas de los Romanos, sino para gusto y recreacion de nuestros ojos que es cosa más magnífica y gloriosa. Plegue á los dioses, si estas gentes no nos han de amar, que haya entre ellos siempre grandes aborrecimientos; pues que declinando los hados del imperio, ninguna cosa mayor nos puede dar la fortuna que discordias entre los enemigos.

Los Dulgivinos y Casvaros (1) con otras naciones no tan nombradas cierran por las espaldas á los Angrivarios y Camavos, y por la frente los reciben los Frisones, que se llaman mayores y menores, segun son más ó ménos poderosos. Estas dos naciones se van extendiendo junto al Rhin hasta el Océano, y rodean tambien grandísimos lagos, por donde han navegado armadas romanas. Y tambien por aquella parte tentamos con la navegacion el mismo Océano (2). Y la fama publicó que habia adelante columnas de Hércules (3); ó sea que él haya llegado á aquellas partes, ó que todas las cosas grandes, de comun acuerdo las atribuimos á su gloria. No faltó osadía á Druso Germánico para averiguarlo, pero estorbáronselo las tempestades; de manera que parece que no quiso el Océano que se inquiriesen sus cosas ni las de Hércules. Despues acá ninguno lo intentó, y ha aparecido más religioso y más conforme á la reverencia que debemos á los dioses creer sus obras que querer saberlas.

(1) En las orillas del Weser y cerca de las fuentes del Lippe.

(2) Antes que Germánico, Druso y Tiberio habian navegado por el mar del Norte.

(3) Los antiguos colocaban columnas de Hércules donde quiera que creian encontrar los limites de la tierra.

Hasta aquí tuvimos conocimiento de Germania por el Occidente. Hacia el Septentrion hace una grande vuelta. Desde los Frisios comienzan luego los Chaucos (1), que ocupan mucha costa del mar y se van extendiendo al lado de todas las naciones que he nombrado, hasta que revuelven hacia los Catos. Y no solo son señores los Chaucos de tan grande espacio de tierras, sino que las hinchen. Este es un pueblo el más noble de toda Germania, y que quiere más conservar su grandeza con justicia que con fuerza; viven quietos y retirados, sin codicia y sin mal apetito; no buscan guerras, ni hacen robos ni latrocinios. Y el mayor argumento de su virtud y fuerzas es, que para ser superiores á todos, no hacen agravio á ninguno. Verdad es que tienen siempre todas prontas las armas. Y siendo necesario pueden armar ejército, porque tienen gran cantidad de hombres y de caballos. Y estando sosegados y en paz, tienen la misma fama y reputacion.

Al lado de los Chaucos y de los Catos habitaban los Cheruscos (2), los cuales, no los acometiendo nadie, gozaron largo tiempo de una demasiada paz, y que los fué marchitando. Y esto les fué más gustoso que seguro. Porque el estar sosegados entre vecinos poderosos é insolentes, es sosiego falso: donde se procede por armas, la bondad y modestia son los nombres de los superiores. Y así los Cheruscos, que antiguamente llamaban buenos y justos, los llaman ahora necios, flojos y cobardes, y la fortuna de los Catos, que los sujetaron, se convirtió en sabiduría. La ruina de los Cheruscos llevó tras sí á los Fosos (3) sus

(1) Ocupaban las costas del Océano desde la embocadura del Ems hasta la del Elba.

(2) Entre el Vesper, el Aler y el Leine. La selva de Teutoburgo, donde perecieron Varo y sus tres legiones, estaba situada en el país habitado por esta tribu.

(3) Ocupaban, según se cree, el principado de Hildesheim, donde corre el rio Fuse.

vecinos; y vinieron á ser igualmente compañeros suyos en las adversidades, habiendo sido menores en las prosperidades.

Los Cimbras (1) están en aquel mismo seno de Germania cercanos al Océano, y es ahora ciudad pequeña, pero de grande nombre. Y vense grandes rastros de su antigua fama; y en ambas riberas hay ruinas de alojamientos, y espacios de ellos; por cuyo circuito ahora tambien podrias medir la grandeza y multitud de su gente, y creer que tuvieron aquel grande ejército que se dice. Corria el año seiscientos y cuarenta de la fundacion de nuestra ciudad, cuando se oyó hablar la primera vez de las armas de los Cimbras, siendo cónsules Cecilio Metelo y Papirio Carbon. Y si desde entónces contamos hasta el segundo consulado de Trajano, hallaremos casi doscientos y diez años; y tantos há que vamos conquistando á Germania. Y en el medio de tan largo siglo ha habido grandes daños y pérdidas de una parte y de otra. De manera que ni los Samnitas, ni los Cartagineses, ni las provincias de España, ni las de las Galias, ni áun los Partos no nos dieron más avisos de la flaqueza humana, ni nos mostraron más veces que no éramos invencibles; porque más dura y dificultosa cosa es de vencer la libertad de los Germanos que el reino de Arsaces (2). Porque, ¿con qué otra cosa nos puede dar en rostros el Oriente abatido por Ventidio, sino con la muerte de Craso, habiendo tambien él perdido á Pacoro su rey á manos del mismo Ventidio? Pero los Germanos, habiendo

(1) Ptolomeo coloca los Cimbras en el norte del Jutland, llamado Quersoneso Cimbrico. Tácito parece situarlos más cerca del Elba, hácia los países de Holstein y Slesswig. Quizás comprende bajo el nombre de Cimbras todas las tribus que ocupaban aquella península, á la sazón muy poco conocida.

(2) El fundador del reino de los Partos, que habia arrancado á la dominacion de los Seleucidas.

preso ó desbaratado á Carbon, y Casio y Scauro Aurelio y Servilio Cepion, quitaron juntamente cinco ejércitos consulares al pueblo romano, y tambien á César (Augusto) á Varo y tres legiones. Y no los maltrataron y vencieron sin recibir daño Cayo Mario en Italia, el divo Julio en las Galias, y Druso, Neron y Germánico en sus propias tierras. Y despues de esto se convirtieron en burla y escarnio las grandes amenazas de Cayo César (1). Desde entónces hubo ociosidad, y no se movieron, hasta que con la ocasion de nuestra discordia y de las guerras civiles, habiendo ganado los alojamientos donde invernaban las legiones, desearon y procuraron tambien sujetar las provincias de las Galias, de donde despues fueron echados. Y poco tiempo há se triunfó de ellos sin haberlos vencido (2).

Ahora hemos de decir de los Suevos (3), los cuales no son una gente sola, como los Catos ó los Tencteros, sino muchas y diferentes naciones, y con propios nombres cada una, aunque en comun se llaman Suevos, y ocupan la mayor parte de Germania. La insignia de esta gente es enrizarse el cabello y atarle con un nudo. Con esto se diferencian los Suevos de los demas Germanos, y los libres de ellos de los esclavos. Entre las otras gentes se usa poco esto, sino algunos que han emparentado con los Suevos, ó por imitarlos, como se suele, pero ninguno lo hace pasados los años de la mocedad. Los Suevos aún despues de canos andan con el cabello en aquella forma, que causa horror, echado atras sobre las espaldas, y muchas veces le atan solamente en lo alto de la cabeza. Los principes le traen

(1) Alude á la ridícula expedicion de Calígula.

(2) Alusion al triunfo, más ridículo aún que la expedicion á que se refiere la anterior nota, con que celebró Domiciano victorias que no habia alcanzado, y de que se burló el mismo Tácito en su *Agrícola*, 39.

(3) Tácito da el nombre de Suevos á todos los pueblos que habitaban entre el Elba y el Oder, y hasta á los de la Escandinavia.

con más curiosidad, y este cuidado tienen de la composición de su rostro, pero sin mala intención ni culpa; porque no se adornan de esta manera para amar ó ser amados, sino que habiendo de ir á las batallas, piensan que con traer el cabello levantado en esta forma han de causar terror al enemigo cuando pusiere los ojos en ellos.

Los Semnones (1) dicen que son ellos los más antiguos y más nobles de los Suevos, y confirmase la fe de su antigüedad con la religión. Que en cierto tiempo del año se juntan todos los pueblos de aquella nación por sus embajadores en un bosque consagrado de sus antepasados con supersticiones y agüeros, y matando públicamente un hombre por sacrificio, celebran con esto los horribles principios de su bárbaro rito. Reverencian asimismo este bosque sagrado con otra ceremonia. Que ninguno entra en él sino atado, como inferior, y mostrando y confesando en eso la potestad de Dios. Y si acaso cae no es lícito levantarse, y se ha de ir revolcando por el suelo. Y toda esta superstición se endereza á mostrar que de allí ha tenido origen su gente, y que Dios, señor de todos, habita allí, y que todas las demás cosas están sujetas y obedientes. Añade autoridad á esto la multitud de los Semnones, porque habitan cien ciudades, y por su grandeza se tienen por cabeza de los Suevos.

Y por el contrario ennoblece á los Longobardos (2) su

(1) Habitaban, según Cuvier, entre el Elba, el Oder, el Vartha y el Vistula, ocupando por consiguiente parte del Brandeburgo, de la Silesia, de la Sajonia y de la Misnia.

(2) Tiberio, reinando Augusto, les obligó á retirarse más allá del Elba; así, pues, el país que sucesivamente ocuparon en una y otra orilla debió comprender una parte al menos del ducado de Magdeburgo y de la Marca Media. Por los años de 568 á 572 su rey Alboin, abandonando la Panonia, donde hacia 42 años que se había este pueblo establecido, conquistó toda la Italia superior y fundó en ella el reino de los Lombardos, que fué dos siglos después destruido por Carlomagno.

poco número: porque estando rodeados de muchas y muy belicosas naciones, se conservan y están seguros, no con sumision y obediencia, sino con batallas y peligros, y poniéndose en ellos. Los Reudignos, Aviones, Anglos, Varinos, Eudoses, Suardones y Nuitones (1) están cercados y amparados de rios y de bosques. Ninguno de ellos tiene en particular cosa notable. Todos en comun adoran á Hertha, que significa la Madre Tierra, la cual piensan que interviene en las cosas y negocios de los hombres, y que entra y anda en los pueblos. En una isla del Océano hay un bosque llamado Casto, y dentro de él un carro consagrado cubierto con una vestidura: no es permitido tocarle sino á un sacerdote. Este conoce cuando la diosa está en aquel secreto, y con mucha reverencia va siguiendo el carro que tiran vacas. Son dias alegres y regocijados y lugares de fiesta todos aquellos donde tiene por bien llegar y hospedarse. Y no tratan de cosas de guerra (2), ni toman las armas, y todo género de ellas está encerrado; y solamente se conoce y ama la paz y quietud, hasta que el mismo sacerdote vuelve la diosa á su templo, harta y cansada de la conversacion de los hombres. Y luego se lava en un lago secreto el carro y la vestidura, y la misma diosa, si así lo quisieres creer. Los esclavos sirven en esto, los cuales traga luégo el mismo lago: de donde les viene á todos un oculto terror y una santa ignorancia de qué pueda ser aquello que ven solamente los que han de perecer.

(1) De todos estos pueblos, excepto los Anglos, únicamente conocemos los nombres. Es sin embargo indudable que habitaban entre el Oder, el Elba y el Báltico, y por consiguiente ocupaban el actual Meklemburgo y parte del Holstein.

(2) Gibbon supone que la *tregua de Dios* no fué más que una imitacion de esta antigua costumbre germana. Nosotros creemos que esta analogía es puramente casual, y que la *tregua de Dios* nació del cristianismo. El gran defecto de la moderna escuela histórica es haber dado sobrada importancia á los elementos *germano* y *romano* y poca al *cristiano*.

Y esta es la parte de los Suevos que se extiende más adentro de Germania. La más cercana ciudad (para seguir ahora el Danubio, como ántes seguí el Rhin) es la de los Hermunduros (1), gente fiel á los Romanos, y por eso ellos solos entre los Germanos negocian y tratan no solamente en la ribera, pero más adentro, y hasta en la insigne y famosa colonia de la provincia de Retia. Pasan por todas partes sin llevar guarda. Y siendo así que á las otras naciones de Germania enseñamos solamente nuestras armas y los alojamientos, á éstos abrimos nuestras casas y heredades, que no las codician. En la tierra de los Hermunduros nace el rio Albis (2), tan celebrado y conocido en otro tiempo, pero ahora no más que de oidas.

Junto á los Hermunduros habitan los Nariscos, y luego los Marcomanos y los Cuados (3). La principal gloria y fuerzas son las de los Marcomanos; y ganaron con su valor la misma tierra que poseen, echando de ella á los Boios; pero no degeneran de ellos los Nariscos y los Cuados. Esta es la frontera de Germania por la parte que la ciñe el Danubio. Los Marcomanos y Cuados tuvieron hasta el tiempo de nuestra memoria (4) reyes de su misma

(1) Ocupaban parte de la Bohemia y de la Misnia.

(2) Las palabras de Tácito «tan celebrado y conocido en otros tiempos, pero ahora no más que de oidas,» deben de referirse á las expediciones de Druso en tiempo de Augusto.

(3) Los Nariscos ocupaban la parte de la Baviera que se extiende entre la Bohemia y el Danubio; los Marcomanos, la Bohemia, de la cual habian arrojado á los Boios; y los Cuados, la Moravia y una porcion del Austria, entre el Danubio y la Moravia.

(4) Las palabras de Tacito *usque ad memoriam nostram*, no significan hasta el tiempo en que él escribia, esto es en 98 ó 99, sino hasta en el que se conservaba el recuerdo. En 99 hacia ya mucho tiempo que los Marcomanos no tenian reyes de su nacion. Deben explicarse las palabras de Tácito por los hechos que él mismo cuenta en sus *Anales*, y de los cuales resulta que desde el año 20 de la era cristiana los Marcomanos obedecian á Vibilio, rey de los Suevos Hermonduros.

gente. Fué noble entre ellos el linaje de Maroboduo y Turo. Ahora sufren ya imperio de extranjeros, pero la fuerza y poder de sus reyes depende de la autoridad romana. Pocas veces los ayudamos con nuestras armas, pero muchas más con dinero.

No son ménos poderosos (1) los Marsignos, Gotinos, Osos y Burios, que cierran por las espaldas los Marcomanos y Cuados (2). De los cuales los Marsignos y Burios se parecen á los Suevos en el traje y lengua. Los Gotinos por la lengua gálica que hablan, y los Osos por la panónica muestran no ser Germanos; y tambien porque sufren tributos: parte de ellos les cargan los Sarmatas, y parte los Cuados, como á extranjeros. Los Gotinos, áun por avergonzarlos más, trabajan en las minas de hierro. Tienen todos estos pueblos poca tierra llana; pero hicieron asiento en bosques y en las cumbres de los montes; porque éstos se continúan hasta el fin de la Suevia, y la dividen por medio. De la otra parte de estas montañas viven otras muchas gentes, entre las cuales la de los Ligios (3) es la de mayor nombre y que se extiende por más ciudades. De que bastará referir las más poderosas, que son los Arios, Helveconas, Manimos, Elisios, Naharvalos. En la tierra de los Naharvalos hay un bosque de antigua religion á cargo de un sacerdote que anda con vestido femenino. Los dioses de él, segun la interpretacion romana, dicen ser Castor y Pólux, y el nombre de aquella deidad es Alcis. No

(1) En las ediciones que tenemos á la vista, la cláusula *nec minus valent*, cierra el apartado, y por consiguiente se refiere á los pueblos de que se ha hablado ántes. Esta leccion nos parece más fundada, y por esto la aceptamos en la presente edicion.

(2) Los Marsignos habitarian probablemente una parte de la actual Silesia; los Gotinos estarian á la derecha de los Marsignos; los Osos ocuparian una parte de la Galitzia y tal vez de la alta Silesia, y los últimos las fronteras de la actual Moravia.

(3) En las orillas del Vistula.

tienen ningunas imágenes suyas, ni hay rastros algunos de superstición extranjera, pero son adorados como hermanos y como mozos. Y los Arios, demás de aventajarse en fuerzas á los pueblos que hemos nombrado poco há, siendo feroces, ayudan su fiereza natural con el arte y con el tiempo. Traen los escudos negros y los cuerpos teñidos, y escogen las noches más oscuras para las batallas; y con el mismo terror y figura de este ejército funeral causan espanto, no pudiendo ninguno de los enemigos sufrir aquella nueva vista y como infernal. Porque los ojos son los primeros que se vencen en las batallas. Tras los Ligios siguen los Gotones (1), á quien mandan reyes; y aunque están algo más sujetos que las demás naciones de Germania, no les han quitado aún del todo la libertad. En la costa del Océano habitan los Rugios y Lemovios (2); y todas estas gentes obedecen á reyes, y usan de escudos redondos y espadas cortas.

Y luego en el mismo Océano tienen sus ciudades los Suyones (3), gente poderosa en soldados y armadas. Sus navíos se diferencian de los nuestros en que tienen proa por ambas partes, para poder por cualquiera llegar á abordar y á tierra. No usan de velas, ni llevan los remos atados por los costados, sino sueltos y libres, como en algunos ríos, para poderlos mudar al lado que fuere menester. También entre ellos tienen honra y estimación las riquezas, y por esto los manda uno solo; no por permission suya y por

(1) Cerca del Vistula, al Sur de los Estienos y de los Venetos.

(2) Los primeros han dado su nombre á la ciudad de Rugenwalde, en Pomerania, y á la isla de Rugen. De los últimos nada se sabe.

(3) Créese generalmente que los Suyones son los ascendientes de los *Sueci* ó Suecos. Esta idea, bastante verosímil, conduce naturalmente á buscar los Suyones en la Suecia, ó cuando ménos en sus provincias ménos apartadas, tales como las de Escania, Halland, Westrogotia, y en las islas de Dinamarca.



el tiempo que les parece, sino con absoluto poder, sin escepcion alguna. Y no se les permite, como á los demas Germanos, el uso de las armas indiferentemente (y que cada uno las traiga y tenga en su casa), sino que están cerradas, y con guarda, y éste esclavo. Porque el Océano prohíbe las entradas y acometimientos repentinos de enemigos; y verdaderamente los hombres con armas en las manos, estando ociosos, fácilmente se dan al vicio y causan desórdenes. Y no es provechoso para los reyes entregar la guarda de las armas al noble ni al libre, ni áun al libertino.

Más allá de los Suyones hay otro mar tan perezoso (1), y que casi no se mueve; y se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra, porque despues de puesto el sol se ve siempre aquel su resplandor que deja hasta que vuelve á nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y tambien hay opinion que se oye el ruido que el sol hace al zabullirse en el Océano, y que se ven las figuras de los dioses, y los rayos de la cabeza; y es la fama que hay, y verdadera, que hasta allí y no más llega la naturaleza. En la costa del mar Suevico á mano derecha habitan los Estios (2). Los cuales tienen los ritos y hábito de los Suevos, y en la lengua se parecen más á la de los Bretones. Adoran á la Madre de los dioses. Y por insignia de su supersticion traen unas figuras de jabalíes. Y esto á los que reverencian la diosa sirve de armas y de seguridad y defensa áun entre los enemigos. Usan poco de hierro y mucho de bastones. Y trabajan más y con más cuidado y su-

(1) Probablemente el canal de Jutlandia y la parte del mar del Norte que baña la Noruega al Oeste. En los lugares de que habla Tácito se veia el sol al ocultarse y durar toda la noche la luz del crepúsculo; observacion que conviene perfectamente á la altura de los *belts*, donde en los largos dias de verano el sol desciende tan sólo á once grados debajo del horizonte, y las noches son iluminadas por el crepúsculo.

(2) En las orillas occidentales del golfo de Dantzick.

frimiento en cultivar la tierra y sembrar granos y otros frutos, que lo que acostumbra la pereza de los demas Germanos. Navegan tambien por el mar, escudriñando sus secretos. Y ellos solos cogen en los bajíos y en la misma costa el ámbar amarillo, que llaman gleso. Pero como son bárbaros nunca han procurado saber, ni hallado lo que es ni cómo se engendra. Y aún mucho tiempo lo solian dejar entre las otras inmundicias que la mar echa, hasta que nuestro apetito y superfluidad le puso nombre y estimacion. Ellos no lo usan; cógenle toscos, y como le han hallado nos le traen, sin darle otra figura ni forma, y maravillanse del precio que reciben por él. Pero bien se puede entender que es licor de algun árbol, porque muchas veces se echan de ver en medio de él algunos animalejos yavecillas, que habiéndosele pegado, se quedan despues allí encerrados cuando se endurece la materia. Yo creeria que, como en algunas partes secretas del Oriente se hallan arboledas que producen el incienso y el bálsamo, así tambien haya árboles más fértiles en las selvas y bosques de las islas y tierra firme del Occidente, cuyos licores, sacados por los rayos del sol que tienen cerca, vienen á caer en la mar junto á ellos, de donde las tempestades y vientos los echan en las otras costas que están enfrente. Si se prueba la naturaleza del ámbar pegándole fuego, hallaremos que se enciende como tea, y hace una llama grasa y olorosa, y despues se ablanda y derrite, quedando como pez ó resina. Confinan con los Suyones las gentes de los Sitones (1), los cuales se les parecen en todo lo

(1) Los *Sitones*, cuyo nombre se encuentra en el de Suevos, eran los habitantes de la Escandinavia. No pertenecian á la raza sueva, sino á la de los pueblos no Cimbrios ni Suevos á quienes empujaron éstos, en épocas muy remotas, parte hácia el Occidente y parte hácia el Norte. Más adelante se mezclaron con las tribus suevas, y entre otras con los Godos, que dejaron huellas de su nombre en la isla de Gotlandia.

demas, y solo se diferencian en que los señorea una mujer: que tanto como esto degeneran, no solamente de la libertad, sino de la servidumbre misma. Aquí es el fin de la Suevia.

Estoy en duda si pondré las naciones de los Peucinos, Venedos y Fennos (1), entre los Sarmatas ó entre los Germanos, aunque los Peucinos, á que algunos llaman Bastarnas, viven como los Germanos en la lengua y hábito, y asiento y casas. La suciedad y entorpecimiento es comun á todos. Y habiendo los principales de ellos emparentado con los Sarmatas (2), se han corrompido algo, haciéndose á su manera de vida. Los Venedos han tomado mucho de sus costumbres, porque, como salteadores, corren todos los montes y sierras que hay entre los Peucinos y los Fennos. Pero con todo eso se cuentan éstos más por Germanos, porque fabrican casas, y traen escudos, y se huelgan de caminar á pié, y son ágiles; todo lo cual es diferente en los Sarmatas, que viven en carros y andan á caballo. Los Fennos tienen una horrible fiereza, y una pobreza cruel. No tienen armas, ni caballos, ni casas; sustentanse con hierba, vístense de pieles, y la tierra les sirve de cama. Consiste toda su esperanza en las flechas, las cuales, á falta de hierro, arman con huesos. Los hombres y mujeres se sustentan de la caza; que ellas de ordinario los acompañan y les piden parte de ella. Los niños no tienen otro refugio ni acogida contra el agua y las fieras, sino algunas enramadas con que se cubren y amparan; á ellas se vuelven los mozos, y á ellas se recogen los viejos. Y les parece

(1) Estos pueblos habitaban al Este del Vístula y fuera de los límites de la Germania.

(2) Este nombre reemplaza al de Escitas, y se aplicó, como este, á un gran número de pueblos derramados entre los Karpatos, el Bajo Danubio y el Ponto Euxino, extendiéndose á la derecha hácia el Cáucaso y el Volga, y á la izquierda en todo el Noroeste de Europa hasta el Báltico.

esto mayor felicidad que cansarse y gemir labrando los campos y fabricando las casas, y traer entre la esperanza y el miedo los bienes propios y ajenos. Y viviendo seguros para con los hombres y seguros para con los dioses, han alcanzado una cosa dificultosísima, que aún no tengan necesidad del deseo. Lo demás que se cuenta de la tierra y gente que habita más allá de las que he dicho, todo es fabuloso; como decir que los Helusios y Oxionas tienen las cabezas de hombres y los cuerpos y miembros de fieras. Y así dejaré de tratar de esto, como cosa que no está averiguada.

FIN DE LAS COSTUMBRES DE LOS GERMANOS.

El presente informe es el resultado de las actividades realizadas durante el año 1910, en el que se han cumplido los deberes que nos incumben como miembros de este Comité. Hemos procurado mantener vivo el espíritu de fraternidad y solidaridad que nos caracteriza, y hemos procurado que el trabajo que nos ha tocado realizar sea fructífero para todos los miembros de la Sociedad. Hemos procurado que el trabajo que nos ha tocado realizar sea fructífero para todos los miembros de la Sociedad. Hemos procurado que el trabajo que nos ha tocado realizar sea fructífero para todos los miembros de la Sociedad.



ÍNDICE.

Págs.

LIBRO PRIMERO.

Propone Tácito la ocasion, materia y sujeto de sus libros de historia, y tras esto el estado de las cosas romanas en tiempo de Galba, y sus costumbres y gobierno; el cual, sabidos los movimientos de Germania, adopta á Pison.—Oféndese Oton viéndose frustrado de su esperanza, y ganadas las voluntades de los pretorianos, tiraniza el imperio.—Mueren á hierro Galba, Pison y Tito Vinio, con que queda Oton absoluto emperador.—Levántasele por competidor Vitelio.—Trátanse las causas de los movimientos de las legiones germánicas, cómo toman por emperador á Vitelio, y se encaminan á Italia á cargo de Valente y Cicina.—Apercibe Oton ejército y capitanes.—Acometen en tanto los Sármatas Roxolanos infelizmente la provincia de Misia.—Sedicion y tumulto en Roma ocasionado de vanas sospechas de los pretorianos, que temen de la fe del Senado para con su príncipe, el cual los reprende con blandura, y poco despues los aplaca con donativos.—Apareja ejército, y envíale á la Provenza con deseo de sacar la guerra de Italia, y luégo sale en campaña personalmente. 1

LIBRO SEGUNDO.

Tito enviado á Roma por Vespasiano á visitar y dar la obediencia á Galba, sabida su muerte, da la vuelta.—Visita el templo de Vénus Pafia, con cuyo sacerdote consulta su

fortuna: oye cosas alegres y grandes.—Vuelve á su padre, á quien halla dudoso entre el temor y el deseo del imperio, y al fin se resuelve en aguardar ocasion.—Descúbrese y préndese á un falso Neron.—Comienzan la guerra felizmente los capitanes de Oton en la Galia Narbonense, y en Córcega el procurador apoya ántes de tiempo y á su costa el nombre y faccion de Vitelio.—Entra Cecina en Italia.—Acomete á Plasencia, de donde es rechazado con infamia y daño.—Hace una emboscada contra los Otonianos, que al fin redundan en daño del mismo Cecina.—Llega Valente á Pavía, y corre notable peligro por desórden y atrevimiento de sus soldados: y aplacados, junta con velocidad sus fuerzas con las de Cecina.—Avisado Oton de todo, junta consejo, y sin embargo del parecer de sus capitanes, y en particular de Suetonio Paulino, que le persuade el alargar la guerra, resuelve el tentar la fortuna.—Vense los ejércitos en Bedriaco, y queda roto, aunque no deshecho, el Otoniano.—Oton, enfadado de la guerra, se mata.—Altéranse los soldados despues contra Virginio para hacerle emperador, el cual huye el cuerpo al cargo ó á la carga.—Pasa peligro el Senado con ocasion de un falso aviso.—En Africa es vencido Albino, y la provincia reducida á devocion de Vitelio, el cual separa las legiones y despide indiscretamente á los pretorianos.—Trábase otro tumulto en Pavía, y casualmente se aplaca.—Tratan de la guerra en Siria Vespasiano y Muciano, y de éste se ve una famosa oracion, persuadido de la cual Vespasiano, toma el imperio.—Vitelio entra en Roma feroz y amenazador. 75

LIBRO TERCERO.

Llegan á Italia algunas legiones del bando de Vespasiano.—Queda por general de ellas Antonio Primo, capitán atrevido y valeroso.—La armada de Rávena se pasa á Vespasiano, y poco despues Cecina, aunque no consintiendo las legiones, le prenden.—Peléase en Bedriaco, y quedan vencidos los Vitelianos.—Sobrevienen las demas legiones de Vitelio, y renovando la batalla de noche, quedan de nuevo rotas.—Acomete y entra Antonio los alojamientos junto á Cremona, y poco despues se rinde la misma ciudad, quedando sepultada en sus ruinas.—Cuéntase el vicio, no sin crueldad de Vitelio.—Sale en campaña Valen-

te; y conocidas las fuerzas de Antonio y las suyas, se escapa con pocos.—Entra en la mar y queda preso.—Refiérense las inquietudes de la Bretaña, Germania y Dacia.—Encaminanse los Flavianos á Roma.—Vitelio hace guardar el paso del Apenino, pero desconfiado de la guerra, trata de conciertos con Sabino, hermano de Vespasiano.—Rompen este trato los soldados.—Sitian á Sabino en el Capitolio, el cual abrasado, queda en prision Sabino y muere á manos de los soldados.—Lucio Vitelio, hermano del principe, emprende la guerra de Campania.—Entra en tanto el ejército Flaviano en Roma: toma por asalto los alojamientos pretorianos y muere infamemente Vitelio. . 149

LIBRO CUARTO.

Pintase el miserable aspecto de Roma.—Entrégase Lucio Vitelio con sus cohortes.—Confirma el Senado el imperio de Vespasiano.—Dase cuenta de Helvidio Prisco, famoso varon, y de sus diferencias con Eprio Marcelo.—Llega Muciano á Roma, y á su llegada hace matar á Calpurnio Pison.—Dase cuenta de los principios y movimientos de la guerra Germánica y de Civil, su capitan y autor, el cual llega varias veces á pelear con los Romanos.—Las cohortes viejas de Batavos se pasan á Civil; y á fuerza de armas por Bona, á pesar del legado Erenio Galo.—Cerca Civil los alojamientos viejos, ó llamados comunmente de Vetera.—Muéstranse los soldados romanos insolentes contra Ordeonio, presidente.—Toma Vocula á su cargo el socorro, y aunque vence al enemigo, no se sabe aprovechar de la victoria.—Renuévase la sedicion contra Ordeonio, y muere en ella.—Dase cuenta de algunas acciones de los senadores, y de cómo salen á plaza de nuevo muchas acusaciones.—Escribese la muerte de Lucio Pison en Africa.—Reedificase en Roma el Capitolio.— Los Treveros y Lingones se apartan de los Romanos.—Vacila lo restante de las Galias, y hasta las mismas legiones romanas se rebelan, sellando su maldad con la sangre de su legado Vocula.—Ríndense los sitiados de Vetera, y pasan los Germanos mucha parte de ellos á cuchillo.—Salen de Roma Domiciano y Muciano para remedio de esta guerra.—Envian cuatro legiones y otras fuerzas con Petilio Cerial, el cual en la primera batalla vence á los Treveros.—Vuelven las legiones rebel-

des á su antigua fe, y con todas juntas rompe Cerial á Civil y á Clasico.—Vespasiano en Egipto es lisonjado del demonio con falsos milagros y animado al imperio. 215

LIBRO QUINTO.

Tito emprende la conquista de Jerusalem.—Trátase con esta ocasion del origen, costumbres y ritos de los Judios, del sitio y fortificacion de esta santa ciudad.—Cuéntase el progreso de la guerra Germánica, y algunos otros reencuentros entre Cerial y Civil, de que resulta la paz, á que parece que encamina el fin de este libro, que por la injuria del tiempo lo es tambien de esta obra. 299

DE LAS COSTUMBRES, SITIO Y PUEBLOS DE LA GERMANIA. . . . 327

Rafael Henab 3 / 20 D

Grupo 4 de Marzo



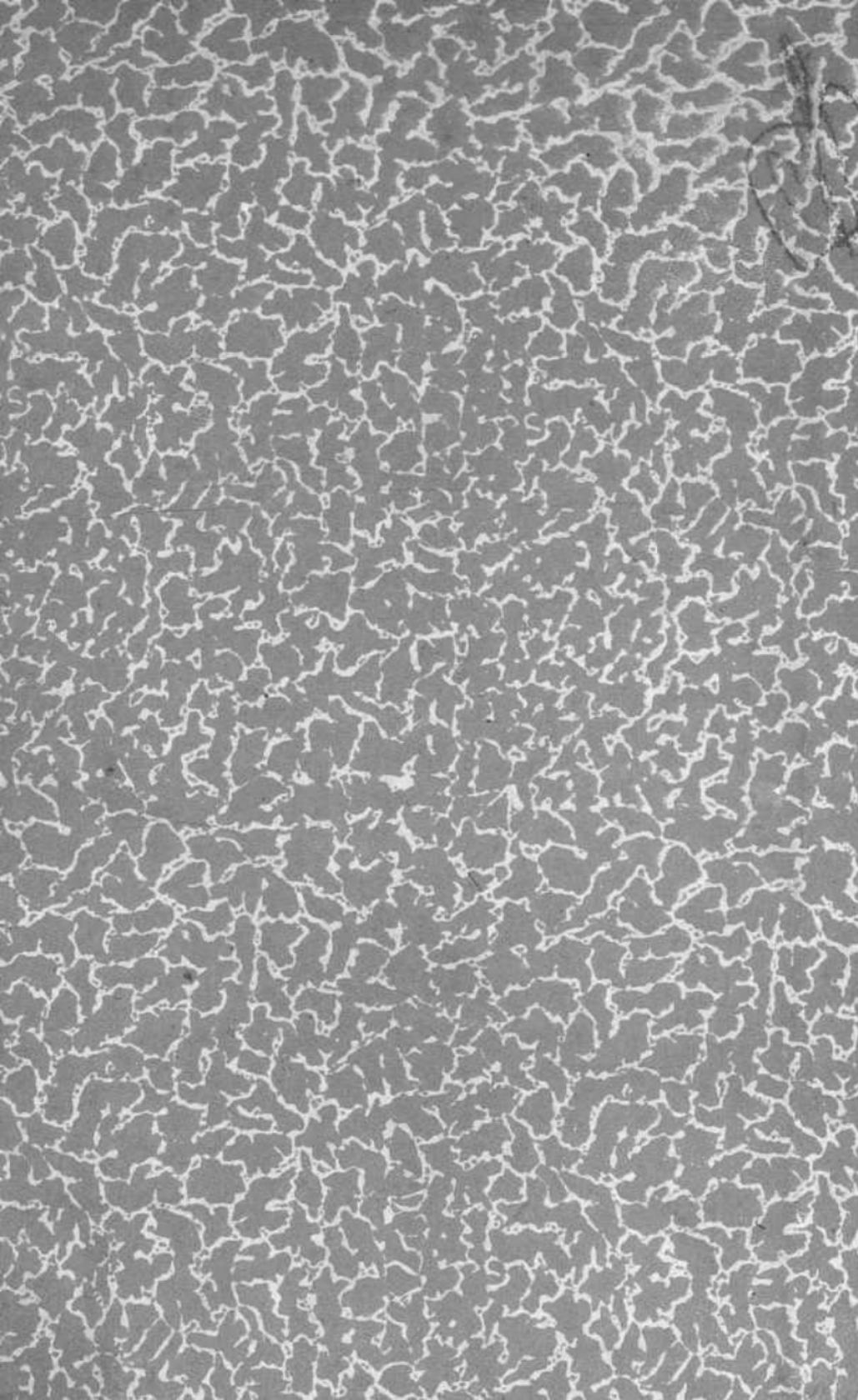


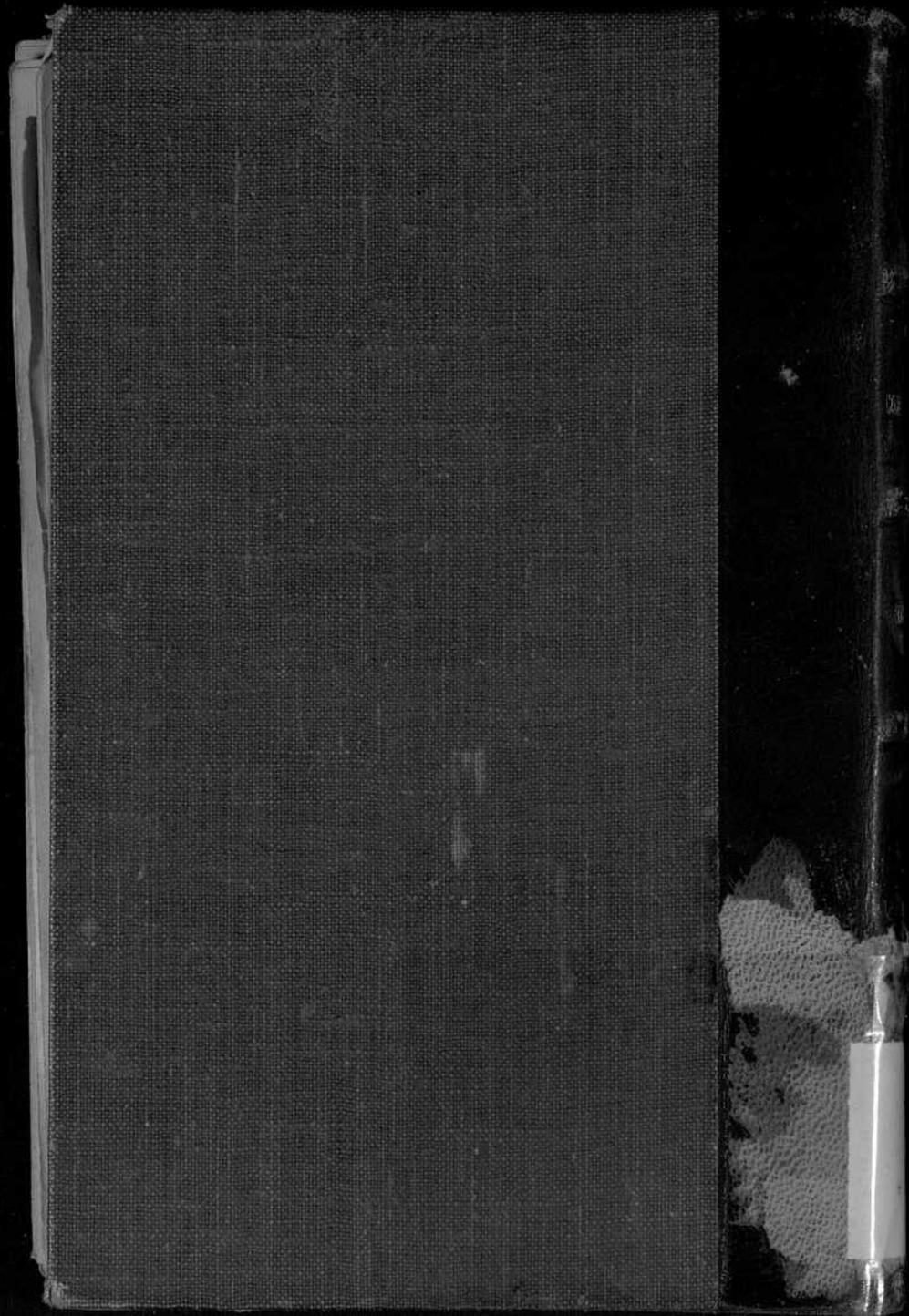
The 1^o Tito Luvinski
Page 263

Gabriele m. i. tallu	48	(6 41 anni)
zappata	40	

25678

94591
309





CAYO
CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

D-1
161